



UNIVERSIDAD DE XALAPA
Saber / Trascender



ZALIA

EL PRESAGIO
Ángel Lara Platas

ZALIA

EL PRESAGIO

Ángel Lara Platas

Editorial Universidad de Xalapa, en coordinación con su Instituto Interdisciplinario de Investigaciones.

Xalapa, Veracruz, México 2020



DERECHOS RESERVADOS © 2020

Por la Universidad de Xalapa

Primera Edición

El tiraje de esta obra se realizó bajo el sello editorial de la Universidad de Xalapa A.C., a través de su Instituto Interdisciplinario de Investigaciones, en agosto de 2019, constó de 1000 ejemplares. Oficinas en Km. 2 Carretera Xalapa-Veracruz, C.P. 91190. Xalapa, Veracruz, México.



Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin el consentimiento previo y escrito del autor y/o quienes tengan los derechos respectivos.

Los contenidos de la presente obra, pasaron por un estricto proceso de dictaminación y arbitraje previo, a cargo de las comisiones dictaminadoras de las diferentes áreas del conocimiento del Instituto Interdisciplinario de Investigaciones de la Universidad de Xalapa.

Portada y diseño editorial:

Las imágenes que integran la portada, se encuentran protegidas por derechos de autor, utilizándola al amparo del artículo 148 de la Ley Federal de Derechos de Autor en México, ya que se permite la reproducción fotografías e ilustraciones difundidos por cualquier medio, si esto no hubiere sido expresamente prohibido por el titular del derecho.

Índice

Capítulo 1.....	6
Capítulo 2.....	13
Capítulo 3.....	18
Capítulo 4.....	23
Capítulo 5.....	27
Capítulo 6.....	39
Capítulo 7.....	49
Capítulo 8.....	53
Capítulo 9.....	68
Capítulo 10.....	74
Capítulo 11.....	93
Capítulo 12.....	110
Capítulo 13.....	118
Capítulo 14.....	125
Capítulo 15.....	137
Capítulo 16.....	141
Capítulo 17.....	151
Capítulo 18.....	161
Capítulo 19.....	164
Capítulo 20.....	170

Zalia, de silueta espiçada, ojos azules, mirada tierna pero vivaz, sonrisa cautivante; creció con la ilusión de tener una boda como la que sus padres realizaron en el año de 1949. Tenía 6 años cuando logró que su tía abuela le narrara los detalles de la boda. Cuando estaba por cumplir 14, la familia se mudó a Papantla. Sus 15 años se los celebraron con una fiesta a la que asistieron, entre mucha gente, Bladimir, de 41 años, miembro de adinerada e influyente familia; y Paulo Emilio, de 25, médico recién llegado al pueblo que en el festejo se hizo novio de Zalia. Por cierto, ese noviazgo duró poco tiempo, terminó con el extraño asesinato de Paulo Emilio. Meses más tarde, el papá de Zalia, veterinario de profesión, sufre una insólita campaña de desacreditación que lo lleva a la ruina. Bladimir, en actitud benevolente, lo invita a trabajar en sociedad con lo que el problema económico que padecía la familia, quedó resuelto.

Bladimir, aprovechando la gratitud de la familia por haberlos salvado de la desolación financiera, pide a los papás de Zalia su consentimiento para casarse con la hermosa chica. Ellos, gustosos accedieron; ella, se vio obligada a aceptar.

Meses después de casados, Zalia le comenta a Bladimir que como mujer se sentía utilizada, y aprovecha para decirle también que la gente rumoraba que se había casado con ella tan solo para ocultar sus preferencias sexuales. Bladimir montó en cólera. A partir ese ese día todo cambió para la joven mujer; su casa se convirtió en un claustro.

CAPÍTULO 1

6 años tenía, recuerdo bien, cuando le pedía a mi mamá me platicara los detalles de su boda. No le veía ganas de platicarme, lo poco que me narraba no era suficiente para satisfacer mi curiosidad; estaba obsesionada en saber más. Cuando la tía Dulcita se enteró por boca de mi mamá de mis deseos, se ofreció para ponerme al tanto de lo que ocurrió desde la ceremonia religiosa hasta la culminación de la fiesta. La tía prometió ir a la casa dos o tres veces por semana, por las tardes, para los encuentros narrativos.

Me emocionaba saber que la tía abuela me referiría con lujo de detalles lo que pasó en la iglesia, durante el recorrido, y en el bodorrio.

Se dio el primer encuentro. La hermana de la mamá de mi mamá tomó posesión de uno de los sillones de la sala, el que era para dos personas; me pidió que me acostara en el mueble. Mi cabeza la descansé en su pierna derecha. Mientras narraba la historia, con sus manos jugaba con mi pelo; me arrullaba. A veces me quedaba dormida, aunque casi siempre permanecía atenta.

Tus papás, Celeste y David —inició el relato la parienta con acento pausado—, al salir de la iglesia se subieron a un carruaje tirado por dos caballos blancos que los esperaba en la entrada; lo conducía un joven pariente nuestro que vestía traje de charro. El carromato tenía un ramo de flores en las esquinas, y en cada uno de los doce rayos de las cuatro ruedas pequeños adornos florales atados con listones de colores, que al girar se movían al aire.

El cortejo avanzaba en medio del alborozo. De las ventanas y balcones salían voces de alegría. La gente lanzaba pétalos de rosas a su paso. El vestido blanco de tu mamá era de guipur, las mangas cubrían sus brazos y se extendían hasta las manos donde se sujetaban a los pulgares con un listón blanco, rematando en un pequeño moño.

Se veía hermosa —afirmaba la abuela con expresión de alegría—. Su belleza destacaba entre las más bonitas del pueblo. Llena de gracia como no había otra. Desde que salieron de la iglesia, colmada por los invitados, fueron el destino de todas las miradas, no había cosa más interesante que ver. Tu mamá saludaba a quienes a su paso encontraba. Lo mismo hacía tu papá.

Algunos pétalos de los que lanzaban a la pareja —platicaba la tía al tiempo que simulaba quitar algo de mi pelo—, quedaron atrapados entre los risos dorados de ella; cada que podía se los retiraba con el cuidado necesario para no estropear su peinado. Sus ojos destellaban de alegría. Su mirada se posaba en las personas que a su paso

encontraba. En ningún momento dejó de sonreír; sus blancos y alineados dientes resplandecían.

Tu papá caminaba gallardo, con el pecho por delante —continuó la improvisada narradora—. Portaba un traje blanco; el moño del cuello de la camisa era azul oscuro, así como lo ves en la foto que está ahí, colgada de la pared —giré la cabeza para observar la fotografía—. Tu papá era el más apuesto de la región, bueno... todavía sigue siendo muy guapo. Era el modelo de novio que todas las chicas deseaban: caballeroso, fuerte, buen conversador, bromista. Su buen humor nunca decaía. Mujeres y hombres lo admiraban. Los papás de las jóvenes no se quedaban con las ganas de atraer la atención de tu papá para endilgárselo a alguna de sus hijas. No te digo que no había una que otra chamaca atrevida que cuando en la calle se encontraban con tu abuela Carmen, la nombraban “suegra”. Aunque aparentaba ignorarlas se sentía orgullosa. En una ocasión se topó con tres chicas que salían de la escuela, le dijeron: ¡Suegra! En tono alto pero atento les contestó: ¡Pues conquístenlo! ¡Yo no voy a hacer el trabajo por ustedes!

Mi irrefrenable deseo por saber todo lo de la fiesta, parecía el presagio de algo.

Ocho cuerdas separaban a la iglesia de la casa de tus abuelos, donde fue la fiesta. Detrás del carruaje iba un grupo de mariachis. —La tía respiró profundo, dirigió su mirada al techo, luego bajó la vista para posarla en un cuadro donde estaba la fotografía de un toro cebú. Continuó con la narración.

Durante el recorrido iban tomados de la mano, se soltaban cuando intentaban atrapar pétalos o flores que les lanzaban. Los vaivenes del carromato movían rítmicamente sus cuerpos. “Será una pareja unida hasta que la muerte los separe”, coreaban animosos los que caminaban en la romería. Tu mamá movía sus brazos como lo hacen las soberanas cuando saludan al pueblo. El amplio vestido de tu mamá la separaba un poco de tu papá. Los ojos de la gente estaban clavados en la pareja que parecía deslizarse sobre un lago de amor. Se desplazaban elegantes, con señorío, uno engarzado en el otro como una joya preciosa.

La tía hizo una pausa, se llevó a la boca una galleta, le dio un sorbo al café, respiró hondo; continuó hablando relajadamente.

A tu abuela le preguntaban: “¿Cómo le hizo, doña Glafira, para crear una hija tan sobrada de simpatía y hermosura?” o “¿Cómo creó tal pieza de arte de fino tallado?” Yo, como tía de tu mamá, también era blanco de esas preguntas. Me hacían sentir orgullosa.

Se casaron aquel sábado 7 de mayo de 1949, en San Rafael, municipio de Martínez de la Torre —recordó la tía con gesto nostálgico—. Ese día había muchas caras alegres, otras no tanto. Quién sabe cuántas chicas vieron desvanecer sus aspiraciones

de ocupar el lugar que con gran donaire colmaba tu mamá. Tu papá, además de los atributos físicos que gustaban a las chicas, se acababa de titular como médico veterinario en la Universidad Nacional Autónoma de México. Le creímos cuando aseguraba no haber tenido muchas novias, le dio preferencia al estudio. A tus abuelos les prometió que el estudio sería primero, y les cumplió. Tu abuelo, de joven era un hombre apuesto, fortachón, de tez blanca, cara lánguida, ojos claros, cejas pobladas, barba tupida. Tu abuela era de San Rafael, también guapa.

La tía destacó una extraña frase: “El vigor de enamorado tu abuelo lo empeñaba a conciencia en el negocio familiar, que tantas ganancia le había redituado”.

Permíteme, hija, tomo otro trago de café y una galletita más y seguimos.

Si quieres que te siga contando de la boda de los que ahora son tus papás, no te vayas a dormir, por favor —decía en tono de amorosa advertencia—.

A la mitad del recorrido, en una casa con helechos que colgaban de los balcones, vivía don Omar Santos, su esposa, y las dos hijas: Miranda, de 17 años, y Blanca, de 18. Lloraban desconsoladamente, estaban enamoradas de tu papá.

Miranda se secaba las lágrimas con un pañuelo de organdí; Blanca usaba otro con dibujos en las orillas. Se lamentaban de no haber podido conquistar al joven profesionista David González. Estaban en el dilema de ir o no a la boda. La cara de desconsuelo de las mujeres era inocultable. Ellas esperaban que alguien les rogara para que fueran al baile. Las pobres no poseían gracia alguna.

Don Omar —retomó la idea la tía Dulcita—, les pidió a las muchachas que entraran a la casa para que se tranquilizaran. Las convenció que fueran al festejo. Les hizo saber que no debían enamorarse de la misma persona, y menos de un casado. El comentario les pareció suficiente para justificar la asistencia a la fiesta. Retomaron la tranquilidad, fueron a su recámara para retocar los estragos provocados por las lágrimas y el uso de pañuelos. La procesión ya había pasado. Salieron de su casa, caminaron a paso rápido para llegar al destino lo antes posible.

Don Omar se lamentaba que sus hijas no tuvieran suerte para conseguir novio, lo hacía saber a sus amistades. Les había prometido que si en el pueblo no encontraban novio las mandaría a España, con unos familiares. La mamá de las chamacas no estuvo en la escena del drama.

Una cuadra antes del lugar de la fiesta, las jóvenes se toparon con unos amigos que iban para el mismo lugar. El encuentro les hizo olvidar la pesadumbre que las había invadido momentos antes.

Cuando llegaron los recién casados entraron directamente a un cuarto donde el fotógrafo y su asistente instalaron lo necesario para las fotografías de la pareja. La sesión de fotografías duró aproximadamente una hora. Una vez que terminaron, a paso

lento caminaron entre los invitados hasta llegar a la mesa asignada para ellos. Se escucharon vivas y aplausos.

A las dos de la tarde el recinto estaba ocupado más de la mitad. Las familias llegaban entusiasmadas; las mujeres del brazo de sus maridos, las hermanas con los hermanos, las novias de la mano de sus novios.

Los invitados escogían los mejores lugares para sentarse. Unos preferían cerca de la música; otros, lejos. Otros más buscaban a familiares o amigos.

Uno de los conjuntos musicales tocaba baladas; alternaba con los mariachis. La gente coreaba las canciones. El tablado para los músicos estaba adornado con telas multicolores de formas circulares, como en las fiestas charras. Al fondo estaba la improvisada cocina; enfrente, la barra con las bebidas.

El menú era: barbacoa, consomé de borrego, carne asada, chicharrones y carne de cerdo adobada. Para tomar: cerveza, tequila, y whisky para los invitados especiales.

Mi tía abuela me propuso que continuáramos al tercer día, tenía que cumplir compromisos el siguiente día. Acepté la propuesta, no me quedaba de otra.

AL CAER la tarde del día señalado llegó la tía abuela; encontró la puerta abierta, entró saludando en voz alta.

—Buenas tardes. ¿Quién está...? —preguntó la visitante.

—Yo, tía, pásele —contestó mi mamá desde la cocina—. ¿Qué la trae por acá?

—Pues a cumplir con mi tarea de contarle historias a la pequeña más hermosa del universo, a la que más quiero —respondió sonriente la tía abuela.

—Bueno, de ser así, bienvenida, tía —contestó mi mamá en tono alegre—. Tengo chocolate batido con molinillo y preparado como a usted le gusta.

—Te lo acepto, sobrina, hace tiempo que tenía ganas de ese chocolate; a ti te queda para chuparse los dedos.

—También le ofrezco pan de huevo, me lo trajeron hoy en la mañana; lo indicado para esta nublada y fría tarde —Inmediatamente le llevó a la sala lo ofrecido.

La narradora preguntó por mí, le dijo mamá que estaba hojeando un cuento que cayó en mis manos: *La Cenicienta*. Le propuso que se acomodara en el sillón de siempre.

La abuela se dejó caer en el asiento, tomó la tasa con chocolate de la mesita cercana, dio un sorbo; por el momento no tomó el pan. Cuando me avisó mi mamá que había llegado la tía dejé el cuento que estaba hojeando, me dirigí a la sala, la abracé, tomé la posición de siempre, le dije:

—Ya puedes comenzar tía hermosa.

—¿En qué nos quedamos, hija?

—En la comida.

—Ah, bien, sigamos.

Agregamos mesas por que llegó más gente de la invitada; lo habíamos previsto. Había comida y bebida para todos.

De pronto, el cantante interrumpió la canción para anunciar el brindis que ofrecería el padrino. La gente se puso de pié, aplaudieron, gritaron vivas a los recién casados. El padrino de brindis subió al templete, se colocó frente al micrófono, irguió su cuerpo, respiró profundo, inició el discurso. Habló de las virtudes de la pareja y del feliz futuro que les esperaba; finalmente pidió a todos levantar sus copas para brindar por la dicha de los recién casados. Después de los aplausos continuó la música; el cantante aprovechó el momento para expresar frases de elogio. Las muchachas destilaban alegría a borbotones.

El vocalista —prosiguió la tía—, invitó a los presentes para que hicieran un círculo en torno a la pareja mientras bailaban el vals. Otro, con dones de animador, propuso que levantaran y agitaran sus brazos al compás de la melodía y que corearan los nombres David y Celeste. Tu mamá sonreía emocionada. Solo tenía ojos para tu papá, no le quitaba la vista de encima. El velo caía sobre su cara, apenas tocaba su afilada y respingada nariz. En cuanto terminó el baile de los novios los meseros empezaron a servir la comida. Aunque hubo más personas de las invitadas a todos se les atendió por igual.

El relato de la fiesta me mantenía embelesada; la abuela tenía fama de buena conversadora, hasta los chismes contados por ella adquirían relevancia. Mi imaginación se nutría con esas narraciones.

La plática abundaba en detalles. La tía Dulcita podía pasarse muchas tardes atrayendo mi atención.

La tía se levantó, caminó a la cocina, solicitó algo y regresó para continuar.

COMO A LAS 5 y media de la tarde terminaron de comer. Por micrófono se anunció la partida del pastel; la pareja se acercó a la mesa, ambos unieron sus manos para sujetar el cuchillo, partieron la primera rebanada. En la cúspide estaba colocada la pareja de muñequitos de dulce. Los meseros, con ensayada rapidez, se encargaron de cortar y repartir el resto.

Esa noche me sentí arrullada por el relato de Tiita. No pude vencer el sueño, me quedé dormida. Ella aprovechó para comentarle a mi mamá que los encuentros conmigo para comentar la boda, debían concluir.

—Celeste: he pensado que debo terminar con la historia de tu boda, solo vendré una vez más a contársela, le diré que no hay más. Me va a pesar porque está muy

interesada pero hay terminar con esto, no debemos crearle la idea de que así deben ser todos los casamientos —Las dos se despidieron con un beso en la mejilla.

La tía acudió a la cita hasta el sábado siguiente. Llegó cuando el reloj colgado de una de las paredes del comedor marcaba las cinco con treinta y cinco. Tocó, entró, saludó a quienes se encontraban dentro; alguien contestó el saludo. Mi mamá estaba fuera de la casa, la cocinera me avisó que había llegado la parienta.

—¿Ya estás lista, amor? —me preguntó en tono dulce al tiempo que se sentaba en el sillón. Le dio un trago al café, inquirió si aún había pan de huevo; se lo llevaron minutos después.

—Ya estoy lista para escucharte —le contesté a mi narradora voluntaria.

Me puse pestañas postizas. Un crucifijo de oro macizo colgaba de mi cuello. Mi vestido era azul claro; el saco, azul oscuro. La blusa y las zapatillas eran rosadas.

A media fiesta no soportaba las zapatillas, me dolían los pies. En dos ocasiones me senté para descansar. En lugar de mesas se usaron tablones unidos entre sí, pintados de azul con blanco. El lugar estaba guarnecido con lonas atadas de alcayatas clavadas en las paredes. Bajo una arcada había sillas de montar sobre estructuras de madera. Los olores de la comida y de las flores no fueron suficientes para esfumar el olor a caballos, las caballerizas estaban al lado. El agua de jamaica estaba a un lado de la barra de cantina, en unos peroles. La mesa de los nuevos esposos era redonda, la cubría un mantel de lino blanco con borlas en la orilla y en el centro flores bordadas en alto relieve.

En tono suplicante le propuse a la tía de mi mamá que continuara. No sabía que era la última conversación que tendríamos sobre la boda.

Tu mamá, parada junto a su mesa, platicaba con las mujeres que se acercaban. Sus grandes ojos se entrecerraban cuando sonreía. Las muchachas se arremolinaban para compartir la alegría y la emoción por la unión de la pareja. Tu papá no paraba de saludar a los hombres, uno por uno. Le sonrojaban las bromas de los amigos.

—¿Qué pasó con las dos mujeres que lloraban por mi papá?

Ah, sí, Miranda y Blanca... Se acercaron a tu papá para felicitarlo, parecían fingir alegría por el matrimonio. Ambas, de soslayo pero sin ocultar su pasioncilla, miraban a la radiante esposa que disfrutaba la pertenencia al chico más codiciado del pueblo.

Al final del encuentro, la tía me reprodujo el comentario que hizo una señora con fama de adivinadora.

Te comento que una comadre me hizo saber que a la fiesta asistió una señora de nombre Juana Bujaidar, apodada doña Brujaidar por su fama de adivinadora. Le dijo que el matrimonio de tus padres estaría marcado por el mal fario, que el daño recaería en alguno de sus descendientes. Agregó que tus papás radiaban tanta belleza y

esperanza que no escaparían a las envidias de la gente mala. Recomendó que tus ellos debieran acudir a un hechicero para que los liberara del hechizo.

El comentario se quedó sembrado en mi mente. El sobrenombre Brujaidar lo recordé siempre, lo asocié con algo negativo. Hubiese deseado que mi querida tía no me hubiera comentado nada.

UNA SEMANA ANTES de cumplir catorce años nos mudamos a Papantla, pueblo asentado en terreno irregular con subidas y bajadas. La gente se conocía entre sí, el ambiente era cordial.

En el centro del pueblo había un parque con árboles de follaje verde, uno junto al otro, creando un efecto de bastidor alrededor del jardín.

El lugar estaba dominado por la familia Bustanni Galli. Se dedicaban a la crianza y venta de ganado, también tenían sembradíos de vainilla, naranja y limón. La tienda de abarrotes más grande del pueblo era de ellos, igual que una farmacia. De su propiedad era una tienda de ropa y una panadería, famosa por el pan de huevo cocido con leña. El dependiente colocaba las piezas en un pedazo de papel de estraza, unía las esquinas, le daba un par de vueltas al envoltorio; lo entregaba al cliente.

En la vitrina de la izquierda se encontraba el pan ácimo para cierto tipo de comidas. En la de la derecha, el pan dulce y de sal.

Les fiaban a los clientes cuando no se completaban para el pago; los compromisos eran a la palabra.

Participaban en otras actividades de las que no se hablaba. Tenían dinero y buenas relaciones con el gobierno. No era común escuchar malos comentarios de esa familia.

Al morir su marido, doña Carola Galli, mamá de Bladimir y de Ricardo, quedó al frente de la familia.

Nos mudamos a ese lugar porque papá tendría trabajo asegurado como médico veterinario; en el pueblo solo había uno. También había escuelas donde yo podía estudiar.

En Papantla trabajaban todos: los hombres, las mujeres y los jóvenes. La economía era buena. En cada casa había un huerto y aves de corral para consumo familiar. Las mujeres solo usaban pantalones para realizar tareas de campo; se protegían de la picadura de algún animalejo o la pinchadura de espinas.

Ricardo, el hermano de Bladimir, tenía cejas pobladas, tez blanca, estatura mediana, rasgos españoles, pelo amarillento, mirada lujuriosa.

Los domingos, la muchachada se reunía en el parque. Los hombres caminaban en un sentido y las mujeres en el contrario. Se veían, sonreían, ellos las invitaban a sentarse con el propósito de entablar amistad o noviazgo.

Caras llenas de alegría y esperanza. En sus chispeantes ojos se podía ver cómo los sueños se entremezclaban con la realidad de su mocedad.

En el centro del parque estaba un quiosco donde vendían tortas y pambazos y nieves de varios sabores. Alrededor había bancas de hierro fundido y macetones como de mármol.

CAPITULO 2

La fiesta de mis quince años fue inolvidable; viví el mundo rosa de los cuentos. Asistió el chico que aceleraba mi corazón: Paulo Emilio. Hizo su servicio social ahí y luego instaló su consultorio médico. Estudió medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, se graduó con mención honorífica. Era alto, educado, atlético, pelo castaño, ojos claros. Pertenecía a una familia unida y amorosa. En las conversaciones me platicaba de sus papás y de toda la familia.

La primera pieza musical la bailé con él. Era carismático. Se nutría del conocimiento de los demás según me lo aseguraba. Como médico era acertado en sus diagnósticos: sus pacientes sanaban a la primera receta. Estaba labrando fama de buen médico. ¡Por supuesto que llamaba mi atención! Yo también le atraía. Disfrutamos el baile. Todas las miradas estaban sobre nosotros.

Luego bailé con mi papá, después con primos y con compañeros que me lo solicitaban. Mientras danzaba, el joven médico permanecía al lado de la pista de baile. Sus ojos no dejaban de mirarme, en ningún momento dejó de sonreír; sólo a mí me veía. Cuánto hubieran dado las otras chicas por bailar una pieza con mi pretendiente. Sin control, mis ojos lo buscaban como los árboles buscan el sol.

Mi papá invitó a la fiesta al señor Bladimir con quien había hecho buena amistad. Le participó a papá que él obsequiaría varias botellas de vino importado y algunos embutidos. Aparentaba unos 40 años, era soltero, nunca había estado casado; su plática era amena, según mi papá. Familiares nuestros que se enteraron del “detalle”, supusieron que lo hizo porque mi papá, que sabía de ganado, salvó a varios de sus animales de una epidemia, y que según con esto le devolvía el favor. Mi papá y él se habían caído bien.

AL BAILAR, mi pretendiente balanceaba su cuerpo con lentitud pero con ritmo. Junto a él las canciones me envolvían; la fiesta era el mundo de los dos. Bladimir conversaba alegremente con mi mamá cuando papá recorría las mesas saludando a los invitados.

Todos mis compañeros de escuela asistieron, solo faltaron dos: Jorge, que estaba enfermo, y Joel, que acompañó a sus papás a visitar a su abuelita que estaba delicada de salud. Todos se divertieron y bailaron hasta la saciedad.

Alguien dio la orden para que los meseros sirvieran los alimentos, yo no tenía hambre, tampoco mi pretendiente; nos interesaba bailar. Cuando nos daba sed hacíamos una pausa para ir a tomar unos sorbos de refresco. Cuando a mi pretendiente le ofrecían licor sonriente declinaba la invitación. Cual más invitaba a Paulo Emilio a que se sentara en su mesa; con gentileza agradecía las cortesías pero él deseaba permanecer cerca de mí. Ese día conocí el amor de juventud, fue algo maravilloso.

Departir con Paulo Emilio me emocionaba, mi corazón percutía de euforia, era la profundidad del éxtasis. Después de bailar varias piezas, mi joven galán me pidió que fuéramos a la mesa para comer algo, accedí; lo tomé como una cariñosa orden.

Con elegantes movimientos mi pretendiente separó la silla, me coloqué delante, la deslizó hacia el frente, me senté. Él quedó a mi lado. Tomó la servilleta bordada con mi nombre en color rosa, la desdobló, la colocó sobre mi pierna, se levantó un poco de la silla para alcanzar una botella de vino que sacó de la bandeja con hielo. Miró con detenimiento la etiqueta, me explicó que ese vino había sido producido en el viñedo de Borgoña, en Francia. Me habló del sabor, aroma, bouquet y otros detalles; en seguida tomó mi copa, me dijo que por esa ocasión omitiría el ritual de servirme unas gotas para probarlas y decidir si lo tomaba. Desconocía el sabor de esa bebida, nunca antes la había tomado. Con su mano derecha tomó la botella, la inclinó para verter el líquido en la copa que sostenía con la izquierda, la levantó, hizo movimientos circulares, observo qué tanto se pintaban las paredes con el vino, me dijo: Zalia, es buen vino, puedes tomarlo con confianza.

En la mesa donde estaban mis papás había rebanadas de pierna de pavo, chorizo español, nuez de la india, jamones, salami y otros productos que no recuerdo. Los había obsequiado Bladimir.

Con la vista busqué a mi papá, con discretas señas le consulté si podía tomar la bebida; movió la cabeza afirmativamente. Algo susurró al oído de mi mamá, los dos sonrieron. Una semana después me enteré que mi galán había conseguido la aceptación de mis papás.

Hubo un detalle que en ese momento me llamó la atención: Bladimir se fijaba más en mi pretendiente que en mí. Mis papás no dejaban solo a Bladimir, mientras uno se retiraba el otro permanecía con el amigo.

El día estaba despejado y caluroso. Mis compañeros, agitados de tanto bailar, bebían con ansias las bebidas; no tomaban licor, sus familias se los prohibían.

Hubo música toda la tarde. Cuando se venció el tiempo contratado el amigo de papá llamó con señas a uno de sus ayudantes para murmurarle al oído que les dijera a los músicos que continuaran tocando, él cubriría el pago de ahí en adelante. Cumplida la orden, desde lejos el emisario hizo un ademán dándole a entender que habían aceptado. ¡La instrucción se había cumplido! Mis papás agradecieron las cortesías del cacique por el detalle. Cómo se me va a olvidar la sensación de rozar su cara con la mía al momento de bailar. En sus ojos veía dos luceros.

Una de las pocas veces que me senté me sacó a bailar Ricardo, el hermano de Bladimir. Al terminar la canción me regresó a la mesa. Inmediatamente llegó mi amiga Rossina, acercó su boca a mi oído, en tono doliente espetó: “¡Maldito!, ¿Por qué vino?” Me sorprendió el comentario, no supe a qué se refería, especulé que era una simple expresión de animadversión hacia esa persona. Mi amiga cerró los puños de sus blancas manos, hizo prolongada pausa, lo siguió con la mirada.

Cumplía quince años, dejaba atrás mi niñez para convertirme en una dama; de niña pasaba a ser mujer. Ya podía tener novio con permiso; Paulo Emilio lo sabía, por eso se me declaró. Me dijo: “Tu reluciente figura ha llenado mis ojos por donde a veces brotan lágrimas”. De sus apetitosos labios brotó mi nombre, con suave entonación me expresó: “Te amo como las rosas aman el verano, te necesito como las aves necesitan sus alas”. Y continuó: “La resplandeciente luz que en tu cara veo llega a mi corazón; también está iluminando el camino de mi sueño hecho realidad. Después de los libros que me dieron la sabiduría que ahora guarda mi cabeza, mi embeleso eres tú; desde ahora vivirás en mi corazón”. Sentí esas palabras como gotas de lluvia fresca cayendo sobre mi cuerpo.

Ansiosa esperaba la pregunta. Le miré a los ojos, sentí que el cielo se abría, la sangre se agolpaba en mis venas. Mi corazón latía fuerte. Prosiguió: “Evitar amarte es como impedir que el sol brille...”. De su boca salían palabras dulces. Otra vez le vi a los ojos, parecían suplicantes. A mi alrededor los chicos cantaban y bailaban. Las palabras de los señores rebotaban en las mesas. El vino arrancaba euforia de sus cuerpos. Estaba absorta, sentía que flotaba; éramos como dos aves que batían sus impalpables alas.

Deslizó su mano desde mi cintura hasta tocar mi pelo con sus dedos, lo hizo dos veces; sentí esa extraña sensación. “Estoy fascinado con el aroma de tu perfume, es de azahares, puedo asegurar que cuando eran flor estaban celosamente vigiladas por los ojos del mismo sol que ha cuidado de ti. Te amo más que lo que digan las palabras. Desde que supe de ti te llevo en mi mente”. Su mano apretaba la mía, su brazo me envolvía, sentía su pulso.

Aún no me había pedido que fuéramos novios pero deseaba seguir escuchando esas bellas y dulces frases. Para mí, había sol en día nublado; el calor del amor logró fundirnos en uno, sería para siempre. No éramos los únicos enamorados, había otras parejas que se veían con ojos de amor, platicaban sin hablarse; se comunicaban a través de sus almas.

Esa tarde fue el momento más feliz de mi adolescencia. “Por favor mi querida Zalia, extiende tus manos para tocar el amor, escalemos juntos el arcoíris. Para mí, estar junto a ti es una realidad, no un sueño, porque los sueños son para los que duermen y yo, contigo a mi lado, deseo disfrutar despierto todo”. Estas frases emocionaron mi alma.

“Necesito tu piel, necesito tu olor, quiero entrar a tu corazón, quiero ser tu eterno enamorado; quiero que me conteste tu alma. No sabes cuántas veces tuve que ver el cielo para que la mujer que imaginé llegara a mí; perdí la cuenta de los años que pasaron antes de encontrarte. Ahora que estás frente a mí no permitiré que nada se interponga en nuestra relación de amor. Nada se opondrá a que ésta tarde mis sueños se hagan realidad”. Me decía convencido.

Vi en su cara la ansiedad de un enamorado que espera ser aceptado por la mujer que ama. Cuando me pidió que fuera su novia, a pesar que esperaba esa pregunta, sentí una sensación de frío y calor a la vez; perdí el ritmo de la música, no recuerdo si las manos me sudaban. Debía darle el “Sí”, no podía prolongar ese estado de reacciones encontradas, caería desmayada si no me apresuraba a contestarle. Él me observaba con ansias de sellar el pacto, estaba dispuesto a tomar en su alma mi vida de adolescente. Me veía con pasión; pero otro tipo de pasión: la del amor verdadero.

Los de la mesa de honor permanecían ajenos a nuestro idilio, no escuchaban las campanitas que sonaban en mi cabeza.

Paulo Emilio no me amaría de vez en cuando como suele ocurrir con otros noviazgos, él me amaría para siempre, para toda la vida. Aquel 15 de mayo estaba con el hombre más codiciado de mi fiesta. De pronto aparecieron deseos de llorar pero de alegría.

POR FIN LLEGÓ LA PREGUNTA. Una frase me regresó súbitamente a la pista de baile: “Dime que sí, mi pequeña hermosa”. Miré a mí alrededor, tuve deseos de gritar ¡Sí! Fue un momento de desconcierto. Voltee a ver a mis papás, luego vi los adornos que pendían del techo, mi corazón se quería salir del cuerpo... ¡Debía decirle que sí! ¡Le dije que sí!

Me prestó atención con ternura, me dijo: “Gracias a mi Dios que me escuchó, recé todos estos días para que me aceptaras como el hombre de tu amor y de tu vida”.

Paulo Emilio me dijo que a partir de ese momento nuestros caminos se unían, que desde que me conoció formé parte de sus recuerdos. Regresamos a la mesa, tomé un trago de agua, mi mamá y yo nos miramos, se sonrió conmigo, guiñó un ojo, levantó la copa con agua, me dijo: ¡Salud! Correspondí diciendo en voz alzada: ¡Salud!, anunciando el pacto de amor que habíamos sellado Paulo Emilio y yo. ¡Mamá había descubierto que ya éramos novios!

Mi novio descansó su brazo sobre el respaldo de mi silla, con su mano rozó mi espalda, acercó su cara a mi oído, me expresó: “Soy tuyo, Zalia. Para que tengas la seguridad de mi amor por ti te pido que preguntes a mi corazón, te dirá la verdad”. La canción que estaban tocando cuando Paulo Emilio me pidió que fuera su novia fue: “Y la amo” de los Beatles. Hasta la fecha adoro esa canción.

Lo más hermoso pasó por mi mente. Podía afirmar que lo nuestro no sería polvo en el viento. Colocó su mano encima de la mía que estaba sobre mi pierna, nadie vio. Pensé en decirles a mis papás al siguiente día de la fiesta. Como habíamos platicado lo necesario en ese rato, nos quedamos callados para ponerle atención a las pláticas de los mayores. Después de unos minutos alejó su mano de la mía, me miró fijamente, guiñó un ojo, colocó las manos sobre la mesa, con el tenedor tomó un pedazo de pastel.

Eran las ocho de la noche. Las fiestas de quince años terminaban a las nueve, a veces un poco después. Yo hubiese deseado que se prolongara por días. A las ocho y media la gente empezó a despedirse. Primero de mí, luego de mis papás.

Al siguiente día bajé a desayunar más tarde que de costumbre. Mi mamá preparaba el desayuno para cuatro personas: mi mamá, dos primos y yo.

—Buenos días a todos... ¿Y papá? —le cuestioné a mi mamá.

—Lo invitó a desayunar nuestro amigo Bladimir.

—¿Regresará para comer?

—Sí, comerá con nosotros.

Con los efectos de la fantasía vuelta realidad, me dirigí al lugar en la mesa que desde pequeña ocupaba.

—¿Y mis tíos?

—Se levantaron tarde, estuvimos platicando hasta noche; apenas se están bañando. ¿Ya se te olvidó que es domingo?

—No, mami, lo tengo presente —le confirmé.

En eso estábamos cuando me hizo el comentario que no imaginaba.

—Anoche se te declaró el muchacho, ¿verdad?

—Sí, mamá. ¿Cómo te diste cuenta?

—varios nos dimos cuenta, recuerda que los ojos estaban puestos sobre ti.

—Sí, pero...

—No te preocupes, hija, tu papá también lo notó.

Estaba ansiosa por escuchar el veredicto de mi papá, quería saber su opinión...
¡Me urgía!

Mamá observó mi preocupación; acotó la conversación para expresarse.

—No te preocupes, hija, lo platicamos tu papá y yo, aceptamos tu noviazgo con el joven médico. Es un buen muchacho, pertenece a una buena familia, bien integrada; además, en la universidad fue brillante —Estaba sorprendida de tanta información, hasta ese momento no sabía de dónde la habían obtenido—. Son de León, Guanajuato, viven en el Distrito Federal —agregó mi mamá delante de los primos.

—Anoche —continuó—, mientras bailaban se acercó un amigo de nosotros, se expresó de manera elogiosa del doctor y de su familia; también es de Guanajuato. Independientemente de lo que nos hayan dicho cuentas con nuestra aceptación y nuestro apoyo, como siempre.

El comentario de mi mamá me tranquilizó, tuve deseos de gritar “¡gracias!” con toda la fuerza de mis pulmones; me contuve, le dije que esas palabras me hacían muy feliz; me abalancé hacia ella para darle un abrazo, me colgué de su cuello, ella me tomó por la cintura, casi me levanta del piso. Mi madre, siempre amó a mi papá. Sabía de eso. En el pueblo de dijo que Bladimir contribuyó con parte de los gastos de mi fiesta para que papá se viera comprometido a curar gratis a sus animales.

CAPÍTULO 3

Ocho días después de mi fiesta llegó a la casa una señora como de 60 años. Vestía ropas estampadas en colores fuertes, falda larga, colganderos en el cuello; cubría su cabeza con una pañoleta roja anudada en la nuca. En la mano traía unas ramas envueltas en papel de estraza del utilizado en las panaderías para envolver el pan. Abrió la puerta, saludó, sin esperar más hizo dos preguntas.

—¿Eres la agraciada niña que acaba de cumplir quince años?

—Sí, soy yo —le respondí, en seguida le pregunté:

—¿Que desea usted, señora, a quien busca?

—Tu mamá está en casa? —atajó.

—Sí, permítame por favor, ahora le llamo.

Entré, me seguí hasta el traspatio donde mi madre le daba de comer a unos conejos que le habían regalado.

—En la puerta está una señora de extraño aspecto, te busca, dice que no se ven desde hace tiempo... que trae noticias que te quiere dar.

—Pásala a la sala, dile que enseguida estoy con ella.

Instantes después mi mamá entró, se dirigió a la sala, sonriente saludó a la recién llegada, se sentó en el extremo del mismo sillón. Al verla supo de quien se trataba.

Me ubiqué donde pudiera escuchar la plática porque me dio la impresión que era portadora de noticias desagradables.

—Qué bueno que vienes —le musitó mamá mientras le sujetaba los brazos—, si vieras el gusto que me da cuando vienen del pueblo a visitarme. Siempre me traen buenas nuevas y también suerte. Si esta visita hubiera sido la semana pasada te habría invitado a la fiesta de mi hija, la que te recibió y atendió.

—Sí, lo sé, desde que nació he llevado la cuenta de su edad, sabía cuándo cumpliría quince años. Vine después de la fiesta para no echársela a perder.

Escuché bien las palabras de la rara mujer desde donde estaba agazapada. Noté que mi mamá se sorprendió por el comentario. A la señora le achacaban algunas brujerías, según me comentó mamá después.

—Sabes que ya estoy vieja y muy enferma —confesó la señora—, yo sé que pronto voy a morir, la enfermedad que tengo nadie la podrá curar, así está escrito, pero no puedo quedarme con lo que traigo dentro.

Mi madre hizo un prolongado silencio en espera de lo que aquella mujer quería decirle.

—Tu hija acaba de encontrar un buen amor, pero lo que me hizo venir es una sombra en el futuro de tu muchachita, un hombre malo le va a echar a perder la vida, tengan cuidado, no es el guapo joven que ahora trae en su corazón, es un varón viciado de su alma. Ese individuo a ustedes los está cercando.

Mi mamá le ofreció café, comida, un pedazo de pastel, nada aceptó. El diálogo no duró más de quince minutos. La señora se disculpó por no permanecer más tiempo platicando con ella. Una vez de pie, le pidió a mi mamá una oración cuando se enterara de su muerte. Mi mamá le contestó que no lo haría pronto porque “te esperan muchos años en este mundo”.

De la conversación nada me comentó mi madre, yo nada pregunté. Después me aclaró que se trataba de una mujer a la que conocían con el sobrenombre de Brujilda, porque se creía adivina, pero que “hablaba puras tonterías”. Rápidamente recordé que la tía Dulcita la había mencionado cuando me platicaba de la boda de mis papás.

Tres meses después, en una plática de sobremesa, mi padre comentó que la señora que nos había visitado aquel día acababa de morir. “Bueno, se vino a despedir con falsos pronósticos”, soltó mamá a papá. “De cualquier manera le agradecemos la visita que nos hizo”. Delante de mí no comentaron más.

AQUEL DOMINGO mi novio llegó en punto de las diez y media de la mañana, tocó la puerta una vez, mi mamá salió a su encuentro, lo invitó a pasar a la sala; le

ofreció algo para tomar, agradeció sin aceptar. Le aclaró que nuestra intención era llegar puntuales a la misa de las once, argumento suficiente para que mi mamá me dijera que me apurara para llegar puntuales a la misa. “Para que alcancen asiento en las primeras bancas”.

Nuestra oculta intención fue darnos un tiempo para platicar a solas antes de llegar al templo de Dios a las doce del día. Paulo Emilio vestía todo de blanco, hasta los zapatos eran blancos. Caminaba erguido pero cuidando no parecer acartonado. Desde que salimos de la casa me tomó de la mano, me enseñó que la mujer cuando era acompañada por un varón debía caminar del lado de la acera, que el hombre debía caminar por la orilla. Caminamos lento hasta llegar el parque.

Vimos varios matrimonios jóvenes con sus pequeños hijos enseñándolos a caminar. A ratos los dejaban solos; algunos caían derribados por el peso de sus cuerpecitos. En una esquina del parque estaba el vendedor de globos; al lado, tres niños comprando algodones de azúcar. En cada una de las cuatro esquinas había un lustrador de calzado, se escuchaban los rechinidos de los trapos al friccionarse con los zapatos. Una banda musical integrada por una familia indígena tocaba melodías de moda.

Dimos dos vueltas al parque, rápidamente nos encaminamos a la cafetería que estaba enfrente. Nos instalamos en la única mesa desocupada. Llegó la mesera, en su libreta anotó el pedido; se retiró. Mi novio inició la plática comentándome de sus pacientes. Me explicó que los pacientes que no tenían dinero para pagarle la consulta no se las cobraba. Les decía que regresaran cuantas veces requirieran, tuvieran o no dinero. “A algunos les regalé las medicinas de las muestras médicas de las que me dan los laboratorios”.

“Fíjate amor que los indígenas están desnudos de maldades, son los mejores seres que yo haya conocido en mi vida. Son personas cálidas, de peto y algodón; de gran corazón. Son pobres, pero nunca les falta de comer. Te hablan de su tierra en tono cariñoso. No les hace falta lo que nunca han tenido”.

Las risotadas de los niños del parque se escuchaban hasta nuestra mesa. Continuó diciéndome bellas frases como sacadas de un libro clásico. Remató con las siguientes: “Nunca olvides los días grises, son ellos los que traen el brillo del sol. Tampoco olvides las derrotas porque son las que nos proporcionan las victorias. Jamás olvides los errores, serán ellos los que te darán lecciones; ni la soledad, ella te hará entender tus amores, te allegará a tus amigos y te acercará a Dios”.

Esas frases halagaban mis oídos. A nosotros se acercó una pareja, parecían mercaderes provenientes de otro lugar. El hombre interrumpió las palabras de mi novio para hacer oír las suyas: “Doctorcito, lo interrumpo para agradecerle la vida de

mi mujercita, usted la salvó de la enfermedad... ¡Sentía que se moría!... Y mire usted, hasta un chilpayate pudo tener, que Diosito los bendiga”

Salíamos del lugar cuando otra señora prorrumpió nerviosa para decirle a mi novio que su pequeña hija, de apenas cuatro años, tenía fiebre. “Tiene fiebre, doctor, ya desvaría, al parecer es una infección intestinal”. Mi novio le hizo unas preguntas a la desesperada madre. Concluyó que la causa de la calentura no era lo que suponía la mujer; su mal provenía de otra cosa. Ahí mismo improvisó una receta con las indicaciones para el uso de los medicamentos. Le dijo que los adquiriera en un dispensario médico que estaba en las afueras de la ciudad, y no en la farmacia del centro porque “los precios son altos”. Se marchó con semblante de agradecimiento.

Los reconocimientos eran frecuentes. Nos abordaban en la calle o donde fuera para agradecerle o para bendecirlo. A pesar de su juventud sabía mucho. Se retroalimentaba con su propia dignidad. Me decía: “Primero enamórate de ti, cariño, te sentirás muy bien; luego te enamoras de alguien, te sentirás mejor”. Era la primera vez que un chico me invitaba al café, me sentía realizada.

TOMADOS DE LA MANO caminamos a paso lento rumbo a la iglesia. El contacto con su mano me transmitía sensaciones encantadoras. Sobre las ramas de los árboles había pájaros que batían sus alas; otros volaban en parvadas. Un hombre de cara afilada, nariz aguileña y mirada torva, caminaba con la cabeza agachada. Cuando pasó frente a nosotros levantó la cara, se le quedó mirando a mi novio, dijo algo entre dientes; continuó su camino con paso rápido. Más adelante, dio media vuelta para regresar sobre sus pasos. Repitió la misma acción cuando pasó frente a nosotros. Se perdió entre la gente.

Subimos la escalinata, llegamos a la puerta principal, entramos. Al cruzarla nos soltamos de la mano, nos persignamos. Había silencio, se escuchaban las pisadas de los que caminábamos dentro. Olía a velas encendidas y a flores frescas. Transitamos por el pasillo del centro en ese momento adornado con dos líneas de jarrones con tulipanes. Nos dirigimos al frente en busca de lugares para sentarnos; los encontramos en la segunda banca.

Levanté la cara, observé las figuras celestiales pintadas en las cúpulas, imaginé el cielo. La misa inicio a las doce en punto. La iglesia resplandecía de fieles enfundados en sus galas de domingo. El sermón que ofreció el joven cura, que recientemente lo había llegado al pueblo, trataba de las indulgencias, los pecados, la tolerancia, el diezmo... y otras cosas que no les puse mucha atención. Cerca de la entrada, estaban sentados los hermanos Bladimir y Ricardo, acompañados por su mamá. Fuimos los primeros en recibir la hostia. Detrás nuestro se formaron Bladimir, su mamá y su hermano. Alcancé a escuchar lo que dijo la señora con voz enronquecida y musitada:

“Qué hermosa mujercita están viendo mis envejecidos ojos. La gente de hoy ya no quiere venir a encontrarse con Dios, por eso hay tanta maldad. Me da gusto verte aquí, hija”. Le agradecí sus comentarios.

Regresamos a nuestros lugares. Cuando finalizó la misa caminamos a la salida; me encontré otra vez con la señora Carola, se despidió de nosotros, lo mismo hicieron Bladimir y Ricardo.

En misa agradecí a Dios la oportunidad de estar feliz. Afuera saludé de lejos a varias amigas, correspondieron agitando sus manos. Los rayos del sol nos obligaron a entrecerrar los ojos. Regresamos al parque, nos detuvimos frente al vendedor de nieves; él pidió de vainilla, yo de fresa. En el camino nos topamos con un indígena con un problema en su pierna izquierda; renqueaba, se apoyaba en una rudimentaria muleta construida por él mismo. Se disculpó, sin esperar más le expuso a mi novio que tenía necesidad de verlo en el consultorio pero que estaba “juntando” para la consulta. Ahí mismo Paulo Emilio le revisó la pierna, fue al restaurante donde antes estuvimos, tomó una servilleta, improvisó la receta, se la dio al enfermo; le dijo que no le cobraría la consulta. “Nadie hace lo que usted, Dios le dará más”

Nos ilusionaba hablar de planes matrimoniales. Estuvimos de acuerdo vivir unos años en Papantla, mientras reuniríamos el dinero suficiente para mudarnos a la ciudad de México; “Deseo que nuestros hijos asistan a las mejores escuelas.

EN MIS RATOS LIBRES y con el permiso de mis papás, bueno, más bien de mamá porque papá se oponía un poco; acompañaba a mi novio a su consultorio. Sobre su escritorio había figurillas que le regalaban. Algunas veces iba con él a comunidades a atender a pacientes que por su enfermedad no se podían trasladar al pueblo.

En una ocasión me invitó a una de las comunidades para atender a una paciente que tenía que estar en reposo obligado. Vivía en una casa construida con tabloncillos de madera de pino. Tenía una puerta y tres ventanas desprovistas de cristales. El techo también era de madera, lo cubría una capa de chapopote para protegerlo del agua. Alrededor había árboles frutales y sembradíos de verduras. Atrás de la casa estaba un corral con gallinas y dos guajolotes. Cuando llegamos nos recibió la hija de la enferma. En el saludo sentí sus manos ásperas, denotaban trabajo de campo. Su rostro estaba deslustrado por la exposición al sol y al viento. Me quedé en la cocina platicando con la muchacha; aparentaba treinta y cinco años pero acababa de cumplir treinta. Mi novio exploraba el debilitado cuerpo de la enferma. La hija de la señora me describió la vida de ellos. Al término de la consulta, mi novio sacó de su maletín las medicinas que la señora requería para curarse; se las obsequió. Nos despedíamos para retirarnos, la hija intentó pagar el costo de la consulta, mi novio le dijo que aceptaría el pago si la señora recuperaba plenamente su salud. Nos invitaron a comer,

mi novio volteó a verme, entendí que solicitaba mi respuesta, moví la cabeza afirmativamente; se sintió complacido. Nos quedamos a comer.

El menú: caldo de gallina, frijoles cocidos en olla de barro y tortillas gruesas y grandes recién hechas. Comprobé que la comida guisada con leña se deleita mejor.

No utilizamos cubiertos. Ellos no usaban esos instrumentos para comer. Las servilletas eran de tela con flores bordadas. Al principio me costó trabajo comer sin cubiertos, solo había cucharas. Mi novio comió sin dificultad alguna, estaba acostumbrado a comer en las comunidades donde no usaban ese tipo de instrumentos. Se sentó a la mesa, se arremangó las mangas para no mancharse con la comida, tomamos los alimentos como aquella familia lo acostumbraba hacer.

CAPÍTULO 4

Nuestro noviazgo duró poco tiempo: seis meses. A los cinco de haber iniciado nuestra relación, por el pueblo corrió el rumor que alguna persona había muerto porque mi novio le había dado medicina caducada. Cinco días después se especuló sobre otro caso similar: que el doctor, mi novio, les daba medicamentos equivocados. Anticipándose a mi pregunta, mi novio me dijo: “Mi vida, lo que se dice de mí no es cierto, alguien trata de desprestigiarme, no entiendo por qué lo hacen; no tengo la menor idea de quién pueda ser”. Le creí, no dudaba de su palabra.

Poco tiempo después fue al consultorio un grupo de tres personas, se decían familiares de otro paciente que había muerto por causas similares, según vociferaron. Gritaban que el doctor estaba matando a la gente del pueblo. Mi novio estaba desconcertado, trataba de poner en claro quién estaría detrás de esa farsa, no atinaba quién podría ser, sentía que su convicción flaqueaba, se pasaba noches enteras sin dormir. Varias personas especulaban sobre el probable autor de esa trastada. Trataba de mostrar aplomo pero por dentro sentía otra cosa. Titubeaba cuando conmigo platicaba; deseaba ayudarlo pero mi escasa experiencia me limitaba.

Una tarde de viernes mi novio llegó a la casa. Papá abrió la puerta, le dijo: “Pásale, doctor, por favor pásale”. Entró, caminó detrás de mi papá, tomaron asiento en la sala. Paulo Emilio aceptó un vaso con agua de frutas, yo misma se la llevé. Mi papá levantó la vista para decirme con voz suave: “Hija, déjanos solos un momento, deseo platicar con el doctor, estate pendiente por si algo se nos ofrece”. Me coloqué cerca, donde no me vieran, para escuchar la conversación.

—Sé lo que se andan diciendo de tu desempeño profesional —le dijo mi papá a mi novio.

—Estoy seguro, sin dejarme influir por la relación de noviazgo que sostienes con mi hija, que son inventos, son calumnias, quieren estropear tu carrera profesional. Has

demostrado a tus pacientes y sus familias que eres un buen médico. Has curado a mucha gente, les regalas la medicina que consigues con tus amigos de los laboratorios. Ayer platiqué con mi amigo Bladimir, sabes que nos estima, me dijo que por tratarse del novio de mi hija el aprecio lo amplía a tu persona. También le preocupa que alguien de malos sentimientos esté desprestigiándote. Él sospecha del doctor Santos, por su agrio carácter. Se asegura que por tu eficacia en el tratamiento de las enfermedades le has quitado pacientes; es envidioso, egoísta. Me asegura Bladimir que ese hombre te va a seguir molestando, que lo conoce de toda la vida, sabe de sus malas mañas, es bastante egoísta según me platica nuestro amigo. No acepta que un joven médico lo supere. Me dijo mi socio Bladimir que tenía deseos de hablar contigo, de hacerte una propuesta para terminar con todo este lio que puede seguir creciendo.

Mi novio regresó tres días después por la tarde, para hablar con papá.

—Don David —le expresó—, vine a su casa para comentarle que el señor Bladimir me ofreció intervenir con un diputado amigo suyo, para que me consiga trabajo en la ciudad de Huamantla, donde me contratarían para trabajar en el hospital central, mientras me doy a conocer e instalo mi consultorio. Con eso confirmo la buena voluntad de la persona a la que usted considera su mejor amigo. También tengo que decirle que he conversado con pacientes míos, me dicen que ninguno de los supuestos muertos que me achacan viven en las comunidades de donde sus familiares dicen que son. Me aseguran que esas personas no han sido sepultadas en los panteones de las cercanías. Tampoco he conseguido datos precisos de los fallecidos. He estado preguntando a algunos de mis pacientes y nadie me da referencias de esos muertos. Estoy intrigado.

—Ya ves cómo son esas personas —aclaró mi papá—, que por falta de recursos pudieron haberlos enterrado hasta en la huerta de su casa. No sería la primera vez que ocurriera.

—Te repito —acotó mi papá—, no me cabe la menor duda que eso fue fabricado. Pero recibe mi opinión que de corazón te doy: acepta el ofrecimiento de mi amigo Bladimir, es un hombre respetable que sabe y tiene conocimiento de muchas cosas. Seis meses bastarían para que todo se aclarara y pudieras regresar. Si por el momento permaneces acá, el doctor Santos te seguirá perjudicando, tiene amigos en el poder federal, sería capaz de cualquier cosa; es lo que me dice nuestro amigo. Mi relación con él ha sido de paciente a doctor. Decide antes que pase más tiempo, yo creo que es para tu bien, aquí te esperará mi hija.

Esas palabras quemaban mis oídos. La conversación de los dos hombres que más amaba me hizo presa de ansiedad. Pensando fríamente las cosas, era la mejor decisión que mi novio tomaba, mi padre hablaba con la experiencia que le había dado la vida.

Esperaba que me hicieran participe de la plática; aunque había escuchado todo me quedé con las ganas de participar en el diálogo. La plática duró pocos minutos, los suficientes para que ellos se entendieran y, de paso, decidieran mi vida.

Terminó la plática, se levantaron, caminaron a la puerta, escuché que el doctor le pidió a papá que lo despidiera de mí, que lo disculpara por la prisa. Segura estaba que mi novio no haría nada contra nuestros planes. A partir de ese día todo fue diferente: mañanas tristes, luz del sol pálida, faroles divagantes. Mis pensamientos estaban revueltos. Como un fantasma treparon a mi mente las palabras premonitorias de aquella señora bruja que después de mi cumpleaños nos había visitado.

En la tarde del día siguiente mi novio pasó por mí para ir al café del parque. Caminábamos en silencio, teníamos cosas que platicar pero las dudas de lo que sobrevendría nos enmudecían. La gente lo saludaba con mirada bondadosa. Antes de llegar a una de las esquinas por las que teníamos que cruzar una puerta se abrió, salió una señora de edad avanzada de mirada suave y serena, de pelos amarillentos y despeinados, desaliñada como si llevara meses de encierro; con voz apagada le soltó a mi novio: “Sabemos que usted es inocente, sabemos quién le está haciendo esto y por qué. En el pueblo hay gente de malas entrañas, mejor váyase de aquí, por bien suyo, y llévase a esta preciosa mujercita; cásenle fuera de aquí”.

Paulo Emilio me soltó la mano, se acercó a la señora, le rogó que le dijera más; no lo consiguió. La señora dio media vuelta, se metió a su casa, cerró la puerta tras de sí. Tocamos, no salió. La mujer desapareció como un fantasma al amanecer. De esa casa se contaban extrañas historias. Seguimos nuestro camino a la cafetería.

“¡Estoy decidido, me voy a Huamantla! Nos casaremos en cuanto reúna el dinero para comprar lo que necesitamos para vivir en matrimonio. Nos pertenecemos el uno al otro, nada nos separará”.

Me arropó con sus brazos; estaba convencido de lo que decía. Observaba a la gente que pasaba por la calle, ellos nos miraban, me sentí segura junto a él.

“El buen Bladimir ya habló con su amigo el diputado acerca de mi trabajo, ya lo arregló; salgo para allá pasado mañana. Me ofreció una camioneta con chofer para trasladar mis cosas; algún día corresponderé a esas cortesías”. Estaba convencido de lo que el benefactor le prometía.

EN LOS SIGUIENTES DÍAS, el nombre del doctor Paulo Emilio recorría como fantasma las calles del pueblo, cual más especulaba.

Nos vimos el martes, comió con nosotros, lo invitó mi mamá. Estaba tranquilo, con la vista recorrió los retratos que colgaban de las paredes donde yo aparecía, quería llevarlas en su recuerdo. Nos platicó que había pasado al mercado para escuchar el característico murmullo de compradores y vendedores.

—Con la vista quise fotografiar los productos de ésta región, quiero conservarlas en la memoria junto a la imagen de mi querida Zalia. Allá platicaré de lo que produce estas tierras, lo que se cultiva por acá.

—¿Cómo te ha ido esta mañana? —le consultó mi mamá.

—Sólo tuve un paciente que iba de paso, era un mercader. La noticia se ha corrido como reguero de pólvora, señora —contestó apesadumbrado mi novio.

Mi mamá lo miró, guardó silencio, sus ojos se tornaron brillosos; lo quería bien, le dolía su partida. Se serenó para decirle:

—Esto que te está pasando es para nosotros una experiencia más, son pruebas que nos pone nuestro Dios, ni tú ni nosotros debemos tomarlo como un fracaso, todo lo que nos pasa es para crecer en la vida como personas del Señor, él sabe por qué pasa esto y sabrá qué hacer. Que Dios perdone a los que hacen daño. Todo será para bien.

Las palabras de mamá le infundieron ánimo, su rostro se tornó relajado. Mi papá tomó la palabra.

—Mientras estuviste en el pueblo tu buena fama de médico trascendió. Donde quiera que vayas te irá bien, el éxito estará de tu lado, sabes cómo vincularte con tus pacientes, eres responsable y preparado, te gusta investigar. Dios te dotó de una inteligencia extraordinaria, te vemos bien como novio de nuestra querida hija, la has respetado y te has sabido ganar su cariño y su admiración; eres discreto y formal, no tenemos duda de tus principios, eres un hombre de altos sentimientos. Tu presencia en tu nueva residencia demandará reconocimiento y respeto. Acuérdate que mientras el alma no deje de sentir y nuestros ojos sigan viendo la belleza de la aurora, habrá esperanza, Paulo Emilio. Consideramos que tienes pensado regresar de vez en cuando, si es así, ésta es tu casa; pero mientras nuestra hija y tú sean novios no te podremos invitar a que te quedes aquí, tú conoces a la gente, sabes de murmuraciones, lo estás padeciendo ahora.

—Lo sé —respondió mi enamorado—. Créame que si usted no me lo hubiera dicho yo me lo hubiera propuesto; últimamente he aprendido mucho de eso —El tono irónico que mi novio impuso a su última frase motivó a que riéramos. Eso relajó el ambiente que desde el inicio parecía cubierto por densa nube.

Como Paulo Emilio partía a temprana hora del día siguiente, prefirió despedirse en ese momento. Mi mamá le dio bendiciones; todos le deseamos mucha suerte.

Al tercer día, Bladimir le comentó a mi papá que Paulo Emilio ya estaba instalado en una pequeña casa que le consiguió uno de los ayudantes de su amigo el diputado. El chofer, una vez que descargó las cosas de mi novio en su nuevo domicilio, fue a Puebla a comprar mercancía.

Bladimir pronosticó que al doctor Paulo Emilio le iría muy bien en aquel lugar, y que la desagradable experiencia por la “intromisión de gente envidiosa”, le serviría para conducirse con cautela.

A la semana recibí una carta en la que me platicaba sus nuevas experiencias en aquella ciudad. “Me siento a gusto, pero te extraño mucho”, me escribió. “Una vez que encarrile mis actividades iré a visitarte”. Me comentó que había encontrado un ambiente de trabajo agradable.

Cada tercer día recibía sus cartas de mi amado. En una de las últimas me comentó su decisión de visitarme el siguiente fin de semana. Aprovecharía que uno de sus compañeros médicos visitaría a su novia en Poza Rica, y lo pasaría dejando en Papantla. En otra me dijo que el director del hospital le pidió que supliera la ausencia por enfermedad de otro de los doctores; se vio obligado a posponer su viaje. En la última carta me decía que no me escribiría otra para reservar temas de conversación para cuando nos viésemos.

CAPÍTULO 5

Paulo Emilio tenía planeado llegar a Papantla la tarde del viernes. Permanecí atenta, esperándolo; no llegó. Pensé que llegaría al otro día por la mañana. Tampoco. Al filo de las once de la mañana mi mamá y yo apostamos que mi novio estaría tocando la puerta a las doce del día. Dio la una de la tarde, y nada. Empezaba a preocuparme. Para calmar mi ansiedad, mamá me dijo que algún contratiempo profesional habría retrasado su arribo.

A las dos de la tarde mi mamá estaba inquieta. Cuando papá llegó a la casa dio por hecho que ya había llegado mi novio; al verme preguntó:

—¿Comerá con nosotros el doctor? —Demoré mi respuesta, papá pensó que había habido algún problema entre nosotros.

—Tu carita me dice que se disgustaron, ¿cierto?

—No, papá, nada de eso... es que... no ha llegado —le respondí.

En la tarde escuché a Mozart. Pensaba en todo, hasta en cosas tontas. “Tal vez conoció a otra chica de la que se había enamorado —pensé—, y no encontraba palabras para decírmelo”. La idea me enloqueció. A la hora de la cena seguíamos sin noticias. Con la intención de consolarme, papá le dijo a mamá delante de mí: “Seguro que el doctor tuvo que salir de inmediato a su casa de México, para atender algún problema que debió haber surgido en su familia”.

Esa noche no dormí bien, tuve sobresaltos, desperté dos o tres veces. Aún tenía la esperanza que el día que estaba por reventar el alba viera su atractiva figura. Mis brazos lo recibirían, luego me contaría los motivos de su demora.

Me levanté a las nueve de la mañana. Antes de desayunar tomé una ducha; estrené un vestido que recién habíamos comprado en la boutique propiedad de la familia de Bladimir. Nos cobraron la mitad del precio, las empleadas tenían esa instrucción. Una cortesía más. “Paulo Emilio va a desayunar con nosotros”, especulé. Moría por verlo. Con su presencia los motivos del contratiempo hubieran quedado en el olvido. Estábamos a punto de tomar los alimentos cuando llamaron a la puerta, miré a mi papá, después a mamá; esperaba que me indicaran que abriera. No hubo tal instrucción. Mi corazón latía fuerte, imaginaba a mi novio entrando a la casa platicando las causas de su demora. Mi padre caminó hacia la puerta, no volteó, la abrió. Era uno de los cuidadores del rancho que recién había comprado papá.

—¿Qué pasa, Juan? —exclamó papá con sorpresa—. ¿Qué te trae a mi casa a la hora de la comida?

—Patrón le traigo un informe —contestó el trabajador—. Dime, adelante... Tres vacas están muertas, murieron envenenadas, los ojos los tienen reventados, el hocico morado. No fue culebra porque no tienen la mordida de un animal de esos. La muerte es de otra manera, alguien las envenenó. Hay pisadas que no son las nuestras, tampoco las de usted. ¿Qué hacemos, patrón?

—Prepara el entierro de dos vacas, deja una donde está, no la muevas, ni siquiera la toques, llego allá mañana temprano. Enciende dos antorchas, que ardan toda la noche para alejar las apetencias de cualquier animal. Si no has comido pasa a la cocina, que te preparen algo para que no te regreses con la panza vacía. Anda, Juan, pasa.

Nos olvidamos del asunto que nos tenía preocupados. Papá regresó a la mesa, nos contó lo sucedido, nos sorprendió pero no le hicimos preguntas; la noticia lo distrajo. Nos apresuramos a desayunar. La extraña muerte de las vacas y el retraso de mi novio nos sumieron en una laguna de especulaciones. Terminamos de desayunar y ninguna noticia de mi novio llegó a nuestra puerta. Mi papá se levantó sin hacer sobremesa, fue al librero para consultar libros de medicina veterinaria y otros sobre mordedura de animales. Ojeó algunos a fin de refrescar sus conocimientos. No contradijo la opinión de Juan pero no descartaba la picadura de algún animal ponzoñoso, tal vez alguna culebra venenosa poco conocida en la zona.

EL DÍA ESTABA cediendo su lugar a la noche. Las primeras estrellas se adueñaban del firmamento, el atardecer estaba fresco. Antes de que oscureciera me asomé por la ventana con la esperanza de ver, con la ayuda de los faroles que desde las seis se encendían, a Paulo Emilio caminar hacia mi casa a toda prisa, con su eterna sonrisa y cargando el ramo de flores que antes de verme compraba en el mercado.

Todo en vano. Estaba preocupada y triste. Se acercó mi mamá, alisó mi pelo con sus dedos; luego descansó su mano sobre mi hombro.

—Veo tu preocupación... en un noviazgo nada de esto es ajeno, los que llevamos un buen trecho de vida se nos hace normal que pasen estas cosas que no dejan de afectarnos. Mañana lunes que abran la agencia de teléfonos, te prometo hablar al hospital donde trabaja Paulo Emilio; vas a ver que tendremos buenas noticias. No te aflijas, ve a tu cuarto, descansa, nos vemos en la cena —me propuso mi mamá en tono convincente.

Esa noche fue callada, silenciosa, se pudo haber escuchado la caída de un alfiler. Los vientos de la madrugada eran raros, estuve inquieta, tuve sobresaltos, mis pensamientos volaban alto, sentía que tropezaban con las nubes que ocupadas estaban en cerrarle el paso al firmamento.

Al aclarar el día me levanté, preparé mis cosas de la escuela, desayuné. Recordé que no había hecho la tarea, no era mucha pero me caracterizaba cumplir con mis obligaciones escolares. Mi papá salió temprano para atender el problema de las vacas, no me despedí de él. Mamá me acompañó a la puerta para despedirme y darme sus bendiciones; con señas me confirmó la llamada que haría a Huamantla.

En todo el camino observaba a la gente, esperaba que alguien me diera información de mi novio. Me daban los buenos días, algunos le mandaban saludos a mi mamá o a papá. En la clase no me pude concentrar, la maestra de matemáticas notó mi distracción. Unas compañeras me preguntaron si había terminado con mi novio porque no nos vieron el día anterior en el parque. Mis respuestas fueron cortantes, estaba preocupada, no tenía deseos de hablar del asunto. Estaba deseosa de saber de él, andaba abstraída. En el camino de regreso me topé con dos payasos trepados en zancos, los niños a su alrededor gritaban y reían sin contención. Apresuré el paso para llegar a casa lo antes posible. La puerta estaba abierta, entré sin voltear a ningún lado, mi mamá caminó a mi encuentro, me recibió la mochila; su rostro reflejaba desasosiego; tuvo dificultad para articular palabras, sus manos las colocó sobre mis hombros.

—Hablé al hospital —me notificó—, uno de sus compañeros doctores me dijo que se enteró que Paulo Emilio salía para acá el pasado viernes, que venía a verte. Al recibir estas respuestas llamé a su casa de la ciudad de México, me contestó Dora, su hermana, recordó que el jueves él habló por teléfono con su mamá, le confirmó que vendría a Papantla. Me apuntó que están preocupados, más aún porque no habló el sábado para felicitar a su otra hermana por su cumpleaños. Tampoco envió telegrama como acostumbraba hacer.

Su compañero del hospital le escuchó decir que se vendría en autobús. Fui a la terminal de autobuses de aquí, no había registro de que hubiera abordado el transporte. Al poco rato hablé de nueva cuenta con la hermana, así habíamos quedado, me hizo saber que viajarían inmediatamente a Huamantla. Vamos a esperar, hija.

Mi cabeza se llenó de especulaciones, imaginaba lo peor; no sabía qué pensar para tranquilizarme. A todos nos tenía con el Jesús en la boca. Llegó mi papá, nos hizo saber de la desaparición del doctor. Nos dijo que la noticia ya andaba por todo el pueblo, no sabía cómo llegó ni por boca de quién. En eso estábamos cuando se apareció el señor Bladimir acompañado de su hermano Ricardo. Le propuso a mi padre que si deseaba trasladarse a Huamantla él nos apoyaría con vehículo y chofer.

—Sé de la preocupación que los embarga, no deseo quedarme con los brazos cruzados, su congoja es la mía, quiero apoyarlos en todo lo que esté a mi alcance; por favor cuenten conmigo, se los digo de corazón.

—Tenemos que esperar a que la familia del doctor nos informe —le planteó mi papá al señor Bladimir—. De eso depende que nos movilicemos a cualquier lado para apoyar en lo que sea necesario. Estaremos atentos a los acontecimientos.

Para las 7 de la noche mi alma era presa de la zozobra, cualquier minuto podría ser portador de noticias desagradables. En ese momento no me llamó la atención que Bladimir se anticipara ofreciéndonos el traslado. En la cena, que en esa ocasión se retrasó una hora, mi mamá y yo merendamos sin apetito; papá comió igual que siempre, pero callado, no hizo ningún comentario.

A LAS SIETE DE LA MAÑANA del martes, después de lluviosa noche, papá estaba listo para acudir al rancho de un amigo suyo para atender a uno sus animales. Llamaron a la puerta, presuroso salió mi papá para atender a quien estaba llamando. Un hombre se presentó, le dijo que iba de parte del señor Bladimir para decirle que ya había noticias del doctor, que no eran buenas.

—¿Puede usted acompañarme?, lo espera mi patrón en su casa para hablar a solas sobre el asunto.

Antes de acudir al obsequioso llamado de su “humanitario” amigo, papá le dio instrucciones a su ayudante para que se adelantara al rancho con lo necesario para curar a los animales. Le hizo algunas recomendaciones. Partió al encuentro.

Mi mamá estuvo de acuerdo que no fuera yo a la escuela, “La directora comprenderá si posteriormente se lo explicamos”, sugirió mi mamá. Pasarían escasos cuarenta minutos cuando papá regresó para decirle a mamá que a Paulo Emilio lo habían encontrado en las inmediaciones de una colonia de Huamantla, que de acuerdo a los informes que le habían hecho llegar sus amigos al señor Bladimir, estaba mal herido e inconsciente.

Papá bajó la voz para decirle a mamá que sus ropas olían a licor y que su camisa estaba manchada con pintura de labios. Ella se sorprendió, abrió los ojos, intentó articular una frase que inmediatamente cortó: “Entonces...”

Pretendió decir que había estado envuelto en un lio de esos que entremezclan la prostitución y el alcohol. Me desvanecí en mí misma, no sabía qué pensar. Le pregunté a papá sobre la gravedad de mi novio, me respondió que había que esperar la información de la familia. Tras estas palabras se retiró a cumplir con su responsabilidad de médico veterinario.

Primero me había dicho mamá que no fuera a la escuela, luego cambió de opinión, me envió a la escuela. Tomé mis cosas y salí inmediatamente. En el camino me topé con una comadre de mi mamá, me saludó con un beso en la mejilla y me comentó: “Verás que todo estará bien, hija, no hay que creer en los rumores”.

Ese día sería de noticias desagradables, por eso consideró mamá que no debía estar en casa. Llegué un poco tarde a la escuela, le expliqué a la directora lo que ocurría en casa; no me hizo ningún comentario.

Una hora después que salí de la casa, el mensajero de la caseta de teléfonos le avisó a mamá que se reportara a la ciudad de México. Ella deseó que la noticia que le darían fuera más esperanzadora que las anteriores. Se comunicó, le contestó una mujer, le habían encargado darle la noticia. Apuntó que Paulo Emilio estaba hospitalizado, su condición era grave.

—Señora, toda la familia viajó a donde está hospitalizado mi primo, al parecer está grave —no dijo más, colgó.

Presa de la incertidumbre papá regresó rápido a casa. Ahí se encontró con la referencia de labios de mamá de lo informado por la prima de Paulo Emilio. Hablaron de viajar a Huamantla, aprovecharían el ofrecimiento de Bladimir. Viajar en la camioneta de papá hubiera sido incómodo. Consideraron que no era prudente que me llevaran por la impresión que me provocaría ver a mi novio en esas condiciones.

El reloj marcaba las siete de la noche. El mensajero de la caseta de teléfono de nueva cuenta fue a la casa. De sus ropas sacó un recado escrito de lo informado por la familia de Paulo Emilio. Avisaban que por la gravedad de las heridas provocadas con arma blanca decidieron trasladarlo a México. Lo internarían en la clínica donde el director era un primo hermano de su mamá.

Meses antes, mi novio me había comentado que el pariente de su mamá le había ofrecido que cuando concluyera sus estudios podía trabajar con él.

EN REPETIDAS OCASIONES me aseguró Paulo Emilio que no le gustaba tomar licor, menos emborracharse. Me explicaba que en fechas especiales como las decembrinas, el cumpleaños de alguno de sus parientes cercanos u otro

acontecimiento que para él tuviera especial significancia como la fiesta de mis quince años, tomaba no más de tres copas de vino; me lo juraba, se lo creía. La versión que cuando lo encontraron tirado en la calle olía a licor, no la creí. Las manchas de pintura de labios en la camisa me hicieron dudar. Aunque eso no sería motivo para dejar de quererlo, no estábamos casados.

Antes de acostarnos papá nos dijo que preparáramos maletas porque el jueves siguiente saldríamos a México; yo estaba incluida en el viaje. Él Conocía la gravedad de Paulo Emilio. También nos comentó que un empleado de Bladimir llamó a la casa de Paulo Emilio a fin de que le proporcionaran la ubicación de la clínica. Le insistí que saliéramos lo antes posible, que no esperáramos más.

En aquella lluviosa tarde de miércoles, como a las siete, llegó a la casa el mensajero con infaustas noticias.

—Buenas tardes, Señora. Llamaron de México, le traigo el recado —le dio el papelito en la mano.

—Muchas gracias, Héctor —En el recado anterior le preguntó su nombre.

—¡Bendito Dios! ¡Ha muerto Paulo Emilio! —exclamó mi mamá, se llevó la mano a la boca, balbuceante leyó lo que seguía.

—Será velado mañana en la funeraria... Aquí está la dirección —mostró el papelito.

La noticia fue un duro golpe emocional para mí. Salí corriendo a la veterinaria para darle la noticia a papá, no se encontraba, le dejé el recado. Media hora después llegó a la casa. Antes que mamá articulara alguna palabra mi papá se adelantó.

—¡Murió, verdad?

—Dios lo tenga en su santo regazo —agregó mi madre visiblemente turbada.

Entristecí, lloré desconsoladamente, abracé a mi mamá, le pedí que me dijera que no había muerto. Trató de confortarme; me dijo: “No te preocupes hija mía, él vive donde Dios lo haya puesto”. Subí a mi cuarto para meter a la maleta ropa oscura. No cené, el hambre se había esfumado. No me acuerdo si mis papás cenaron. El jueves, muy temprano, desayunamos apresuradamente. Fuimos a nuestras habitaciones por las maletas, mis papás las subieron al auto antes que yo. Cuando salí me sorprendió ver frente a la puerta de la casa un automóvil nuevo, color negro, con un chofer uniformado que yo jamás había visto. El tipo se encargó de colocar el equipaje en la cajuela del automóvil. Instantes después arrancó el carro y partimos a México.

No había lugar a dudas, la vida me estaba cobrando una de las facturas más caras de mi vida.

En el camino le pregunté a mi mamá que si podría ser algún castigo de Dios que me haya mandado; me fundamentó que no porque Dios no castiga, que la vida era un

conjunto de altibajos y a veces nos tocaba padecer y sufrir. Mientras el auto avanzaba por la carretera a toda velocidad, revisaba mi vida tratando de encontrar alguna falta que hubiera cometido que ameritara un castigo.

POR FIN LLEGAMOS a la ciudad de México. Era la primera vez que la visitaba, me pareció enorme. El chofer nos llevó a un hotel diferente al que la familia de mi novio nos había sugerido; parecía caro. Mi papá le comentó al chofer que la familia del doctor le había recomendado uno más cercano, no tan costoso. El chofer le contestó que el señor Bladimir había hecho la reservación, que él llevaba el dinero para pagarlo, “inclusive las comidas”, contestó con gentileza, como presumiendo de la bondad de su patrón. “Dígale que Dios se lo va a pagar. Qué hombre tan bondadoso es”, comentó mi papá en voz alta.

Nos instalamos en el hotel; una habitación para mis papás y otra para mí solita. Ordenó papá que estuviésemos listas en 30 minutos.

Fui la primera en bajar al vestíbulo, vi a mi alrededor, en las paredes había grandes cuadros pintados al óleo. En uno de ellos estaba Napoleón montado en su caballo blanco; en otro, la imagen de La Toma de la Bastilla. Varios más con personajes que no logré identificar en ese momento. También adornaban el vestíbulo varias figuras de mármol. “Hospedarse aquí debe costar una fortuna”, imaginé. La pena me impedía disfrutar del armonioso ambiente del lugar... ¡imposible!, mi corazón estaba quebrantado.

Miré a la calle, vi al chofer recargado en el auto, estaba al tanto de nuestra salida. Minutos después bajaron mis papás.

Papá me tomó del brazo, bajamos las escaleras. El chofer abrió las portezuelas, entramos; papá adelante y nosotras atrás. Era una marcha a lo desconocido, a donde nadie quiere ir, poca diferencia con un viaje sin retorno. Eran momentos difíciles.

El chofer conducía sin titubear por las calles de la ciudad. En pocos minutos estábamos en la funeraria. Entramos al edificio a paso lento. Las mujeres y los hombres también vestían de negro. Mi papá me tomó por el hombro, me apretó contra su cuerpo.

Papá preguntó a la joven que nos encontramos en la entrada, que se presentó como la prima de Paulo Emilio que había hablado por teléfono con mi mamá, quiénes eran los papás de mi ex novio. Como si la prima estuviera en espera de nuestro arribo, nos llevó donde estaba la mamá; tenía las huellas que deja el llanto. La señora me abrazó, lloró inconsolable. Me dijo que Paulo Emilio frecuentemente le comentaba de mí, “Te llevaba en su corazón”, agregó. Cuando consiguió controlarse me presentó a los familiares más cercanos. Ahí llegó el papá.

Su hermana me dijo que tenía muchos deseos de conocerme, “Pero no en estas circunstancias”, aclaró. Al fondo de la sala estaba el féretro; no quería verlo, no podría abrir sus vivaces ojos, ya no podrían verme. Pensé en lo volátil que es la vida. La mamá permaneció junto a mí parte de la noche. Mis papás platicaban con otros matrimonios de las extrañas circunstancias de su muerte. Alrededor de la caja, en el piso, estaban colocados ramos de flores blancas; las coronas estaban recargadas en las paredes del vestíbulo. A ratos cavilaba sobre la ofensa del destino. Estaba inmersa en el más grande sufrimiento que a cualquiera destroza.

Entrada la madrugada nos retiramos al hotel a descansar, el viaje y el desvelo nos agotaron. Debíamos reconfortarnos para el último adiós. A las doce del día regresamos a la funeraria. La mamá del doctor se separó breve tiempo, fue a su casa a bañarse. Cuando regresamos, acudió a nuestro encuentro el papá de mi novio. A mí me agradeció haber amado a su hijo, a mis papás les reconoció por la hospitalidad que le brindaron.

Llegaron como veinte personas de Guanajuato, su tierra, todos eran familiares. Se lamentaban del deceso, coincidían en asegurar que Paulo Emilio no era aficionado a las bebidas alcohólicas.

Quedaría en mis recuerdos sus pláticas que me transportaban al mundo del conocimiento y las ilusiones, mirándome fijamente a los ojos.

Una ex novia de Paulo Emilio estuvo presente en la ceremonia luctuosa; se acercó a mí, me expresó sus condolencias, por sus mejillas rodó una lágrima, me dijo que lamentaba lo ocurrido, que tenía conocimiento que me quería mucho. Me abrazó, lloré. Para que yo no la fuera a considerar una rival de amores me anticipó: “Terminamos porque éramos diferentes, yo siempre desee que encontrara alguien como tú, eres hermosa y de buenos sentimientos. Él me lo dijo en el cumpleaños de una amiga, estaba presente mi novio”.

NUESTRO COCHE ESTABA EN tercer lugar atrás de la carroza. En el auto mi mamá me dio una pastilla para controlar mis nervios. La caravana fúnebre avanzaba lenta. Los vehículos que nos encontrábamos en el camino detenían su marcha para que el cortejo pasara. Los señores que llevaban sombrero se lo quitaban, las señoras se persignaban, nos veían con miradas compasivas. Una anciana, en el balcón de su casa, con la mano izquierda sostenía una cruz plateada que mantuvo en alto mientras pasaba el cortejo. Una pareja de personas mayores que caminaba por la banqueta se persignaron cuando pasamos frente a ellos. Detrás de una larga barda vi muchas tumbas, supuse que estábamos llegando a la nueva morada de Paulo Emilio.

Se detuvo el cortejo, nos bajamos, sólo la carroza tuvo acceso al interior. Detrás nos íbamos acomodando para formar dos hileras. Transitamos por las angostas callejuelas del panteón, el silencio era sepulcral, se oía el canto de los pájaros posados en las ramas de los árboles. Las hojas secas crujían bajo las pisadas de la procesión. El aire vibraba, olía a muerte. Parecía que los árboles se aquietaban a nuestro paso compartiendo nuestro dolor. Mis papás caminaban a mi lado. Personas en otras tumbas con ramos de flores en las manos, lloraban a sus muertos.

La mamá de mi difunto novio volteaba a verme, parecía que le consolaba mi presencia. Hacía esfuerzos por sonreír conmigo. Llegamos donde estaba un enorme hueco en la tierra, la familia de él y nosotros nos colocamos alrededor de la oquedad; los amigos estaban parados en un segundo círculo. Previendo algún desmayo mi papá me sujetó por los hombros.

El personal de la funeraria colocó unas poleas en la caja. Lentamente hacían girar la manivela, poco a poco descendía. Las cuerdas se desenrollaban hasta llegar a su posición final, cada instante se alejaba de mí, jamás lo podría recuperar. El efecto de la pastilla fue insuficiente. A lo lejos se escuchó el repiqueteo de una campana. Cerca se escuchaba el susurro de unas personas que rezaban. Me sentía embelesada, como que yo no era yo.

La desgracia me lo arrebató, la ansiedad me ahogaba. Muchos lloramos sin parar cuando la caja tocó el fondo de la sepultura. Nadie hablaba, todos miraban la fosa. Alguien prorrumpió el ambiente de los llantos para decir que Paulo Emilio se estaba uniendo a Dios, que le explicáramos a nuestros corazones que Dios había decidido llevárselo por razones que los mundanos debíamos aceptar. “La muerte es parte de la vida, permitamos que se vaya en paz, era un hombre tan generoso y de tan buen corazón que desde arriba nos estará observando y cuidando. Él sabrá perdonar la mano que provocó el daño que ahora nos ha congregado”. Esas palabras llevaron un poco de consuelo a los presentes menos a mí. Sentía que con él se sepultaba también la mejor parte de mi historia, la más bella, la de mayor ilusión.

El lamento era sonoro, el sonido de las primeras paladas de tierra sobre el cajón entraban por mis oídos directo al corazón. Sentí hondo desprecio por la vida, imaginé tirándome al interior de la tétrica excavación; papá lo hubiera impedido, permanecía abrazándome. No me había percatado que estaba un sacerdote hasta que inició el sermón.

Mi memoria conservaba las palabras del hombre que más quise: “Estoy enamorado de tus ojos”; “Primero enamórate de ti misma...”; y otras que en ese momento creía escuchar. No apartaba la vista de las palas que presurosas trataban de ocultar con tierra la caja de metal color gris con decorados en blanco; también quedaba sepultado

nuestro juramento de amor. Mi alma desconsolada lloraba sola, en silencio. Voltee al cielo en busca de alguna respuesta que contestara las preguntas que en mi mente se acumulaban, no encontré nada, ninguna señal.

Mi cuerpo empezó a flaquear, me desvanecí, mi padre me detuvo, evitó que cayera al suelo. Cuando volví en mí estaban unas personas echándome aire con abanicos improvisados. Mi mamá acercaba a mi nariz un algodón empapado en alcohol que alguien le proporcionó. Una vez que pasamos por el difícil trance, nos despedimos de los papás de Paulo Emilio; nos insistió que regresásemos a su casa para que le platicáramos de mi difunto novio. Así lo hicimos.

Permanecimos una hora recordando las vivencias con el hijo que había partido. Mi mamá propuso que debíamos retirarnos para dejarlos descansar después de los angustiados días. Les prometimos regresar pronto. La hermana prometió visitarnos en Papantla. Deseaba conocer el lugar del que tantas cosas les había conversado el difunto.

LLEGAMOS AL HOTEL, nos dirigimos al restaurante, mi mamá propuso que regresáramos al pueblo hasta el día siguiente; mi papá me pidió que le preguntara al chofer si no habría inconveniente que así fuera. Lo hice, me informó que había recibido indicaciones de su patrón, Bladimir, que nosotros dispusiéramos del tiempo necesario, que estaba bajo indicaciones nuestras: “Tengo instrucciones de proponerles que el día de mañana permanezcan aquí en México, para que aprovechen visitar la Basílica de Guadalupe y la Catedral Metropolitana, y puedan orar por el descanso del alma del doctor, y para rogarle a la virgencita que usted, señorita, encuentre pronto sobrecogimiento del dolor que le ha provocado la pérdida del joven profesionista”.

Regresé a la mesa, les dije lo que me acababa de proponer el voluntarioso hombre. Se miraron, al unísono preguntaron mi opinión, les contesté que valdría la pena rogar por el descanso eterno de mi difunto ex novio. Yo aprovecharía para hacer una promesa.

—Bien, hija, regresa a decirle que aceptamos su propuesta; la oportunidad de visitar a la virgen de Guadalupe en su propio templo no se da tan a la mano. Dile eso y agradécele su disposición, por favor. Todos necesitamos un momento de recogimiento espiritual —agregó mamá.

En el restaurante estaba un matrimonio que había asistido al funeral; se acercaron a nosotros, se presentaron como los padrinos del ahora difunto. El día anterior habían llegado de Querétaro, nos relataron varios pasajes de su vida de niño y de adolescente. Aseguraron que se casaría conmigo, así lo tenía planeado, “Tenía planes contigo, te adoraba, nos platicaba por carta cuánto te amaba. Qué gusto nos da conocerte, eres guapa y de hermosa familia. No te vayas a abatir, tienes que vivir tu vida, estás joven,

tu espíritu es transparente. Estás educada con valores, tienes toda una vida por delante”. Esas palabras fueron muy oportunas, me hicieron comprender muchas cosas. En el sonido ambiental, Agustín Lara cantaba *María Bonita*.

No desayunamos en el hotel, lo hicimos en un restaurante de la Avenida Reforma. De ahí salimos a la Basílica de la Virgen de Guadalupe en su santuario de La Villa. Cruzamos a pie el atrio. Entramos al templo, volteé para todos lados, vi imágenes, cuadros, figuras religiosas, sirios, veladoras; nada escapó a mi vista. Seguí caminando hasta quedar a los pies de la virgen, coloqué en el piso un ramo de flores blancas que compramos afuera. Primero le pedí paz para mi alma, luego que a Paulo Emilio le destinara un lugar privilegiado en la gloria. También rogué por mis padres y por la familia del doctor. Mis padres se quedaron atrás. Convencida estaba de no volver a tener novio, temía que pasara lo mismo; tampoco me gustaría quedarme soltera. Sería difícil amar a otro hombre, no lo lograría. El dolor era grande, la decepción también.

Me coloqué frente a la Virgen de Guadalupe, la miré a los ojos, también me miraba, me observaba con atención, parecía que adivinaba mis pensamientos. La paz llegaba a mi adolorido corazón. Después de un rato regresé con mis padres. Ellos rezaron algo. Después de un rato salimos de ahí.

NOS DIRIGIMOS a la Catedral. Llegamos al Zócalo, miré el Palacio Nacional, luego dirigí mi vista al templo, me pareció grandioso, lleno de representaciones místicas. Antes de entrar volteé a ver los otros edificios que estaban alrededor del Zócalo. Entramos, se celebraba una misa, se casaban unos jóvenes. Ella, de unos 20 años; él, como de 22. Participamos de la celebración religiosa. Derramé lágrimas, las sequé con las palmas de mis manos. Imaginé mi boda. Terminó la ceremonia. Esperamos en nuestros lugares a que salieran los novios. Caminaban alegres, saludaban. Me agradó ser testigos de la unión eterna de dos vidas. Al pasar frente a mí la recién casada volteó a verme con expresión de simpatía, levanté mi mano para saludarla, me contestó el saludo; el novio hizo lo mismo.

Salimos de la iglesia, a paso lento cruzamos el atrio; rodeamos a los invitados y familiares de los novios que obstruían el paso.

En la calle nos esperaba el chofer; nos hizo la seña que el vehículo estaba cerca de la esquina de la cuadra de la catedral. Caminamos al auto, el chofer, afanoso, abrió la puerta.

La primera en abordar fui yo, luego mamá; detrás de ella, papá. Los tres atrás, así lo propuso Sebastián. Nos miró por el espejo retrovisor, nos transmitió las instrucciones de su patrón: “El señor Bladimir me ordenó que los llevara a comer a un restaurante de la calle 5 de mayo, les va a gustar, se come muy sabroso; está a pocas cuadras de aquí. Se sentiría complacido si le aceptan”. Mi papá, sonriente, nos

preguntó: “¿Están de acuerdo?”, le respondimos que sí. Nos trasladamos para allá. El Distrito Federal me pareció una ciudad fascinante. Me hubiese gustado verla con los ojos de los recién casados. El chofer conocía bien los lugares mejor recomendados para visitar.

El chofer se llamaba Sebastián. Llegamos al restaurante, caminó delante de nosotros, nos propuso la mesa que debíamos ocupar. Lo invitamos a que se sentara con nosotros, no aceptó; justificó que estaría en otra área del restaurante. Los comensales parecían de clase media alta, como conservadores. La gente platicaba amenamente, nosotros veíamos. Varios hablaban de negocios, de sus portafolios sacaban papeles y fotografías, y escribían.

Los que me veían seguramente no notaban mi aflicción. Deseaba que alguien me dijera lo que manifestaba mi cara. Años después, ya casada, Benjamín me platicó la historia de ese restaurante. Terminamos de comer, papá llamó a la mesera para pedirle la cuenta, nos dijo que ya había sido pagada por Sebastián. Mis papás se apenaron. Para mí era normal que esos detalles los tuviese algún amigo adinerado de mi papá. El jefe de meseros se acercó para despedirnos, deseó vernos pronto, apuntó que éramos una familia distinguida como las que prefieren el restaurante. Me sentí halagada.

En el restaurante aprendí el uso de vasos y las copas de acuerdo a su tamaño y forma. Le comenté a mis papás que debíamos copiar el uso de la vajilla, se rieron, no dijeron que no. Cuando salimos del lugar papá le preguntó a Sebastián si había comido, contestó afirmativamente. Le pregunté que dónde lo había hecho, me dijo que comió con un conocido suyo que trabajaba como chofer de una familia que estaba en el mismo lugar. Seguíamos sin entender por qué no se había sentado con nosotros. Nos paseó por algunos lugares de la ciudad, los más bonitos.

A las ocho de la noche llegamos al hotel. La cena fue ligera. A las nueve y media subimos a nuestras habitaciones. Al despertarme era un nuevo día. El sol brillaba desde lo alto. Emprendía otra vida. El halo de mi inocencia quedaba atrás. No tenía la menor idea de lo que venía. Pensaba que Dios me estaba sometiendo a duras pruebas para prontamente darme la sorpresa con el advenimiento de mejores tiempos. ¡Vaya ilusión!

Nos pidió papá encontrarnos en el restaurante a las ocho y media de la mañana para salir a Papantla a más tardar a las diez. Todos deseábamos regresar a casa. Yo extrañaba mi cuarto, mi cama, mis compañeros. Si se hubiera tratado de un viaje por vacaciones otra cosa hubiera sido, pero con los imprevistos como motivo no era nada gratificante.

El imprevisto viaje a México fue de contrastes. No todo fue dolor, conocí lugares y saboreé comidas diferentes. De regreso a Papantla ocupé el asiento delantero, deseaba ver los paisajes y los pueblos por los que íbamos cruzando.

Me ganó la curiosidad y le pregunté a Sebastián por qué conocía la ciudad de México palmo a palmo; me respondió que él radicaba en el Distrito Federal, que le conducía al señor Bladimir cuando iba al Distrito Federal o a Cuernavaca; que el resto del tiempo se encargaba de recibir los productos que enviaba Bladimir a la Central de Abastos. Ésta plática no la escucharon mis papás, el agotamiento y el suave desplazamiento del vehículo, los durmió

El chofer se quedó en el mismo hotel que nosotros, tomaba sus alimentos antes para cumplir con la encomienda de conducirnos por la ciudad. La visita a la Virgen de Guadalupe apaciguó un poco mis emociones. Fue importante haber estado en la Catedral, el templo más importante de México. También me agradó conocer las zonas más bonitas de la capital. Me convencí que la vida debía seguir rodando, mis ánimos tenían que enfriarse.

CAPÍTULO 6

Una semana después de los funerales de Paulo Emilio, el trabajador del rancho de mi papá nos sorprendió con la noticia que se habían muerto dos reses. Insistió que la muerte de las vacas la había ocasionado el veneno de algún animal raro en la zona. Días después mi mamá platicó con una comadre de las que creen saber todo, le dijo que en Papantla se estaba poniendo en duda el profesionalismo de mi papá, comentaban que “ni a sus propios animales podía curar”. Mamá se lo contó a papá cuando llegó a comer. Se preocupó, le aseguró que no era ningún animal ponzoñoso de los que hay en la zona, el piquete y los efectos del veneno eran diferentes.

Papá acudió con el señor Bladimir para comentarle lo sucedido. Le afirmó que en su carrera como médico veterinario nunca había visto algo así. El amigo se ofreció para enviar a un laboratorio de Puebla, una muestra del área infectada del animal para ser analizada; uno de sus choferes la llevaría aprovechando un viaje que tenía que hacer para comprar mercancía. “De esa manera saldríamos de la duda”, externó con amabilidad. Al siguiente día se cumplía el acuerdo.

Dos días más tarde, papá recibió un telegrama con los resultados del análisis: “Picadura de un animal conocido como Scorpionida, dotado de un par de apéndices (tenazas), que produce un veneno de alta letalidad”. Al investigar más sobre éste animal, descubrió mi papá que su hábitat eran las zonas desérticas o las selváticas tropicales. Era imposible que ese animal pudiera habitar en un lugar como Papantla,

el clima de ahí no era propicio para su reproducción. Los resultados del laboratorio lo preocuparon.

Los comentarios sobre su falta de capacidad para salvar la vida de sus propios animales llegaban a los pueblos cercanos. El chismorreo crecía como las ondas de una piedra que cae al agua. Estaba en juego su prestigio y la tranquilidad de nosotros. Fue a Durango en búsqueda del antídoto para contrarrestar el veneno del animal que podría seguir picando vacas; allá abundaban ese tipo de animales.

En otra ocasión, el dueño de un rancho acudió a mi papá para que salvara una de sus vacas que tenía una picadura similar a las otras; asistió al llamado, aplicó el antídoto, no se logró el efecto deseado; pero descubrió algo interesante: la cantidad de veneno que tenía el animal en su cuerpo era mayor al que un venenoso alacrán contenía en su aguijón.

Se extinguía su fama de ser el mejor veterinario de la región. Su prestigio iba en caída libre, “ya no cura a los animales”, especulaban. Algunos decían que se le morían los animales porque usaba productos de mala calidad, de los que vendía en su veterinaria. Tragedia tras tragedia.

La clientela se alejó. No comprendíamos qué estaba pasando. Cumplía con mis tareas pero mis calificaciones bajaban, mi actitud había cambiado, me lo decían mis compañeros. No iba a fiestas, solo a la iglesia con mis papás como antes de hacerme novia del Paulo Emilio. La sucesión de hechos que involucraban a mi familia modificó el ritmo del tiempo: parecía estancarse.

Para darme ánimo y hacerme la vida menos intrincada, de vez en cuando me visitaban mis primas a sugerencia de mis tíos; me hablaban de muchachos a los cuales yo les gustaba, pero yo no deseaba acercamientos por compasión, mis vacíos no se llenaban con la presencia de nadie. No quería saber nada que me acercara a una relación amorosa.

Mi madre me decía que no me preocupara, que la situación que vivíamos era pasajera, que Dios nos iba a ayudar, que debíamos confiar en él. “Son pruebas que Dios nos pone para comprobar nuestra fe”. Me envolvía con sus brazos, me besaba la frente y con sus dedos alaciaba mi pelo.

ESTABA POR CUMPLIR 17 años. Les rogué a ambos que no me los celebraran, no quería saber nada de festividades.

Llegó el día de mis años. Era lunes. Bajé a desayunar, me felicitaron mis papás, también mis tías que temprano habían llegado. A mi regreso de la escuela comimos en la casa; nos acompañaron mis tías.

Las ganas del festejo por cumplir años quedaban para otra ocasión ya que, por esa, no había dinero para gastarlo en fiestas. En noviembre de 1967 hablaba de irse a otra

región ganadera no importando qué tan lejos fuera. Localizó a unos amigos suyos que estaban dispuestos a ayudarlo. Le dijeron que en enero de 1968 se trasladara junto con nosotros a donde vivían. Nos apoyarían mientras tenía ingresos propios.

Se acercaba la navidad, nuestra situación económica se agravaba. Papá ofreció en venta sus vacas; no se las compraron. Decían que estaban contaminadas. El señor Bladimir que tanto nos había apoyado cuando murió mi novio, ahora se había alejado. Mi mamá trataba de convencer a papá que le pidiera un préstamo. Se resistía. No sabíamos qué había pasado con quien en otras ocasiones nos había demostrado su aprecio. Silencio y desolación era lo único que poseíamos.

El día anterior al de la navidad, mis papás decidieron no invitar a nadie para el festejo tradicional. Pensábamos que sería la peor de las navidades. La cena estaría acompañada de mucho pesar. Nadie me quitaba la idea que era castigo del divino; solo que no atinaba por qué. Comentábamos que pudiera ser el preludio de algo bueno que prontamente llegaría. Nuestras mentes estaban en otra fecha.

El 24 llegó con nubes altas en fondo azul. Sería un día frío. No podíamos contener una que otra frase de desolación. “Ni la camioneta tenemos ya”, le dijo con voz desconsolada papá a mamá. No podía creer que llegásemos al límite de la desesperación. Parte del dinero de la camioneta sería utilizado por papá para trasladarnos a otro lugar e instalar una veterinaria. A pesar de la situación por la que estábamos atravesando, papá repetía que le iría bien; claro, lo hacía para levantarnos el ánimo. A las once de la mañana del 24 papá fue a comprar lo que se necesitaba para la cena. Se encontró al chofer de Bladimir, Le preguntó por él.

—¿Cómo está mi amigo don Bladimir?

—Anda fuera, doctor, lo más probable es que la navidad la vaya a pasar en México o en Puebla.

—En cuanto regrese y lo veas dile que lo busqué para felicitarlo con motivo de la navidad, y desearle lo mejor a él y a su familia que tan bien nos han tratado. De ellos hemos tenido más de lo que hemos merecido —Se abrazaron, se desearon suerte, se despidieron.

Papá regresó, nos contó de su encuentro con aquella persona; mi mamá utilizó una frase que expresaba cuando teníamos problemas: “Dios es grande, no nos preocupemos de más”. Ese medio día comimos desganados, no había esperanzas que la alegría entrara por la puerta por donde una vez había salido.

Me aprestaba a subir a mi cuarto cuando alguien llamó a la puerta. Los golpes eran fuertes, seguramente los daba un hombre recio de manos trabajadas. Abrió mi papá que estaba cerca de la puerta, iría a la veterinaria para hacer cuentas de lo vendido y cerrar más temprano porque el empleado se retiraría a su casa a departir con su familia.

Era el chofer de Bladimir con el que se había encontrado horas antes en una bocacalle del pueblo.

—Qué noticia me traes, tienes cara de contento. ¿Será bueno lo que me vas a contar?

—Claro que sí, señor David, me dice mi patrón que si por favor reciben lo que traigo en la camioneta, es para la cena de navidad que hoy celebrarán.

—Pero... ¿a qué se debe esto?, no entiendo... Explícamelo, nosotros ya tenemos la cena lista...

—Es que... el señor Bladimir vendrá a cenar con ustedes, si es que tienen a bien recibirlo.

Extrañado, mi papá le recordó que cuando se encontraron le había dicho que “andaba fuera”, que no pasaría la navidad en su casa de Papantla. El chofer le confesó que tenía instrucciones de no decir nada a nadie porque “Quería darles la sorpresa”. Desde la puerta llamó a mamá para pedirle que se acercara y le asegurara que no estaba desvariando. Su amigo se hacía presente otra vez, además ¡enviaba viandas!

El chofer se ofreció para introducir hasta la cocina lo que llevaba: pierna de cerdo preparada, pavo envinado importado, botellas de vino francés, Whisky, sidra para nosotras, Turrón español y otros productos que también formaban parte del pertrecho alimenticio.

—¿Con cuántas personas va a venir nuestro amigo? —le preguntó papá—. ¡Esto es para un ejército!

Mayor fue el asombro cuando el chofer le dijo:

—Me instruyó mi patrón que les explicara que no movieran nada porque a las seis de la tarde llegarían dos cocineras y un mesero que se harían cargo de todo. Ustedes ahora son los invitados, solo que en su propia casa.

Agregó que llegaría con tres amigos, uno de ellos radicado en los Estados Unidos; consideró que tal vez asistiera otro amigo de él en caso de llegar a tiempo de un viaje.

El mesero llegó a las siete, cargaba cajas con vasos y copas. Se presentó como el mesero, solicitó permiso para entrar. Nos dijo que podíamos llamarlo miguel, pidió se le mostrara la cocina y el comedor para instalarse. El contenido de las cajas lo colocó junto al lavadero de trastes; lavó cuidadosamente cada una de las piezas, las secó con un trapo que llevaba consigo.

Cuando mis papás intentaron participar en los preparativos para la gran comilona, el mesero les aclaró que los invitados éramos nosotros, que les permitiéramos atendernos.

Mis emociones se activaron y mi ánimo se elevó. Disfruté ver a mis papás entusiasmados con la noticia, aunque eso no resolvería la situación económica de la

familia, solo la momentánea alegría de esa noche hasta el día siguiente. Mi mamá y yo aprovechamos el tiempo para embellecernos. Papá sabía, no sé quién le dijo, que Bladimir y sus invitados llegarían por ahí de las ocho de la noche. Él procuró estar arreglado desde las siete por si anticipaban su arribo.

Inmediatamente después del mesero llegaron las cocineras. La casa se llenó de fiesta. Me sentí arropada, escondí la tristeza. El olor afrutado del ponche llegó hasta mi recámara. Dieron las ocho de la noche. Mis padres se encontraban listos para recibir al mecenas de mis quince años. El semblante de nuestras caras se había modificado; las sonrisas volvieron a su sitio. La puerta de la casa permanecía abierta de par en par, pronto entrarían las personalidades que ocuparían los lugares en el comedor. El mesero sugirió que se agregara otra mesa.

A LAS OCHO Y MEDIA de la noche escuchamos el motor de un vehículo que se estacionaba frente a la casa. Los ocupantes descendieron, se acercaron a la entrada, saludaron en voz alta. Bladimir pidió permiso para entrar, mi papá fue a su encuentro. Bladimir abrazó a papá, saludó de mano a mamá y a mí. El de más edad era Winston, de tez blanca, vientre abultado, sonrisa generosa, frente amplia, melena que le cubría la nuca; nos abrazó a los tres. Observé sus tirantes amarillos con una delgada línea roja en el centro. La otra persona era un apuesto joven llamado Félix, frisaba los veinticinco años de edad; amable, de modales finos. Usaba ropa de marca de colores tenues. En su mano derecha llevaba una gruesa pulsera de oro; en la izquierda, un reloj del mismo metal. Por un momento creí que lo había llevado Bladimir con la intención que yo lo conociera. Estaba equivocada.

El chico se detuvo un instante frente a la fotografía de mis quince años que colgaba de la pared. También puso sus ojos en otra de mi mamá recortada en madera, colocada sobre la mesa del pasillo.

Mamá invitó a los visitantes a tomar asiento en el comedor. Bladimir le pidió a mi papá que se sentara en la cabecera del comedor; a sus costados: el mecenas de un lado y del otro su socio. Mamá ocupó la silla del otro extremo de la mesa; yo, a su lado. Una vez acomodados se acercó el mesero, le preguntó a mi mamá qué bebida deseaba, le respondió que le preguntara primero a los invitados. Cuando se dirigió a mí le contesté igual. Los señores pidieron whisky, el joven eligió tequila.

“Deseo brindar por la felicidad de los presentes y de nuestras familias” dijo Bladimir al tiempo que levantaba su copa para que nosotros hiciéramos lo mismo. Nosotras brindamos con refresco. Corearon: ¡Salud!; le dimos un trago a nuestras copas, las regresamos a la mesa. Bladimir volteo a ver a mamá, sonriendo le dijo:

—Apreciada señora, ¿podría usted permitir que en éste momento entre a ésta su casa una persona más?

—Claro que sí. ¡Encantados! —contestó mi mamá.

—Hazlo pasar por favor —le dijo Bladimir a Félix mirándolo a la cara sin parpadear.

Nos levantarnos de nuestros asientos, miramos hacia la entrada, Félix abrió la puerta, salió a la calle, se escuchó el ruido de dos puertas que fueron cerradas; luego el de la cajuela. Al volver, el joven empujó la segunda hoja de la puerta con el dorso para entrar con todo y unas cajas que cargaba. Nuestros ojos se abrieron impávidos al imaginarnos el contenido de las cajas adornadas con moños.

De cerca lo seguía el chofer. El volumen de la carga los obligaba a caminar lento para mantener el equilibrio de las cajas. Mi mamá no esperó más, se levantó, le siguió mi papá, yo permanecí sentada. Los comensales estaban alegres, reían al ver nuestras caras de sorpresa. Los regalos fueron colocados en el árbol de navidad, eran seis, supuse que dos para cada uno de nosotros. Bladimir aclaró que la mitad de ellos los obsequiaba su amigo, el socio. Una vez que se incorporó Félix a la mesa Bladimir expresó: “Brindo por verlos contentos”. Después de brindar mamá colocó su copa sobre la mesa, tomó mi mano, la apretó fuerte, así permaneció un rato; en voz baja me dijo: “Dios es grande hija mía, cuándo nos imaginábamos esto en ésta fecha”.

La plática se colmó de anécdotas y de historias contadas con gracia. Tenía curiosidad por saber qué contenían los regalos. Imaginaba que serían obsequios de alto valor, no se podía esperar otra cosa de personas adineradas. El señor Bladimir demostraba su aprecio por nosotros, principalmente por mis padres, conmigo no era tan efusivo. La alegría volvía a nuestro hogar después de meses de ausencia.

Las sorpresas continuaban. Hubo otra que no esperábamos. El ambiente festivo reinaba en la casa. Faltaban pocos minutos para las once de la noche, hora propuesta para servir la cena. Bladimir se dirigió a mi papá para comentar lo siguiente:

—David —habló Bladimir—, mi socio quiere hacerle una propuesta, esperamos no la vaya a rechazar. Le he platicado lo profesional que es usted; como médico veterinario es el mejor —continuó halagándolo—. Eso ha despertado envidias que le han acarreado algunos problemas aquí en el pueblo. Le he platicado también de la gran amistad que ustedes me han conferido; ya ve que amigos... ¡pocos!

—Gracias amigo Bladimir por tan inmerecidos elogios —alcanzó a decir papá—. A sus cálidas órdenes, lo que desee de mí estoy para servirle.

—Me gustaría repitieras —intervino Bladimir con tono optimista dirigiéndose a su socio—, lo que antier platicamos en Estados Unidos cuando hablamos de nuestro proyecto.

—Bueno, señor David —agregó el socio sin mayor pausa—, vamos a exportar ganado fino al país donde radico: los Estados Unidos. Hemos conseguido mercado

allá, vamos a vender reses a dos ciudades de Texas, las llevaremos a los rastros, ya les demostramos que tenemos la mejor carne. Usted se encargaría, como socio, de la salud de los animales. Allá exigen animales completamente sanos. Se trasladaría usted a los ranchos con los que mi amigo Bladimir ha pactado el negocio. Si acepta, si no nos hace el feo, empezamos la próxima semana, señor David.

El semblante de mi papá cambió. Sus ojos se tornaron expresivos, hubiera gritado de alegría. Permaneció atento a la explicación del amigo de Bladimir.

—Me dice Bladimir —continuó—, que usted no tiene vehículo. No se preocupe, dispondrá usted de una camioneta nueva que le daríamos en cuanto nos llegue de Monterrey. No quiero que se sienta presionado, consúltelo con la familia y al rato nos dice.

El joven Félix elogió el mantel rojo con motivos navideños que cubría la mesa. Bladimir platicó cómo había convencido al dueño de un bonito rancho de la región, para que se lo vendiera.

—Pláticanos cómo le hiciste, socio —le consultó su socio Winston.

—Le dije al dueño que en el subsuelo del rancho había petróleo y que el gobierno se lo iba a expropiar.

—¿Pero... cómo es que el tipo te creyó, Bladimir —aseveró el socio?

—Muy sencillo, socio, le mandé echar unos galones de petróleo por aquí y por allá, como si hubiese brotado de la tierra. Quedó absolutamente convencido. Rieron a carcajadas —Me pareció chistosa la ocurrencia, la celebré.

Poco antes que sirvieran la cena, mi papá solicitó se le permitiera platicar con nosotras sobre la propuesta que acababa de recibir. Fuimos a la sala, nos acomodamos los tres en el sillón grande, papá nos preguntó sobre la propuesta, le recomendamos que la aceptara. Deduje que había que simular que la decisión la tomábamos en acuerdo familiar. Después de unos instantes regresamos a la mesa. Papá esperó el momento oportuno; mientras, seguían brindando y conversando. Procuraban no hablar de negocios como se lo habían propuesto al inicio de la reunión, aunque recurrentemente lo hacían. El momento se dio. El socio, forzando la respuesta dijo en voz alta:

—Creo que tenemos un fuerte motivo para brindar. Quiero adivinar que obtuvo usted el consentimiento de la familia, señor González. ¿Ha sido así...?

Sin prolongar la respuesta papá le dijo lo que querían escuchar.

—Efectivamente, la familia me ha dado su respaldo y autorización para que me entregue a las tareas de las que nos han platicado, por lo que mi respuesta es afirmativa.

Como catapultado, Bladimir se levantó de la silla con su copa en la mano, le siguió el socio, todos nos pusimos de pié y brindamos. Antes de tomar asiento Bladimir propuso abrir los regalos. En tono de broma agregó:

—Si no les gustan se los devuelven a mi socio —reí nerviosa.

Nos acercamos al árbol navideño. Resultó fácil identificar a quién correspondía cada regalo, nuestros nombres estaban en las tarjetas adheridas en cada una de las cajas.

LAS SORPRESAS no terminaban, eso era un verdadero sueño, temía que al despertar me encontrara con la cruda realidad; no podía creer lo que estaba ocurriendo. Mis lindos padres prefirieron que yo fuera la primera en abrir mis regalos. Fui por las tijeras, las tomé del costurero, abrí el más pequeño de los dos; me quedé muda cuando vi el contenido: un juego de aretes, collar y prendedor de... ¡auténticas perlas! Grité de alegría, puse una cara como la de un niño antes de llorar. Entonces... ¿que contendría la más grande?, me pregunté. Hice lo mismo y otra sorpresa: un abrigo y una preciosa bolsa de mano. Mi mamá fue halagada con otro abrigo y un sombrero. Faltaba mi papá. Todos permanecíamos en expectación. La caja grande contenía un sombrero Texano. La más chica traía relleno de papel; lo sacó, en el fondo estaba una pequeña caja que contenía las llaves de un vehículo. Cuando las tuvo en sus manos volvió la cara hacia el señor Bladimir, le dijo:

—Mi querido amigo, esto debe ser una broma. ¿Qué abren estas llaves que tengo en mis manos?

—Investiguemos —respondió Bladimir, riendo.

Nos paramos, mi papá tomó la delantera, lo seguimos, salimos a la calle, el lugar del vehículo en el que llegaron ahora era ocupado por una camioneta tal como la habían descrito horas antes, mintiendo que la traerían de Monterrey. Papá se quedó sin palabras. Bladimir le señaló:

—Sé preguntará por qué le dimos en regalo las llaves de la camioneta, cuando habíamos quedado que lo haríamos si usted aceptaba. ¿No es así, socio?

—Exactamente, querido amigo, ese razonamiento pasó por mi testa —remató papá.

—Bueno... es muy sencillo —continuó hablando el benefactor de la familia—, usted a nadie le negaría un favor; lo nuestro no era un ofrecimiento, era un favor que le estábamos demandando; eso era. Les suplico que entremos, que siga la diversión.

Bladimir se colocó en medio de mis papás, los abrazó, entraron a la casa. Como si todo hubiese sido con guión en mano, al llegar a la mesa nos encontramos con la cena servida. Se sentó y dijo: “Comencemos”. A mi papá le tocó decir la plegaria para los

alimentos, juntamos nuestras manos en posición de oración, inclinamos la cabeza, cerramos los ojos, le dimos gracias a Dios por darnos los alimentos para esa noche.

Vino a mi mente el recuerdo de mi ex novio. Me hubiese agradado su presencia en ese momento. El festín no era suficiente para olvidarlo. Mamá notó mi distracción, supo lo que cruzaba por mi mente; me miró discretamente, guardó silencio. Los señores hablaban de los planes con la incorporación de mi papá en el selecto grupo de adinerados.

La temperatura había bajado, hacía un poco de frío. Le pregunté a mamá si estrenaba el abrigo que acababa de recibir como regalo de navidad; me propuso que mejor fuera por un suéter; “yo haré lo mismo”, me comunicó. Los invitados no tenían frío. Observé que Bladimir estaba ingiriendo menos licor que los otros; cuando el mesero rellenaba su copa, el Whisky apenas cubría el fondo del vaso, nadie se daba cuenta de ello, yo sí.

El señor Bladimir sugirió al nuevo socio que a la brevedad actualizara su pasaporte; en menos de dos semanas estaría de viaje por Texas.

Papá preguntó cuál sería el lugar más adecuado para sacar el documento, escuchó con atención la sugerencia, le sugirieron la ciudad de México, ahí mismo conseguiría la visa. La plática no decaía. El joven Félix volteaba de vez en cuando para preguntarme cualquier cosa o hacerme comentarios; la mayor parte del tiempo permaneció atento a la plática de los mayores. No pude atinar cuál era el papel del joven en ese grupo. Aprovecharon la reunión para hacer un repaso de las propiedades y los negocios de Bladimir y su familia. Lo hacían con aparente sutileza. También platicaron de la amistad que sostenía con gente del gobierno y la política, a quienes complacía con comidas en restaurante caros. Entendí que esas relaciones eran importantes para sus negocios.

Dieron las doce de la noche, los temas no se agotaban. Nuestro ánimo estaba por las nubes. El socio de Bladimir jugaba con sus tirantes. Hablaron del amor y las pasiones. El amigo de Bladimir, Winston, decía que los enamorados deben esconder su pobreza porque “La pobreza es enemiga del amor”. Estuve en desacuerdo con esa aseveración aunque no lo expresé. Tampoco coincidí con el comentario de Félix. Dijo que las mujeres bonitas deben casarse con los hombres ricos.

—Quien beba de éste vino sabrá los secretos de todos —dijo Bladimir en tono jocoso.

Me preguntó Félix si sentía curiosidad por saber los secretos de los ahí presentes; le contesté que para mí no era importante saberlos. Bladimir celebró mi respuesta.

Afuera, los niños encendían luces de bengala, corrían en círculos con ellas en las manos. Las calles se veían alegres. Algunas familias salían de sus casas para tronar cuetes.

El señor Winston comentó en voz alta que la comida había estado deliciosa; advirtió que debía contener su glotonería porque padecía problemas cardíacos: “Comer en demasía me afecta, tomar licor no me cae bien, pero por el motivo de la ocasión haré la excepción. Además, las restricciones autoimpuestas no me impiden seguir disfrutando de las agradables charlas sostenidas por todos ustedes”. Dijo que mi papá le había causado la mejor de las impresiones: “Es usted una persona decente y padre ejemplar, nos va a ir muy bien en los negocios. Usted es una persona preparada, sabe lo que hace”.

—Gente envidiosa y desconsiderada no quiere que brille, pero a partir de ahora nadie podrá con ésta unión de amigos —dijo el socio en alusión al sospechoso envenenamiento de nuestras vacas.

El señor Winston me pareció una persona correcta, con experiencia en los negocios y las relaciones públicas. Mi papá escuchaba atentamente, en ese momento me asaltaba la curiosidad sobre cómo se acoplaría a ellos siendo diferentes en algunos aspectos.

Habían dado las doce con treinta minutos. Bladimir dijo:

—Señores... es hora de retirarnos. Esta noche ha sido de grandes sorpresas para nosotros —con la vista señaló a Félix y a su socio—. Lo más importante es que nuestro amigo David haya aceptado ser nuestro socio, nos sentimos complacidos —Parecía no fingir en su razonamiento.

—Esta familia tan hermosa y bien integrada, nos dio cobijo y calor de hogar por esta inolvidable noche. Ésta hermosa jovencita —volteó a verme—, de ojos de fantasía y mirada transparente y escrutadora, fue el moño de los regalos que a ésta casa llegaron. No se extrañen, pero los regalos que hemos recibido nosotros fueron mucho más de los que hemos traído a esta casa, que solo abre sus puertas a gente de buenos sentimientos como nosotros. De aquí en adelante serán más frecuentes las reuniones... bueno... si es que no nos consideran non gratos.

Riendo a carcajadas mi padre intercedió:

—Las veces que deseen visitarnos serán bienvenidos, ésta es su casa, lo digo de verdad.

Mamá repitió lo mismo agregando lo siguiente:

—Para la otra ocasión les vamos a pedir que nos visiten como invitados, probarán mis guisos que también son sabrosos —festearon la aclaración. Al unísono dijeron que gustosos aceptaban.

Se levantaron de la mesa, Bladimir fue al encuentro de mi mamá para felicitarla, la estrechó entre sus brazos; luego con papá, lo llamó socio; al final lo hizo conmigo.

—Ahora eres la más hermosa del pueblo y de muchos lugares, en un año serás la más hermosa de todo el país.

Me agradó el comentario; me quedé con la duda por qué lo decía. La despedida llevó varios minutos. Salieron los tres, abordaron el vehículo negro, las puertas estaban abiertas. Era el mismo auto que nos condujo a México, verlo me trajo recuerdos. Las puertas fueron cerradas por el chofer. No era el que manejó en nuestro desventurado viaje, era otro, más joven; también vestía uniforme gris pero diferente al del anterior. Nosotros permanecemos en la banqueta hasta que el vehículo se perdió en la esquina al doblar a la derecha.

De nuestras bocas no salieron palabras, solo sonrisas de satisfacción.

Entramos, mis padres se despidieron de mí con un abrazo y un beso, me retiré a mi recámara. Entré, encendí la luz, me desvestí, me coloqué la pijama, me metí a la cama. A pesar que tenía sueño no me dormí inmediatamente. Trataba de recordar las conversaciones en la reunión. Tenía más preguntas y pocas respuestas. En todo eso había algo que no encajaba.

Mis padres tenían una explicación diferente; estaban agradecidos por las retribuciones del héroe circunstancial. Yo no debía poner en duda las intenciones de Bladimir y de su familia.

Esa noche el destino de la familia de nuevo había cambiado de rumbo, ahora con mayor prosperidad. Mis padres estaban más tranquilos sin las perplejidades que nos perseguían desde meses atrás. No podía sacarme de la cabeza la frase: “El que beba de éste vino sabrá el secreto de los demás”. Al día siguiente bajé a desayunar, vi a mi papá que buscaba algo en el estante de sus libros.

—¿Qué haces, papá? —le pregunté.

—Hija, debo prepararme para mi nueva responsabilidad, sabes que no puedo fallarle a ese hombre tan magnánimo con nosotros. Estoy doblemente comprometido con él. Nos estábamos hundiendo, él nos trajo este salvavidas, iniciaremos una nueva vida; tú eres lo más valioso que tenemos, queremos lo mejor para ti.

—Sí, papá, guardo tus palabras en lo más hondo de mi alma, contarás con mi cariño y apoyo por siempre —le acentué. Sonrió, me abrazó.

—¡Por siempre! —repitió.

Al paso de los días a mi corazón llegó un poco de alivio. Todo transcurría sin mayores incidentes, a mi papá le iba bien con su nuevo trabajo. Tres días de la semana se los pasaba fuera. Entre otras actividades tenía que visitar ranchos para ver la salud del ganado que sería enviado a los Estados Unidos. Ellos hicieron planes para que

visitáramos al vecino país, sería en mis siguientes vacaciones. En la ciudad de México tomaríamos el avión que nos llevaría a Houston. Mamá tenía deseos de conocer esa ciudad.

CAPÍTULO 7

Un día mi compañera Rossina me invitó a comer. En el camino a su casa nos encontramos aquel tipo con el que mi novio y yo nos topamos en el parque. Viajaba en una camioneta de modelo reciente sentado al lado del chofer. Lo reconocí por su mirada torva, nariz tronchada hacia su izquierda, tal vez por un golpe. La melena cubría una cicatriz en la cara. No alcancé a ver la razón social en la portezuela. De reojo observé que me miró, en cuanto me identificó volteó la cara para decirle algo al conductor. Lo seguí con la mirada hasta que se perdió de mi vista. Le comenté a mi amiga, no le dio importancia, seguimos caminando hasta llegar a su casa. Comimos, después nos fuimos a su recámara, le platiqué en detalle del asesinato de mi ex novio.

Al siguiente día nos vimos en la escuela. Mi amiga me dijo que le había comentado a su papá lo que le platiqué del asesinato del Paulo Emilio. Me expuso que estaba interesado en el asunto, por tratarse de mí. Le sugirió a su hija que me volviera a invitar a comer, quería escuchar el relato de mi propia boca. Así lo hizo. El papá trabajó en el gobierno como investigador.

—Me dijo mi papá que lo que podría asegurar que lo que le hicieron a tu novio había sido fabricado para que aparentara haber sido un hecho fortuito.

—Dile que estoy dispuesta a platicárselo porque tengo la impresión que es una persona con experiencia en cuestiones de seguridad y delincuencia. Me causó buena impresión. En la primera oportunidad volvería a su casa. Acepté porque yo tenía dudas del asesinato.

Mis papás me habían recomendado que debiera recordar a Paulo Emilio hasta antes de su muerte. “Recordarlo de manera recurrente te martirizaría; estas muy joven para amargar tu vida”.

El momento llegó. Antes de salir de mi casa rumbo a la escuela le dije a mi mamá que Rossina me había invitado a su casa. Aceptó. Sabía que éramos buenas amigas. Oculté el motivo de la invitación. Salimos de la escuela, el sol resplandecía, caminamos a la casa de mi compañera; cruzamos por el mercado “El rodante” que cada semana se ubicaba en ese lugar; era gente de pueblos cercanos y de otros lugares; vendían de todo: frutas, verduras, carnes, quesos, ropa del país y americana. Los improvisados techos con mantas multicolores los protegían del sol o la lluvia. Los

vistosos artículos atraían el interés de los clientes que acudían para comprar lo que necesitaban o les gustaba.

Los transeúntes parecían atraídos por las repetidas frases de los vendedores: “marchantita, venga”; “vea”; “pruebe”; “marchantita...” Al final de la calle estaban los que vendían cotorros hablantines. “No enmudezca, marchantito, llévese un loro para que platique con él, no le rezonga como su suegra”. Los que escuchaban la forma tan persuasiva de vender esos animales reían con desparpajo. Pero nuestro propósito era otro: hablar con el papá de mi amiga que se había ofrecido para tomar como suyo el asunto de la muerte del hombre que más amé en mi vida.

Antes de llegar a la casa de mi amiga nos encontramos con una parvada de pájaros tordos de plumaje negro brillante, que parloteaban al momento de posarse en un árbol de grandes ramas y verdes hojas. Tenía la convicción de que la mediación del papá de Rossina daría buenos resultados. Aceptaba que conocer la verdad no le devolvería la vida a mi ex novio; solo serviría para consolarme. Llegamos al domicilio, nos recibió su mamá, su carácter era gentil y alegre, me agradaba. Vestía falda y blusa de colores vivos.

—Pásenle, hijas mías, en un momento las llamo para comer, esperaremos a mi marido que salió a comprar algo que se le antojó.

Rossina acostumbraba cambiarse de ropa recién que llegaba de la escuela; en esa ocasión no lo hizo para permanecer conmigo. Platicamos menos de quince minutos. Su papá regresó sosteniendo en la mano izquierda una bolsa de mandado con los productos que había adquirido, la llevó a la cocina. Minutos más tarde nos llamó la señora para sentarnos a la mesa.

El señor me pidió que me sentara a su lado para platicar de cerca. Rossina se sentó a mi lado; la señora, frente a mí.

El papá me sirvió la sopa, lo mismo hizo con su esposa; finalmente a su hija. Mi amiga me acercó el pan blanco. Los vasos con agua de frutas estaban servidos cuando llegamos a la mesa. Mientras tomábamos los alimentos platicamos de nuestros compañeros... los aplicados, los flojos, los simpáticos, y algunas travesuras como cuando ataron la trenza de Raquel a su silla y al levantarse cayó al suelo. Antes de servir el postre, dulce de papaya, el señor inició la plática sobre el tema por el cual me habían convocado.

—Zalia —me dijo con palabras suaves y mirándome fijamente a los ojos—, uno de mis trabajos en la ciudad de México fue como investigador; tomé varios cursos para especializarme. Mi hija te estima, dice que eres su mejor amiga. Tus papás son gente honorable, por eso tomaré como propia esta indagación, te lo prometo. De esta

familia no saldrá un solo comentario, no es conveniente; a eso nos comprometemos mi esposa, mi hija y yo.

—Veo cosas muy raras en este asunto —reanudó la exposición de sus argumentos—. Voy a pedir apoyo a unos amigos que también se dedican a la investigación, radican cerca de donde le hicieron esa canallada a tu ex novio. En una ocasión acudí con el doctor Paulo Emilio. Fui a verlo a su consultorio por un dolor fuerte en el estómago; me dijo que era por estrés. Me recetó un medicamento pero también me dio la alternativa de tomar un té con yerbas que vendían en el mercado. Opté por el té, y me compuse inmediatamente.

Era un hombre honrado, conocedor de su profesión. Con él se podía platicar de cualquier tema, era culto, preparado; no es creíble que hubiese visitado un lugar de esos donde hay mujeres de la vida galante, menos en una zona para él desconocida. Hay gato encerrado. Me propongo encontrar la verdad, nadie lo va a impedir, excepto que tú me lo solicitaras, Zalia.

Las palabras del papá de mi amiga me llenaron de ilusión. Le comenté que casualmente escuché una conversación entre mi mamá y una amiga de ella. Aquella aseguraba conocer la realidad del asesinato de Paulo Emilio. No me enteré de más; cuando se percataron de mi presencia cambiaron la conversación. Deduje que mi mamá también estaba intrigada por conocer la verdad.

QUINCE DÍAS DESPUÉS me comentó mi amiga Rossina que su papá había hecho un viaje al lugar de los hechos. Lo acompañó uno de sus amigos. Durante el día de su permanencia se entrevistaron con personas que vivían cerca del bar. No me dio más información. Recuerdo que su papá me dijo que no especularía sobre los avances de las indagaciones, que esperaría a tener resultados precisos para comentármelos.

Tiempo después me expuso Rossina que su papá quería hablar conmigo. Me preguntó que cuándo podía visitarlo. No esperé más, fui a las cinco de la tarde del tercer día. A mi mamá le oculté el motivo.

Inició la plática relatándome que su amigo se había hecho pasar por representante de unos laboratorios de medicamentos, y trabó conversación con uno de los cantineros.

—Mi amigo, cuidando no despertar sospechas, preguntó al cantinero sobre el caso del médico golpeado cerca de ese lugar. Le argumentó que se había enterado del hecho por los periódicos. El cantinero le respondió que habían sido visitados varias veces por agentes policiacos. En todas las entrevistas les había recomendado que investigaran en otro lado porque nadie con las características del médico había estado en el lugar, ese día. Agregó que el dueño de la cantina aseguraba que los autores

habían hecho un montaje en el que participaron al menos dos personas más, que esos sí habían estado en el bar, pero que jamás los volvieron a ver.

—A ver... amplíeme más el comentario por favor para entender lo que me dice — le inquirí al señor Tereso.

—Mira, de acuerdo a las versiones de los empleados del negocio, al medio día llegó un joven vestido completamente de blanco, como visten los doctores. Iba acompañado por una joven mujer con aspecto de prostituta. Estuvieron tomando cerveza, no recuerdan cuántas, no me dieron esa información. El joven de blanco aprovechó que la chica fue al baño para comentarle a uno de los meseros que iba de paso a Papantla, a visitar a su novia, pero que se había detenido en ese lugar porque pretendía pasar “un buen rato” con su amiga, aprovechando que el novio de ella había salido de viaje a Querétaro. Hubo algo que hizo dudar al cantinero que se tratara de un médico. El cantinero le comentó de un dolor en la espalda causado por una caída el día anterior. Afirmó que el supuesto médico desvió la plática para evitar la respuesta. Al rato le volvió a preguntar pensando que no lo había escuchado. De nueva cuenta actuó como si no hubiera oído. El cantinero confesó a mi amigo que la pareja estaba ingiriendo poco.

El supuesto doctor mostraba nerviosismo, parecía esperar a alguien. Además, ese no era el lugar apropiado para reunirse con una mujer a escondidas de su pareja, no dejaba de ser un lugar público —reflexionó el señor Tereso—. En ese lugar no podrían guardar la secrecía requerida. El cantinero agregó un dato que para mí es importante: aseguró que el joven que estuvo conviviendo con aquella mujer, correspondía a las descripciones de Paulo Emilio, pero cuando vio la foto que le mostró mi amigo aseguró que no era

la misma persona.

Sospecho que alguien preparó todo para quitarlo de tu camino. A alguien le era incómodo. Tal como te lo prometí, Zalia, seguiré armando éste rompecabezas, llegaremos a descubrir la verdad, te lo prometo.

AL PAPÁ DE MI AMIGA lo vi decidido a continuar con la investigación, no había duda, lo percibí en su mirada y en el tono de su voz. Me asustó pensar qué pasaría cuando se conociera la verdad del asesinato. No podía platicarlo con nadie más, habría riesgos. Cuando salí de su casa la noche se había apoderado del pueblo. Ofrecieron llevarme, la mamá de Rossina se sumó a la comitiva. Los cuatro abordamos el auto y emprendimos la marcha. Antes de entrar a mi casa vi correr a unos perros por algo que los asustó.

Consideré ocultarle de nueva cuenta el motivo que me llevó a la casa de mi amiga Rossina. Permanecí en el comedor haciendo una tarea pendiente. Esa noche no podía

conciliar el sueño, di varias vueltas en la cama, pensé en las conjeturas del señor Tereso, no alcanzaba a deducir quién pudo haber cometido tal fechoría, mi mente no llegaba tan lejos. Me levanté cerca de la media noche, fui a la cocina, tomé un vaso de leche. Al día siguiente todo transcurrió con normalidad. En la comida, mi mamá me felicitó por haber tomado con ahínco mi responsabilidad de estudiar, auguró que saldría con buenas calificaciones en los exámenes. Cuando me dieron la boleta me llenó de orgullo ver puros dieces, solo un ocho.

CAPÍTULO 8

Por su trabajo, mi papá viajaba con frecuencia a Estados Unidos. Cada vez que regresaba nos platicaba de sus experiencias y lo que veía en aquel país. Su buen carácter y amplios conocimientos le facilitaron hacer varios amigos. Infundía confianza a primera vista. Decía estar a gusto con lo que hacía en la empresa exportadora de ganado y carnes. En casa ya no se hablaba de mi ex novio, pero seguramente seguían pensando en él. Debía desprenderme poco a poco de aquellos recuerdos, estaba muy joven para vivir del pasado.

Había planeado decir a mis papás que no quería fiesta para mi próximo cumpleaños. No me llamaba la atención celebrarlos, tal vez propondría una reunión en casa con familiares y amigos cercanos a mis papás. No encontraba estímulo para hacer algo mayor.

Me había propuesto que mientras no cumpliera los dieciocho no debía pensar en noviazgo; por ese momento mi atención estaba puesta en la universidad a la que eligiera inscribirme, y la carrera que deseara cursar. Tenía que hacerlo fuera, en otra ciudad, en el pueblo no había escuelas para estudios superiores.

Algunas amigas me recomendaban Puebla; otras, el Puerto de Veracruz. A los que me sugerían la Ciudad de México para estudiar les contestaba que no quería revivir recuerdos.

El sábado siguiente mi papá decidió que hiciéramos día de campo en nuestro rancho. Tenía pocos animales, estaba más dedicado a su compromiso con Bladimir. A papá le gustaba asar carnes, sabía de cortes y como guisarlos. Los trabajadores de mi papá mataron una res para vender la carne a unas personas para una fiesta de cumpleaños. Apartaron lo suficiente para comer nosotros. Las carnes las cocinaron al carbón en un asador que tenía en el rancho, se lo acababan de devolver, estuvo prestado más de cinco meses a una comadre de mi mamá.

Mamá limpió la mesa, colocó cuchillos de sierra para carne, tenedores, cucharas, servilletas y platos hondos para el consomé. Preparó salsa, no muy picosa para que yo

la pudiera comer; frijoles refritos y arroz. Busqué una soda en la hielera, no había, solo cervezas. Papá se dio cuenta lo que buscaba, me sugirió tomara cerveza, solo una.

—Hace calor, se apetece una cerveza para estabilizar la temperatura del cuerpo y calmar la sed del espíritu —soltó la carcajada, mamá hizo lo mismo.

—De modo que ustedes quieren emborracharme... ¿verdad? —les dije en tono de broma.

Era la primera vez que probaba una cerveza. El primer trago me pareció desagradable. A sorbos la tomé toda, me mareé un poco. Mamá preparó ahí mismo el guacamole; lo unté a mi tortilla como base para colocar el pedazo de carne. Pasó un rato, platicamos de varias cosas. Después de instantes de silencio mis papás me dieron la noticia que el señor Bladimir los había animado a proponerme se hiciera la fiesta de mi cumpleaños, él cubriría los gastos. No comenté nada.

—¿Tienes algún inconveniente, hija? —me preguntó papá.

—Ninguno, papá, me agrada la idea. Le contesté.

—Pues entonces a preparar la fiesta.

—Sólo un favor... —acoté.

—Sí, hija, adelante.

—Que no invitemos a mucha gente, solo pido que sea nuestra familia y algunos amigos míos, y quienes decida invitar el señor Bladimir, por supuesto.

—Estamos de acuerdo, hija. ¿No es así, amor?

—Por supuesto que estoy de acuerdo —contestó mamá.

Me sentía relajada y alegre. Agradecía que la vida nos sonriera después de la crisis económica que recién habíamos padecido. De pronto, la añoranza trató de apoderarse de mi mente. Para evitar que mis papás lo notaran en mi cara caminé unos metros, me detuve cerca de un árbol. Dirigí la mirada hacia las colinas que quietas recibían los rayos del sol. Las más altas casi tocaban las nubes. Antes de que el sol empezara a cederle espacios a la noche, emprendimos la retirada. En el camino de vuelta íbamos armando la lista de los que serían nuestros invitados.

No me ilusionaba un festejo en grande, había heridas que no cerraban del todo. También me preocupaba que Bladimir se apoderara de nuestras decisiones como ocurría con otras personas del pueblo. La gente sabía cosas de esa familia, pero nadie se atrevía a comentarlas; era una familia poderosa, temida por unos, admirada por otros. No alcanzaba a entender la esplendidez del señor Bladimir. Nosotros no coincidíamos con los señalamientos negativos en contra de la familia Bustanni Galli, al contrario, estábamos agradecidos con su comportamiento y apoyo brindado a papá.

Estuvimos de acuerdo que los preparativos de la fiesta de mi cumpleaños los iniciaríamos una semana antes de la fecha del festejo. Nuestra preocupación no era

mayor porque la parte principal de la organización estaba en manos de Bladimir. A tres días del acuerdo familiar llegó papá con información diferente a la anterior.

—Hoy por la mañana me reuní con mi socio Bladimir, retomamos el tema de tu fiesta, Zalia. Me dijo que el ofrecimiento lo mantenía en pié, pero que comprendía tu decisión de optar por algo más íntimo. Me convenció que debíamos respetar tus deseos, él apoya tu opinión. Nuestro amigo ha decidido obsequiarte un viaje en avión a Miami, Florida; incluye hospedaje en el hotel que elijas; incluso, me dio esta revista de viajes, aquí vienen casi todos los hoteles de allá.

—¿Iré yo sola? —le pregunté sobresaltada.

—No, te acompañaremos tu mamá y yo; si estás de acuerdo...

—¡Por supuesto que quiero! —le contesté gustosa.

—Nos iremos tres días... ¡Todo pagado! —agregó mi papá.

EN LA FECHA PROGRAMADA salimos en autobús a México. Horas después llegamos a la terminal, tomamos un taxi al Aeropuerto Internacional. Por encima de nosotros pasaron dos aviones. Me ilusionaba subirme a uno de esos enormes aparatos que, a pesar del peso, podían levantar el vuelo. Me parecía una fantasía, una ilusión.

El taxi se estacionó en la entrada de la sala donde haríamos los trámites para la documentación del equipaje, para posteriormente abordar el avión. Nos bajamos, el conductor fue al maletero del auto, lo abrió, sacó las maletas, las colocó en la banqueta. Nos dijo que el hombre que se había acercado cargaría con ellas y nos conduciría donde documentaríamos el equipaje. Las maletas grandes las colocaron en el carrito; en mi hombro colgué la mía, la más pequeña. En la sala de espera permanecimos más de una hora atentos al anuncio de abordar. El tiempo de espera se aligeró porque nos entretuvimos mirando a los turistas que salían o llegaban de muchas partes del mundo. Mi atención era atrapada por los rasgos faciales de las personas; su origen lo determinaba el idioma que hablaban. Comprobé que los seres humanos somos iguales; las diferencias son el idioma y la cultura. Comimos unas frituras que compramos ahí mismo.

Un joven apuesto, como de mi edad, español por su acento, volteó a verme, se sonrió conmigo; hizo un intento por desviarse de su camino para saludarme, la premura por abordar su avión se lo impidió. Algo similar pasó con otro chico, seguramente francés, lo escuché hablar; al pasar frente a mí me miró, sonrió, levantó su mano para saludarme. Aún los tengo en mi recuerdo. Me sentí halagada. Personas mayores, hombres y mujeres, también me saludaban. Una mujer de edad madura que hablaba español con marcado acento inglés, les dijo a mis papás que yo era una joven agraciada, bonita, que me cuidaran mucho. El marido de la señora, que hablaba

español con dificultad, sonriente afirmó con la cabeza lo que pronunciaba su esposa. Por fin anunciaron que debíamos abordar el avión.

Había llegado el momento de treparnos al enorme aparato para emprender el vuelo. Nos formamos pero nos ganaron la punta de la fila. Me hubiese gustado entrar a la aeronave en primer lugar, hubiera sido complaciente para mí; ¡mera ocurrencia! Fuimos los segundos en hacerlo. Los boletos eran para la sección clase turista. Buscamos nuestros asientos, los encontramos rápido. Papá me preguntó si deseaba ocupar el asiento de la ventanilla, le contesté que sí. Nos sentamos, inmediatamente nos abrochamos el cinturón de seguridad.

A través de la ventanilla vi varios aviones estacionados y otros que se formaban para despegar. Las imágenes de esas enormes naves me abstraían.

Las azafatas, ubicadas en lugares estratégicos para que todos las viésemos, nos indicaron qué hacer en caso de emergencia. Se iluminó el letrero de “Abróchese el cinturón”, ya lo habíamos hecho. El aparato empezó a moverse para tomar posición de despegue en la pista. Permanecía atenta a todo lo que veía por la ventanilla. Se detuvo un momento, escuché que aceleraron los motores, inició el recorrido sobre la pista, cada vez más rápido hasta que despegamos. Clarito vi que intentaba alcanzar las nubes. Las casas empequeñecían, los automóviles también. Las carreteras se convertían en delgadas líneas sobre la tierra. Cruzábamos por las nubes mientras ascendíamos. Por encima parecían grandes copos de algodón cuidadosamente acomodados para consentir nuestra vista. Después de un tiempo volábamos sobre el mar. Después de un par de horas volvimos a ver tierra, estábamos sobre la península de la Florida.

En menos de cuatro horas llegábamos a nuestro destino. Hacía calor. Recogimos las maletas, tomamos el taxi que nos llevó al hotel. Haber hecho las reservaciones con antelación nos aprontó el trámite del registro. Las señoritas de la recepción hablaban español. Mientras papá permanecía en la recepción me asomé al restaurante. A lo lejos vi el cautivante paisaje marino, diferente a los de mi tierra. No se veía congoja, solo caras sonrientes, llenas de ilusiones y de amor.

Solicitamos que nuestras habitaciones estuvieran en el último piso. Desde ahí veíamos la playa y más hoteles. El paisaje era un halago a la vista. El ánimo de mis papás estaba por lo alto. Ellos tenían más ilusiones conmigo que yo con mi vida. Ese día, después de instalarnos, le comenté a mi mamá que tenía deseos de nadar un rato en la alberca, me dio permiso. Aprovecharía para asolearme y estrenar el traje de baño que me había comprado en una de las tiendas del hotel.

A los veinte minutos estaba en la alberca. Diez minutos después se me acercó un chico, un poco mayor que yo; se presentó, me dijo que era de Chihuahua. Tenía ojos cafés, tez apiñonada, delgado, alto, atlético. Con voz amable me dijo:

—Qué hermosa luces éste día.

—¿Acaso me habías visto en otros días? —le contesté sonriente.

—Claro que no, pero desde hace tiempo te imaginaba —celebré su broma.

—Hermoso tu traje de baño —me dijo mientras daba un sorbo a una bebida que sujetaba con su mano izquierda.

—Agradezco el cumplido —le indiqué al recién conocido.

Mis papás llegaron media hora después. Al verme platicando con Rodrigo se sentaron a prudente distancia. Papá traía puesto el traje de baño. Mamá cubría su traje de baño con una bata con motivos selváticos, no tenía intenciones de nadar; papá sí lo hizo. Cuando regresó con mamá llamó a un mesero para decirle que acudiera donde me encontraba para preguntarme si deseaba tomar algo. Le contesté al mesero que deseaba una naranjada; le preguntó a Rodrigo, movió la cabeza de un lado a otro para decir que no apetecía.

—En seguida le traigo el pedido señorita, no tardo —Dio media vuelta y se dirigió al bar de la alberca.

—Quiero pensar que los señores son tus papás, ¿así es?

—Efectivamente, así es.

—Tu mamá es muy hermosa —replicó—. Te pareces a ella, ni duda cabe —lo expresó en tono alegre.

Le agradecí la galantería. Era el primer halago que recibía en aquel lugar. Al siguiente día de nuestra estancia en Miami, nos levantamos como a las nueve de la mañana. Fui la primera en bajar al Lobby, tuve la intención de entrar al restaurante y esperar ahí a mis papás, pero consideré que no sería correcto que estuviera sola; me quedé en la sala, cerca de la recepción. Tomé una revista de una mesita cercana con la intención de hojearla. Estaba en inglés. Yo no hablaba inglés.

Al poco rato se abrió la puerta del elevador. Salieron mis papás, se dirigieron a donde estaba aposentada; me incorporé para dirigirnos al restaurante. Había varias mesas desocupadas, escogimos la que estaba cerca de los cristales, desde ahí se veía la alberca. Afuera había dos barras techadas donde servían bebidas y alimentos rápidos.

Se acercó el mesero, saludó, se presentó, a cada uno nos dio el librito con la información de alimentos y bebidas. El mesero se retiró para darnos tiempo de escoger las bebidas primero y los alimentos después. Una vez que nos pusimos de acuerdo de lo que íbamos a pedir, papá giró la cabeza hacia dónde se encontraba el mesero; con

un breve movimiento de cabeza le comunicó que se acercara. El mesero tomó el pedido, dio media vuelta y se retiró a paso rápido.

Sorpresivamente a nuestra mesa arribó un hombre alto, de tez blanca, facciones finas, de escaso pelo, de edad similar a la de mi papá. Nos saludó con efusividad pero sin la certeza de la identidad de las personas que estaba saludando, en particular la de mi papá.

—Buenos días —expresó en tono amigable repasando con su vista nuestras caras—. Deseo cerciorarme si estoy saludando a mi ex compañero y amigo David González... Yo soy Arturo Yáñez.

—¡Claro que sí, Arturo! —exclamó mi papá levantándose de la silla como resorte—. ¡Soy yo! Qué gran sorpresa me estás dando, Arturo, no nos habíamos visto desde que salimos de la facultad. ¡Mira dónde nos venimos a encontrar, en el lugar menos esperado! —Se abrazaron efusivamente, a mamá y a mí nos invadió la emoción del reencuentro entre dos amigos.

—¿Te acuerdas dónde fue la última vez que nos vimos? —preguntó el amigo a papá, a lo que contestó—: ¡Claro! fue en la graduación... ¡Qué festejo...! —repuso.

—Alguien me dijo que habías tenido un accidente automovilístico —recordó papá—, pero no supe más.

—Cierto, David —explicó el amigo Arturo dibujándose en su cara un gesto pesaroso—, fue un accidente que pudo haberme costado la vida; me chocó una camioneta que conducía un tipo ebrio, sin luces. Estuve hospitalizado más de un mes. Vivo de milagro —dijo orgulloso.

Volteó a ver a su familia, estaban a dos mesas de la nuestra; yo también volteé para ver a la familia del reencontrado amigo. La señora, de finos rasgos faciales, pelo castaño claro, ojos verdes, sentada con elegancia, nos veía. En la mesa estaban dos jóvenes: el mayor, de tez apiñonada, ojos café claro; el otro, como de quince años de edad, de tez blanca. El mayor cruzo saludos conmigo con un lento movimiento la cabeza de arriba hacia abajo; sonrió. Después saludé a la señora meneando mi mano derecha, luego al más pequeño. Se veía una familia educada y feliz. Pensé que nadie padecería lo que a temprana edad me había ocurrido. Pero ese no era el lugar para revivir recuerdos.

Pausaron la plática, papá nos tomó del brazo, nos condujo a la mesa de su ex compañero de estudios. El amigo presentó a papá con su familia y papá nos presentó a nosotras. Don Arturo nos dio a conocer los nombres de su esposa y de sus hijos. Se estableció la relación de amistad entre las familias.

Cuando nos acercamos quedé junto al hijo mayor que en la presentación dijo llamarse Jimmy, igual que un hermano de su papá. Me veía con agrado, yo hacía lo

mismo. Mi papá completó mi inspiración cuando propuso que al siguiente día nos reuniésemos para desayunar, el resto del día don Arturo lo dedicaría para acudir a unas reuniones fuera del hotel.

EL DÍA AMANECIÓ sin nubes, el sol se reflejaba en el mar. Nuestras nuevas amistades llegaron al restaurante antes que nosotros, ocuparon la misma mesa del día anterior; los meseros agregaron otra para que cupiésemos todos. La silla junto a la de Jimmy estaba destinada para mí, alguien de ellos lo decidió; me gustó el detalle. Los jefes de cada familia platicaban sus historias y anécdotas desde que salieron de la facultad. Hablaron de los hijos y otros detalles de la vida de sus familias. Papá nos había platicado algunas anécdotas de su vida de estudiantes; yo escuchaba atenta.

La esposa se llamaba Elvira, se apellidaba Gayo; originaria de Guadalajara. Ellos se conocieron en un seminario sobre medicina animal. Los hijos nacieron en Acapulco, donde radicarón el tiempo que don Arturo ocupó un cargo en el gobierno de Guerrero. Comentaron que los atractivos ojos de Elvira revelaban su origen.

Jimmy y yo esperábamos el momento para armar una conversación entre nosotros, lo conseguimos. Descubrimos que habíamos leído los mismos libros y visto las mismas películas. Coincidimos en razonamientos a pesar de no haber platicado antes. Era un momento lleno de magia. En poco tiempo nos habíamos identificado plenamente. Sonreíamos con discreción, nos mirábamos con fervor. Los dos estábamos entusiasmados por el fortuito encuentro. Faltaba poco para que mi corazón volviera a su habitual ritmo. En esa soleada y calurosa mañana sentía demasiada vida corriendo por mis venas.

Jimmy me propuso que a la una de la tarde nos viéramos en la alberca; acepté. Después de ese acuerdo y para dejar temas pendientes para nuestro próximo encuentro, abandonamos nuestra plática. Movimos ligeramente nuestros cuerpos, nos colocamos en posición de escuchar la conversación de nuestros papás. Nos reímos de los simpáticos chistes y anécdotas que contaban. Mario, hermano de Jimmy, permanecía atento pero callado. Su carácter parecía introvertido.

El mesero permanecía obsequioso a cualquier señal de alguno de nosotros: la interpretaría como una orden de servicio. Aparte de la nuestra, atendía dos mesas más pero el esmero lo centraba en nosotros. El desayuno terminó después de dos horas. Nos despedimos sin darnos la mano, se entendía que en el transcurso del día nos veríamos nuevamente. Jimmy y yo lo haríamos un poco más tarde.

A la hora acordada estaba pisando la zona del recreo acuático. Con la vista recorrí el área donde se encontraban los camastros para ser ocupados por los huéspedes del hotel. Mi joven y guapo amigo estaba recostado en el penúltimo de la hilera, cerca de

una de uno de los cobertizos. Caminé pausadamente, el agua de la alberca se movía ondulante. Parte de mis pensamientos de la noche anterior los ocupó Jimmy.

Faltando tres pasos para llegar al mueble donde reposaba Jimmy, se levantó rápidamente, dirigió su mano para encontrarse con la mía; sin soltarla me invitó a ocupar el camastro de al lado, lo tenía apartado con una toalla del hotel.

—¡Te ves muy bien! —me dijo sonriente—. ¿Te invito algo? ¿Qué bebida prefieres? ¿Prefieres una cerveza preparada? —apuntó en tono de broma—. ¡No te creas! —agregó soltando fuerte carcajada.

Durante dos horas platicamos de libros, películas, de nuestros compañeros de la escuela. Incluimos en la conversación algunas cosas personales. Él me habló de una novia que lo engañó con su mejor amigo, yo le comenté lo que le ocurrió a mi ex novio. Esas casualidades nos identificaron más. Nuestra relación amistosa se estrechó. Lo conforté por su penoso caso, él hizo lo mismo conmigo. Por lo que a cada uno nos pasó acordamos que nuestra relación fuera de amigos confidentes, nada más; que pudiéramos contarnos todo. Juramos establecer una comunicación por carta desde el lugar donde nos encontrásemos, lo celebramos chocando nuestros vasos simulando copas de vino; el chasquido se escuchó hasta la mitad de la alberca. Colocamos nuestros vasos sobre la mesita que el mesero colocó entre los camastros. Así pasó el tiempo.

Antes de despedirnos, Jimmy me invitó a escuchar a un grupo especialista en baladas en un salón del último piso, desde donde se podían apreciar las luces de la ciudad.

Antes de separarnos, Jimmy me reveló que el grupo musical tocaba con calidad; se lo había hecho saber amigos suyos.

—Te va a encantar, Zalia, el grupo toca rolas de moda aquí en Estados Unidos —me dijo en tono convincente—, y si quieres, puedes bailar.

Anticipándose a cualquier comentario negativo de mis papás, agregó:

—Dile a tus papás que además de jóvenes como nosotros, van niños. No se venden bebidas embriagantes, solo bocadillos y vino espumoso que no contiene licor. Eso lo saben las familias que han estado en éste hotel —remató.

—Si es así, ni qué decir —le respondí aceptando la propuesta.

Tal como lo describió mi nuevo amigo, la “tocada” valió la pena. Había niños, jóvenes y gente mayor. Después me dijo mamá que tenían la intención de asistir, pero desistieron para evitar que yo pensara que estarían ahí para vigilarme. El mesero recomendó a mis papás acudir por que “Tocan canciones de su época, con ritmos modernos”, les señaló.

Exactamente a las doce de la noche dieron por terminada la presentación musical. La disfruté a plenitud. Jimmy también gozó de mi compañía. El chico era expresivo, no era tímido; hasta en eso nos parecíamos.

Fuimos al restaurante a consumir algo ligero. Ahí nos encontramos con nuestros papás, faltaba el hermano de Jimmy que ya se había retirado a dormir. Estaban a punto de terminar la charla, nos apresuramos a comer el sándwich que pedimos; lo compartimos porque en la reunión las papas fritas mitigaron nuestro apetito. Al terminar nos levantamos, nos despedimos, emprendimos el camino a nuestras habitaciones.

Dormí de corrido, no recuerdo qué soñé. Desperté a las siete de la mañana, me levanté, fui a la ventana, descorrí las cortinas; sentí que el sol me saludaba tocando mi cara con sus tiernos rayos. “Qué estará haciendo Jimmy” me preguntaba; “Tal vez durmiendo”, concluía. ¿Habría pensado en mí? Me estaba ocurriendo lo que llamaban “amor a primera vista”. Habíamos hecho un pacto de amistad para evitar que ocurriera otra cosa. Lo nuestro debía ser solo una amistad. La verdad sí me había enamorado de Jimmy, no sabía qué tan profundo podía ser. Sospechaba que había caído en las perversas redes del amor. Hasta la fecha recuerdo esas sensaciones. No podía compararlo con Paulo Emilio, las pasiones eran diferentes.

MIS SENTIMIENTOS se tropezaban. Me sentía culpable de traicionar el amor que le profesé a mi extinto novio. Exactamente no sabía qué estaba pasando con mis sentimientos. Estaba parada junto a la ventana, volteé a ver el teléfono, tuve el impulso de llamarle a su cuarto. No sabía cómo lo podía tomar, mi recato juvenil me impedía hacerlo. Finalmente no lo hice, me aguanté las ganas, mis heridas aún no sanaban.

Caminaba en mi habitación de un lado a otro, cuando llegaba a la ventana, a través de los cristales miraba la inmensidad del Atlántico. Escuchaba el insistente sonido del viento que chocaba contra el vidrio como intentando entrar a mi habitación. No había pasado media hora cuando repiqueteó el teléfono, no lo dejé sonar dos veces; apresurada corrí, descolgué el auricular, traté de darle a mi voz cierto tono de desinterés, no sé si lo logré, mi corazón latía fuerte, Jimmy lo podía notar. Contesté.

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Cómo dormiste? ¿Qué soñaste? —Era su modulada y gruesa voz que me hablaba en tono cariñoso.

—Dormí bien, desde que pegué la oreja en la almohada hasta hace rato que me desperté. Leí un rato —le mentí—, luego me bañé, me arreglé, esperé que mis papás me llamaran para no bajar sola al restaurante—le expresé—.

—¿Me permites que te acompañe en el restaurante? —me dijo en tono suplicante—. Yo ya estoy listo —adelantó.

¡Mi plan Resultó! Logré ocultar mis deseos por verlo. Me retrasé a propósito. Salí de mi habitación, me dirigí con paso lento al elevador, oprimí el botón, se abrió la puerta, entré, presioné la letra “L”, se movió a la planta baja.

Cuando la puerta se abrió me quedé impactada al ver a Jimmy con una rosa roja en la mano en posición de entregármela. Mi espontánea expresión de sorpresa la celebró Jimmy. No supe que hacer, mis nerviosidades se activaron. Tuve la intención de tomar la flor y darle un abrazo, como era mi deseo. ¿Cómo lo tomaría si no mostraba expresión alguna, y solo le daba las gracias? Me decidí: sin titubear más me lancé a él, mis manos tomaron sus hombros por la parte posterior, lo jalé hacia mí, él hizo lo mismo, le di un beso en la mejilla. Nadie se percató del espontáneo encuentro; no hubo testigos, solo nuestras almas que por un instante parecían tocarse.

Giramos para dirigirnos al restaurante. Tuvimos la intención de unir nuestras manos, solo alcanzaron a rozarse. Mientras caminábamos sentí mariposas en el estómago; ese revoloteo que una siente cuando ve al chico de sus sueños. Lo experimenté en esa ocasión. Hasta la fecha no he podido describir esas sensaciones que sentí con Jimmy en esos días del encuentro. Compartimos gustos, emociones, historias lastimeras, criterios, música, lectura, ¡Todo! De vez en cuando se presentaba en mí ese remordimiento de conciencia porque había jurado no volver a enamorarme de nadie. Sin embargo, ese día rompí la promesa que según yo le había dado categoría de sagrada.

Unidos por la indescifrable fuerza que atrae a dos personas que se gustan, cruzamos el restaurante pasando entre las mesas, nos dirigimos a la puerta para pasar al área de sol. Caminamos frente a los camastros, traspasamos la explanada, lentamente continuamos sobre el césped hasta llegar a un redondel que contenía plantas de vistosos colores. En el centro, una palmera cuya altura mostraba su edad. Nos sentamos uno cerca del otro. Nuestros hombros casi se tocaban. Nuestros ojos veían al horizonte. Aprovechando un momento de silencio me dijo en tono suave:

—Dios evitó que nos conociéramos antes, nos puso pruebas que nos dejaron huellas, que lastimaron nuestro ser, pero nos enseñaron.

Aparté mi vista del océano para posarla en los ojos de Jimmy, lo miré fijamente.

—Si no nos hubiera ocurrido lo que nos aconteció, ni siquiera nos habríamos conocido. Nuestros papás no se hubieran reencontrado. ¡Nos conocimos porque nos teníamos que conocer! —expresó eufórico.

No me lo esperaba a pesar que mi corazón lo deseaba. Continué atenta a su plática.

—Anoche me dormí tarde, la cabeza me daba vueltas, pensaba una cosa, pensaba otra; así estuve hasta la una de la mañana. Mis conclusiones te las voy a decir en éste justo instante: acéptame como tu novio... Eres hermosa, eres como yo... mi otra

mitad, sí... eso. ¡He encontrado a mi otra mitad! —Después de escuchar esa confesión sentí que desmayaba.

—Sé que nos veremos poco, no necesitamos reunirnos tan seguido. Te pido que pienses lo que te estoy proponiendo, no estamos jugando carreras, medítalo el tiempo que consideres y luego me dices. Mientras, es conveniente que no les comentemos nada a nuestros papás.

—De acuerdo, Jimmy, lo pensaré. Esta no es una decisión que deba tomarse con precipitación, debemos meditarla profundamente, qué bueno que hasta en eso coincidimos, la propuesta me parece que tiene sensatez.

No le noté ningún gesto de inquietud por pretender aprontar las cosas, tampoco observé en él que estuviera actuando por orgullo. Segura estaba que cualquier decisión que se tomase no dañaría la incipiente amistad que parecía sincera. Nadie había construido nada, todo se dio de una manera casual y espontánea, ninguno de los dos tenía la menor duda, el tiempo así lo había ordenado.

Le dimos tres vueltas a los jardines del hotel. La última fue con una soda en la mano para mitigar la sed. Olía a arena mojada con agua salobre. El sol no alcanzó el esplendor del día anterior.

Una parvada de gaviotas volaban a poca distancia de la playa. El gusto de haberlo conocido tenía especial significancia para mí. Consideramos que había que conducir esa relación con extrema cautela para no provocarnos más avería sentimental.

Después de la reconfortante conversación nos sentamos a descansar en los asientos que se encontraban bajo uno de los cobertizos. Minutos después llegaron nuestros papás, nos invitaron a desayunar.

Era el último encuentro. Después del desayuno ellos se trasladarían al aeropuerto para retornar al Distrito Federal donde transbordarían a Tepic, donde radicaban. Ambas familias compartíamos la misma mesa; la tristeza de las despedidas estaba próxima. Con el propósito de disfrutar la convivencia pedimos los alimentos desde nuestros lugares en vez de utilizar el servicio de Bufete. Nuestros papás hicieron un repaso del tiempo que estuvieron sin saber uno del otro; hablaron de reunirse con mayor frecuencia a fin que las familias se vincularan en amistad. Eso adecuaba los planes recién hechos en el encuentro.

Jimmy y yo platicamos poco, antes habíamos hablado lo suficiente. Jimmy me dijo “salud”, con su taza de aromático café; lo imité, le dije: “salud”. “Son jóvenes sanos, libres de vicios dañinos”, dijo la mamá de Jimmy presumiendo el buen comportamiento de sus hijos.

Nuestros papás se comprometieron a reunirse dos veces al año, en algún lugar de México. Tal propuesta nos vino bien. Supuse que era un motivo para que nuestra

naciente relación de amistad fuese tornándose en algo más romántico. No dejaba de ser un deseo de los padres pensar en ellos pero también en Jimmy y yo, se dieron cuenta que nos simpatizamos.

El reciente encuentro fue de mi agrado. Volvía a creer en la vida y en los detalles de la naturaleza. En la mesa de al lado, un hombre como de 54 años, ancho de hombros, robusto de brazos y ojos de mirada penetrante, nos observaba detenidamente mientras saboreaba su frugal desayuno. Tenía un tatuaje en el brazo derecho y una cicatriz que se dejaba ver a través del corto pelo como lo usan los marinos. El reloj que colgaba en la pared del restaurante marcaba las doce del día. El calor era atenuado por silenciosos ventiladores que colgaban del techo.

—Bueno... hemos disfrutado una de las mejores temporadas de nuestra existencia... pero es hora de partir —expresó don Arturo en voz alta.

Mi papá pidió la cuenta para pagarla, pero don Arturo había quedado con el mesero que la pagaría él.

Nos levantamos, uno con otro nos fuimos despidiendo. Cuando Jimmy se despidió de mí me susurró al oído:

—Dile a tu corazón que no me olvide.

—Así será —le contesté.

El romanticismo adquirió tonalidad de amor. Vino a mi mente una película que se llamaba *Amor sobre las olas*, la trama no la recordaba pero el nombre me parecía sugerente. A lo lejos se escucharon truenos. En el sonido ambiental se escuchaba una de las canciones de Bob Dylan. Nos separábamos por el momento, las cartas y el teléfono nos mantendrían comunicados. Se pronosticaban buenos tiempos.

A ellos les gustaba viajar y conocer lugares y personas; nosotros podíamos hacer lo mismo, eso pensaba. Me ilusionaba conocer lugares y hacer muchas amistades.

Antes de salir del hotel se detuvieron a curiosear los aparadores de una de las tiendas del interior; Jimmy volvió su rostro a donde yo me encontraba, sonreímos, siguieron caminando. Minutos más tarde entramos a otra de las tiendas del vestíbulo para comprar algún souvenir para el gran amigo y “bienhechor” Bladimir, y para otras personas de nuestra estima. Al rato, la familia de Jimmy bajó rumbo a la salida; el Bell boy empujaba el carretón con el equipaje. Abordaron el vehículo de alquiler que los llevaría al aeropuerto. Nuestro vuelo salía dos horas y media después. La señorita de la recepción le dijo a mi papá que en el momento que bajásemos un taxi nos estaría esperando para llevarnos al aeropuerto.

Mi familia estaba contenta y relajada. Mis papás notaron mi agrado por haber conocido a Jimmy. Ese capítulo estaba por cerrarse. Hasta ahora no he entendido por

qué mi Dios me regaló esos momentos de esperanza y alegría, si luego se trocaría todo eso en simples recuerdos que enfrentarían mi desconsolada realidad.

Se escribía otro capítulo de mi historia. Día y noche le agradecía a El Creador el inesperado regalo. Los pocos días de convivencia parecieron meses. Estaba equivocada cuando creía que después de aquella tragedia no volvería a vivir un amor a primera vista.

En la recepción, mi papá se encargó de liquidar la cuenta del hotel y del restaurante. Pidió comprobantes para entregarlos a quien había prometido cubrir los gastos del viaje. La recepcionista felicitó a mi papá por “tener una hija tan hermosa y agraciada”. Papá agradeció la adulación.

El conductor del taxi acomodó cuidadosamente las maletas en la cajuela, nos subimos; partimos al aeropuerto. Durante el trayecto pudimos admirar muchos hoteles y mansiones, el chofer nos iba señalando las que pertenecían a personajes famosos.

El aire movía las palmeras, parecían despedirse de nosotros. Llegamos con anticipación, documentamos el equipaje, tramitamos el pase de abordar. La gente del aeropuerto se mostraba indiferente, sin aparentes emociones. En la sala de espera unos leían, otros miraban a los que por ahí pasaban; los menos comían algo. Los aeropuertos los conocía solo en películas. Mis ánimos estaban renovados, mis recuerdos se guardaban en el mejor lugar de mi mente.

Todos los lugares del avión ocupados. Escogí el asiento del pasillo, no deseaba ver por la ventanilla que nos alejábamos de la tierra donde disfruté mi estancia. Llevaba recuerdos frescos. Durante el vuelo leí parte de la novela *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, que compré en una librería de Miami. No podía concentrarme en la lectura, pensaba en Jimmy; me asaltaban frases como: “Viajar y conocer son nuestro pasatiempo preferido”.

Mi mente voló, me sentí motivada; me divertí, conocí, aprendí. ¡Demasiada belleza! Mis pensamientos fueron interrumpidos estrepitosamente por una sacudida del aparato, inmediatamente voltee a ver a las señoritas sobrecargo, me tranquilizó su inmutada expresión facial. Poco antes de la sacudida nos indicaron por el altavoz que permaneciéramos en nuestros asientos con los cinturones abrochados. Recordé a Paulo Emilio cuando me juraba no entender por qué pesados aparatos y con carga dentro pudieran volar como cualquier ave de potentes alas. “Ahí está Dios”, me apuntaba.

Pronto estaríamos aterrizando en la ciudad de México. Perdíamos altura, la velocidad del aparato disminuía, la ciudad estaba a la vista.

Al poco rato tocamos tierra, recorrió la pista, al final quedamos en el lugar para el descenso de los pasajeros. Bajamos del aparato, nos dirigimos a la sala de llegadas. De regreso mis ilusiones eran diferentes a las de ida. Ahora tenían otra tonalidad.

Recogimos las maletas, caminamos a la salida de la terminal para abordar el auto de alquiler que nos conduciría a la terminal de autobuses para nuestro regreso a Papantla. Cerca de la salida acudió a nuestro encuentro un señor como de unos treinta y ocho años, de tez morena, pelo ligeramente ondulado que le cubría las orejas, ojos café claro, vestimenta casual. Se dirigió a papá.

—¿Es usted don David González? —le preguntó con gentileza.

—Así es, a sus órdenes —repuso papá.

—Soy el arquitecto Francisco Gotera, amigo del señor Bladimir, y desde ahora amigo de ustedes. Nuestro amigo me pidió que los recibiera para que si de parte de ustedes no había inconveniente, los trasladaría a Papantla.

Para mí ya no era sorpresa encontrarnos con otra de las “cortesías” de nuestro protector y guía. Si bien no lo esperábamos tampoco estaba lejos de que no ocurriera. Aceptamos el ofrecimiento. Nos precisó que nos conduciría su chofer. Nos dio las mejores referencias de quien manejaría el auto. “Conoce la carretera como la palma de su mano”. Aprovechó para comentarnos que estaba construyendo un edificio para oficinas en la zona de las Lomas de Chapultepec, “una de las más exclusivas de la ciudad de México”, y que Bladimir era uno de los socios inversionistas. Mucho tiempo después entendí los mensajes cifrados del amigo querido de la familia. Emprendimos el viaje de regreso.

EL CLIMA EN MÉXICO contrastaba con el del lugar donde vacacionamos; hacía frío, lloviznaba. El chofer se detuvo en un restaurante cerca del aeropuerto, nos propuso merendar ahí. “El siguiente restaurante está a dos horas”, nos informó. Aceptamos la propuesta, teníamos hambre. Igual que el chofer que nos condujo al funeral de Paulo Emilio, se adelantó a cubrir los gastos por el consumo de los alimentos. Empezaban a intranquilizarme tan caras cortesías y detalles de ese señor. Mi sexto sentido decía que había algo oculto, que no se trataba nada más que fuera socio de mi padre. Mientras tanto, éramos conducidos por sus propios deseos que empezaban a tener forma de manipulación velada.

El viaje de regreso al pueblo fue sin contratiempos. Hacía rato que había caído la noche. No recuerdo bien por qué intenté cuestionar tantas gentilezas de don Bladimir. Una mirada oblicua de papá me dijo todo: quedaba vetado poner en duda la honorabilidad del “hombre de tan buenos sentimientos”. No me importaba no volver a poner en duda las intenciones de ese hombre. Total, no había nada que en lo personal me afectara. Lo importante era tener contentos a mis papás. De los tiempos difíciles

habíamos aprendido cosas. Mis ojos veían la belleza de la aurora en todo su esplendor, sentía que mi alma vivía junto a mí, ambas coexistíamos a la vez.

Esa noche, antes de conciliar el sueño, durante dos horas estuve recordando vivamente las conversaciones con Paulo Emilio. Imaginaba su cara de niño educado y gentil, sus ojos vivaces que cuando me miraban se tornaban relucientes. En ellos me reflejaba. Desperté una vez, miré hacia la ventana, la luz de la luna entraba en tenues rayos, apagué la luz del cuarto para poder apreciar mejor el estrellado cielo, apenas matizado por unas nubes que lentas se desplazaban de este a oeste. Pensé un poco en la carrera que debía estudiar, eso me emocionaba más que cualquier otra cosa. Más que nunca estaba convencida que el destino es una de las fuerzas invencibles para los humanos, por eso siempre nos alcanza.

Amanecía un nuevo día. Mi papá fue el primero en levantarse, tenía que ir a revisar unos animales que serían llevados a Monterrey para su venta, como parte de los negocios que traía con Bladimir. Le escuché a mamá tararear una vieja canción que le gustaba mucho: *Corre Sansón corre*. Me bañé, desayuné rápido porque se me hacía tarde, salí corriendo a la escuela.

A mi regreso me encontré con la noticia que comeríamos paella, platillo que me encantaba. Agradecí a mamá su intención de hacer el guiso de mi preferencia; me aclaró que uno de los mozos de Bladimir la había llevado en una cazuela de barro.

—La envió el señor Bladimir porque sabe que éste platillo es tu preferido —apuntó mi mamá con resplandeciente sonrisa dibujada en su cara.

—Hay que agradecerle al señor Bladimir su deseo de satisfacer mis gustos —le expresé a mamá procurando que no notara que esas “atenciones” me despertaban suspicacias.

El ánimo de mamá siempre estaba de buen talante; nunca la había visto enojada, nada le molestaba. Veía las cosas siempre por el lado positivo. Cuando algo le preocupaba procuraba que no me percatara para no transmitirme desasosiego.

CAPÍTULO 9

Pasaron tres o cuatro días, no recuerdo bien, cuando le escuché a papá hablar de un viaje que tenía que hacer una semana después a los Estados Unidos, creo que a San Antonio, se entrevistaría con unos empresarios para tratar la venta de carne que transportarían en cajas refrigeradoras. Le informó a mamá que con oportunidad le preparara la maleta con ropa para cuatro días. Me agradaba ese tipo de conversaciones porque denotaban estabilidad financiera en la familia. Ya habíamos pasado por una situación difícil, a nadie de nosotros le hubiera gustado que se repitiera.

Antes de retirarnos a dormir hicimos planes para salir a comer al otro día. Papá había propuesto ir a Poza Rica, a un lugar donde preparaban jaibas enchipotladas y caldo de camarones; nos aseguró que eran los más sabrosos de la región. Aparte que cocinaban con leña. Al dueño le apodaban *El Vigotes*.

Dadas las once de la mañana se escucharon en la puerta suaves golpes; eran de una mano femenina. Mamá acudió al llamado; abrió la puerta.

—Santanita, ¿a qué se debe el honor de su visita? —exclamó mi mamá un tanto sorprendida.

—Vengo de parte del padre Teódulo —Contestó Santanita.

—¿Y en que podemos servir al padre Teódulo, querida Santanita?

—Los invita a usted, a su esposo don David y a su hijita Zalia, a comer mañana domingo en la casa parroquial, a las dos de la tarde; espera que tengan a bien consentir la invitación. Dice que les ofrecerá paella que tanto le gusta a Zalia, y mariscos frescos que le regalaron. Quiere compartirlos con ustedes —remató Santanita en tono concluyente.

—Dígale a nuestro amigo el sacerdote que aceptamos tan grande distinción... ¡Con mucho gusto vamos! Mi marido y mi hija se van a sentir halagados —contestó presurosa mi mamá en tono de agradecimiento.

Mamá se despidió de Santanita, cerró la puerta, fue a donde estaba mi papá para transmitirle las palabras del sacerdote en la voz de su asistente, la también encargada de la casa parroquial. Papá lo tomó como una distinción.

—Por supuesto que no faltaremos a la comida que nos ofrece el padre Teódulo; nos dará la gracia de bendecir nuestros alimentos, hija —dijo papá a mamá reflejando en su rostro evidente alegría.

—Amor —se dirigió cariñosamente a mi mamá—, tenemos que cambiar para otro día nuestros planes para comer en restaurante.

—¡Excelente decisión! —repuse.

Hasta el sábado en la noche no teníamos la menor idea de lo que ocurriría al siguiente día. El domingo fuimos a misa de diez. La iglesia estaba adornada, se celebraría una boda. La desposada, como de catorce o quince años, de tez morena, ojos negros y facciones afiladas, hacía notorio esfuerzo por sonreír. Los ojos de la mamá estaban enrojecidos de llorar, parecía desconsolada. La familia del muchacho tenía mejor semblante. El novio lucía traje gris, nuevo. Evitaba voltear a donde estaban los familiares de la novia. Escuché decir a una señora, tía de la joven, que el novio la había embarazado, que se sentían “defraudados”. “Le echó a perder su vida”, remató diciendo.

En ese momento me dije a mi misma que sería imposible que yo pasara por una situación similar. Me consideraba inteligente, de valores y muy tenaz.

Al término de la misa dimos una vuelta al parque. Papá nos invitó una nieve. Tenía presente la cara de la mamá de la novia. Algo que debía causar alegría y regocijo se trastocaba en llanto y desconsuelo. Mientras saboreaba la nieve de café me preguntaba si alguien podría tener culpa. Le di vueltas a la idea, no encontré respuesta.

Estábamos en la nevería, se acercó la mamá de Bladimir, era acompañaba por Ricardo, hermano de Bladimir. Se expresó elogiosamente de mi persona. De quien provenían no me causaban agrado. La señora hizo un comentario aludiendo a la comida en la casa parroquial.

—Dios les dará el lugar para saborear hoy los alimentos.

—La comida de éste día será un verdadero halago de Dios, señora; tiene usted toda la razón —recalcó mi papá sin abundar más sobre el tema.

—Vámonos hijo, no le quitemos el tiempo a ésta hermosa familia que son un privilegio de Dios.

A la una y media de ese despejado día nos retiramos del lugar, teníamos un compromiso que cumplir. Antes fuimos a la frutería a que nos arreglaran una canasta con frutas para corresponder la atención del padre Teódulo. Las acomodaron de manera vistosa, hasta un moño le pusieron.

EN PUNTO DE LAS DOS de la tarde llegamos a la casa parroquial. Caminamos en medio de un jardín en el que había rosas rojas y blancas; en medio se levantaba una pequeña fuente que en esa ocasión brotaba agua de la parte superior. El cura, como si alguien le hubiese avisado que estábamos a metros de la puerta, salió a recibirnos mostrando amplia sonrisa que ponía al descubierto la irregular dentadura.

Vestía ropa de calle, no llevaba los atuendos sacerdotales. Sin mover su cuerpo levantó las manos a la altura de la cintura abriéndolas con las palmas hacia nosotros; la misma posición de saludo que adoptan los curas en las homilías.

Mi papá dio un paso hacia adelante para ser el primero en saludar al clérigo. Tomó sus manos, hizo la reverencia característica de un feligrés. El saludo de mi mamá fue similar. Yo hice lo mismo pero con menos devoción.

—Pasen ustedes queridos hermanos —exclamó el sacerdote a la vez que frotaba sus manos, como festejando algo—. Están en casa de Dios. Pasemos a la sala mientras Santanita da el último toque a la mesa, ustedes la conocen, es muy meticulosa.

Para mitigar la espera observé repetidamente cada uno de los cuadros que colgaban de las paredes: *La última cena*, La Virgen de Guadalupe, San Martín de Porres, y otras que no identifiqué. No había adornos, los muebles eran rústicos, de cedro. Las ollas

eran de peltre, las cazuelas de barro y los comales de lámina. En el comedor cabían diez comensales.

Mis papás platicaban con el padre detalles de cuando se casaron, del sacerdote que los casó, y de la misa. Recordaron a un compañero de papá que estudió para sacerdote, también conocido del anfitrión.

Nos ofrecieron agua de sabores y café mientras pasábamos a la mesa. Mi olfato me avisaba que mi guiso preferido estaba listo para ser devorado por mi apetito. El cura se percató de mis deseos y me anticipó:

—No desesperes, hija, la espera será compensada con el platillo de tu predilección.

—Le agradezco la cortesía, Padre, la verdad no la esperaba.

Minutos después el católico nos recomendó pasar a la mesa. No habían transcurrido ni tres minutos cuando se escuchó una voz, bastante conocida por los presentes, que desde la entrada saludó y solicitó permiso para entrar. El padre atajó aclarando:

—Quiero darle una buena sorpresa a esta hermosa familia que ahora está en la mesa del Señor: nos acompañará el señor Bladimir, a quien ahora le pido que pase a compartir ésta misma mesa, y participe de los alimentos que el señor nos ofrece.

No entendí bien lo que ocurría, me pregunté para mis adentros por qué el cura ocultó que también asistiría como invitado Bladimir. Mis papás se sintieron halagados con la llegada de ese señor. Su presencia me parecía inoportuna y hasta suspicaz. Dicho personaje se incorporó a la plática convirtiéndose en la parte central del convivio. Deduje que el clérigo se había prestado a que así fuera.

Bladimir se dirigió a la cocinera por su nombre, para preguntarle si los ingredientes para la elaboración de la paella habían sido de la calidad esperada.

—Sí, señor Bladimir, mejores no pudo haber comprado —contestó la cocinera al interés del protagonista de la reunión, llamándolo también por su nombre.

Permanecí al margen de la plática que sostenían los mayores, sin dejar de mostrar interés. Bladimir estaba entusiasmado. Yo percibía que algo extraño estaba flotando en el ambiente. Por fin sirvieron la comida. Primero, el consomé de jaiba en un plato hondo. Luego colocaron en la mesa el arroz con plátanos y, finalmente, el plato fuerte: paella, langostinos y mojarras fritas. El sacerdote, antes de servir los alimentos ofreció whisky para los mayores y cerveza para mí. Le hice saber que no apetecía esa bebida, opté por tomar agua de sabor.

Sobre la mesa, un tortillero con su tapa tallado en madera, vasos con adornos florales que antes habían sido veladoras. Las rebanadas de pan estaban sobre una tabla de nogal con los bordes redondeados.

Yo no miraba a Bladimir, él sí miraba mi rostro. Me incomodaba.

Para mí no pasó inadvertido que el cura, en voz baja, apenas audible, preguntó a la cocinera su nombre. Eso me hizo pensar que no la conocía, que él no la había llevado a la casa parroquial. ¿Qué estaba pasando?, me pregunté.

La única explicación que encontré fue que Bladimir hubiese preparado todo ese ardid con algún propósito. No estaba segura de ello pero a él le gustaba mostrarse espléndido.

En un momento de silencio alcancé a oír un suave barullo afuera de la casa Parroquial. No le di importancia. Dentro de mi cabeza seguía retumbando la pregunta: ¿Qué razones tendría el cura para no comunicarnos previamente la asistencia de Bladimir? ¿Acaso el plan sería otro, más allá de la convivencia de un grupo de amigos del cura a la sazón de sabrosos guisos? Eso solo lo sabían el cura y Bladimir.

La comilona transcurría entre historietas y risotadas. Yo reía discretamente. El cura parecía más complacido con su amigo y benefactor que con mi familia. Mi duda por el origen de la cocinera quedó despejada cuando ella se acercó a la ventana de la cocina y llamó por su nombre a uno de los empleados de Bladimir, para pedirle algo que necesitaba. Deduje que el dueño de todo también lo era de la benevolencia del párroco. Me consolaba pensar que esa reunión no duraría mucho tiempo ya que estábamos en la casa Parroquial.

Apareció el pastel. Por el tipo de decorado no había sido elaborado en la cocina de la casa. Antes de que las cucharas atraparan el primer pedazo del pan, el padre Teódulo dejó el utensilio sobre el pequeño plato; comentó en tono alto pero suave:

—Antes de probar este dulce pan, les pido a ustedes que escuchemos a nuestro amigo Bladimir, que quiere expresar algo no menos dulce que lo que estamos a punto de saborear. Adelante hermano Bladimir

Bladimir se acomodó en su asiento, respiró apresuradamente, tomó la servilleta para tocar delicadamente sus labios, colocó las manos sobre la mesa, vio a todos; finalmente detuvo su mirada en mis papás. Inició su perorata.

—He convivido con ustedes durante todo este tiempo. Hemos estado unidos en las buenas y en las malas, a ustedes les consta. Para mí, ustedes son parte de mi familia.

Yo escuchaba con suma atención lo que decía, desconocía a dónde quería llegar.

—Quiero decir algo que me ha nacido del corazón—continuó hablando en tono decisivo—. Antes de ser pronunciado por mis labios lo he pensado mucho, he considerado las razones. Lo que ahora voy a expresar debe traer beneficios, muchos beneficios sentimentales, de cariño, de amor.

Al decir estas palabras posó sus ojos en mí; un extraño temblor recorrió mi cuerpo, esperaba que su alocución no llegara a dónde yo estaba temiendo.

—Frente a un testigo de tanta calidad como lo es el padre Juan —continuó hablando con voz suave—, y Dios nuestro señor —volteó a ver el Cristo que colgaba de una alcayata en la pared frente al padre cómplice de lo que en la casa de Dios ocurría—, y a ustedes que tanto quiero y respeto; deseo pedir en matrimonio a Zalia, la joven más hermosa y de tan buenos sentimientos que yo haya conocido en mi vida. Dios la puso en mi camino, no me cabe la menor duda.

¡No daba crédito de lo que escuchaba y veía! Algo inaudito para mi edad. Mis papás voltearon a verme, había sorpresa en sus rostros pero a la vez cierta expresión de complacencia. Por ellos me vi obligada a fingir. Bajé ambas manos para tocar mis piernas, las apreté, las pellizqué, quería constatar que no estaba soñando. Confirmé que lo que ocurría en ese momento era real pero triste y lamentable. Bladimir continuaba hablando, fijó su mirada en mi papá esperando la respuesta que para él, el poderoso, el perverso, con la seguridad que le daba la gran trama que armó, tenía que ser afirmativa. Como fue.

Mi papá, para cumplir con el requisito de la autoridad paterna, que no ameritaba opiniones contrarias, atajó:

—Como padres de Zalia, nos congratula escuchar esas palabras tan llenas de emoción y de esperanza, pero debemos preguntarle a nuestro tesoro, a nuestra hija, nuestra querida Zalia, qué piensa de los nobles deseos de alguien que nos ha demostrado tener valores, de los que no tan fácilmente se encuentran en éstas épocas.

El comentario complaciente de papá incluyó la opinión de mamá. No podía responder otra cosa diferente a la que ellos mismos en sus adentros deseaban. Sonreí forzosamente, hice lo posible para que mi expresión facial no revelara desacuerdo. Giré la cara para ver a todos, detuve mi vista en el cura como pretendiendo reclamarle con la mirada.

La treta a la que el cura se prestó era el juego perfecto de Bladimir para conseguir lo que se había propuesto. Comprendo también que si no hubiese sido en la casa sacerdotal hubiera logrado su propósito en otro lugar, con otros personajes que hubiesen influido en mis padres.

EL CIELO ESTABA DESPEJADO, el aire movía las copas de los árboles, los vestidos de las mujeres se agitaban ondulantes, nadie de los que afuera volteaban para persignarse frente al crucifijo colocado al frente de la llamada casa de Dios, tenía la más leve idea de lo que dentro sucedía.

Aspiré una bocanada de aire, cogí la blanca servilleta, la doblé por la mitad, la alisé con la mano para dar tiempo a que se acomodaran mis ideas, volteé a ver *La última cena*, en silencio le pedí a Jesús que me diera fortalezas para asimilar lo que conmigo estaba pasando. Después de esto dije con voz debilitada por la desagradable sorpresa:

—Sinceramente quiero decirles que no esperaba que alguien me pidiera en matrimonio, ni éste día ni a mi edad. Mis planes eran terminar una carrera y pagarles a ustedes, padres míos —volteé a verlos—, el esfuerzo que hicieron para educarme y darme estudios para conseguir un título. Sin embargo, veo en la cara de mis papás que quieren lo mejor para mí. Considero que no debo oponerme a la petición del señor Bladimir, amigo de mis padres, que tan cerca ha estado de la familia en los momentos que más hemos necesitado; ha sido una mano amiga.

Yo hablaba, todos permanecían atentos, en silencio, esperanzados a mi respuesta complaciente y pronta. Nunca olvidaré la fingida sonrisa de Bladimir. Mamá me veía atentamente, con la actitud de una mamá cuya hija se ha enamorado del chico ejemplar. Yo esperaba otra cosa, que mis sentimientos fueran entendidos con el amor que las madres brindan a sus hijas, y algo hubieran hecho para que el abominable compromiso no se concretara.

Traté de reponerme de la desagradable sorpresa. Inhalé suavemente por la nariz y por la boca, pensé en el bienestar de mis padres y lo que provocaría una respuesta negativa. Mis emociones se encontraban en total desorden. En ese instante vi mi vida como una película que corría a gran velocidad. Estaba por pasar de mis sueños juveniles a las grisáceas responsabilidades de una esposa casada abruptamente, con un personaje maduro y sentimentalmente distante de mí. Volví a fijar la mirada en el padre Teódulo y exclamé:

—Es una distinción que un hombre tan honorable como lo es el señor Bladimir, se fije en una joven como yo, sin gran experiencia de la vida y de los deberes de toda mujer en edad de ser tomada como esposa.

Esas palabras salieron de mi boca con gran dificultad, creo que era la primera vez que mentía ante gente mayor.

—Estoy convencida que debo aceptar la petición que se me plantea, acepto ser la esposa de Bladimir. Concluí con esfuerzo.

Se escuchó estruendoso y espontaneo aplauso que rasgó el habitual silencio de ese umbroso lugar. La cocinera, que descubrí había llevado mi pretendiente, dejó de hacer lo que estaba haciendo, se acercó al comedor. Dos trabajadores del cacique que estaban afuera, junto a la puerta de madera con cristales biselados, gritaron al unísono: ¡Bravo! ¡Estas personas ya sabían de qué se trataba el “espontaneo” encuentro en la casa parroquial!

Había expresiones de alegría, la manifestaban de diferentes formas. La única que no participó del jolgorio fue Santanita, fiel servidora del cura, la encargada de que el padre comiera bien y a sus horas. Algo sabía, a solas me lo hubiera mencionado. Su

lenguaje no verbal denotaba conocimiento de lo que conmigo estaba pasando. Su silencio hablaba. Tiempo después confirmé mis conjeturas.

Me convirtieron en el centro de la reunión. Todas las miradas se posaron en mi persona. Apenas pude contener mi rabia. Me embargaban todo tipo de estremecimientos. No alcanzaba a entender por qué había decisiones al margen de mi voluntad, contrarias a mis deseos. Fue ahí cuando entendí que la bondad mostrada por Bladimir desde que me conoció, era parte de un montaje de largo plazo con detalles de perversidad.

CAPÍTULO 10

El siguiente lunes despuntó soleado, algunas nubes se alistaban para tapar el astro rey por ahí del mediodía; me desperté a la hora de siempre para cumplir con mis responsabilidades escolares. Después de los buenos días, mi madre me dijo aquellas palabras que quedaron grabadas con hierro candente en mi corazón: “Hija, aprovecha estos días para convivir con tus compañeros de la escuela, pronto serás una mujer casada y cuando eso ocurra te dedicarás a tu hogar y a tu marido”. Tuve ganas de llorar.

—Sí, mamá, tienes razón —alcancé a balbucear con voz entrecortada.

El comentario de mi madre me enviaba a ese grupo de mujeres que se casan sin amor. El camino a la escuela era el mudo testigo de la metamorfosis que a cada paso yo sufría. Cada metro que avanzaba me alejaba de mi adolescencia. Imaginaba que mi mochila se desfondaba y de ella caían mis útiles escolares junto con mis ilusiones para quedar regados en el duro piso de las banquetas. Si hubiese volteado hubiera desfallecido al ver que mi pasado henchido de planes y sueños quedaba atrás, en el suelo. No miraba a la gente, los saludos no los contestaba, solo veía al frente, al infinito, al cielo. Había una pregunta que me hacía: “¿Qué mal habré hecho para merecer lo que me está pasando?”

A la escuela entré con otra personalidad, mi espíritu estaba vencido. Lo notó la maestra Rosalinda, estaba parada en el exterior de la puerta del salón.

—¿Ahora qué traes, Zalia, hay problemas en tu casa?

—No, maestra, es algo peor que no le podría contar hasta no acomodar mis pensamientos —le dije mirándole a la cara, mi semblante estaba triste.

—No te preocupes, Zalia, luego me lo comentas, te hará bien.

Durante las clases no pude concentrarme, hacía esfuerzos por llevar mis pensamientos a algo que me aquietara. Mi mirada deambulaba de un lado a otro

buscando los sueños y recuerdos que alguna vez tuve. Mi conciencia se desplegaba. Trataba que las ideas lóbregas se esfumaran, no debía causar daño a nadie; en todo caso a mí misma. Haría todo lo necesario por el bienestar de mis padres. A pesar de todo no descartaba alguna esperanza. Ansiaba que estuviera equivocada en mis apreciaciones. Deseaba estar dormida y que al despertar todo quedara en una pesadilla.

Estaba por salir de la escuela cuando me encontré con la maestra Rosalinda. Me vio tan preocupada que decidió esperarme en la puerta. Me dijo que le platicara qué ocurría conmigo. Lo hice, me escuchó; me aseguró que no temiera, que me iría muy bien al casarme con Bladimir. Media hora después me retiré. Mientras caminaba volteaba al cielo en busca de alguna señal. El día estaba opaco.

Ingresé a mi casa haciendo esfuerzos por sonreír, nadie debía notar en mí algún desasosiego, ninguna expresión que revelara preocupación o desconcierto. Saludé con un beso en la mejilla a mi mamá y a la de Bladimir; estaban sentadas en la sala; platicaban plácidamente sobre la boda. Ambas recordaban detalles de cuando se matrimoniaron con sus maridos, lo hacían en abono a mi boda con Bladimir. Estaban en el repaso de los detalles.

Escuchaban un disco de Enrique Guzmán.

—Hija —me indicó mi mamá—, adelántate a comer, la mesa está puesta, doña Carola y yo estamos en los detalles para tu boda. Quiere mi consuegra —la señaló con los ojos— que sea la mejor boda de cuantas ha habido en el pueblo. Me convenció que así va a ser, hija —expresó con voz segura mi “santa” madre, sin haberme consultado antes.

“Mi suegra...” me sonó a bofetada. Me dirigí a la mesa, había frijoles charros, carne asada y quesadillas con epazote. Seguramente mi madre no hizo la comida en esa ocasión, yo conocía su sazón. Eso me indicaba que la organización de la boda le había robado toda esa mañana. La cuenta regresiva de mi libertad había iniciado, perdería mi intimidad, mi tranquilidad.

Escuché el repiqueteo de las campanas de la iglesia de San José, algo anunciaban. A partir de que llegué, las dos mujeres bajaron la voz, pretendían que los acuerdos formaran parte de las sorpresas para mí. La cocinera me sirvió la comida, permaneció callada, no hubo el diálogo de otras ocasiones, ni siquiera me preguntó cómo me había ido en la escuela. Después de ingerir mis alimentos subí a mi cuarto, me tiré sobre la cama con el uniforme puesto; total, pronto lo dejaría de usar.

Entrada la tarde bajé al comedor donde acostumbraba hacer mi tarea. Tenía que investigar algo; me apoyé en una biblioteca de colección que me habían comprado el año anterior. Empleé cincuenta minutos aproximadamente. Mamá no estaba, le

pregunté a la cocinera si mamá había comido ahí; me contestó que no, que les escuchó decir que ambas, mi mamá y doña Carola, irían a ver algunas cosas de la boda, que comerían por allá.

Estaban en su derecho de hacer lo que les diera gusto, pero no era correcto que hicieran lo que para mí representaría un verdadero sacrificio. Mamá regresó a las nueve de la noche. Entró a la casa con una sonrisa que denotaba ilusión con cierta dosis de fantasía... más bien era eso: fantasía.

—Hija, estamos muy atareadas con los preparativos de tu boda —me dijo abriendo los ojos y llevando ambas manos a su cabeza. Peinó sus cabellos con los dedos—. La familia va a contratar a un experto para que se encargue de la organización de la boda; me lo propusieron, estuve de acuerdo. Todo sea por ti, hija, por tu buen porvenir.

Estaba frenada a hacer algún comentario diferente; ni pensarlo. Esa noche platicamos sobre los detalles. La emoción de mi madre estaba para contagiar. Tal vez era yo la que estaba haciendo conjeturas que no correspondían a esa realidad. Desde ese día, los comentarios sobre la boda se volvieron frecuentes. Yo esperaba que Bladimir tuviera un acercamiento conmigo. No ocurrió.

Empezó a correr por el pueblo la noticia de mi boda. Había un solo periódico, pequeño, pero ahí no había sido publicada nota alguna; todo el mitote del enlace matrimonial se había propalado de boca en boca. De acuerdo estuve con la opinión de unas señoras que decían que Bladimir era el tipo más codiciado por la fortuna que poseía. Estaba de acuerdo pero esos no eran mis planes, menos aún cuando era una estudiante que anhelaba ser profesionista.

En la escuela mis amigas me preguntaban si estaba emocionada con la boda; mis respuestas iban en sentido opuesto a mi verdadera opinión. Trataba de disimular el desagrado de unirme a un tipo que no era lo que yo soñaba, por dentro sentía que mis sentimientos rodaban en irrefrenable pendiente. No dudaba que se trataba de un hombre astuto, de sangre fría y decisiones calculadas. Esas semanas de planeamiento de la boda, en cuyas opiniones no estaba yo incluida, fueron un reencuentro conmigo misma. En medio de la soledad muchas cosas se agolpaban en mi cabeza. Me sentía un objeto, una mercancía sin derecho a decidir ni a opinar. No podía entender que alguien, en un pueblo pequeño, pudo haber sostenido la imagen de buen hombre. Estos comentarios me los callaba porque en los dominios de “don poderoso” nadie podía ser confiable. Mis amigas no tenían la experiencia para opinar o aconsejarme.

La organización de la boda continuaba. No falté un solo día a la escuela, la tomaba como mi refugio. Me enteré que desistieron de contratar al que se encargaría de la organización de la boda, lo harían las dos mujeres y otros parientes las apoyarían.

Mantenía viva la esperanza que algo ocurriera que obligara a la cancelación de la boda. Por supuesto que no deseaba algo trágico. Le pedía a mi Dios que no me abandonara.

Benjamín y yo seguíamos sin tener un encuentro para acordar lo que fuera. Llegué a creer que las costumbres de ahí indicaban que el pretendiente no debía reunirse con la futura esposa sino hasta la ceremonia nupcial. No atiné preguntarle a alguien, ni siquiera a mi madre.

Cinco días antes de la boda se armó una reunión en mi casa a la que asistió Bladimir, su mamá y su hermano; los recibieron mis papás. Para asegurar mi presencia en esa tertulia, mi mamá me anticipó que sería una distinción la visita de esas personas para un asunto del cual yo era tema central, y que su visita confirmaba sus deseos de “contribuir a mi felicidad”. No podía creer que a mi propia madre no le interesara mi opinión. Mi mamá se casó con quien quiso, con quien amó, no con quien le impusieron. A ella, según las versiones, la apoyaron en sus decisiones, logró lo que pretendió y fue feliz.

INICIARON LA ENTREGA de invitaciones. Las dos mujeres se encargaron de esa tarea. Los criados de la familia repartieron algunas. A los cinco días todas estaban repartidas. Desde que las invitaciones cayeron en las primeras manos la boda se convirtió en la noticia principal del pueblo. “Se casaba el soltero más codiciado de la región”. Decían que yo era la agraciada, la afortunada; tanto me lo repetían que me lo creí.

Diez invitaciones fueron entregadas en la Ciudad de México, cuatro se enviaron a los Estados Unidos. También fue invitada una familia de Monterrey. La organización de la fiesta mantuvo ocupados a mis papás; lo hacían con buen ánimo. Todos los asuntos quedaron relegados a segundo término; lo prioritario, lo trascendente, era la boda, mi boda. Decían que eso construiría mi porvenir. No me dijeron qué tipo de futuro, tal vez el de la odalisca. La boda sería en sábado. La ceremonia religiosa sería a las doce horas; la comida dos horas después: a las dos de la tarde. Los invitados fueron como quinientos. La intención de la familia de Bladimir era invitar a todas sus amistades. Para esa familia la convivencia con la gente representaba afianzar su imagen de personas queridas. Casarse con una chica joven y guapa como yo, era decirles a todos que tenía la capacidad de conseguir todo al precio que fuera. Muchos lo sabían, pero lo callaban.

En ese intervalo se realizaron varias compras. El vestido de novia lo adquirieron en la ciudad de México, en la avenida Insurgentes. Los ajustes de talla los haría una modista del pueblo. Finalmente no se requirieron los buenos oficios de la costurera. El ramo de flores que lanzaría por los aires para ser atrapado por las chicas

congregadas, también fue comprado allá. Los anillos se consiguieron en una joyería de la calle cinco de mayo, cerca del Zócalo. No niego que pensar en todo ese boato sí me emocionaba. Yo sería la novia más reluciente de toda la historia de Papantla. Sabía que eso provocaría opiniones encontradas entre las mujeres: unas me admirarían; otras, no. Mis sueños eran otros.

Los vestidos de las damas de honor fueron elaborados por costureras de Papantla, tomando como modelo un vestido que vieron en conocida revista de modas. La tela fue comprada en la ciudad de México. Me recomendaron que antes de la boda no debiera ver a las muchachas vestidas con los ropajes de la boda, dizque era de mala suerte.

El servicio del banquete lo contrataron con restaurante de Martínez de la torre. Uno de los platillos sería de mariscos, otro contendría pechuga de pavo con relleno. La tercera opción era lomo de cerdo bañado con una salsa dulzona. En alguna parte de la casa de Bladimir estaban las cajas de licor y sidra. La Champaña sería para los invitados especiales. Se mandaron a hacer tres grandes pasteles. Sobre uno de ellos, el más alto, estaría colocada la tradicional figurilla de la pareja de novios.

Uno de los grupos musicales era de Puebla; el otro, del pueblo. El animador que se encargaría de mantener a todos con el mejor de los ánimos también era de Puebla. Mi nerviosismo crecía en la medida que el plazo de mi soltería se agotaba. Padecía el nerviosismo de cualquier novia que está por desposarse. La noche del día anterior fue fatal, dormí mal, pensaba en todo. Mi mente volaba sin control. A pesar de mis esfuerzos no podía conciliar el sueño. Mis pesadillas no tuvieron paz. Desperté en un par de ocasiones. Aún imbuida por el sueño abría los ojos con la ilusión que la boda fuera parte del sueño.

CAPÍTULO 10

El día resplandecía. Dando las nueve de la mañana llegó el estilista a mi casa. Se hizo acompañar por una ayudante que llevaba los instrumentos en dos maletines. A esa hora me sometí al diestro trabajo del peinador. Desayuné poco, no tenía hambre. De su portafolio sacó una fotografía con el modelo de peinado escogido. Me aseguró que quedaría igualito al de la foto. Me aseguró el estilista que ese tocado resaltaría las líneas de mi cara y embellecería aún más mis ojos.

Mientras el peinador trabajaba con el pelo, la ayudante aplicaba los colores en mi cara. Yo seguía cada uno de los movimientos por el espejo que estaba frente a mí. Poco a poco me transformaba, pero esa metamorfosis no era la que estaba logrando el peine, la brocha o el pincel; era la evolución de una adolescente que era inducida a ser

mujer, así haya sido por el método social de la ceremonia religiosa. Quedé lista cuando el reloj marcaba las diez de la mañana. A mi madre la habían peinado desde el día anterior y solo requirió un retoque. Se veía guapísima ¡Única! Su estilizada figura no requería arreglos, era hermosa. Cuando se acercó a mí para observar de cerca la obra del experto, le pregunté:

—¿Así te veías cuando te preparabas para ir al altar, o más hermosa?

—No, hija —me dijo en tono maternal—, no hay comparación contigo, te ves hermosísima, me proyecto en ti, haces sentirme orgullosa —No hubo más diálogo.

El tiempo se acortaba. Toda la atención estaba puesta en la boda más importante de los últimos veinte años, según decían. Desde temprano, un elegante automóvil blanco, nuevo, con un pomposo arreglo floral en el cofre y dos grandes moños blancos en las puertas traseras; estaba estacionado frente a mi casa. Los que pasaban a pie se detenían para admirarlo; no era común ver un elegante vehículo con adornos para boda. Papá fue a verme, saludó al peinador y a su ayudante, “Luces espléndida”, expresó. Vestía traje negro, corbata color marfil, zapatos de charol. Se veía muy guapo. Las señoras clavarían sus furtivas miradas en él. Cuando el estilista terminó su trabajo, papá le preguntó cuánto debía pagarle; “Los honorarios ya están cubiertos, don David; el señor Bladimir se encargó de la paga”

Alguien de la familia de mi prometido sugirió que en ese vehículo nos trasladáramos papá, mamá, yo, y el chofer. Papá adelante y nosotras dos atrás. Por la acera de enfrente paso uno de mis compañeros de escuela, estaba invitado a mi boda. Le hice un ademán para mostrarle mi extrañeza que no estuviera con vestimenta de fiesta. En inmediata reacción me mostró el pantalón que colgaba de su brazo izquierdo. Simuló un movimiento de tijera con dos de sus dedos de su mano derecha, apuntó al extremo de las piernas de la prenda. Entendí que iba con el sastre para que lo arreglara. Esbocé una sonrisa en señal de aprobación.

Todos me miraban, me sentía importante. El auto con chofer formaba parte de un juego de vanidades. A las once de la mañana con quince minutos estábamos moviéndonos para la iglesia. Dos señores que encontramos en el camino, en cuanto vieron a papá se llevaron la mano derecha al corazón en muestra de saludo. Un cliente de la veterinaria de mi papá que conducía una camioneta ganadera se detuvo para darnos el paso. Por la ventanilla sacó su mano izquierda empuñada con el pulgar hacia arriba. En el trayecto nos encontramos a personas que sonreían al vernos. Por supuesto que no pasamos inadvertidos.

Algunos vehículos que iban a la iglesia se colocaron atrás de nosotros. El chófer era un amigo de Bladimir que se ofreció para conducir el vehículo y vestirse como

visten los choferes de la gente adinerada. Su aspecto era de hombre preparado y correcto.

El chofer no se fue por el camino más corto, recorrió varios lugares del pueblo antes de llegar al templo. Lo hizo para que más gente se diera cuenta del acontecimiento. Conducía a baja velocidad. Durante el recorrido procuré que en mi rostro se notara alegría, como cuando las chicas se casan por amor. La cara de satisfacción de mis papás era inocultable. La gente elogiaba mi imagen de novia distinguida.

Al doblar en una de las esquinas nos encontramos con los inseparables Pedro y Mario, los mejores contadores de historias que había en toda la zona; unas ciertas, otras inventadas, pero todas con la chispa del buen humor. Llegamos a la iglesia faltando quince para las doce del día. El vehículo se detuvo, el espontáneo conductor apagó el motor, se bajó, abrió la puerta de mi papá, luego la mía. Bajamos, detrás de nosotros mi mamá. Mi papá nos tendió la mano para ayudarnos a bajar.

A papá lo tomé del brazo. Caminamos con lentitud. La iglesia estaba repleta de invitados de ambas familias; más por parte de ellos. En el atrio de la iglesia estaban los que prefirieron esperarnos para entrar con nosotros. Había compañeros de la escuela con sus familias. Decían frases de buenos deseos. Me llamó la atención la expresión de una señora que lanzó al aire la pregunta del lugar donde pasaríamos la luna de miel. No le di respuesta porque no sabía. Pensé preguntarle a mi padre pero no lo hice; lo dejé para el tiempo de las sorpresas. Suponía que se trataría de algún lugar paradisiaco; me emocionaba la idea de la sorpresa.

Caminábamos en medio de dos líneas de pétalos de rosas rojas, desde la entrada hasta el altar. Los pétalos blancos tapizaban el centro. El olor a rosas llegaba a mi nariz como caro perfume. El interior de la iglesia había sido decorado con flores en alargados floreros que parecían de cantera rosa. En el interior de la iglesia no cabía un alma más.

Desde que cruzamos la puerta principal todos giraron sus cuerpos para vernos de frente; sonreían, cuchicheaban. Los rostros de mis amigas mostraban alegría. Algunos tenían cara de incredulidad. Cada uno de mis pasos me acercaba a mi destino lleno de responsabilidades de toda mujer que se casa. Durante el trayecto al altar escuché frases y palabras que me halagaban. Mi ego tocaba los dinteles del cielo. Al final del pasillo me esperaba Bladimir; cerca, su mamá y su hermano Ricardo. Los tres elegantemente vestidos. La señora con un vestido que le compraron en Nueva York. El favor se lo hizo una amiga que compraba cosas allá para vender en Papantla. El hecho que tuvieran las mismas tallas facilitó la selección de la prenda.

En las bancas del lado izquierdo estaban mis familiares; en las del lado derecho la familia de Bladimir. Sus ademanes denotaban cordialidad. La mamá de Bladimir veía con ojos complacientes a mis papás.

Me parecía interminable la distancia entre la puerta y el altar. La cola de mi vestido era levantada por un niño y una niña, hijos de una prima de Bladimir, que cuando se casó se mudó a México. Su marido, corpulento, con cadenas de oro y diamantes colgando de su cuello. Era un acaudalado comerciante dueño de varias bodegas en el mercado de La Merced en el Distrito Federal. La corbata azul con rayas no combinaba con el traje verde con cuadros. Su personalidad se la daba una pistola al cinto debajo de la camisa.

A la mitad del camino estaba mi amiga Rossina con su papá, don Tereso. Él me miraba con expresión seria, pensativo. Trató de sonreír cuando pasé frente a ellos, movió sus labios diciendo algo, no alcancé a leer en ellos lo que quiso decir. En ese momento recordé su ofrecimiento de investigar por su cuenta el crimen de mi ex novio. Traté de concentrarme en la ceremonia. Todas las luces de la iglesia estaban encendidas; las de colores fueron instaladas para nuestra boda. Mientras caminábamos al altar, un órgano dejó oír sus acordes. A cada paso mi resignación crecía, la ceremonia se consumaría, no cabía la menor duda. Así estaba escrito.

Dio inicio la ceremonia, nos casaría el mismo padre que le hizo el juego a Bladimir en la petición de mano. Seguimos cumplidamente con el ritual en medio del silencio de los asistentes. Un niño en brazos de su madre soltó el llanto en el momento que el cura nos hacía las preguntas. Hasta ese momento supe quiénes eran los padrinos de lazo y de arras.

Cuando el clérigo propuso el beso, Bladimir me lo dio en la frente, no en la boca como en otras bodas. Los asistentes aplaudieron. No sabía que dentro de la iglesia se podía aplaudir. Una vez concluida la liturgia iniciamos el camino de regreso; ahora del brazo de mi esposo. Algunas personas que estaban a los lados del pasillo lanzaban arroz y pétalos. Escuchaba frases de buenos deseos para la vida que desde ese momento emprendíamos en pareja. Supuse que vería al menos una lágrima resbalar por las mejillas de mi madre como en las películas de melodrama. No ocurrió. Lo que mi madre vertía por los ojos era agrado. Qué bueno que así fue, no debía yo ser ególatra.

Algunos sobresaltos me separaban mentalmente del gran boato de la boda: ya no regresaría a dormir a mi casa, no platicaría con mi mamá a la hora de la cena. Nadie más me pretendería, nadie me cortejaría. Mis recuerdos se quedarían en casa de mis padres. Me costaría trabajo asimilar esa idea. Fundaría otro hogar, no me sentía preparada, estaba demasiado joven.

Mis compañeros vestían traje. Entre saludos logramos salir de la iglesia. Los invitados se apresuraban para abordar sus vehículos o conseguir taxi.

"Nos vemos en la fiesta", les decía a los que saludaba. Buscaba caras conocidas. Estaban casi todos mis compañeros de la escuela, los que no asistieron a la iglesia fueron a la comida. Era momento de repartir abrazos. No faltaron los consejos como el de una señora a la que había visto en la calle un par de veces; me recomendó: "Para que tu marido no se te vaya tienes que aguantarle algunos pecadillos". No me agradó el comentario. Abordamos el vehículo. Fuimos con el fotógrafo para las tradicionales fotografías de bodas. Ahí permaneceríamos hasta que el experto de la lente estuviera satisfecho con los resultados. Unos cortinajes sirvieron de fondo. Dos ramos de flores estaban colocados en el piso. El fotógrafo nos dijo que tenía que ser la mejor fotografía de todas las parejas que habían posado para su lente. Estuvimos atentos a las recomendaciones. Cuarenta y cinco minutos después salíamos del estudio fotográfico.

Antes de abordar el automóvil, a gran velocidad pasó una camioneta Pick Up blanca. Desde dentro salió un grito con tono de advertencia dirigido a Bladimir; no escuché con claridad lo que dijo el tipo que ocupaba el asiento del copiloto. Vestía camisa vaquera y sombrero texano. Bladimir fingió no inmutarse; le hizo una seña a uno de sus ayudantes que estaba al volante de un vehículo estacionado detrás del nuestro. Algunas personas sin haberme conocido me saludaban.

Un autobús de pasaje se detuvo. El chofer se levantó de su asiento para mostrarnos su mano derecha con el pulgar hacia arriba. En todo el pueblo se percibía olor a fiesta de boda. Fue un acontecimiento recordado por mucho tiempo. Cuando radicaba en la ciudad de México, me encontré con una familia en un restaurante del sur de la ciudad; que después de reconocermelo y a solicitud del jefe de esa familia platicamos de la boda. El hombre, de pelo cano, pronunciada frente y descomunal barriga, presumió a sus dos hijas y a su esposa que ninguna otra fiesta en el pueblo había tenido esas características.

AL FILO DE LAS TRES de la tarde llegamos al lugar de la fiesta. Antes de entrar vi el cielo, estaba cubierto por nubes altas; el clima era templado, la temperatura tendía a bajar en la medida que avanzara la tarde. El fresco aire apenas alcanzaba a mover las hojas de los árboles. No había barrunto de lluvia. Al fondo de las bodegas acondicionadas para la fiesta, colocaron carpas color blanco donde preparaban los alimentos en parrillas de gas y de leña. En el lado izquierdo instalaron dos pequeñas carpas para los artistas. A los músicos se les surtieron los alimentos y bebidas que previamente habían solicitado. Dos de ellos prefirieron whisky. Dentro de las carpas había asientos.

En el techo del salón estaba colocado un aro de gran tamaño, del que colgaban franjas de telas de colores que remataban en las paredes, y luego caían hasta tocar el piso.

Nuestra mesa era redonda y pequeña, con dos sillas de madera de respaldo alto forradas con tela blanca; en el asiento de cada silla un cojín de tela azul con un moño blanco en la parte posterior. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco, encima otro más pequeño color azul. Nueve velas ardían sobre un candelabro de latón brillantado.

Las velas desprendían agradable aroma. El humo hacía esfuerzos por elevarse en línea recta al techo del salón. La parte inferior de la mesa estaba circundada con floreros con flores blancas; en el centro de cada uno había una orquídea con vetas moradas. El piso había sido pintado de azul claro. Las flores blancas no las había visto en los mercados del pueblo, no supe su nombre, tampoco dónde las cultivaban.

Mi marido se negó a someterse a las travesuras de los jóvenes de lanzarlo por los aires y cacharlo al caer. Tampoco permitió que con nosotros bailara quien quisiera. No me incomodó su decisión, era una persona mayor de edad. Me dijo después que esas costumbres le parecían ridículas. Los meseros empezaron a servir la comida. El grupo musical inició el carnet musical. En pocos minutos cada quien tenía la comida en su plato. Yo no tenía apetito. Bladimir no me rogó que comiera. El capitán de meseros, alto, delgado, ligeramente encorvado, de escaso pelo, vestido con el ropaje que los identifica; gentilmente me insistía que debía ingerir alimentos. Me preguntó si no me había gustado la sazón; sonreí, con movimiento de cabeza le di a entender que sí me había gustado, con señas traté de decirle que era por el estrés de la boda.

El bullicio de las voces y la música traspasaba las paredes. Comían, reían, se divertían. Quienes conocían los antecedentes de esa familia se reservaban los comentarios. No les interesaba lo que no les afectaba. El salón estaba lleno en su totalidad. En broma preguntaban si podían permanecer comiendo y bebiendo hasta ver la luz del día siguiente. Los meseros contestaban que podían hacerlo. La mamá de Bladimir ordenó a los meseros que a la gente se les sirviera lo que pidieran, pero que con el licor fueran prudentes.

El animador de la boda era un tipo alto, delgado, de espaldas planas, cara lánguida, pelo a los hombros; vestido con traje azul, corbata amarilla, refulgentes zapatos de charol, modales finos, con acento argentino. Contó chistes graciosos que a todos hizo reír. Actuaba con profesionalismo. Los invitados exclamaban que el show continuara por más tiempo.

Bailaban mujeres con mujeres cuando los maridos, agotados por el baile, se sentaban. Mientras estuvimos en la fiesta fuimos el blanco de todas las miradas. A mi

marido lo veían de una manera, a mí de otra. Los de mayor edad aseguraban que no había habido otra fiesta igual.

Eran las nueve de la noche cuando Bladimir me dijo que debíamos retirarnos. Me dio la noticia que nuestra luna de miel la pasaríamos en Acapulco. A temprana hora tomaríamos el avión en la ciudad de México. Nuestras maletas estaban listas. Supuse que llegaríamos a un hotel, dormiríamos un rato y luego nos trasladaríamos al aeropuerto. Las interminables despedidas fueron la causa que emprendiéramos nuestro viaje hasta las doce de la noche.

Mis papás nos dieron sus bendiciones, lo mismo hizo la mamá de Benjamín. Los familiares nos acompañaron hasta el automóvil. Por fin logramos salir. Los dos ocupamos el asiento trasero. Tenía presente que debía ser cariñosa con él; podía hacerlo porque nací y crecí en un ambiente de amor y comprensión.

Una vez en marcha me acerqué a él, recargué mi cabeza en su hombro derecho, con desgano se inclinó hacia mí; sentí su indiferencia, lo justifiqué, supuse que estaría estresado. No pensé otra cosa, debía comprenderlo, además, me doblaba la edad.

Por mi escasa experiencia en cuestión de amores no me pareció extraña su actitud. El chofer conducía despacio, como para retrasar la llegada. Durante el trayecto no "pegué los ojos". Disfrutaba el paisaje en la medida que me lo permitía la luz de la luna. El cielo estaba despejado. Los pinos de los cerros parecían figuras estilizadas que a nuestro paso nos observaban con esmero. Las luces del auto se abrían paso entre los velos de la noche. Me emocionó ver un conejo que con prisa cruzaba la carretera. Después, el chófer me dijo que durante el viaje fueron tres los que cruzaron frente a nosotros; uno de ellos se regresó desde la mitad de la carretera.

Esperaba de la noche algún mensaje que me aclarara las cosas. El camino al Distrito Federal se hacía interminable. Yo no llevaba ninguna prisa pero tenía ansiedad por descubrir la fantástica experiencia de la noche de bodas.

Mi inexperiencia en el sexo daba lugar a que de mi joven cabeza brotaran diversas inquietudes. Durante el camino hablamos poco, parecía que los temas de plática se habían quedado en el festín del bodijo.

Por largos ratos Bladimir miraba hacia el exterior por la ventanilla de su lado. Lo tenían por ameno conversador, de “afilada labia”; por eso su mudez me parecía extraña. Contaban que era un hombre que, cuando se lo proponía, convencía al más refractario. Su tono de voz, pausado y entonado, daba confianza.

Los rayos del sol empezaban a bañar al Distrito Federal. La autopista nos colocó en la avenida Zaragoza. Gente en las paradas esperando su autobús; todo tipo de autos con la prisa de llegar a sus destinos. Todos ansiosos por transportarse. Vehículos atiborrados con mercancía para vender en algún lugar. Los autobuses rodaban a toda

prisa con la carga humana que desbordaba; pasajeros colgados de las puertas porque dentro no cabían. Pensaba en las historias de esa masa humana que de madrugada salía de sus hogares para regresar avanzado el día, o la noche. ¿Cuántos de los que veían mis ojos eran felices? ¿Cuántos no lo eran?

—Esta es la ciudad de México, así se vive todos los días —habló Bladimir con voz firme. Sus palabras rasgaron el silencio en el interior del vehículo.

—Pues yo no me hallaría en ésta enorme ciudad donde todo son carreras, prisas, mucho estrés —le aclaré por si algún día se le ocurriera llevarme a vivir a esa ciudad donde todo es abundancia: gente, automóviles, casas amontonadas, edificios, negocios de todo tipo. Sonrió sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Qué te parece lo que opina mi esposa? —le inquirió Bladimir al chofer, que tampoco pronunció palabra en todo el camino.

—Patrón, yo creo que la jefa tiene razón —contestó categórico—, ya ve que aquí la vida es diferente a como la tenemos allá, en nuestra tierra.

Poco antes de dar vuelta a la derecha, en dirección al aeropuerto, vimos un avión que volaba a baja altura, rozando las altas antenas de televisión de los edificios cercanos al aeropuerto. Dejamos atrás la Avenida Zaragoza. En pocos minutos arribamos a nuestro destino de despegue rumbo a Acapulco. El chofer estacionó el auto frente a la entrada de vuelos nacionales. El chofer fue el primero en descender, abrió la puerta para que bajara Bladimir, inmediatamente fue a mi lado, abrió la puerta, se hizo a un lado para que mi marido me tendiera su mano para ayudarme a bajar; luego abrió la cajuela, sacó dos pequeñas maletas de mano y mi neceser. Bladimir le ordenó que esperara mientras el avión despegaba, “Por si algo se ofrecía”.

—Si pretenden quitarte de éste lugar has uso de la charola —le previno Bladimir en tono prepotente. No quise preguntarle qué era una “charola”, el solo nombre me hizo pensar en la vasija que usan los meseros para transportar los vasos a las mesas de los clientes.

A paso lento nos dirigimos al restaurante para desayunar y esperar el momento de abordar. Recapacité sobre un detalle que no me cuadraba: las maletas con nuestra ropa no venían en el auto. Pensé que habían sido bajadas del vehículo sin haberme dado cuenta. Cuidé no tener ninguna expresión que descubriera mi escasa experiencia en viajes. Bladimir debió haber previsto el asunto del equipaje, no podían haberse extraviado, tampoco pudieron haberse olvidado en Papantla.

Entramos al restaurante, nos recibió una señorita de aspecto amable. Sin desdibujar la sonrisa que adornaba su cara nos mostró las mesas que pudiéramos ocupar. Le precisamos que solo éramos nosotros. Nos señaló dos opciones, nos decidimos por la mesa que se encontraba cerca de los ventanales. Desde ahí veríamos a la gente que

llegaba de algún lado o salía para otro. Me entretuve un buen rato mirando a los pasajeros. De vez en cuando volteaba a ver a Bladimir. Espaciadamente me hacía comentarios sobre temas de negocios, de viajes y anécdotas con amigos. Hasta ese momento me parecía que mi esposo evitaba tocar temas de nuestro futuro como pareja; como suele suceder entre los recién casados. Debía adaptarme a la personalidad y estilo de mi marido. Me consolaba pensar que un personaje de ese talante seguramente tendría criterios diferentes. Recordaba las frases que a manera de recomendaciones me expresaban algunas amigas de ambas familias: “Para que tu matrimonio dure toda la vida, obedece a tu marido”. “Cuando él grite, calla; así habrá estabilidad en tu matrimonio”; o “Antes de tomar una decisión loca piensa en tus padres, ellos cargarían tus penas”.

No podía desoír las recomendaciones de la experiencia. No estaba de acuerdo pero les daba la razón cuando por la afectación a terceros, como lo eran mis padres.

Desayuné ligero: ensalada de frutas, malteada de chocolate, pan dulce.

Con calma paladeé mis alimentos. La fiesta había quedado atrás pero la música la traía en mis oídos. Me encantaron las esponjosas camelias cubiertas con pasta blanca. Hasta la fecha siguen siendo mis preferidas. Bladimir, muy cuidado de sí mismo, comió fruta con yogurt y jugo de naranja. Evitó el pan. El café lo tomó sin azúcar. “El café debe tomarse sin azúcar y bien caliente”. Se lo escuché varias veces. Como no le veía interés en hablar de nuestros sueños (más bien míos), le pregunté por las maletas.

—¿Las maletas no vienen con nosotros? —pregunté con timidez.

—Pensé que no lo ibas a preguntar —me contestó con voz firme.

—Las maletas salieron ayer temprano rumbo a donde vamos a pasar nuestra luna de miel. Cuando lleguemos al hotel, ahí estarán esperándonos.

—Pero... ¿quién las llevó? —lo interrumpí.

—Mandé a otro de mis choferes. Ya debieron haber llegado.

—Pues, qué cómodo —le respondí— así ya nos podremos mover sin más peso que el de nuestros cuerpos. Ambos reímos.

EL INCONFUNDIBLE TONITO de voz anunció la salida de nuestro vuelo. Presuroso pagó la cuenta. Cuando el mesero recibió la propina nos dijo que estaría atento para atendernos a nuestro regreso. El mesero puso en nuestras manos las maletas que estaban sobre una silla vacía. Salimos del restaurante. Bladimir colocó su mano sobre mi hombro, caminamos aprisa a donde checaban los boletos, de inmediato pasamos a la sala de abordar.

Me sentí importante viajar en primera clase, los asientos cómodos y amplios me harían un viaje más que placentero. Mi marido me propuso el asiento de la ventanilla, “Para que disfrutes el paisaje desde las alturas”.

El avión comenzó a moverse. La sobrecarga nos mostró cómo abrochar los cinturones de seguridad; siguieron las indicaciones de lo que debíamos hacer en caso de accidente. Me sobresaltó pensar en eso. Hice la cruz con los dedos de mi mano derecha, me persigné, en silencio oré. La extraña sensación que apareció dentro de mí pronto se disipó. La aeronave se colocó en la cabecera de la pista, aceleró los motores, inició la carrera, despegó.

Bladimir me explicaba los lugares sobre los que volábamos; no le ponía atención a lo que me decía, no era de mi interés saber sobre qué terrenos íbamos volando, desde arriba poco es lo que se distingue, todo parece lo mismo. Una que otra nube blanca que vistas desde arriba parecían copos de algodón. Por momentos era ameno platicador, pero no de los temas que me interesaban. A veces me parecía que esa plática debía compartirla con sus amigos, no con quien compartía la mágica sensación de la “Luna de miel”.

Recordé el viaje a Miami, costado por el mismo hombre del asiento de al lado. En aquella ocasión, dentro de mi alma había dos sentimientos que se contraponían: el de la dolorosa partida de mi ex novio; y haber conocido a un atractivo chico, hijo del amigo de mi papá. Ahora viajábamos rumbo a Acapulco. No faltarían las sorpresas, estaba segura, era el estilo. En él notaba actitudes extrañas, suponía que eran por su prolongada soltería. Al pasar las horas se iría acostumbrando a la nueva vida de compartir todo con una pareja, según yo. No tenía a nadie cerca de mí con experiencia para que me orientara y disipara mis dudas. Mi mamá no me daría la opinión que yo deseaba escuchar. Lejos estaba.

Lo observaba sin que se diera cuenta. Me perturbaba que no alcanzara a articular una hilada conversación conmigo. Me comentó algunos pasajes de su infancia. Por lo que comentaba deduje que su mamá había influido fuertemente en la formación del carácter de los dos hijos. Hablaba de cosas que yo consideraba de escaso interés para una chica de mi edad, así estuviese convertida en esposa.

Admito que no me agradaba volar en avión. Desde el viaje anterior descubrí que tenía fobia a las alturas. Ansiaba tocar tierra.

Se escuchó la voz del piloto anunciando que nos abrocháramos los cinturones, en instantes estaríamos aterrizando. Nos acercábamos a tierra, las cosas adquirían su tamaño normal. Me consoló ver la pista de aterrizaje. Sentí alivio cuando las llantas del avión rodaban sobre la pista. Le di gracias al Santísimo. Discretamente me persigné. Una señora y su hija como de trece años, hicieron lo mismo. Al levantarme del asiento voltee hacia mi derecha, la cara de un señor, grande de edad, tez blanca, gafas oscuras, pelo entrecano igual que su barba; que durante el viaje tenía un gesto de angustia, se había relajado. Durante el vuelo no dejó de rezar un momento.

Fuimos los primeros en descender. Cada uno cargó sus propias maletas. Creía que él llevaría la mía. Apenas cruzamos la puerta que divide la sala de llegadas con el área de acceso general, había dos caras conocidas: la de uno de los choferes de Bladimir, y la de una de las mujeres de la servidumbre de la familia de mi marido. No me desagradó el “comité de recepción”.

SIRVENDA SE LLAMABA quien desde ese momento sería mi dama de compañía. A la postre sería mi confidente.

El vehículo que hizo el viaje de Papantla a Acapulco estaba en el estacionamiento del aeropuerto. En ese mismo nos trasladamos los cuatro al Hotel. Bladimir veía con agrado el paisaje de la ciudad. “Las condiciones están cambiando para mí”, pensé. Después de tantos pensamientos que cruzaron por mi cabecita, venía la recompensa.

Nos hospedamos en un hotel ubicado en la costera Miguel Alemán, sobre la playa Icacos. Llegamos a la recepción. Los enviados de Bladimir se encargaron de hacer el trámite para la reservación y la asignación de las habitaciones.

—Señora —me dijo Sirvenda cuando nos encontrábamos en la recepción—, la voy a acompañar a su cuarto.

—Por supuesto que sí, Sirvenda —No me pareció anormal que me acompañara Sirvenda mientras me instalaba en la habitación que compartiría con mi marido.

Sirvenda y yo nos dirigimos al elevador. Bladimir fue al restaurante del hotel a encontrarse con un joven amigo suyo que vivía en Acapulco. Recordé que Bladimir me había comentado que aprovecharía el viaje a Acapulco para desahogar algunos negocios. Celebré su empeño por los negocios.

Se abrió la puerta del elevador. Sirvenda, llave en mano, tomó la delantera hacia la habitación destinada para Bladimir y para mí, en nuestro papel de recién casados. Con evidente práctica abrió la puerta. La habitación tenía vista al mar. Di media vuelta, me dirigí al clóset para comprobar que estuviera mi ropa. Sí, ahí estaba. También encontré ropa nueva que alguien compró para mí. Le quité las etiquetas. Pensé en preguntarle a Sirvenda quién la había comprado, y cómo le hicieron para saber mis tallas, pero no estaba en el cuarto.

Mis ojos desorbitaron cuando no vi la ropa de Bladimir en el clóset. ¡Qué estaba pasando! Caminé en círculos por toda la habitación. ¡No había ninguna pertenencia de Bladimir. ¡Qué sorpresa! No esperé un instante más, le llamé a Sirvenda.

—Sirvenda: ¿dónde está la ropa de mi marido? ¿Dónde quedó?

—Señora, su marido ocupa una habitación del primer piso.

—Por favor, ven a mi habitación...

Estaba turbada, no supe qué hacer; no sabía qué ocurría.

Tocó la puerta, abrí, entró Sirvenda. La noté nerviosa.

—Sirvenda: ¿Por qué mi marido no se quedará en esta habitación, conmigo?

—Créame que no sé por qué, solo recibimos instrucciones, señora; siento no poder explicarle.

Evité hacer un comentario más. Le pedí que me dejara sola mientras encontraba alguna explicación que despejara mis dudas.

¿Qué debía entender al no encontrar la ropa de mi marido en el mismo cuarto, donde pasaríamos varias noches juntos? Durante quince minutos caminé de un lado a otro. Salí al balcón con la intención de encontrar alguna respuesta en el mar, que con imponente esplendor se balanceaba frente a mis asombrados ojos. No quise encender el televisor, no tenía deseos de ver o escuchar nada. Para mi quebrado estado de ánimo hasta la música sería ruido. Me recosté en la cama, intentaba controlarme pensando en otras cosas.

ESCUCHÉ TRES suaves golpecillos en la puerta; era el Bell boy. Sonriente y con voz amable me dijo:

—Señora, reciba usted éstas flores, se las manda su esposo, le van a gustar mucho, son selectas y hermosas. Extendió sus brazos para poner en mis manos el arreglo. Me gustó, estaba hermoso. Fue inocultable mi sorpresa.

—No las esperaba, ¿verdad?

—No, no las esperaba —le contesté emocionada. Agradecí el servicio. Me miró a la cara, notó mi asombro.

Di media vuelta, entré a la habitación, ocupé ambas manos para llevar el regalo, lo puse en la mesa redonda para cuatro sillas. El joven cerró la puerta lentamente, se retiró. El arreglo iba acompañado de una tarjetita en la que Bladimir, con letra manuscrita, escribió diciendo que me invitaba a comer en un restaurante tradicional del centro de Acapulco. En la misma tarjeta proponía que nos viéramos media hora más tarde en la recepción; me estaría esperando.

La idea que yo tenía de la luna de miel se había esfumado. Ninguna comparación de mi luna de miel con las que parodiaban en las despedidas de soltera. Recuerdo una historia trágica que contó una de las mujeres en mi despedida de soltera. Nos comentó que una pareja de recién casados que viajaba en auto no vio un ferrocarril que cruzaba la carretera. Pasaron la noche de bodas y las dos siguientes en un hospital. Pero eso no fue todo, lo más grave es que durante seis meses no tuvieron relaciones por fractura de la pelvis del marido.

Rogaba que mi historia no fuera a dar a la legua de una de esas señoras, para amenizar alguna tertulia. Aseguraba que mi historia tendría final feliz.

Salí del cuarto tres minutos antes de la hora indicada. En punto de la hora de la cita llegaría a la planta baja.

Se abrió el elevador, frente a mis ojos estaba el autor de la boda, esperándome. Vestía pantalón blanco, zapatos de igual color, sin calcetines; camisa de lino rosada de manga larga, de fino diseño. Rodeaba su cuello gruesa cadena de oro con diamantes incrustados. Salimos al restaurante. Todo con el propósito que yo disfrutara del lugar y la comida.

En el restaurante sacó de su bolsillo una caja alargada, plana, con moño dorado. Me la dio de obsequio. Cuidadosamente retiré la envoltura de papel, abrí la caja, sequé el contenido... ¡Una cadena de oro!

—Son la pareja —me dijo cuándo la colocó en mi cuello—. Se refería a que el diseño era similar a la prenda que también estrenaba en su cuello.

—Gracias, amor —le externé con voz perpleja—. Qué detalle tan fino —concluí.

—Estoy dispuesto a darte lo necesario para que hagas el mejor papel como esposa —me dijo.

Esa frase me confundió, no supe cómo interpretarla. Le pedí a Bladimir que me sugiriera alguno de los guisos de mariscos especialidad del restaurante. Lo hizo con acierto. La comida me gustó. En cuestión de alimentos era un experto.

El capitán de meseros lo llamaba por su nombre, el trato que le brindaban a mi marido era preferencial, como si se tratara de un cliente frecuente. Años después supe que previo a sus encuentros de negocios mandaba a alguno de sus colaboradores, para repartir propinas al capitán de meseros y a quienes les correspondiera atender la mesa donde se sentara con los convidados. Por el trato que le daban desde que llegaba hasta que se retiraba, nombrándolo por su nombre y obsequiándolo con frases que indicaban que su presencia era habitual y grata; daba la impresión de ser una persona importante y confiable.

Todo ese montaje se conseguía con regalías. Los arreglos de los negocios eran siempre a su conveniencia.

Conmigo utilizó la misma faramalla. Yo creía que realmente era un asiduo cliente de esos lugares, decía conocer a todo el personal de los restaurantes que visitábamos, me presentaba con el personal que nos atendía. Por supuesto que yo también gozaba del especial trato. Cualquier mujer sentiría lo mismo que yo. ¡Mi esposo era un hombre importante!

Terminamos de comer. Bladimir llamó con la vista al mesero para preguntarme delante de él si apetecía algo más. Le contesté que estaba satisfecha, que no deseaba nada más; le di las gracias. Esperaba que mi marido pidiera la cuenta. No fue así. Nos levantamos, a paso lento salimos del lugar. Se despidió de mano de los meseros. Le hacían valla hasta la puerta, espectáculo que atraía la atención de otros comensales,

quienes se mostraban interesados por conocer la identidad del personaje al que tantos honores le rendían. Interesante.

Salimos del restaurante. Abordamos el vehículo, fuimos a otro lado. Las atenciones del chofer se repetían de manera ensayada: abrir la puerta, cerrarla, ponerse al volante, sintonizar la radio en las emisoras del gusto de Bladimir, dirigirse al lugar previamente indicado por mi marido. En esa ocasión Sirvenda nos acompañó, ocupó el asiento del copiloto. Solo en alguna película burlesca podría verse una luna de miel de más de dos.

Visitamos una Boutique de ropa. No era necesario saber mucho de vestidos para distinguir que vendían diseños exclusivos. Al cabo de dos horas salí de la tienda con varios artículos; los pagué con la tarjeta de crédito que Bladimir me había obsequiado. Sirvenda cargaba las bolsas de atractivo diseño. Cualquiera imaginaría la calidad del contenido. Mi marido se había quedado de reunir con amigos para hablar de negocios. El auto se quedó a mi disposición. El chofer tenía indicaciones de llevarnos a visitar las mejores tiendas de Acapulco, él sabía dónde estaban, conocía bien aquel lugar. En algún momento el chofer me comentó de manera comedida y mirándome a la cara:

—Señora, su esposo la verá a las ocho de la noche en un restaurante especializado en finos cortes, para cenar. Antes la voy a llevar al hotel porque seguramente deseará usted cambiarse de ropa.

—Gracias por compartirme los planes de mi marido.

Deseaba dormir, sentía los efectos del desvelo de la noche anterior.

Cuando llegamos al hotel, Sirvenda me ayudó a bajar del auto todo lo que había comprado. Subimos a mi habitación. Cuando me quedé sola revisé lo que había comprado; lo acomodé dentro del clóset. Me di a la tarea de armar las combinaciones de faldas, blusas y zapatos... ¡Cinco pares de zapatos!

Bajé al vestíbulo a la hora propuesta por el chofer. Esperaba ver a Bladimir, no fue así. El chofer esperaba sentado en la recepción. Me dirigí a él, caminamos al auto, se adelantó para abrir la puerta trasera, me subí, la cerró con ambas manos. Imaginaba ser la esposa de un hombre poderoso, sentía el efecto de una seducción calculada.

PARA LA CITA con Bladimir estrené ropa: blusa azul cielo con manga “tres cuartos”, falda estampada con líneas ondulantes amarillas y rojas, que bajaban de la cintura al dobladillo. Zapatillas de tacón alto, color guinda. Mi brazo izquierdo estaba adornado con un reloj de oro amarillo, tenía 12 brillantes que señalaban las horas. Estrené de pies a cabeza. Se trataba de una cena con gente importante para los proyectos de Bladimir.

Antes de llegar al restaurante le pregunté al chofer qué haría para ubicar rápidamente la mesa donde se encontraba Bladimir y sus amigos. Me contestó que en la puerta estaría una de las empleadas para conducirme a la mesa correspondiente.

Así fue. La chica caminaba delante de mí hasta llegar con Bladimir. Estaba nerviosa, desconocía las características de la reunión. No sabía de qué hablarían, ni cómo yo participaría. Temía hacer el ridículo. Llegué a donde estaban, los hombres se pusieron de pie, la mujer permaneció sentada; Bladimir tomó mis manos, me dio fugaz beso, me presentó con sus amigos.

—Mi esposa, señores. Su nombre es Zalia.

Los saludé de mano, cada uno me decía su nombre. Retomaron la plática iniciada antes de que yo llegara. Los siguientes diez minutos me dediqué a escuchar y observar; luego, la mujer que se presentó como Faride armó plática conmigo.

—Amiga —me dijo con voz suave—, vamos a sentarnos juntas porque tenemos mucho que platicar.

Propuso que uno de los hombres se corriera un asiento para que ella quedara a mi lado. Primeramente me platicó de las sorpresas que nos destina la vida. Me dio la impresión que me hablaba de manera cifrada, como queriendo decirme algo que no podía expresarlo con claridad por la presencia de los otros. Mi marido dialogaba sobre temas de negocios; también le escuche conversar sobre lugares turísticos y restaurantes de la mejor comida. Con emoción hablaba de su relación personal con gente de la política nacional. Estaba relajado, hacía bromas; se expresaba con fluidez.

Consumieron varias botellas de vino tinto. Alabé que mi marido no tomara. El mesero le servía una bebida que no contenía alcohol. Me ilusionaba que mi esposo estuviera sobrio en la primera noche. Juntos en la misma cama, como debe ser con quienes contraen matrimonio. Así ha sido siempre.

La reunión se prolongó hasta cerca de las once de la noche. En ningún momento las conversaciones parecieron pesadas o repetitivas, los temas eran interesantes y variados. Nos manteníamos atentos de las opiniones de cada uno de los que estaban en torno a la mesa del lujoso restaurante. Faride cuidó los fundamentos de nuestra conversación, me hizo algunas recomendaciones para mantener un matrimonio duradero y estable. Defendía la idea de que lo económico era parte importante en la realización de una mujer casada con un marido adinerado. También me comentó que debía disfrutar los lujos y la buena vida al lado de Bladimir. Tal vez lo decía con algún conocimiento de la circunstancia que me esperaba a partir de esa noche. Una y otra vez me venía a la cabeza ese pensamiento. Uno de los que estaban a la mesa, el de ojos azules y pelo claro, el más joven de todos, sugirió que la reunión concluyera.

—Debemos entender que los recién casados —propuso con voz convincente—, necesitan disfrutar de su esplendorosa luna de miel. Pidamos la cuenta... Nosotros invitamos a los recién casados.

Llevaron la cuenta. Nadie tomó una copa más. Ellos se dividieron la cantidad a pagar. El mesero regresó con el cambio; nos levantamos, caminamos lentamente a la entrada del restaurante. Nos despedimos, nos comprometimos a otro encuentro en fecha posterior. Conmigo fueron amables, me trataron de manera lisonjera, me hicieron sentir importante. Faride, en actitud simulada me dijo al oído: “Cuenta conmigo, seremos buenas amigas, te buscaré, ya verás”. Me inspiró confianza, presentía que iba a necesitar de sus consejos. Era guapa, inteligente, firme de carácter, con experiencia en cuestiones del amor y del manejo de los sentimientos de los hombres.

Juntas fuimos al baño. Mientras repintábamos nuestros labios frente al espejo con marco dorado y con figuras angelicales en alto relieve, me susurró mirándome a los ojos: “Tienes que aprender a controlar tus sentimientos, a manejar tus problemas conyugales con astucia e inteligencia. Tienes que manipular a los hombres, así sea tu marido”. En ese momento no entendí del todo que me quería decir, pero me dio la fortaleza que yo necesitaba. Nuestra amistad duró años.

CAPÍTULO 11

De regreso al hotel, pude disfrutar el ambiente nocturno de aquella ciudad: marquesinas y letreros multicolores anunciando todo tipo de negocios. Mucha gente en las calles disfrutando el ambiente festivo de Acapulco. Bladimir estaba de buen ánimo, pero noté cierta indiferencia para conmigo; no se portaba cariñoso. No logré esclarecer por qué esa singular actitud. Mientras nosotros nos divertíamos, Sirvenda permaneció en el auto. Tuvo tiempo para dormir un rato. Viajaba en el asiento delantero; en su cara llevaba dibujado un extraño rictus.

Llegamos al hotel, Sirvenda fue la primera en bajar, por instantes permaneció en la banqueta. Cuando entramos al hotel, frente a la recepción, Bladimir me dijo:

—Zalia: a tu habitación te va a acompañar Sirvenda, se quedará en la de al lado, estará pendiente de todo lo que se te ofrezca; en un momento regresará el chofer, Sirvenda sabe cómo localizarlo por si requieres algo —concluyó la frase con esas palabras que parecían extraídas de la parte más fría de la tierra. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Esperaba sorpresas pero no de ese tamaño. ¿De qué se trataba? ¿Qué era eso? ¿Por qué me ocurría a mí? No tenía capacidad para entender lo que me estaba aconteciendo. Todo en mi cabecita era brumoso. Me sentí humillada, utilizada, herida, reducida a un

simple objeto. Toda la noche sequé lágrimas. El sueño me vencía, dormía a ratos. “Algo me está cobrando la vida”, pensaba. Me sentía culpable hasta de lo que no había hecho. Durante la noche salí al balcón para serenarme y mirar fijamente el horizonte. ¿Dónde estarían esas mismas aguas en el momento de la ceremonia nupcial? En ese momento recordé que a mi madre le encantaba la canción *El mar*.

Debía ser fuerte. No podía quebrantarme, provocaría gran daño a mis padres que tanto agradecimiento consagraban al misterioso Bladimir.

El día amaneció nebuloso. A las ocho y media de la mañana escuché el ruido de un helicóptero que por segunda vez pasaba rasante por la playa, como buscando algo. Sirvenda llegó a mi habitación, me comentó que estaba arreglada desde las siete por si la llamaba.

El botones del hotel dio tres golpecillos que en la puerta, la abrí, vi que cargaba un arreglo floral más vistoso que el anterior. Le pedí que entrara y las colocara sobre el tocador. Esperaba que las flores llevaran la claridad que me permitiera saber qué ocurría. Sirvenda celebró la cortesía de Bladimir.

—Patrona —exclamó la trabajadora—, qué detalle de su señor esposo... ¡Están hermosas! Son naturales —remató.

Mi futura confidente estaba más emocionada que yo. Lo hacía para contagiarme de su aparente alegría, le preocupaba mi inocultable sufrimiento. Fingí agrado.

—Sirvenda, ¿qué pasa con mi marido? —le pregunté sin meditarlo.

—Yo qué le puedo decir a usted, la verdad no sé qué pasa con el patrón. Le confieso, aquí entre nos, que nos tiene prohibido hablar de él y de su familia; nos castigan si se enteran que hablamos de ellos... discúlpeme... de veras. Sé que usted me entiende... perdóneme, no me gustaría que me separaran de usted... es una gran mujer.

—No te preocupes, Sirvenda, lo entiendo, quiero que sigas a mi lado.

Así concluí la conversación sobre el asunto que más me importaba en ese momento. Saqué el arreglo floral al balcón para que le diera la brisa del mar. Además, me servirían como una inanimada compañía. Las observé un rato, voltee a la bahía, entré, me detuve frente al espejo del tocador, me acomodé el cabello. Antes de moverme de ese lugar sonó el teléfono, emocionada levanté el auricular, escuché una voz que identifiqué inmediatamente... ¡Bladimir!

—Hola, guapa.

¿Te gustaron las flores?

—Sí, mucho. Son realmente hermosas, buen gusto el tuyo —le contesté, no supe qué más decir.

Estuve a punto de preguntarle qué razón había que le impidiera acudir a nuestra habitación. Lo medité, decidí hacerlo en el transcurso de ese día; lo haría, no podía seguir con esa incertidumbre.

—¿Estás de acuerdo que en una hora te vea el chofer en la recepción? Un matrimonio de amigos míos nos invitan a desayunar en su yate. Ya sabrás qué ropa ponerte.

—Por supuesto que sí, Bladimir, estaré abajo en una hora, sin falta. Al terminar la frase colgué.

Debía prepararme para conocer la sorpresa del día. Me di a la tarea de escoger la vestimenta; debía armonizar con el mar, el yate, el sol, la fiesta.

Una hora después abordamos el auto. Emprendimos la marcha a dónde me estaría esperando mi esposo. Llegamos, él estaba parado en la entrada de un café de franquicia norteamericana; lo acompañaba un varón de aspecto europeo: tez blanca, cara afilada, pelo rubio, ojos claros, bigote recortado al estilo Clark Gable; vestía pantalón blanco y camisa de lino roja. Me dio la impresión de ser un tipo caballeroso. Se despidió de Bladimir, volteó su mirada hacia el auto, yo permanecía dentro, se despidió de mí agitando pausadamente su mano derecha; sonrió sin despegar sus labios.

Salimos rumbo a donde nos esperaba el yate con los amigos de mi marido. Nos detuvimos en el camino a comprar un helado que se me antojó, me lo comí en el trayecto. Nos bajamos del coche al iniciar el muelle donde estaba atracada la embarcación. En la cubierta, de pié y tomados de la mano, nos esperaban los anfitriones. En cuanto nos vieron se mostraron efusivos; dijeron estar complacidos con nuestra visita. Él, de playera roja con rayas azules en la parte inferior, bermudas color blanco; zapatos rojos de lona. Ella, con bermudas del mismo color de las de su pareja; blusa manga corta con rayas horizontales azules y blancas, con moño en el cuello estilo marinero. Fui la primera en abordar. El hombre me extendió su mano para sujetar la mía, subí al barco sin perder el equilibrio. Detrás de mí caminaba Bladimir. Los anfitriones me llamaron por mi nombre sin haberme presentado todavía.

—Bienvenida Zalia. Mi nombre es Pepe Collado, ella es Marina, mi esposa; su padre fue uno de los mejores marinos de la US Navy de los Estados Unidos. ¿Entienden el porqué de su nombre, verdad...?

—No les digo mi nombre porque ya lo saben, lo cual me halaga y me distingue — les dije en tono de agradecimiento.

Ambos eran encantadores y educados. Sus ademanes eran estudiados y correctamente aplicados como los de la gente de la alta sociedad. La pareja que estaba

frente a mis ojos parecían actores de películas. Recordé la novela *El Gran Gatsby*, y la película que posteriormente vi. Me hicieron sentir importante. Los temas los orientaban ellos. Conmigo fueron didácticos, no me preguntaban nada que pusiera en aprietos mis conocimientos. Disfrutaba su plática. Intenté ayudar a servir los alimentos, no lo permitieron, dijeron que yo era una invitada distinguida. El yate, el mar, música de la época, no podía pedir más. Había mar, naturaleza, gente hermosa, sabores, olores, un marido sociable, movimientos acompasados de la embarcación... Todo para olvidarse de cualquier quejumbre. Lamentablemente, como la borrachera, después de la euforia, la resaca.

Similares escenarios en cada una de las reuniones o fiestas a las que asistíamos como pareja de recién casados... ¡Felices ante los demás! Tenía que acostumbrarme a eso. Así estaba escrito en el libro de mi vida. Tenía la esperanza que al tomar posesión de nuestro hogar las cosas fueran diferentes. Esperaba que Bladimir se comportara conmigo como cualquier marido con su mujer.

A pesar de todo, mi luna de miel me dejó gratos recuerdos, están en mi mente como frescas gotas de rocío en la flor de la mañana.

Así transcurrió una semana. Gente diferente cada día. Escuché historias contadas con tanta gracia que me montaron en un tour por el mundo. Los amigos de mi marido eran personas de dinero, de esas de *Clase mundial*. Sus relatos eran entretenidos, los recuerdo.

Sin embargo, ese mundo de fantasía era insuficiente para superar la más miserable de las humillaciones. No haberme tocado en los días de recién casados ocasionó una de las heridas más profundas en mi ego. Nada más que simulación.

El día anterior a nuestro regreso a la ciudad de México, Bladimir envió a Papantla el auto que me obsequió en uno de nuestros encuentros. Por teléfono, personalmente mi marido llamó a una empresa de autos para contratar los servicios de un vehículo con chofer, de los que van a cualquier parte del País.

EN LA SALA DEL AEROPUERTO de la ciudad de México nos esperaba la persona que manejaría el vehículo de México a Papantla. Bladimir le dio los comprobantes para recoger las dos maletas; el resto del equipaje se fue en el auto que salió al pueblo. Caminamos al estacionamiento donde estaba el coche. El chofer tenía uniforme de la empresa. Según Bladimir, así debían vestir los choferes de la gente rica. Mientras el chofer colocaba las maletas en el auto, nosotros lo abordábamos. En las puertas delanteras tenía dibujado un avión estilizado color azul con la cauda roja, y en negro el nombre de la empresa. El chofer era bajo de estatura, pelo rizado; de trato amable.

Antes de emprender nuestro viaje al pueblo, pasamos a comer cabrito asado en un restaurante del centro de la ciudad. Nunca había probado esa carne, me gustó. Bladimir me explicó que la salsa era importante para el sabor.

Tiempo después, en otro viaje al Distrito Federal, propuse que comiéramos en el mismo restaurante. A mis amistades recomendaba ese lugar cuando desearan comer algo diferente. En ocasiones, mi marido mandaba traer al jefe de cocina para sugerirle alguna preparación especial de los guisos preferidos de mi marido. Ese tipo de detalles me sorprendían, más no me motivaban.

Recuerdo esa vez no alcancé a comer toda la porción, el resto lo pedí para llevar. Abordamos el vehículo para concluir nuestro viaje en Papantla, donde llegamos horas después. Arribamos a la casa que sería nuestro hogar.

Durante nuestra ausencia por el viaje de *Luna de Miel*, la pintaron toda. Renovaron el mobiliario, hicieron otros arreglos que le daban confort a nuestro hogar. Se había impuesto el gusto de la mamá de Bladimir. Celebré la decisión de no vivir con la suegra; siempre hay problemas cuando se comparten espacios con las mamás de los maridos. Recorrí toda la casa; el estilo era colonial. Ventanas grandes. Una fuente semicircular incrustada en la pared adornaba el traspatio. Dentro había una cabeza de animal mítico de ojos saltones; de su hocico salía un constante chorro de agua que llegaba por gravedad.

En el lado derecho del jardín estaba un porche rodeado de plantas florales. Enfrente, dos bancas de acero. En el fondo, un árbol del que colgaba una jaula abierta donde llegaban chachalacas a comer lo que se les colocaba: frutos, hojas tiernas y semillas. Me informaron que diariamente llegaban cinco o seis. Cuando estaban en celo armaban el griterío. Macetas con helechos que colgaban adornaban los balcones.

En la sala me detuve unos instantes para observar la decoración. El reproductor de música tocaba una canción que le gustaba a mamá. ¿Quién investigó sus gustos?, pensé.

—Esa canción la escuchaba mamá cuando era soltera —le comenté a Bladimir que se encontraba a mi lado.

—Por eso la pusieron, era una de las preferidas de tu mamá —me contestó el hombre con voz categórica.

—De cualquier manera gracias, Bladimir —le respondí en el mismo tono.

—En cuestión de gustos, mi mamá y yo somos lo mismo —agregué.

¿Por qué no pusieron alguna de las canciones de mis gustos, en lugar de atender los gustos de mi madre? Cualquier otro marido lo hubiera hecho. No ocurrió conmigo. Otra sorpresa.

Me encontré con Sirvenda, detuvo sus pasos para comentarme algo, pero en ese momento recordó que había reglas para los criados. Se limitó a una leve reverencia de agrado por el reencuentro. Hubiese deseado darle un beso en la mejilla, me abstuve para no perjudicarla, mi marido estaba cerca. En seguida le ordenó a Sirvenda que me guiara a mi recámara. Solícita acató la indicación de su patrón. ¡Se repetía la maldita historia de la luna de miel!

Sirvenda caminó delante de mí hasta llegar a la que sería mi alcoba. No me asignaron la que tenía balcón a la calle.

—Señora, sus cosas las que trajimos de Acapulco, están acomodadas en el lugar que consideré les corresponde, usted me indica si le ayudo a hacer algún cambio.

—No, Sirvenda, mucho has hecho para que yo me sienta a gusto, así está bien. En los roperos de mi recámara ¡no estaba la ropa de Bladimir! Otra vez la misma canción. ¿Por qué se había casado conmigo? ¿Por qué...? Mis ojos recorrieron toda la habitación tratando de encontrar algo que me diera la respuesta. Caminé de aquí para allá y de allá para acá. Me acerqué a la puerta, le puse pasador para que nadie entrara y me viera llorar. Estaba decidida a comentarle a mi mamá lo que estaba pasando; lo haría en la primera oportunidad. Ella me explicaría lo que yo no alcanzaba a intuir. Encontraría en sus palabras la respuesta que afanosamente yo buscaba. ¡Sí, así sería! Pensar eso me consoló. En la habitación no estaba su ropa, ni zapatos, tampoco las joyas. Me obligaba a pensar que tampoco dormiríamos juntos... ¡Terrible! ¡Qué ofensa a mi decoro de mujer! Me tiré sobre el sofá, en la mano tenía un pañuelo para secar mis lágrimas. De pronto, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo, Sirvenda, le tengo un recado... ¿Puedo entrar?

—Permíteme un momento, Sirvenda, ahora abro.

—Le va a alegrar lo que le voy a decir: vendrán sus papás a visitarlos ¿Cómo ve? ¿Verdad que es buena noticia?

—Qué buena noticia me has dado, Sirvenda, sabes las ganas que tenía de verlos.

—Va a haber una cena con música y toda la cosa —me interrumpió emocionada—, aquí nos encargamos de todo, el patrón así nos instruyó... pero no le vaya usted a decir que le dije, ya se imagina lo que pasaría conmigo si sabe que ando de lengua larga. Será pasado mañana.

—No te preocupes, Sirvenda, jamás te descubriré, acuérdate que entre nosotras hay un pacto cómplice. Estas palabras le dieron a mi asistente la confianza para platicarme cosas que de otra manera jamás me hubiera enterado.

Fui descubriendo que Bladimir era un personaje temido en toda la región, aunque su aspecto y trato lo hacían parecer lo contrario: bueno, generoso, noble de sentimientos.

—¿Y qué debo hacer, Sirvenda?

—Arreglarse bonita, que poco necesita, pero primero descanse como Dios manda y luego a alistarse para la fiesta.

—Una pregunta, Sirvenda...

—Si la sé confíe que se la voy a contestar.

—¿Dónde se va a quedar mi marido? ¿Dónde va a dormir?

—En su cuarto, ahí están sus cosas, ahí le acomodamos todo lo de él, así nos dijo y así lo hicimos... Usted entiende...

—Comprendo que ustedes cumplen instrucciones, pero no intuyo lo demás.

—Usted es una niña muy hermosa y de buen espíritu, pero el destino es el que manda, y en éste pueblo el destino es don Bladimir. Sirvenda fue categórica con su comentario.

Las preguntas que yo le estaba haciendo a mi asistente la comprometían. Percibía que sabía más, pero no podía traspasar los límites que imponían sus temores estrictamente inculcados por la familia a la que servía. Las lágrimas estaban a punto de brotar de mis ojos, fueron disipadas por la noticia de la visita de mis padres a mi nuevo hogar. El inolvidable viaje, que jamás se me olvidará, esfumó mis fantasías.

Platicar con mis papás, principalmente con mi mamá, podría aclarar las dudas que de manera abrumadora me habían revoloteado dentro de mi cabecita durante las últimas semanas. En mi habitación, con la soledad que me había concedido el destino. Me entretuve revisando lo que había comprado en Acapulco. Fue hasta ese momento que caí en cuenta que la ropa que compré era para clima cálido, como el de allá, no para el de mi pueblo cuyo clima era templado, y en ciertas épocas del año, frío. No eran pocas las cosas que había adquirido. Podría ponerme esa ropa sin repetir durante varias semanas. Coloqué en mi muñeca y cuello las pulseras, collares y reloj que mi marido me había regalado. Me vi varias veces en el espejo.

LLEGÓ EL DÍA DE LA REUNIÓN con mis papás. Se acercaba la hora. Mis nervios se apoderaron de todo mi ser. No quería imaginar el tópico de la plática. Segura estaba que Bladimir impondría los temas. Yo debía buscar la oportunidad para hablar a solas con mi mamá. Debía tener cuidado que no pareciera que me estaba secreteando con ella, no daríamos margen a las suspicacias. Las horas pasaban lentas, a cada rato miraba mi reloj de pulso, parecía que las manecillas se habían detenido. Debía poner mi mejor cara. En mi rostro no debía haber alguna expresión que revelara decepción.

A las siete de la noche estaba lista. Me puse uno de los vestidos nuevos, era de tirantes; Coloqué sobre mis hombros un paño de seda. Después de varios días en aquel cálido lugar, en Papantla sentía frío. A las siete y media de la noche bajé a la sala, me encontré con Sirvenda, me propuso que fuéramos al pequeño salón. Cruzamos el jardín, entramos; todo estaba listo. Los músicos, que eran dos, afinaban sus instrumentos. El servicio de la comida lo darían dos meseros. El olor a los guisos inundaba el ambiente. Las parrillas los mantenían calientes. La mesa para los cuatro era rectangular.

Una vez visto esto regresé por la misma puerta por donde entré. Me dirigí paso a paso a la sala. Me disponía a sentarme cuando escuché la voz de mi marido.

—Buenas noches amor, te ves muy guapa —me dijo con voz tierna.

—Muchas gracias Bladimir, aprecio tus palabras.

Por primera vez salían de su boca palabras románticas; sonaron bien a mis oídos. Entró con dos cajas pequeñas envueltas para regalo en una mano, y en la otra, solo una; las colocó en una mesita que estaba pegada a la pared, quedaban a la vista de todos.

—Las dos azules son para tu papá y las de moño rosa para tu mamá, ya ves que yo los quiero mucho —me aseguró.

—¿Podría saber qué contienen? —le pregunté motivada por la curiosidad.

—Que sea sorpresa para todos. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto que estoy de acuerdo —le respondí sonriente.

Mis papás llegaron en punto de las ocho de la noche. No pude contener mi ímpetu de hija preferida, me abalancé a abrazar a mi mamá, luego a papá. Bladimir saludó a mamá y luego a papá.

—Te ves hermosa y feliz, hija —expresó mi papá.

—Así es, padre, estás en lo cierto —le contesté—. Traté que mis palabras les produjeran la emoción que ellos deseaban sentir.

Bladimir y yo condujimos a mis papás al lugar de la cena. En la puerta nos detuvimos para que ellos entraran primero, después yo, mi marido al final. El mesero, con discreto ademán, indicó a mi madre que debía sentarse en la silla que con sus manos retiraba un poco de la mesa. En cuanto mamá se colocó en posición de sentarse cuidadosamente empujó la silla hacia la mesa; se sentó. Con ánimo caballeroso, Bladimir hizo lo mismo conmigo.

Nos sentamos, el mesero tomó las servilletas blancas que estaban colocadas dentro de las copas, con hábil giro de la mano deshizo la figura que semejava una flor, las colocaron sobre nuestras piernas. Con movimientos medidos sirvieron el vino rojo... Cenaríamos carnes rojas al carbón.

Una vez depositado el vino en las copas, Bladimir levantó la suya a la altura de su boca, lo imitamos, con voz pausada y suave dijo:

—Éste primer brindis que sea por la dicha de ustedes, queridos suegros, a quienes deseo larga vida pletórica de salud y dinero para mantenerla —reímos—; y mucho bienestar. Brindemos también para que Zalia, mi adorada esposa, que ustedes cuidaron con tanto esmero y amor, alcance la felicidad que tanto merece y ambiciona... ¡Salud!

Hacía enormes esfuerzos para que mi cara no expresara el pasmo desde la primera noche en Acapulco. Dentro tenía atrapado lo que deseaba decirle a mamá, no hacerlo me lastimaría. Sentía mariposas negras girando alrededor de mi cabeza.

Debía esperar a que Bladimir consumiera al menos dos copas más para que no sospechara de la plática secreta con mi “santa” madre. Pero mi desilusión venía cuando recordaba que él tomaba poco, y en ocasiones nada.

Como buen conversador, Bladimir platicaba a detalle lo vivido en los días que pasamos en aquel lugar Pacífico. Por supuesto que en la charla no incluyó que no dormíamos en la misma habitación, creo que ni en el mismo hotel; se lo calló. Mientras platicaba me tomaba la mano, me veía amorosamente.

Tenía que comentarle a mamá la situación que hasta ese momento estaba viviendo con mi marido, era mi oportunidad. Deseaba hacer el comentario pero algo me detenía. Flaqueaba, temía que a mi mamá no le gustara, o que no le pareciera creíble.

El momento se presentó justo cuando decidimos ir al baño. Nos hicimos señas, nos levantamos a la vez, juntas caminamos al baño que estaba afuera del salón. Qué mejor oportunidad de estar fuera de la vista de Bladimir y de la servidumbre, sin dudarlo estarían prestos a hacerle cualquier comentario a mi marido de lo que escucharan. Apenas cruzamos la puerta le dije a mi mamá:

—Mami, deseo hacerte una pregunta.

—Sí, hija, dime —contestó mi madre lista para escuchar. Titubeante agregue:

—Es sobre una extraña actitud de Bladimir...

—Sobre su comportamiento, ¿verdad? —atajó mi mamá.

—Sí, mami, sobre su comportamiento.

—Ay, hija, no te preocupes, debes entender que él es mayor que tú, hará cosas que a ti te parezcan extrañas; debes tomar en cuenta que la experiencia de él es mayor que la tuya. Por el momento muchas cosas te parecerán inexplicables. Te irás acostumbrando e irás aprendiendo de él, hija.

Hubiese deseado escuchar otras palabras. Lo que había percibido no sabía cómo tomarlo: como consuelo, o pocos deseos de escuchar algo contrario a la percepción que ellos tenían de Bladimir. Para concluir el tema mi mamá comentó:

—La verdad, hija, no pudiste haber encontrado mejor marido que él. Aprende a quererlo, a comprenderlo y a apoyarlo, así deben ser los matrimonios para que duren toda la vida.

—Sí, mamá, tienes toda la razón.

Simulé agrado por su comentario. Tenía que darle seguridad a mi mamá que su consejo me había convencido, que tenía la razón. Para reafirmar lo dicho agregó:

—No pudiste haber encontrado mejor partido para ti, hija... es buen hombre, todos lo aprecian... él te quiere, nos lo ha dicho; es sincero, ya lo irás conociendo...

No debía poner en duda las palabras de mi mamá, tenía más experiencia que yo. No dejaba de ser una opinión que yo debía acatar. Renacía la esperanza que las cosas cambiaran y me trajeran la felicidad que hasta ese momento la vida me había regateado. Mamá regresó a la mesa con la seguridad que la recomendación a su hija había sido la mejor. Reconocí que dijo lo que toda madre debía decir a su hija. No la culpo de nada. Las palabras salieron de su corazón y de su cabeza.

Bladimir comentó en la mesa que durante la luna de miel estuvo emocionado, “Me sentí realizado”. No terminaba de pronunciar esas palabras cuando mis papás, al mismo tiempo, dirigieron su mirada hacia mí, los dos sonreían. Yo también sonreí para complacerlos.

La reunión transcurrió entre historias y chistes, contados como a Bladimir le convenía. Mi marido tomó cuatro copas. Tiempo después alguien me dijo que solo tomaba licor con sus amigos más íntimos. En mi fiesta de quince años creo que se tomó dos copas, se las contó papá.

Dio la una de la mañana, mis papás agradecieron la invitación a la cena.

Nos levantamos, Bladimir tomó las manos de mi mamá, la miró a los ojos, acercó su cara al oído, algo le dijo en voz baja. Mamá sonrió, sus ojos resplandecieron. Nos movimos del lugar, cruzamos la casa, nos dirigimos a la puerta. Salimos a la calle, nos despedimos, abracé a mamá, luego a papá. Bladimir les abrió la puerta de la camioneta, su suegra subió, papá lo hizo por el otro lado; se puso al volante, arrancó el vehículo, lo puso en movimiento. Dimos media vuelta, entramos a la casa. Se desvaneció la esperanza de que alguien me escuchara. Bladimir me acompañó hasta la escalera que daba al segundo piso, me dio un beso en la mejilla izquierda, me deseó buenas noches, se retiró a su recámara. Sola entré a mi habitación, sola permanecí. Más desconcierto.

Esa noche fue igual a las anteriores. Mis ojos recorrían paredes y techo, mi desordenada mirada tocó todos los objetos. Encendí la televisión, vi una película de Al Pacino.

Me quedé dormida por ahí de las tres y media de la mañana. La noche estaba más fría que fresca, me cubrí con la sábana y una cobija. Desperté hasta a las diez de la mañana; tenía hambre y sed. Cinco minutos después de haber despertado alguien llamó a la puerta con suaves golpecillos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy Sirvenda, le traigo su desayuno, está usted desveladita y debe tener apetito —exclamó.

—Pásale, la puerta está sin pasador.

Con ambas manos sostenía una brillante charola de plata con fruta, café de olla, pan dulce, jugo de naranja y un sándwich. Colocó lo que traía en una mesa pequeña donde había una silla, ahí desayunaría.

—Gracias, Sirvenda, me procuras y me comprendes —le dije en tono de agradecimiento.

—Yo también la aprecio mucho, patrona —balbuceó.

Una semana después también me llevó el desayuno al cuarto. Me había desvelado por convivir con unos amigos de mi marido que venían de El Paso Texas. Se fueron como a las tres de la mañana. Se quedaron en la casa que la familia de mi marido tenía para los invitados. Era una casa antigua, de un piso; en el centro del patio había un pozo de agua transparente y pura que brotaba del subsuelo. De ahí se surtía la casa y unas caballerizas que estaban exactamente atrás de la vivienda, alquiladas por la mamá de mi marido a unas personas de Chiapas.

LOS DÍAS PASABAN, el infortunio crecía. Mi existencia se mojaba de frustración.

Un día, mi marido me avisó que al siguiente visitaríamos a unos compadres de su papá, fallecido antes que nos conociéramos. Ellos vivían en una hacienda no muy lejos del pueblo.

Convivimos con ellos gran parte del día, hablaron del papá, lo pintaron como una persona benevolente que ayudaba a todo el que lo necesitaba. “Era compadre de todo el mundo” comentaron. Ahí supe que la mamá de Bladimir era la que “llevaba los pantalones de la casa”. Comentaron que su carácter era fuerte pero certera en sus decisiones. Les agradó nuestra visita. Hicieron barbacoa de res que comimos con tortillas hechas a mano. Noté a Bladimir más cariñoso que de costumbre. Me parecieron buenos contadores de historias. Cada vez que mi marido tomaba la palabra me veía. Nuestras miradas chocaron en varias ocasiones, me llenaba de ilusión. Renacía la esperanza que la relación tomara el cauce correcto, el que yo esperaba.

Nos despedimos de los anfitriones, nos retiramos. Bladimir les dijo que la reunión nos había motivado tanto que la recordaríamos por años. Yo sí la recordé por años. Afuera nos esperaba el auto de mi marido con el chofer sentado al volante. Me llamó la atención que en esa ocasión el chofer no fuera quien abriera la puerta para que entrásemos al auto, como lo hacía en ocasiones anteriores. Esa noche mi marido se comportó diferente. Me tomó de la mano cuando salimos de la casa. Cruzamos la banqueta, se adelantó, extendió su mano derecha para jalar la manivela de la puerta trasera, la abrió, sin soltarme me ayudó a entrar. Quedamos uno junto al otro. Todo esto a la vista del matrimonio anfitrión que permanecían cerca del auto. Una vez dentro, el chofer encendió el motor, emprendimos el regreso.

—¿Cómo te sentiste en la fiesta? —me cuestionó Bladimir.

—Estuve muy contenta, bastante divertida —le respondí.

Comentó de las gentilezas de los señores y de su gracia de buenos anfitriones. Entre más nos acercábamos a nuestro hogar mi Corazón aceleraba sus latidos. Algo sucedería, lo adivinaba... Entramos a la casa, las luces estaban encendidas, no estaban los sirvientes, parecía todo planeado para crear la idea que estábamos solos.

Tomados de la mano caminamos hacia la escalera, subimos a paso lento, el último peldaño lo pisamos al mismo tiempo. Me miró a la cara, sonreía, nuestros pasos nos llevaron a mi recámara. Ese momento sería nuestro, nos pertenecía. Las puertas de mi habitación estaban abiertas, entramos sin pronunciar palabra, él propuso que rezáramos uno de los salmos de la Biblia. Después de esto empezó a despojarse de su ropa, la acomodó cuidadosamente sobre el sofá de mi recámara. Zapatos, camisa, pantalones, calcetines; se quedó con la camiseta y los calzoncillos puestos.

Vi su cuerpo semidesnudo, resaltaban sus pectorales y otros músculos. Era de figura atlética. Descubrí que en la cama era tímido, contrario como se mostraba en las reuniones.

Estaba nerviosa. Por primera vez estaríamos en intimidad. Ese momento quedaría por siempre grabado en mis recuerdos. Las emociones me invadieron. Tenía que comportarme como cualquier mujer que se entrega a su marido.

Fui al baño, me quité la ropa, me coloqué la bata semitransparente que compré en Acapulco, me lavé los dientes, regresé a la cama. Mi marido estaba cubierto por las sábanas. Antes de acostarme voltee a ver la imagen de Jesús crucificado, colgaba en la pared de la cabecera de la cama. Sobre el tocador estaba un ramo de flores con una tarjetita escrita que en ese momento no me interesó leer.

Era mi primera experiencia de amor. Temía conducirme con torpeza; segura estaba que Bladimir me comprendería. Estábamos juntos, en la misma cama, uno al lado del otro; intenté entablar un diálogo pero mi cerebro estaba vacío, sin ideas. A la vez temía

a algo que es natural pero desconocido para mí hasta ese momento. Él me quitó la bata, no lo hizo con la delicadeza que yo esperaba. Recordé lo que había visto en películas de amor.

Dos minutos después estaba bajo las sábanas, desnuda. Bladimir seguía con la ropa interior puesta, no se la había quitado; me extrañaba pero no me sorprendía por los extraños comportamientos anteriores. De pronto me envolvieron sensaciones que no se pueden explicar. Sentí el peso del hombre, jadeaba frente a mi cara, no hubo besos o caricias que salieran del corazón, tan esperados por la mujer amada.

Por mi falta de experiencia no podía juzgar la calidad de la relación que en ese momento nos envolvía. Él parecía tener prisa, todo ocurría de manera vertiginosa. El amor que debía existir en una relación de pareja, bajo las sábanas, estaba en otro lugar, no en la habitación donde nos encontrábamos. Confundida volteaba para todos lados. De mi boca no salían palabras, lo intentaba sin éxito, respiraba agitadamente. El desahogo de él fue fugaz, el mío ni siquiera tocó el techo de mi cuarto.

En un instante todo había concluido. La ilusión había quedado en el desencanto, en la frustración. No hubo más, no habría más, la decisión había sido unilateral, de una sola persona: él. No importé, yo existía como una cosa, como un objeto.

—¿Satisfecha? —Fue la hueca frase llena de egoísmo que de su boca salió. Me vi en la necesidad de mentirle recordando un comentario de alguien que padeció lo mismo.

—Sí, claro... mucho. Gracias, amor.

Otra vez pensé en comentárselo a mi mamá, pero regresaba a mi cabeza que ella tenía otra idea de Bladimir por los favores recibidos. A ellos les daba la otra cara, simulaba, mentía, fingía; su otro yo, el que mantenía oculto en su conciencia. Por supuesto que tampoco se lo podía contar a papá.

Al mes siguiente, lo mismo. Solo había una persona a la que le podía contar lo ocurrido con la seguridad que guardaría el secreto: Sirvenda. Cuando le dije de esa experiencia, movió la cabeza en desaprobación. “Y lo que falta señora... así será hasta que quede embarazada. Tiene interés en un hijo para que la gente no hable de más”.

La relación entre Benjamín y yo era de amigos pero sin la confianza que la amistad ofrece. Una tarde que Bladimir no se encontraba en el pueblo, en la cocina le pedí a Sirvenda que me visitara en mi cuarto media hora después, para platicarle algunas cosas. Movié la cabeza afirmativamente.

Cuando me alcanzó en mi habitación le pregunté por qué llevaba una franela y una cubeta con agua. En voz baja me contestó:

—Hay instrucciones de reportarle al patrón si platicamos con usted; así creerán que vengo a limpiarle el cuarto.

—Entiendo, no te preocupes, agradezco lo que haces por mí.

—Por usted estaría dispuesta a lo que viniera, a usted debo protegerla, usted es la que vale —me externó con arrojo.

—Sirvenda —le pregunté en tono dulce—, ¿le puedes decir a mis oídos algo que ansiosamente desean escuchar y que me lo destagues como mujer?

—Todo lo que usted me pregunte si lo sé le contestaré —me dijo convencida. Sus palabras me daban la confianza que en ese momento yo necesitaba.

—No te comprometeré, Sirvenda —le expresé en tono aclarativo para luego continuar—. Con tus palabras dime qué pasa con mi marido.

—No la quiere como pareja —me reveló Sirvenda—. Usted y su marido no serán como las parejas normales. No me pregunte el resto, no debo decirlo, hice un juramento ante él... no puedo faltar a mi promesa; fue antes de que usted fuera mi patrona, usted entiende...

—Sí, entiendo, Sirvenda, con eso me has dicho mucho, no hacen falta más palabras.

Las últimas palabras las dijo con notorio esfuerzo, como atajando el sentimiento. Agachó la cabeza para que no viera en sus ojos el pesar que le compartía. La respuesta había descorrido parte del velo de la historia de mi marido. Me sentía satisfecha por despejar las dudas, pero me sentía frustrada en mis ilusiones. El fuego de mi cuerpo quemaba mi corazón.

FUE UNA LÓBREGA mañana cuando corroboré que estaba embarazada, mi menstruación se había detenido; el médico confirmó mi embarazo. Mi estado de ánimo se elevó grandemente, le comenté a mis amigas y a mis primas; no cabía de gusto.

Pocas semanas después empecé a sentir sensaciones extrañas dentro de mi cuerpo; mi Corazón latía diferente, mis emociones chocaban entre sí. Las ilusiones volvieron a mí al pensar que serían compartidas con un ser diferente, pero mío. Rogué a Dios que me permitiera verlo nacer, sentirlo junto a mí, arrullarlo entre mis brazos, pegarlo a mi cuerpo. Alimentarlo, conversar con él. Todo eso le pedí a mi Dios.

Las visitas al médico fueron frecuentes. Bladimir me acompañó al médico solo en algunas ocasiones. Llamó mi atención que cuando mi marido se enteró de mi embarazo no desbordara de contento; sus emociones no lo invadieron. La noticia no lo perturbó. En cambio, cuando me enteré, por mis mejillas rodaron un par de lágrimas.

Tenía que preguntarle a Sirvenda por qué Bladimir se había portado así, necesitaba hacerlo cuando mi marido saliera de la casa, y tuviera la certeza que los otros criados no estuvieran cerca. Después de la primera visita al médico, pasaron dos semanas para

que yo pudiese platicar con Sirvenda. Debía ser cautelosa con mis preguntas. La mujer estaba aleccionada para serle leal a su patrón y discreta con lo que decía. El momento llegó.

—Sirvenda: ¿podrías explicarme por qué a mi marido no le emocionó saber que sería papá?

—Hay, señora, él no verá a sus hijos como cualquier padre —dijo esto, dio media vuelta, frente a la puerta se detuvo un instante, pensó decir algo, salió apresuradamente; con la mano derecha se acomodó el negro pelo. El comentario tenía varias interpretaciones.

Mi mamá me llamaba por teléfono varias veces al día. Su emoción era la de una madre a punto de convertirse en abuela. Yo intentaba compartir esa alegría.

En la medida que mi panza crecía, aumentaban las salidas de Bladimir. ¿A dónde iba...? Quién sabe. De los antojos no me preocupaba, Bladimir estaba al tanto por medio de sus criados. Todos tenían instrucciones de atenderme, bastaba mencionar lo que deseaba cuando ya lo tenía frente a mí.

Como el viento que pasa sin detenerse así pasaron siete meses de mi embarazo. Fueron una experiencia que jamás olvidaré. Mis amigas desfilaron por la casa. Caras alegres, palabras rebosantes de buenos deseos. Me visitaba gente que nunca había visto pero tenían relación con la familia. Los floreros fueron insuficientes. Se acostumbraba enviar flores a la madre que estaba por dar a luz. Los aromas inundaron la casa. A pesar de los ascos ninguno de esos olores me provocó desagrado. Gran parte del tiempo lo pasé en casa. Tuve amenaza de aborto, el doctor que me atendía me recomendó reposo. Acaté esa recomendación, quería que mi hijo naciera en las mejores condiciones. No podía arriesgarme.

EN EL OCTAVO MES de embarazo no podía moverme con facilidad. Me sentía agitada, me veía gorda... En mucho contribuyeron los chocolates con envolturas multicolores y moños hechos a mano. También comí dulces de todo tipo; unos, artesanales de exóticos sabores; otros, baratos pero sabrosos. Todo eso fue la principal causa de que subiera de peso. También influyeron los antojitos de la región. Ni modo, tenía que complacer mis deseos. Recibí muchos regalos para el bebé. Me visitó mi amiga Rossina, la hicieron pasar a mi recámara, me habían recomendado no bajar escaleras. Esa madrugada me despertó fuertes dolores de espalda. Rossina fue a mi habitación, cruzó la puerta, sonreía, me contagió su entusiasmo. Extendió sus brazos, hice lo mismo, nos abrazamos.

—Lloras de alegría, ¿verdad, amiga? —le pregunté esperando me contestara afirmativamente.

—Desgraciadamente no, bueno... sí.

Titubeó, deseaba decirme algo, se abstuvo. Enjugó sus lágrimas, su cara recobró su esplendor. Era una chica alegre, pero también se tornaba sentimental cuando algo alteraba sus emociones. Antes de iniciar nuestra conversación, que incluiría algunos pasajes de cuando estudiábamos juntas, le pregunté por su papá.

—Está bien, gracias. Desde hace ocho días anda por el Distrito Federal valorando si le conviene un trabajo que le ofrecen. Me dijo que le gustaría platicar contigo antes de partir.

—A mí también me gustaría saludarlo y platicar con él, será muy interesante. Le agradezco los consejos que me daba, jamás los olvidaré.

Platicamos durante dos horas y media. El tiempo pasó rápido. Quedamos de vernos poco antes del nacimiento de mi hijo. Nos despedimos con un prolongado abrazo. Nos queríamos mucho, era una buena amiga, coincidíamos en pensamientos y en gustos. Se retiró, me reconfortó su visita. Recordamos cuando tocábamos los timbres de las casas y nos echábamos a correr, y de un compañero que hizo lo mismo que nosotras, solo que cuando emprendió la huida no se percató de un tirante de poste y terminó montado en él. Salió la señora de la casa y lo tundió a escobazos.

Mi marido me invitaba a salir al parque, restaurantes o a la iglesia, los días que más personas nos pudieran ver: sábados, domingos y días festivos. Al verme embarazada la gente confirmaba que Benjamín sería papá. Yo me sentía complacida de presumir mi abultada panza. En el parque caminábamos tomados de la mano, dábamos vueltas a su alrededor cumpliendo con la tradición lugareña. En dos ocasiones fuimos a comer al mercado, nos tomaban fotos que posteriormente exhibirían como cualquier trofeo. Después del parque nos encaminábamos a la iglesia. Me gustaba verla repleta de fieles. Siempre había alguien que me ofrecía su lugar, mi estado movía la cortesía de la gente. Bladimir permanecía a mi lado. Durante el embarazo procuró que esa imagen se repitiera cuantas veces se podía. Mi marido no mandaba a nadie a que nos apartara lugar “para mantener nuestra imagen de personas humildes”.

Durante mi embarazo no necesité marido, me sentía acompañada por mi hijo. Mis molestias naturales me mantenían abstraída y sin deseos sensuales. Tuve muy presente lo que al inicio del embarazo me decían algunas mujeres: “Vas a ver cómo mientras estés embarazada vas a querer al marido, ¡pero lejos de ti!”. Lo comprobé.

El tiempo corría a la velocidad del agua del río. Toda mi atención estaba puesta en mi hijo que venía en camino. Debía nacer en las mejores condiciones. Todo acontecía sin contratiempos y sin sorpresas desagradables. Bladimir estuvo al pendiente de mi embarazo a través de sus empleados. De los chiqueos se encargaba Sirvenda, mi inseparable colaboradora y amiga, no importaba queuviésemos formación cultural

diferente; su disposición era suficiente para que yo mitigara mi sensación de enclaustramiento.

Mi mamá llevaba la cuenta de las semanas y los días del embarazo, y lo que faltaba para dar a luz. Mis ilusiones volaban sin límites; me imaginaba con mi hijo jugando, haciéndolo reír, tratándolo con ternura y brindándole todo el cariño del mundo.

TODO ESTABA PROGRAMADO para que aquella mañana me internaran en el hospital de Jesús, pintado de azul con blanco como otros que había conocido. Rodeado por un jardín con arbustos con formas de animales unos, y otros con figuras caprichosas. Desde que entré fui atendida con esmero; una atenta enfermera se hizo cargo de mí de principio a fin. Antes del parto, el médico que me asistiría platicó conmigo, me hizo algunas recomendaciones que debía cumplir después del parto. Poco después de las once de la mañana entré al quirófano. Exactamente a las doce del día estaba dando a luz al niño más hermoso de la tierra.

Después del alumbramiento, el médico, aún con los ropajes de cirujano, desde la puerta del quirófano informó a nuestras amistades y parientes que había nacido un niño; que ambos nos encontrábamos en perfecto estado de salud. Hubo gritos de júbilo. Ya era madre, tenía un poderoso motivo para vivir lo mejor posible. Trataría de no transmitir a mi hijo mis desilusiones y desconsuelos; debía crecer envuelto en amor. En camilla me sacaron del quirófano, me pasaron al cuarto de recuperación; tenía los efectos de la anestesia. Al bebé lo llevaron aparte. Todos querían verme y conocer a mi bebé.

En ese momento, con los dolores del parto y con los efectos secundarios de la anestesia, no me complacían las visitas. Quería estar sola con mi hijo; no lo conseguí.

Días después, en la tranquilidad de mi casa, traté de recordar a cada una de las personas que acudieron a conocer a mi hijo y a complacerse por mi buen estado de salud. Por meses recordé el característico olor a hospital.

Recibí arreglos florales, ropita para mi hijo, chocolates, juguetes, chupones con sabor... Hubo quienes llevaban solo una flor. A todos les correspondí con una sonrisa y palabras de agradecimiento. Lo hacían de corazón, era motivante.

Nadie más que la madre puede darse cuenta de la dicha que representa gestar una nueva vida, y poder verlo crecer y transformarse en un ser con vida propia y autonomía en sus ideas y pensamientos. Durante semanas seguí recibiendo visitas deseosas de conocer a mi hijo. No me daban tregua. Me sentía complacida.

Mi marido estuvo todo el tiempo en la habitación del hospital. Parecía el padre más amoroso de la tierra. Mi suegra contrató a un estilista para que me peinara en el hospital y después en mi casa. Cuando el peinador me iba a maquillar, Bladimir dijo

que no era necesario, “Ni que estuviera muerta”, señaló riéndose. De ese chascarrillo hicieron eco unas amigas que estaban ahí.

CAPÍTULO 12

Tres meses había cumplido mi hijo. Recibí unas visitas que para mí fueron la mayor sorpresa; no las esperaba. Jamás imaginé que me visitarían, no daba crédito de lo que veía. Era la mamá, la hermana y una prima de Paulo Emilio, mi difunto novio, con quien compartí la celebración de mis quince años. Cuando Sirvenda abrió la puerta dijeron que eran unas amistades que venían de “fuera”, para evitar suspicacias. Mi marido andaba de viaje. La empleada no me dio el nombre de las visitas, solamente me dijo que eran unas personas que venían de “fuera”. Las pasó a la sala. Acudí cinco minutos después. Estaban sentadas las tres en el sillón grande, mi ex suegra en medio de las dos chicas. Al verme se levantaron como catapultadas. La señora se abalanzó a mí con los brazos extendidos, nuestros cuerpos se unieron en apretado abrazo; imposible evitar el llanto contenido durante mucho tiempo.

—Hija, Zalia —me dijo con voz pausada por el sollozo—, era imperdonable no venir a verte, estuviste unida a nuestra familia, no lo olvidaremos jamás. Te queremos mucho. Al verte nos recuerdas a mi hijo.

Esas palabras me calaron hondo. Permanecimos abrazadas un momento. Las chicas también lloriqueaban. Nos separamos, saludé primero a mi ex cuñada y luego a la prima. Cada una me dio una flor blanca. Después de eso nos sentamos para iniciar la charla. Las sorpresas llegaban mientras avanzaba la conversación.

—Fíjate hija que hemos estado en contacto con una persona de aquí, del pueblo, te quiere mucho; es papá de una amiguita tuya. Por el cariño que te tiene y por un agravio anterior que por ahora no te contaré, se dio a la tarea de investigar lo que con mucha discreción deseo comentarte. A mi hijo lo mataron intencionalmente, no fue por cosas ni de mujeres de “mala nota” ni por un pleito de cantina o de borrachos. No, hija, fue por otra cosa. Fue porque a una persona le estorbaba. Me lo dijo con los ojos llenos de lágrimas.

No daba crédito a lo que me estaba comentando. Fui presa de conjeturas, pensé en muchas cosas menos en lo que en seguida me comentaría. El relato avanzaba, mis ojos se desorbitaban, no era cualquier cosa lo que escuchaba en esa reunión. Sin esperar más, para darle prisa a lo que las traía, continuó con el diálogo.

—Le pensamos mucho para decirte esto que vas a escuchar...Lo discutimos en familia, al principio las opiniones estaban divididas pero al final todos estuvimos de acuerdo; por tu propia seguridad. Te queremos mucho. A mi muchachito le diste

mucho amor. Para mi esposo y para mí tú seguirás siendo nuestra hija. Y si fuese el caso, cuenta con nosotros, nuestra casa también es tuya, puedes llegar el día que gustes, de visita o a vivir el tiempo que desees, sola o con la criatura.

Lo que mis oídos escucharían luego, era grave. Me estaban previniendo de algo importante. La señora respiró profundo, se acomodó en el asiento, destacó su postura erguida, continuó narrando. Las chicas fijaron su vista en ella, a veces volteaban a verme.

—A mi hijo lo mandaron asesinar desde acá, desde estas tierras, por haber sido tu novio.

—¿Quién pudo haber sido capaz de tal fechoría? —acoté abruptamente.

La señora hizo una pausa, con su mirada recorrió la casa para asegurarse que nadie más estaría escuchando la conversación. Sabía las consecuencias si llegaba a los oídos de quien pudiera tomar represalias.

—¡Fue ni más ni menos que el papá de tu hijo, de tu hijito, de ese hermoso niño que ahora duerme en su cunita!

Quedé estupefacta. Sin embargo, era posible, la gente murmuraba. Además, sabía la honorabilidad de la persona que me lo decía. El comentario confirmaba mis sospechas.

—¿Está usted segura? ¿En que basa usted tal afirmación? Le pregunté adivinando la respuesta. Continuó sin titubear.

—Te ruego que esto te lo guardes muy dentro de ti, que no se lo platiques a nadie, correrías peligro.

— Por favor continúe, señora —le rogué.

—Tu marido lo planeó todo, él siempre te quiso como esposa para cubrir apariencias. Inventó que unos pacientes de Paulo Emilio murieron porque equivocó el diagnóstico, que les dio medicinas caducas. Nada fue cierto. Perversamente maquinó lo de las reses que se le murieron a tu papá. Todo fue una vil y falaz mentira. Él las mandó envenenar. Desprestigió a tu papá para doblegarlo y luego levantarlo económicamente, a fin de crear una deuda... y ahí entrabas tú. Me llevé las manos a la cara, me invadió el asombro. Atenta escuché lo que seguía.

—Tu marido logró armar escenarios para que quedaras dentro de su corral, para que fueras su esposa sin que pareciera que era a la mala. Sé que tus papás lo aprecian, mucho tienen que agradecerle, los lastimarías platicándole esta historia, no lo creerían, supo cómo ganarse su confianza. A mi hijo tenía que quitarlo de tu camino, era tu novio, se iban a casar, no tuvo sentimientos para hacer lo que hizo.

—Estoy impactada, señora, pero no se preocupe; Dios me ha ayudado a controlarme; creo lo que usted me está diciendo. Estoy uniendo las piezas, embonan unas con otras. Continúe por favor.

—Sabía que tendrías algunas sospechas, tal vez no de todo. De lejos se ven más claras las cosas.

—Sabemos que estás sufriendo, mucha gente del pueblo lo sabe y lo comentan entre ellos. A ti te quieren y te respetan, a tu marido le temen. La gente de aquí sabe todo pero nadie dice nada. Nadie lo encara, no se atreverían a hacerlo, todos le deben algo, los tiene subyugados; lo sabes.

—Cierto, señora, tiene usted razón. He sufrido mucho, pero no es momento para contarlo.

—Las autoridades —retomó la palabra—, se prestaron para que todo pareciera un pleito de cantina provocado por mujeres. Todo el mundo sabía que Paulo Emilio no tomaba licor.

—No descartaba que cometiera una barbaridad, pero no del tamaño que ahora me está comentando. Hay ocasiones que el silencio de la gente dice mucho. La señora prosiguió.

—Uno de los esbirros de tu marido —no lo llamó por su nombre—, estuvo tres semanas en Huamantla para armar todo el plan hasta que llegó la oportunidad. Lo engañaron que venían al pueblo, se ofrecieron para darle un aventón, le comentaron que su patrón los había mandado a Huamantla a comprar mercancía. Llevaban cajas cerradas con cinta canela, solo contenían cartón y papel periódico. Las tiraron después de atacarlo.

—¿Todo eso se lo comentó la persona de aquí del pueblo? —le pregunté pasmada por la puntualidad de la información que poseía la mamá de Paulo Emilio.

—No, él nos ayudó mucho, sabe de cuestiones de investigación de crímenes; contratamos a dos investigadores más.

—¿Piensan denunciarlo a las autoridades? —le pregunté azorada.

—No. Este señor tiene amigos influyentes, también cómplices, nos arriesgaríamos todos, incluyéndote a ti y a tus papás. Tal vez más adelante, —sentenció enfática. Estaba afectada emocionalmente pero resuelta.

—No venimos a llenarte la cabeza de piedritas, estamos aquí para decirte que cuentas con nosotros; él es capaz de todo, nada lo frena. Eres joven, hermosa, de fina presencia. Todo lo que él necesitaba para aparentar —Por segunda vez repitió la palabra “aparentar”.

—Parte del dolor que traíamos ha quedado desvanecido al verte y platicarte la verdad.

—Ahora sí, llévanos a conocer a tu hijito. Era importante comentarte primero lo que con atención ya escuchaste sin que nadie interrumpiera. Éste viaje lo hicimos en el momento en que podríamos platicar contigo a solas, sin testigos que fueran con el chisme a ya sabes quién. Una persona nos avisó el momento adecuado, y fue éste.

—Lo entiendo, señora...vayamos para que conozcan a mi hijo.

Acababa de despertar. Sirvenda estaba con él. La primera en cargarlo fue mi ex suegra. Mi hijo se sonrió con ella como si la hubiese reconocido, no tuvo ningún gesto de desaprobación. Lo tuvo en sus brazos por cinco minutos, luego lo cargaron las dos acompañantes. Le hacían gestos para que riera; lo consiguieron

—Es hora de irnos —insinuó la señora con voz clara y pausada.

Me tomó por los hombros, dimos media vuelta, cruzamos la puerta; las muchachas se adelantaron. Despacio, sin detenernos, tomadas por la cintura, bajamos las escaleras. Nos acercamos a la puerta que da a la calle. A todas les di un abrazo, el de la señora fue más prolongado. La besé en la mejilla, nos deseamos buena suerte. Dio un paso, volteó, me dijo: “Recuerda, también eres mi hija, como tal te quiero”. Se fueron, me dejaron la historia y los temores por haberme enterado de las atrocidades de mi marido. Ante la adversidad debía ser fuerte, había motivo para vigorizar mi espíritu y los nervios de mi cuerpo. No podía sucumbir. La visita me dio tranquilidad, me hizo reflexionar; conocer la verdad me robusteció. A las dos partes nos benefició el encuentro.

Esa noche, después de que le di su mamila a mi hijo, estuve cavilando sobre algo que me comentó mi ex suegra, precisamente del segundo tipo que iba en el vehículo donde traerían a Paulo Emilio. Lo describió como un tipo mal encarado, de mirada turbia, que no era del pueblo pero que aquí llevaba varios años; que después del asesinato se fue a vivir a Monterrey donde al poco tiempo fue asesinado con arma de fuego. Estaba segura que se trataba de aquel tipo que mi ex novio y yo vimos en el parque en actitud sospechosa, y luego lo vi cuando iba a la casa de mi amiga Rossina. No recuerdo si le hice el comentario a su papá. Tal vez sí.

CADA VEZ QUE MI MARIDO viajaba a algún lado lo acompañaba Miguel, su ayudante. Era fortachón, ojos cafés, espaldas amplias, pelo castaño, lacio; de buenos modales, caminar firme; reía solo por cumplido. Las ausencias de Bladimir yo las aprovechaba para salir al balcón a observar lo que en la calle acontecía. Me gustaba sentir el suave viento después de acariciar las montañas que desde mi balcón veía. El aire transportaba olor a gardenias, no ubique dónde estaban sembradas. Me identificaba con esas flores, eran solitarias igual que yo. Inconscientemente volteaba al cielo tratando de ver a Dios y platicar con él; contarle todo, aunque ya lo sabía.

En el balcón permanecía poco tiempo porque no le gustaba a Bladimir que me vieran ahí. Temía que alguien me acusara con él así saliera cargando a mi hijo. Apenas había tiempo para dos o tres suspiros, recorrer con la vista la calle de un extremo a otro y, finalmente, fijar mi mirada en las torres de la iglesia que estaba a varias cuadras. Tenía deseos de visitar ese templo.

Otra vez que mi marido salió del pueblo, al filo de las cuatro de la tarde, salí al balcón. El sol estaba cubierto por nubes, formaban figuras caprichosas. Por algunos minutos posé la mirada en unas nubes que tenían forma de corazones, estaban entrelazados, suspiré. Con la mano derecha me acomodé el pelo.

Una familia de forasteros que caminaban por la calle cargaba maletas. En la acera de enfrente, tres señoras con bolsas de mandado reían de lo que platicaban. Un hombre moreno, cara afilada, pelo corto, que conducía una camioneta pick up roja, volteó a verme, me saludó. Dos camionetas que transportaban frutas y verduras se dirigían al mercado municipal.

Entré a la casa, cerré la ventana, permanecí un momento viendo a través del cristal. Las dos empleadas del negocio de enfrente voltearon a donde yo estaba, se secretaron. Tenían fama de chismosas. Eran amigas de mi marido.

¿Cómo convertir mi tristeza en felicidad? Me pregunté cuando entré. ¿Por qué mi Dios es tan duro conmigo? Caminé cabizbaja, con paso lento.

Al día siguiente que salí de compras, al regresar a mi casa me encontré con un amigo de la secundaria. Al verme, me expresó:

—Hola, amiga, me paré solo para saludarte, ayer te vi en el balcón, estabas con tu hijo. Tu figura es resplandeciente pero a tu rostro no le veo la alegría que tenías antes. Disculpa que te lo diga, muchos te apreciamos. Me retiro porque sé que tu marido es muy celoso.

—No. ¡Esas son mentiras! Mi marido no es celoso. Le rebatí ocultando la realidad.

—Cuando tengas tiempo pasa a saludarme, platicaremos de los compañeros; conocerás a mi bebé. Por su gesto supuse que no lo haría.

UN DÍA, cuando el reloj marcaba las cinco y media de la tarde, al escuchar el acostumbrado saludo de mi marido cuando entraba a la casa, de un salto me incorporé dejando la mecedora moviéndose sola. Apresurada fui a la sala para darle la bienvenida como lo hacía mi mamá con papá. Me encontré un rostro enfadado, sonrisa forzada, mirando a otro lado. Con desgano abrazo correspondió a mi entusiasta recibimiento. Entristecí, vi a mi marido subir la curvada escalera que ascendía al segundo piso. No se detuvo, apresuró el paso sin mirar atrás. La inexplicable actitud de mi marido me desanimó a seguirlo, evitaría una descortesía mayor. Simulé gozo por su regreso.

“Un día más sin amor”, pensé. Era inocultable mi desconcierto, cualquiera se hubiera dado cuenta. Impávida observé la figura de delicados modales e impecable vestimenta que a toda prisa se alejaba de mí. Me quedé un rato en la sala, ojeé un libro.

—Apuesto que sube para asearse, cambiarse de ropa y volver a salir a quien sabe dónde, ¿no crees, Sirvenda? —pregunté a mi aliada confidente—.

—Sí, señito, tiene usted razón —contestó la mujer de tez morena—.

—hoy nos acostaremos más tarde, lo esperaremos con la cena preparada. Pero si usted quiere, seño Zalia, en cuanto se retire su esposo suba usted a descansar. Lo espero yo, ya ve que para él como si usted no existiera.

—Ay, Sirvenda, en esta casa tu eres la única que sabe lo que estoy viviendo, espero que algún día me digas cómo reparar éste corazón roto. En el rostro de Sirvenda se dibujó una complaciente sonrisa; me miró a la cara rompiendo la orden del jefe de la casa de no mirar a los ojos de sus patrones.

—Las lágrimas que usted ha llorado serán secadas por el recuerdo —expresó susurrante; se llevó la mano al corazón, respiró profundo, se acomodó el delantal, con la mano se tocó el pequeño gorro azul y aseveró:

—Lo que le puedo asegurar es que sus sueños se harán realidad. Usted —agregó Sirvenda con voz garbosa pero en bajo tono—, alcanzará sus sueños, encontrará al hombre que la merezca, de mí se va a acordar —concluyó la mujer apretando el puño de su mano derecha—. Después de esto subí a mi recámara.

Al poco rato escuché unos golpecillos en la puerta, luego una voz.

—Ya se fue... duérmase, le va a caer bien entrar en angelicales sueños para que sane un poco su alma.

—Muchas gracias, Sirvenda —contesté desde dentro—. Pásale querida negra —palabra que utilizaba cuando deseaba enfatizar mi afecto por ella—, dime: ¿cómo iba vestido el fulano?

—Llevaba pantalón beige y chaqueta oscura; camisa blanca, la del encaje en los puños; corbatín negro y su cadena de oro con el crucifijo que tanto le gusta lucir —agregó Sirvenda.

—¿Quiere que me lleve la sesta con las manzanas y mañana le traigo unas frescas?

—Haz lo que quieras, negra consentida —contesté con voz desangelada.

Me dirigí al armario para escoger una de mis batas de dormir. Seleccioné la de lienzos azules y rosas, la descolgué del gancho, me la puse. Mi pequeño hijo dormía en su cuna, chequé que estuviera cómodo.

Me dirigí a la cama. Levanté las sábanas y la cobija, me metí bajo ellas. Una vez recostada viré mi cuerpo para colocarme frente a la pared, descansé mi cabeza en mi

antebrazo izquierdo. Con los ojos abiertos le pedí a Dios que no tuviera los agitados sueños de las noches anteriores, me martirizaban demasiado. Pensé en mamá, papá y también en mis primas, hacía tiempo que no las veía.

El lejano aullido de un perro interrumpió mis pensamientos. Levanté la cabeza, miré a mí alrededor, comprobé que solo estábamos los dos, volví a acomodarme. Jalé las sábanas hasta el cuello, cerré los ojos, después de un rato de cavilar logré dormir.

En la habitación de mi marido había una cama grande tipo Luis XVI trabajada en madera de cedro. La resguardaban cuatro columnas de madera unidas por vigas que descansaban en los dinteles. También una silla mecedora donde se sentaba para leer algún libro o el periódico. Junto, una pequeña mesa para el café y una cesta de mimbre para las galletitas de su agrado. De una de las paredes colgaba una foto de Elvis Presley. El armario donde guardaba la ropa ocupaba toda la pared derecha. Se cambiaba hasta dos veces al día cuando tenía reuniones con personas para hablar de negocios, según él. Era un rehén de su propia vanidad. Los encuentros se daban hasta dos veces por semana; no eran en la casa, siempre en otro lugar, se prolongaban hasta más allá de la media noche.

Cuando me atrevía a preguntarle del resultado de los encuentros, recibía como respuesta una mirada sancionadora y alguna balbuceante palabra, a veces inaudible. Frente a su cama estaba colocado un espejo con un marco de oro. Para llegar al balcón, tenía que pasar frente a la recámara de mi marido. La puerta permanecía cerrada. La recámara de Bladimir era para mí un lugar ajeno a mis preferencias.

AL DOCTOR PABLO, que tenía dos años de haber llegado al pueblo, lo visité la mañana del lunes por un ligero dolor que desde días atrás padecía en el vientre bajo. Llegué al consultorio, me dirigí con su asistente. Atendía a los pacientes sentada en un pequeño escritorio blanco, le llamaban Tere. Registró mis datos, nos dirigimos Sirvenda y yo a la sala de espera; las sillas eran blancas con respaldo alto y en el asiento un cojín. Nos sentamos cerca de dos señoras, una como de 50 años, la otra de unos 45, que también esperaban su turno. En palabras susurradas platicaban animadamente. Se referían al reciente asesinato del propietario de un rancho que tenía un nacimiento de agua y, según las mujeres, una mina de oro. Comentaban que fue visitado varias veces por unos desconocidos que insistían en comprarle la propiedad a bajo precio. Al negarse, “lo mataron y se quedaron con el rancho”.

Según ellas, el autor intelectual del homicidio era un conocido personaje del pueblo, que “tenía mucho dinero, era un jugador empedernido que apostaba fuertes cantidades en el juego”. Una le relataba a la otra que, el tipo en cuestión, formaba parte de un grupo de hombres que un día a la semana se reunían a jugar baraja en una

sombría casa ubicada en las orillas del pueblo, y que eran atendidos por jóvenes apuestos. No dijeron nombres.

Simulé no escuchar. Las hablantinas auguraron las mayores desgracias para quien ordenó el asesinato. “La mamá del difunto es una hechicera que vive en una comunidad que está a 45 minutos de aquí; por eso, tarde que temprano le llegará la maldición al tipo”.

Vi de reojo a Sirvenda, entendió la señal, entrecerró los ojos dándome a entender que también había escuchado el diálogo.

—¿De quién estarían hablando las mujeres, Sirvenda? —le consulté después de salir del consultorio—. ¿Sería de alguien que yo conozca? —le inquirí preocupada.

—No quiero inquietarla —explicó con cierta intranquilidad—, pero creo que se referían a don Bladimir; deben ser infundios, su señor esposo es una persona tranquila y muy seria. Eso sí, muy enojón, como usted sabe, pero de ahí a que sea un asesino, no lo creo.

La opinión de Sirvenda me tranquilizó un poco. Continuamos caminando hasta donde nos esperaba el chofer con el auto. Le pedí nos condujera a la casa de una comadre de mi suegra para recoger un guisado que días atrás me había ofrecido. Volvimos a la casa. Recordaba la plática del consultorio. Algo me decía que podría tratarse de mi propio marido.

—Me mata la curiosidad, mi negra, por favor dime cualquier cosa que sepas o sospeches; no te detengas —le susurré a Sirvenda una vez que llegamos a la casa.

—No se preocupe, señora, no me guardaré nada, le diré lo que escuche de usted o de su esposo —confesó Sirvenda mirando al suelo y haciendo una reverencia con la cabeza. Voy a almidonar y planchar las camisas del señor. Con su permiso.

—Ya sabes cómo le gusta que quede el cuello y los puños, negrita —le dije sonriendo—. Pareciera que es lo único que le importa, ¿no crees? —Dibujó en su cara una sonrisa, dejó entrever sus blancos e irregulares dientes.

Antes de retirarse se colocó su delantal. Se fue rumbo al cuarto de planchado donde realizaría su cotidiana tarea de “entenderse” con las camisas y los pantalones de su patrón, y los vestidos y blusas míos. Lo hacía con destreza. Nunca le habíamos regresado una prenda por no estar correctamente planchada. Los cuellos y puños de las camisas de Bladimir lucían como papel blanco. Sirvenda se daba tiempo para lavar, planchar y cumplir con lo que yo le encargaba. Saqué a mi hijo de su andadera, lo cargué. Le di las gracias a la cocinera por cuidarlo mientras fuimos al médico.

CAPÍTULO 13

Salí al patio por unos pañales que estaban en el tendedero. En medio del silencio escuché el rechinado del portón del patio posterior que conectaba con un callejón. Ahí había una bodega para guardar la mercancía de la tienda. Oí la voz de mi marido dando órdenes a uno de los mozos. A distancia no escuché qué le decía, parecía enfadado.

Llamó mi atención que ocupara esa entrada, nunca lo hacía. Llegó con Miguel y tres personas más. Se metieron a un cuarto ubicado dentro de la bodega. Discutían acaloradamente; parecía un tema delicado. Me acerqué sigilosamente, por la ventana vi que Bladimir se secaba el sudor con un pañuelo que sacó de la bolsa trasera de su pantalón. Parecía nervioso. Lo mismo hizo otro de sus amigos, el de tez morena, pelo crespo, ojos saltones. Al cabo de una hora salieron por donde entraron, los despidió Bladimir. Apenas se levantaron de sus asientos me metí a la casa. Regresé al patio para provocar un encuentro casual con Bladimir. Fingí estar buscando un comal de barro que semanas antes había comprado en el mercado, para cocer unas tortillas gigantes rellenas de frijol con chicharrón.

—¿Qué tal te fue, amor? Qué bueno que regresaste temprano —le dije a mi marido con la intención de armar plática.

—Asuntos de negocios que traigo con estos amigos —me contestó con voz nerviosa—, recuerda que lo de los negocios lo traigo en la sangre.

Me miró con cierta complacencia.

—Cambia esa cara de preocupación —me dijo forzando una sonrisa antes de entrar a la casa—, no veas fantasmas donde ni sombras hay.

—No estaba preocupada, supongo que tuviste un arduo día de trabajo y de negocios. Me siento orgullosa de ser tu esposa —rematé.

Lo tomé del brazo, no me rechazó. Los dos subimos por la escalera. Se veía preocupado.

—Pues sí... un día bastante agitado... —habló Bladimir sin apartar la vista del piso—. Cerramos un buen negocio, tuvimos que trasladarnos a un lugar a horas de aquí.

—Después de ver a mi hijo me voy a bañar. Por favor ordena que me preparen el baño —me dijo sin mirarme a la cara—. Te aviso que mañana salgo a la frontera, voy a ver si importamos granos de Estados Unidos para venderlos en San Luis Potosí, ya ves que ahí el grano se les ha escaseado. Quiero aprovechar esa oportunidad de negocio.

Las palabras de Bladimir sonaban poco convincentes, no me quedaba la menor duda que mi marido ocultaba algo.

—Salgo mañana a las ocho de la mañana, ordena que me preparen el desayuno, ya saben qué me gusta comer cuando salgo de viaje.

—Sí, no te preocupes, Bladimir, personalmente estaré pendiente que las cosas se hagan como tú lo deseas —le contesté.

—¿En que se van a ir? —pregunté.

—Nos vamos en el auto de un amigo empresario de Veracruz. Invité a tu papá pero anda muy ocupado con un negocio que traemos entre manos. Debo descansar bien, ya sabes lo cansado que son los viajes largos —no respondí.

Esa noche eché a volar mi imaginación; pensé que a pesar del desamor con el hombre con el que me casé contra mi voluntad, tenía la esperanza que algún día entrara por la puerta la ansiada felicidad. Segura estaba que algo ocurriría que ablandara el corazón de mi marido, y se convirtiera en un hombre bueno y cariñoso. Tenía fe que su hosquedad amorosa mudara a una mejor actitud conmigo. Sentía que la falta de comunicación y amor estaba dañando mis sentimientos. El daño no era mayor porque tenía a mi hijo; confiaba que Dios no permitiría que mi alma continuara sufriendo.

Debía levantarme temprano; tenía el compromiso de despedir a mi marido. Sentía la obligación de complacer a mis papás comportándome como una mujer que ama a su esposo. Tenía mucho sueño, me persigné, miré el reloj, lo imaginé con las manecillas marcando las siete de la mañana en la posición que se encontrarían la mañana siguiente cuando compartiera el desayuno con Bladimir y con quienes lo acompañarían durante el viaje.

El despertador sonó a las siete de la mañana con quince minutos. Abrí los ojos, me incorporé rápidamente, me asomé por la ventana, “será un día soleado”, pensé. Me levanté dos veces durante la noche para atender a mi hijo. Escuché el canto tardío de un gallo.

Estaba en la cocina cuando llegaron Miguel y otra persona. Los recibió Bladimir. Sirvenda tenía la mesa puesta. Me acerqué al comedor, se levantaron para saludarme. Me senté a la izquierda de Bladimir, no a la derecha como de costumbre. Mi lugar lo ocupaba Miguel, así lo dispuso mi marido. Miguel y yo quedamos frente a frente. Había prisa para desayunar. Bladimir estiró el brazo para tomar la cafetera de peltre azul con el humeante café; los acompañantes acercaron sus tasas, le sirvió a cada uno. Él decía que el café preparado en olla de barro adquiriría diferente sabor, que el aroma mejoraba. La cocinera hizo para mí chocolate batido con molinillo de mano.

—¿Te sirvo el chocolate? —inquirió Bladimir.

—Sí, por favor —respondí sonriendo—. Acerqué la taza.

—Veo que hay pan de huevo como el que yo comía cuando era chica.

—Lo compró Miguel para ti. Lo mandó hacer en la panadería de don Chón.

Mi marido esbozó una sonrisa, volteó a verme, me acercó la cesta de pan para que tomara la pieza que solía comer.

—Toma el pan de tus gustos, es tu oportunidad —reímos.

Tomé mi pieza de pan. Luego, Bladimir acercó la cesta a Miguel para que hiciera lo mismo. Se miraron maliciosamente.

—Gracias jefe —expresó Miguel.

—La semana pasada —acentuó el muchacho en tono aclaratorio—, mandé hacer de este pan, deseaba cerciorarme que lo hicieran como el que comía usted cuando era pequeña, jefa.

—Sí, quedó exactamente igual, agradezco mucho la cortesía de tu parte, Miguel, muchas gracias —repetí en tono de cortesía.

El joven asintió con la cabeza; sonrió con discreción, volteó a su izquierda, observó con detenimiento la reacción de su patrón. Las tortillas que comíamos se elaboraban en un anexo de la cocina; el horno de leña les daba un sabor más apetecible. La señora encargada de hacer las tortillas a mano y las salsas de molcajete, era de constitución fornida; de tez morena; originaria de una ranhería en la que todas las casitas eran de madera. A los trece años aprendió a hacer tortillas a mano en comal de barro. La salsa la machacaba en molcajete de piedra.

Ese día llegó temprano a la casa un chico como de 22 años, lo convocó Bladimir; le dio instrucciones de ayudar a servir el desayuno. No había necesidad, Sirvenda lo hacía bien, sin fallas y se daba abasto. Le decían Nato. Era alto, delgado, trigüño, de brazos largos, semblante afable. Durante el desayuno estuvo al tanto de lo que hiciera falta. Surtió tortillas y agua de sabor. Todo el tiempo se mantuvo atento a cualquier señal de alguno de nosotros. Bladimir no me comentó nada de ese joven ni por qué lo llevaba para una tarea que no requería más personal.

El nuevo sirviente había cumplido seis meses de trabajar en la casa de mi suegra. Se encargaba de surtir la alacena, que en la cocina siempre hubiera café caliente, a las visitas lo ofrecía y lo servía. También hacía mandados. A la familia de mi marido le gustaba que la casa se llenara del olor a café.

Esa mañana desayuné poco, comía solo lo necesario para no subir de peso. Me sentía a gusto conservándome delgada. Mi esposo también cuidaba su figura, ¡más que yo!

—¿Qué te parecieron los chilaquiles, Zalia? —me preguntó mi marido.

—Me encantaron; igual que los bocoles rellenos de chorizo español —expresé mostrando satisfacción y señalando con mis ojos la charola donde todavía había cuatro.

—Por supuesto que quedaron exquisitos —dijo Bladimir—, adivino que los hicieron con manteca de res.

—¡Adivinaste! Sirvenda consiguió manteca de res —agregué—, se la encargó a don Polo, el de la carnicería donde compramos la carne; ayer nos dio la sorpresa de que ya la tenía.

Los tres tomaron las servilletas para limpiarse la boca. Mi marido lo hizo con mejor estilo; yo, como me enseñó mi madre: simplemente con elegancia. Una hora después terminamos de desayunar, Bladimir clavó la mirada en la mesa, agradeció a Dios por los alimentos consumidos, se persignó, con un ademán expresó que debían levantarse; los tres varones lo hicieron al mismo tiempo, yo lo hice instantes después.

—Bueno... es hora de partir —dijo Bladimir a la vez que con la palma de su mano se tocaba el estómago mostrando satisfacción —Miró a su alrededor, dio media vuelta, colocó su mano derecha sobre mi hombro, subió a ver a mi hijo que aún dormía. Nos dirigimos a la entrada principal, Miguel fue el primero en despedirse de mí, le siguió el otro invitado; ambos subieron a la camioneta. Bladimir se despidió de mí con suave abrazo y un beso en la frente. Antes de abordar el vehículo me comentó que durante los días del viaje iba a extrañar las comidas de la casa; volteó a una de las ventanas por la que Sirvenda asomaba la cabeza, se despidió de ella levantando su mano derecha, esbozó una leve sonrisa. Sirvenda correspondió moviendo la cabeza de arriba abajo. Les deseó buen viaje, con su mano derecha hizo la cruz, dijo con voz casi inaudible:

—Que Dios los lleve con bien —Dio media vuelta, retornó al lavadero, tenía ropa que lavar. Era la primera vez que una empleada doméstica saludaba a su patrón como si fuera parte de la familia.

Bladimir regresó para hacerme recomendaciones:

—Si sales de la casa, a comprar o visitar a tus amistades, llévate a Nato para que te acompañe, que te maneje el chofer, si decidieras ir a pie también que te acompañe.

Esa indicación era la confirmación del enclaustramiento. Solo la tristeza podía hablar libremente conmigo. Me sentía tan sola como una gota de agua atrapada entre los pétalos de una flor. Mis padres estaban bien de salud. Recordaba a mis primas que amaban a sus novios con todo su corazón.

El amor que en mi juventud me correspondía fue truncado por gente maldita, sin alma. A pesar de todos los sinsabores no abandonaba la idea que la esperanza podía darme una sorpresa agradable.

En alguna ocasión llegué a pensar que mis padres me habían vendido al tipo que ahora era mi marido.

Cuatro días después, como a eso de las cinco de la tarde, llegó mi marido de su viaje. Estaba en el comedor dándole la mamila al niño, lo tenía entre mis brazos; Bladimir se dirigió a donde estábamos, me dio el acostumbrado beso en la frente, luego se inclinó un poco para hacerle algunos gracejos al bebé, sonrió con su papá.

—Te informo que aproveché ver al obispo para convencerlo de que bautice a nuestro hijo.

—Qué bueno que te has preocupado por el sacramento al niño, es importante.

EL BAUTIZO DE MI HIJO, fue otro gran festejo. Bladimir tenía gran poder de convocatoria, era una de sus virtudes; a cada fiesta que él organizaba llegaban de todos lados, asistían gustosos, se divertían, disfrutaban de los buenos oficios de anfitrión de mi marido. Gozaban de principio a fin. Se esmeraba en atender a sus amistades con trato especial para los de mejor posición económica.

El Obispo, después de oficiar la misa asistió al agasajo. Lo acompañaban cinco clérigos. Para ellos, whisky y coñac. Convivían como cualquier mundano con deseos de disfrutar el momento. Según rumores, el Obispo y mi marido eran socios en algunos negocios. Un ejemplo más de los vínculos económicos de mi marido con gente importante. Por eso todo se le facilitaba, todo lo resolvía. Lamentable que algunas de esas relaciones las haya utilizado para actos reprobables.

A todos les gustó la barbacoa de borrego y las carnes asadas acompañadas con vino tinto y tequila. El obispo le sugirió a mi marido que no se invitara a mucha gente, no le explicó por qué. En la fiesta otra vez fui el centro de los halagos. Mis papás disfrutaban verme contenta. El ágape terminó como a las ocho de la noche; los menos se quedaron hasta las nueve. Llegó una marimba orquesta, se anunciaban como Marimba Chiapaneca. El obispo era de Chiapas, seguramente él sugirió que los contratara mi marido.

La fiesta fue en el salón social del pueblo, el que construyó la mamá de Bladimir y luego lo donó al Ayuntamiento. Antes de la fiesta fue pintado y adornado como le gustaba a la familia de mi esposo. Los colores que predominaban era el rojo, azul y amarillo. Yo me retiré como a las siete de la noche, tenía que atender a mi hijo, todos lo entendieron. Asistieron ciento cincuenta invitados. De no haber habido la condición del Obispo hubieran asistido el triple.

Poco antes que me saliera, una mujer, de unos cuarenta y cinco años, de aspecto elegante, que había llegado de otro lugar, con voz poco audible, como cuidando que nadie la escuchara me dijo:

—Eres un verdadero tesoro, mujer, pareces feliz pero sé lo que estás sufriendo; estás madurando demasiado rápido. Físicamente no te conocía, sabía de ti, tienes una gran fortaleza espiritual. Pronto te enterarás de algo fuerte para ti, tendrás que

enfrentarlo, no es castigo de Dios, al contrario: te escogió para que le demuestres al dolor que tú lo puedes vencer.

No articulé palabra alguna. Me quedé pensando en el comentario. Lo que me aconsejó debió haberlo deliberado durante días, al menos desde que recibió la invitación para el bautizo. Tuve la intención de preguntarle su nombre, me lo impidió el abrazo que me dio; la sentí afectuosa. Se retiró sin decir más. Alguien la esperaba afuera del salón. Me dirigí a la puerta principal para ver el vehículo que abordaría, me serviría de referencia para investigar de quien se trataba. Me detuvieron unas personas para conversar.

UN AÑO DESPUÉS del bautizo de Alessandro fui a una despedida de soltera de una ex compañera del colegio. Me sentí alegre, jugamos los juegos que se acostumbran para ése tipo de recepciones. Abundaron las bromas y los chistes; muchas ocurrencias para hacer reír a las asistentes a la reunión. Llevé bocadillos y dulces; los refrescos los puso Guadalupe. Éramos quince pero por la bulla parecíamos como cien. Ahí estaba aquella que en el bautizo me comentó algo. Observaba la cara de la futura desposada, expresaba felicidad. Me dio gusto verla envuelta en emociones.

Abundaron los consejos chuscos para la noche de bodas. Tampoco faltaron las recomendaciones de las casadas. La señora del comentario en la fiesta del bautizo se acercó a mí, recargó su brazo izquierdo sobre mis hombros. Con su mano me juntó a su cuerpo, acercó su boca a mi oído derecho, en voz baja me explicó:

—Zalia, te voy a decir algo que debes saber: estás padeciendo la falta de sexo. No me contestes nada, solo escucha... ¡tu marido es homosexual! Quiere aparentar ante la sociedad que es todo un varón, pero no es cierto, es pura apariencia.

—¿Por qué me lo platicas? ¿Cuál es tu intención? —le pregunté mostrando desconcierto.

—Estás sufriendo y no sabes el motivo del comportamiento de tu marido. Aquí todos callan, unos porque le tienen miedo, otros porque se sienten comprometidos por favores recibidos.

—¿Estás segura? —interrumpí.

—Por supuesto, yo también fui víctima de él como tú ahora. Mucho antes que tú estuvieras en los perversos planes de Bladimir yo estuve en una situación similar. Mi novio murió en circunstancias extrañas. Mis papás me mandaron a vivir al norte del país, a Ciudad Juárez, con unos parientes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Temimos represalias en contra de mi papá —continuó exponiendo—, mi papá estaba resuelto a todo. Se lo mandó decir por medio del cura Teódulo, seguramente se lo hizo saber, ambos se tienen mucha confianza, se comentan todo. Me casé con un diputado, desde que éramos novios le conté la historia. Bladimir supo qué era mi marido, por eso dejó de mandarle recados a mi papá por medio de otras personas. Gracias al poder de mi esposo me atrevo a venir al pueblo de vez en cuando, sin riesgo alguno; por eso estoy otra vez aquí.

—¿Qué me recomiendas? —le sondeé atrayendo su atención.

—Tienes que aguantar lo más posible, hacerte fuerte porque... —hizo una pausa. Prosiguió—: de lo contrario tu familia pagaría las consecuencias. Es un tipo malo, con más poder del que te imaginas. Está metido con la mafia. Es capaz de llegar a donde sea para satisfacer sus venganzas.

Nuestra plática se interrumpía por algarabía de las compañeras de la fiesta. Insistían que hiciéramos coro a los versos que una de ellas compuso.

—El mejor consejo que yo te daría —me dijo la elegante dama tratando de completar el comentario—, es que logres que él ponga propiedades a tu nombre para asegurar tu futuro y el de tu hijo. Por la edad, él tendrá que morir primero que tú... si no es que lo matan antes... Ojalá y no —recapacitó—. A nadie se le desea —concluyó la plática.

Lo que yo acababa de escuchar confirmaba las insanas intenciones del gánster que tenía por marido. Sabía encubrir sus fechorías, era frío y calculador. Tendría que esperar a que el cielo pusiera las cosas en su lugar.

Después que mi hijo se quedaba dormido yo rezaba. Imploraba la compasión de Dios nuestro Señor. Ansiaba un milagro. Mis padres seguían con la idea que yo era feliz. Días enteros con sus noches pensé si le decía o no a Bladimir lo que me habían dicho de sus desviaciones sexuales. Me preguntaba si el comentario compondría nuestra relación o la empeoraría. Me detenía por temor a que hubiera repercusión contra mis papás; me sentiría culpable de lo que pasara.

CAPÍTULO 14

Mi hijo iba creciendo, estaba por cumplir cinco años. Como mamá me sentía realizada; como esposa, usada. Hoy más que nunca creía en Dios. Al pasar el tiempo tomé a Bladimir como el amigo benefactor. Finalmente, a él también le resultaba frustrante utilizar esa doble personalidad. Tenía que fingirle a la sociedad que era un

varón. El hijo que le di era para aparentar. La gente aseguraba que mi hijo se parecía a su papá, tenía sus rasgos. Por temporadas me olvidaba de los problemas, me había acostumbrado a ellos, ya no me provocaban tanto dolor. Adquirí libros que me orientaran de las relaciones tormentosas dentro del matrimonio. También compré novelas. Me distraía leyendo.

La mañana de un día nublado, mientras desayunaba, me dijo Sirvenda que le había dicho su patrón que al siguiente día saldríamos a la ciudad de México. Se casaba un amigo de él. Era un empresario de las telas, su tienda estaba en la calle de Madero, en el centro de la ciudad de México.

—El patrón me dio instrucciones que le dijera que se alistara porque saldrían mañana a México, que allá le compraría el vestido para la fiesta y lo que tuviera que llevar puesto.

—Agradezco me lo hayas comentado, Sirvenda, arreglaré mi maleta.

—También me dijo que no podían llevar a Alessandro, recomendaban no llevar niños.

Ni siquiera tuvo la atención de decírmelo personalmente a pesar de que nunca objetaba sus propuestas. En una ocasión, una parienta de él me dijo: “De ti dependerá que a tus padres les vaya bien. Estando contenta tú lo estarán tus papás”. Lo tomé como una advertencia. Había entendido que no haría nada que incomodara al manipulador de voluntades. Sus alcances llegarían a cualquier lugar.

Iban a dar las siete de la mañana del día del viaje a México. Bladimir y yo bajamos a desayunar. La cocinera nos preparó huevos revueltos con chorizo, frijoles recién fritos, jugo de naranja, café y pan de huevo. Siempre había pan, nos gustaba. Cuarenta minutos después emprendimos el viaje al Distrito Federal. Le encomendé a Sirvenda que estuviera al tanto de mi hijo.

A las dos de la tarde llegamos al hotel. Ya era costumbre ocupar habitaciones separadas. Me instalé en mi habitación. El chofer me llevó a tiendas de la Zona Rosa donde compré lo que requería para el festejo. Emplee dos horas. Encontré lo que me gustó. Ese día cada quien comió por su lado. Bladimir se reunió con unas personas para la venta de algo.

Llegamos a la catedral, la que está en el Zócalo de la ciudad. Ahí fue la ceremonia religiosa. Los invitados vestían elegantemente. Los señores, incluyendo mi marido, con Frac; las mujeres íbamos de vestido largo. Los hombros de varias mujeres estaban cubiertos por estolas de mink. Nos sentamos a la mitad de la nave central.

Al término de la ceremonia nupcial salimos rumbo a la fiesta. Ahí nos encontramos con la pareja de amigos de mi marido que conocí en Acapulco. Parte de

la plática con ellos fue recordar lo que ocurrió en aquel encuentro, en su yate. Nos sentaron en la misma mesa.

Convivimos, bailamos, nos divertimos. Como a las dos de la mañana nos despedimos de nuestros compañeros de mesa, lamentaron que no nos quedásemos hasta el final. Fuimos donde estaban los recién casados para agradecerles la invitación. Les deseé que fueran felices. La fiesta fue en un hotel cercano al que ocupamos. Al llegar al hotel, cada quien se fue a su cuarto.

Al día siguiente fuimos al zoológico de Chapultepec, caminamos un rato, vimos a los animales. A mi hijo le hubiera gustado estar con nosotros. Después de nuestro recorrido fuimos a comer a un restaurante cercano a donde estábamos. Por el trato de los meseros podría haber asegurado que mi marido era cliente de ahí. Posteriormente descubrí que la persona que le manejaba las relaciones públicas en la ciudad de México había asistido antes que nosotros para que, con propinas, le dieran trato preferencial a Bladimir. A las diez de la noche de ese día llegamos a Papantla. Las cocineras nos esperaban con la cena.

Exceptuando el tiempo de mi embarazo, me he mantenido delgada, ni parecía que fuese mamá.

CONTINUABAN LOS COMENTARIOS de las preferencias sexuales de mi marido. No lo hacían para lastimarme pero me incomodaban por figuradas que fueran las palabras. Las furtivas miradas hacia mi persona decían lo que mis oídos no alcanzaban a escuchar.

Mi decisión de comentarle a mi marido lo que la gente murmuraba y lo que yo podía suponer, adquiriría cada vez más fuerza. Mi condición de mujer engañada me obligaba a hacerlo, sentía que no podía aguantar más tiempo; estaba decidida. Debía buscar el momento propicio aunque ningún momento era propicio para un reclamo... porque eso sería: ¡Un reclamo!

El momento llegó. Fue un 15 de septiembre. Fuimos a comer al rancho de unos amigos de él, celebraban esa fecha. Eran exportadores café. Las fincas estaban en otro lado. En ese lugar tenían caballos pura sangre. Los dueños eran dos hermanos, como de 55 años, se parecían entre sí. Eran fortachones. Uno de ellos con el pelo más encanecido que el que tenía el bigote más abundante. Con nosotros fueron amables y simpáticos. De ahí salimos a las seis y media de la tarde. Bladimir manejaba la camioneta. Alessandro, mi hijo, se quedó en casa.

Tenía temor pero estaba resuelta. Me puse nerviosa, no sabía cómo iniciar. Me armé de valor, sabía que podía reaccionar agresivo.

—Bladimir, debo comentarte algo que ya no cabe en mi cabeza... Lo que te voy a decir es algo que está convertido en un chismarajo en todo el pueblo.

—Dicen que no eres varón, que se sabe que andas con hombres. Que te casaste conmigo nada más para aparentar... Que lo hiciste para conservar tu reputación ante la gente del pueblo y con las que haces negocios.

Su reacción no se hizo esperar.

Su cara enrojeció, gesticuló con ira, reaccionó como si fuera cierto lo que le estaba diciendo. Continué, mostré aplomo, cuidé el tono de mis palabras.

—Mira con lo que me sales, eres una mal agradecida, yo te he dado nivel social, he ayudado a salir adelante a tus padres, los he sacado de los problemas en los que estaban metidos. ¡No ves eso, verdad?

—Sabía que me echarías en cara los favores a mis padres... lo sabía; pero era necesario decírtelo, no podía seguir quebrantando mi dignidad de mujer —continuó su irritación, sus palabras subieron de tono.

—Eso me pasa por haberte dado libertades, debí haberte mantenido encerrada en tu casa, como todas las mujeres decentes y de trabajo. No debí haberte dado permiso de ir a esas fiestecitas donde van mujeres a esparcir rumores e inventar cosas que perjudican a la gente de bien.

Trató de controlarse, moderó un poco su tono de voz.

—Toda la culpa es mía por soltarte la rienda. ¿No ves que son gente mal agradecida? Hablan así porque no reconocen los favores que uno les hace, no se llenan, quieren que uno les resuelva todo.

—No te juntes con ese tipo de señoras chismosas, intrigantes, dispuestas a desacreditar a la gente. No somos monedita de oro para caerle bien a todo el mundo. Decidido está: ¡no volverás a ir a una reunión más! Tú entiendes por qué te lo digo. ¡Cómo se ve que no quieres a tus papás!

No supe qué decir, sus palabras me dejaron muda. Encajó a mis papás, me atemorizó, me intimidó. Se me hizo un nudo en la garganta. Me quedaba claro que podía haber represalias. Esperaba lo peor. Insistió que le señalara quienes habían hecho esos comentarios. Decirle sería exponer la vida de quienes me lo dijeron; me traicionaría a mí misma. A pesar de su reacción no estaba arrepentida. Tenía que jugármela. No hubiera aguantado un día más.

Después de su explosión emocional guardó silencio. No dijo una palabra más. Seguía enfadado. Se sentía seguro de lo que me había dicho, y resuelto a que yo no debía tener más comunicación con gente del pueblo. Esa fue la última vez que con libertad vería las calles y la gente de Papantla.

Temprano del día siguiente, antes de que yo me levantara, Bladimir le dijo al personal de la casa que cada vez que saliera, además de Sirvenda debía acompañarme uno de los varones. Ya lo había manifestado, pero ahora fue más enérgico. No saldría

sola a ninguna parte. A partir de entonces mi hogar quedó transformado en una prisión; aunque desde que me casé había perdido mi libertad. Me había convertido en una delatora, ¡merecía un castigo! No debía conducirme con libertad, debía tener amarras y grilletes. Así pensaba Bladimir.

A las ocho y media de la mañana Sirvenda me llevó el desayuno al cuarto: una pieza de pan envuelta con una servilleta de tela bordada; una taza de chocolate y fruta picada. Mi hijo aún dormía en su cuarto. Todas las noches lo acompañaba hasta que se dormía; en seguida regresaba a mi recámara.

Sabía que las restricciones no tendrían fecha de caducidad. Cuando salíamos a reuniones o fiestas no podía hacer plática con nadie, al menos que él escuchara mi plática.

Bladimir les decía a mis papás y a todo el que preguntaba por mí, que Alessandro ocupaba todo mi tiempo, que era decisión mía permanecer en casa. Cuando mi mamá me hizo el comentario le mentí en la respuesta.

En una ocasión me dijo mi mamá que su adorado yerno les pagaría un viaje a Europa, como agradecimiento por haber permitido que se casara conmigo. Les decía que estaba completamente enamorado de mí. ¿Qué más vendría?

LOS AÑOS PASARON como los trenes por la vía: lentos pero sin detenerse. Alessandro estaba cumpliendo sus diez años; había que festejárselos. Su papá no dudo ni tantito en hacerle fiesta. A pesar de todo me divertí, me hubiese gustado que se prolongara por días. Gran parte de los invitados llegaron de México, Toluca y Puebla. En estos lugares mi marido hacía negocios. Tampoco me tomaron en cuenta en la organización pero ya no me interesaba. Al festejo asistieron payasos y dos magos. Terminó a las siete de la noche. Realmente fue un pretexto para reunir a las personas con las que le interesaba mantener relaciones de amistad. Me gustaban las fiestas porque me convertía en una figura destacada; mi auto estima elevaba su nivel. Solo mientras transcurría la reunión, por supuesto.

A la hora de la comida del siguiente día, Bladimir me presentó a un joven que había invitado a comer. Se llamaba Pascual, de 24 años aproximadamente. Su piel era blanca, tenía un lunar junto a la boca; ancho de espaldas, cinco centímetros más alto que yo. Mi marido decía que era un buen conductor de vehículos de cualquier tamaño incluyendo tráileres.

Lo había contratado para que me llevara a donde yo necesitara ir, con la consigna de reportarle a Bladimir dónde iba y con quién hablaba.

Se convirtió en mi chaperón. Me extrañó que me asignara como cuidador a un joven apuesto. La duda la despejé meses después cuando me fue a visitar una amiga. Me aseguró que un amigo de su papá, chofer de uno de los autobuses que viajaban de

mi pueblo a México; en la parada que hizo en un parador donde los pasajeros toman sus alimentos, con la luz que desde lo alto de uno de los postes iluminaba el exterior del restaurante, alcanzó a ver a mi cuidador y a Bladimir dentro del auto en situación de romance.

—¿Está seguro tu papá de lo que me manda a decir? —le cuestioné.

—Amiguita —en tono convincente—, mi papá no es mentiroso, no tiene fama de eso, al contrario, la gente lo aprecia por honesto y sincero. Lo hace para que sepas quien es la persona que con simulaciones te llevó hasta donde te encuentras ahora.

Suponía que a mi marido le había frustrado no haber nacido mujer. Envidiaba mi condición femenina con capacidad para procrear y amar a una persona del sexo opuesto. Yo era el instrumento para tapar sus preferencias, me usaba para borrar las dudas sobre su masculinidad. La comunicación de mis padres conmigo no era directa, tampoco clara. Nunca los contradije cuando hablaban bien de Bladimir.

El tiempo pasó volando. Los años no se detenían. Uno tras otro se acomodaban como fardos sobre mis hombros. A los problemas que traía se sumó otro más. Mi suegra trataba de ganarse el cariño de mi hijo con regalos y comentarios absurdos. Le decía que cuando terminara la preparatoria lo mandaría a estudiar a los Estados Unidos. Me incomodaban esas promesas sin antes tener mi consentimiento. Desde que mi hijo cumplió cuatro años, la ropa la mandaba comprar a San Diego, California. No perdía la oportunidad para presumirlo. Le placía aparentar un alto estatus social. No era necesario gastar tanto dinero en la ropa de un niño.

En una ocasión que tuve escalofríos, Sirvenda me acercó el termómetro para medirme la temperatura. En mi oído me dijo:

—El plan de su suegra es ganarse el cariño de Alessandro con ofrecimientos y regalos, para después quitárselo. Usted sabe que lo viene haciendo desde años atrás.

Me aterrorizó escuchar eso, pero mi confidente no me decía mentiras, no sería capaz. Bladimir halagaba a mis papás con regalos. Frecuentemente le regalaba flores a mi mamá.

MI HIJO ESTABA a pocos meses de cumplir quince años. Mis papás se habían mudado de casa, era más cómoda y espaciosa. La sociedad con Bladimir les había favorecido económicamente. Mis padres se sentían orgullosos que yo ya tenía mi futuro resuelto al lado de un hombre generoso.

Por esos días, un primo que estudió agronomía en Chapingo, y que se había quedado huérfano de padre, se fue a vivir con mis papás. Tenía novia, había sido su compañera en la carrera. La quería mucho, según platicaba. Mi primo tenía los ojos grandes y verdes, nariz afilada, ceja poblada, más alto que papá. A través de mi padre

recibió la oferta de Bladimir de trabajar para él. Me agradaba que fuera complaciente con mi familia. Mis papás tenían un miembro más en la familia; me daba gusto.

En mi interior había dos corrientes que se mezclaban como las turbulentas aguas de dos ríos que en la bocana se juntan con violencia. Como parejas tenía al infortunio y a Bladimir. Se parecían mucho. Desgraciadamente para mí ya se habían convertido en una forma de existir.

Como regalo por sus quince años, mi suegra planeaba llevar a mi hijo de viaje a Estados Unidos. Trataba de convencerlo platicándole cosas maravillosas de aquel país. Le describía el parque de diversiones Disneylandia como si ella lo hubiese visitado decenas de veces. Alessandro estaba ilusionado. Varias veces me dijo que quería ir a ese lugar para conocer los personajes de fantasía. Cada vez que me decía eso recordaba el comentario de Sirvenda. La abuela planeaba hacer ese viaje con mi hijo algunos meses después, más cerca del cumpleaños, que coincidiera con algún puente vacacional.

Faltando un mes para el cumpleaños de Alessandro, platicó mi suegra con el hermano de Bladimir, le propuso que a Disneylandia debían llevarlo los hijos de una sobrina de ella que vivía en Poza Rica, y tenían planes para ir exactamente al mismo lugar. No supe por qué la decisión de que mi marido y yo no fuéramos al viaje. También consideraban la alternativa que a mi hijo lo acompañarían la abuela y Ricardo, el tío.

Finalmente decidieron que mi hijo se iría con mi suegra y los sobrinos. Las reservaciones de hotel y de avión las hicieron veinte días antes del viaje. Yo sabía que ese viaje representaba el inicio de la estrategia para desapegarme de mi hijo.

FALTANDO DIEZ DÍAS para el viaje a Disneylandia, la casa donde vivía mi suegra se convirtió en un terremoto de emociones.

Ese día, mi suegra se levantó a las seis de la mañana como era su costumbre. A las ocho recibió a dos peones de su rancho. Los invitó a sentarse en el porche de la casa. Platicaron menos tiempo del habitual. La señora se abstuvo de preguntarles acerca de los otros trabajadores como regularmente lo hacía. Les ofreció de desayunar, no aceptaron; platicaron que al pasar donde una señora vendía tacos de barbacoa se les antojaron y los comieron.

Mi suegra no tenía el entusiasmo de siempre; fue cortante con ellos. Se retiraron a las nueve de aquella mañana fresca y soleada. Pintaba para día caluroso. Entró a la casa, fue a la cocina, le ordenó a la cocinera que le preparara un té de gordolobo.

—Susa, prepárame un té de hojas de gordolobo —La señora parecía estar impaciente—. Me desvelé, tosí durante la madrugada —explicó.

Mi suegra le pidió al mozo que en ese momento cambiaba el foco de un farol del patio, que fuera a la farmacia a comprar un medicamento que le quitara el dolor en el brazo izquierdo.

—Ve a comprarme algo que me quite el dolor de mi brazo izquierdo, seguramente me acosté sobre él. Que te diga la encargada de la farmacia cual sería la mejor medicina... Vete volando porque tengo que hacer muchas cosas y no puedo andar con éstas molestias, le ordenó un tanto desesperada.

El empleado tomó el dinero, salió a toda prisa rumbo a la farmacia. Con paso lento la señora se dirigió al desayunador para tomarse el té que le había preparado su cocinera.

—No se vaya usted a quemar la boca, el té está hirviendo —le advirtió la callada mujer.

La cocinera vio cómo se desencajaba la cara de la mamá de Bladimir. Notó los esfuerzos que hacía para mantenerse erguida en la silla.

—Quítale un poco lo caliente para tomármelo más rápido —manifestó mi suegra en tono de preocupación.

—Sí, es mejor no tan caliente —repitió la cocinera en tono complaciente.

La empleada tomó la taza de la mesa, la llevó apresuradamente a la cocina, sobre el lavatrastos traspaleó el líquido de un pocillo a otro. Cuando la señora consideró que lo podía tomar sin quemarse la boca vertió un poco en su tasa. A la cocinera le extrañó que su patrona no tomara la bebida caliente en ésta ocasión. “El café siempre lo tomaba hirviendo”, comentó más tarde. El té lo tomó de un sorbo y sin haberlo colado antes.

A los pocos minutos llegó el mozo con el medicamento, lo sacó de su empaque, le acercó un vaso con agua para que ingiriera la pastilla, lo puso en su mano, ella misma colocó la pastilla en su boca, tomó el agua. Estaba desconcertada. El empleado que fue por la medicina comentó después: “Parecía que sus ojos salían de su órbita”. Le preguntó si se sentía mal, mi suegra no contestó, con esfuerzo trató de verlo a la cara, su mirada estaba extraviada. Se asustaron, se miraban entre sí, no daban crédito a lo que le ocurría a la señora. La cocinera le dijo al empleado que saliera corriendo en busca de un doctor. “Lo traes inmediatamente”, apuntó la cocinera con voz angustiada.

Eran las diez cuando la señora palideció, puso los ojos en blanco, se fue de bruces sobre la mesa. El brusco movimiento provocó la caída del vaso con agua, de la taza y del plato. Soltó la servilleta blanca que sostenía con su mano derecha. La cocinera gritó pidiendo ayuda. Los empleados abandonaron sus rutinas para acudir a donde la señora se encontraba. Dedujeron que algo grave le ocurría a mi suegra. Se

movían de un lado a otro sin atinar qué hacer. La gravedad de la salud de la señora los asustó. “¡Un médico... que venga un médico!”, gritaban; “Ya fueron a buscarlo” contestó otro. Uno la tomó por los sobacos y el otro la sujetó de las piernas; la pasaron al sillón de la sala.

El doctor llegó 20 minutos después. Pidió que todos se retiraran del lugar. La examinó meticulosamente, valoró sus signos vitales. Después de un breve tiempo guardó los instrumentos en el maletín; dio media vuelta, caminó unos pasos hasta quedar a la vista de la servidumbre. Con su mano derecha les indicó que se acercaran.

—La señora sufrió un paro cardíaco fulminante —les explicó—, desgraciadamente nada se puede hacer —agregó el doctor. Mostró pesar por el deceso que enlutaba a la familia más poderosa de Papantla.

Una hora más tarde llegó Bladimir; la encontró tendida en su cama donde la habían acostado por indicaciones del doctor. “Lo lamento mucho, nada se pudo hacer”, le dijo el facultativo a Bladimir. Al escuchar eso se abalanzó sobre el cuerpo de su madre, la abrazó, no pudo contener el llanto. “¡No te mueras, madre, nos haces mucha falta, regresa!”, gritaba despavorido.

Jamás había visto a un hombre llorar de manera incontrolable. Él no daba crédito a lo que veían sus ojos. El hombre fuerte, poderoso, influyente y perverso, ahora estaba hincado al lado de la cama donde yacía su progenitora; era una escena desgarradora. Le pedía perdón, algo le balbuceaba al oído, su voz sonaba ahogada por el llanto. Traté de consolarlo, no lo conseguí. Permanecía sentado en una silla, inclinado hacia adelante, con las manos cubriendo su cara. Cuando llegaron mis padres lo encontraron más tranquilo. Alguien se le acercó tratando de consolarlo, sus lágrimas no dejaban de correr por sus mejillas, los pañuelos que le daban eran insuficientes para secar sus ojos y su nariz. Era otro, parecía humilde.

Mi mamá preguntó a Sirvenda por mi hijo Alessandro, le contestó que estaba en la escuela, luego entró a la recámara de la recién fallecida, se dirigió a mí, me abrazó, me consoló, como si la difunta se hubiera llevado mi cariño. Me dijo palabras de alivio que no consideré pertinente guardarlas en mi memoria.

Privaba un ambiente de confusión y descontrol. La señora yacía inerte sobre la cama que durante gran parte de su vida la había cargado. Cubriendo su vestimenta tenía puesta una bata de seda con diseños en rojo, blanco y verde. La noticia corría, las amistades llegaban.

Un tipo que parecía cercano a la familia, de baja estatura, tez morena, de pronunciado estómago, pelo negro lacio, muy seguro de sí mismo, al que le decían Chalo; tomó el control de las cosas. En tono autoritario pidió el tipo que saliéramos de la habitación, también Bladimir; no muy de acuerdo con la medida pero entendió que así debía ser.

El extraño hombre solicitó a Sirvenda y a otras dos trabajadoras que se quedaran en el cuarto.

Llegó una señora de edad avanzada, se identificó, la hicieron pasar inmediatamente a la habitación para que le cambiara la ropa que llevaba puesta al morir. Diez minutos después, el doctor, que aún permanecía dentro, se acercó al cuerpo para constatar, una vez más, el estado de sus signos vitales.

Los rostros de los asistentes expresaban dolor. Había llanto por todos lados. No faltaron los comentarios de extrañeza: “Pero si ayer que la vi estaba perfectamente bien de salud...” “No merecía morir, era una gran mujer...” Y muchas frases más que se externan cuando una persona muere de manera repentina. Sucumbía la benefactora del pueblo, la de los grandes sentimientos. Muchas muestras de dolor, muchos le lloraban.

Partía de éste mundo la abuela de mi hijo, la que planeaba quitármelo sin importarle el sufrimiento de una madre cuando le arrancan un retoño de su regazo. Sin embargo, observé que no todos los que derramaban lágrimas lamentaban su partida. Hubo quienes se tranquilizaron con su ausencia. La señora había herido susceptibilidades de algunas personas; su disposición de ayudar no era desinteresada.

ME OCUPÉ EN recibir y atender a los que llegaban a ofrecer indulgencias. Vi salir a dos empleados de la casa que iban a comprar lo que se necesitaba para el velorio. Las cocineras estaban preparando lo que consumiría la gente hasta que se llevaran el cuerpo al panteón. Estaba considerado que muchos de los asistentes no se separarían, permanecerían toda la noche. La gente no paraba de llegar. Se les ofrecía café, refrescos o agua de sabores. Mi papá fue por Alessandro a la escuela. Llegaron a las dos de la tarde. Le dijo lo que tenía que decirle para evitar el impacto emocional por la partida de su abuela. Cuando llegaron a la casa me sorprendió verlo tranquilo, sin sobresaltos. Supuse que papá había hecho bien la tarea.

Los empleados de la funeraria nos regresaron a mi suegra dentro del catafalco a las cinco de la tarde. La caja era de cedro rojo. Sobre la cubierta estaba pegado un crucifijo color oro. Al pie de la cruz, un ramo de flores del mismo metal. La unidad de madera descansaba sobre la estructura de fierro con ruedas. La capilla ardiente fue ubicada en uno de los corredores laterales del patio de la casa.

Los de la funeraria se encargaron de armar el oratorio fúnebre. Se colocaron sillas para quienes desearan sentarse. Como a las siete de la noche, unas amistades llegaron con dos ollas con tamales de chile y de dulce. Alguien más llegó con volovanes rellenos de diferentes guisos. No faltaron canastas con dulces que alguien obsequió. En la casa se hizo atole, chocolate y agua de sabores. A las ocho de la noche había suficiente comida.

Eso parecía feria pero sin una sola nota musical. En la noche, hombres que venían de los ranchos pusieron en práctica juegos bruscos; unos chistosos, otros un tanto rudos. Algunos jugaban baraja apostando cantidades simbólicas de dinero, para evitar que los ánimos se caldearan por cuestiones de la jugada.

A las dos de la mañana me asomé por la ventana de un cuarto que estaba al fondo. En torno a la mesita que usaba mi suegra y sus amigas para jugar cartas, estaba mi marido hablando con los abogados de la familia; no eran del pueblo, llegaron de otro lado. Media hora después se integró a ese grupo un notario público. Estaban tratando lo de los bienes y las herencias. El hermano de mi marido no estaba en esa reunión; checaba los detalles del velorio y el entierro. Lo apoyaba el hombrecillo de baja estatura que desde el principio dirigió el ritual fúnebre.

Mis padres estaban consternados de verdad, no fingían como yo. De cualquier manera lamenté que se hubiera ido de éste mundo la señora. Me comprendería Dios que mis sentimientos no estuvieran con la difunta. Deseé que el santísimo la tuviera junto a él, que le perdonara sus pecados, yo debía resignarme y perdonar también.

A insistencia de mamá, faltando quince minutos para las tres de la madrugada me retiré a mi casa para dormir un poco. Me prometió que también iría a descansar. Mi papá estuvo más tiempo, su intención era permanecer en el velorio toda la noche. A las cinco de la mañana mi papá se fue a reposar. Regresó a las nueve de la mañana. Lo veía entristecido, apreciaba en demasía a mi suegra, decía que era una señora de gran corazón. Yo nunca lo desmentí, si le hubiera dicho mi verdad no la hubiera creído, hubiera pensado que le tenía mala voluntad a esa familia.

La señora ya había partido, con ella se fue el deseo de separar a mi hijo de mí. Recobré consuelo, recuperé tranquilidad. Participé vehementemente en el velorio y sepelio de mi suegra. Dios supo por qué se la llevó, mi intuición me decía que de mí se conolió el creador. Mi marido no pegó los ojos en toda la noche. Fue a bañarse y a cambiarse de ropa a las siete de la mañana; desayunó en nuestra casa, rápidamente regresó al velorio. Estaba abatido, me provocaba compasión verlo así. Delante de la gente yo me acercaba a él para aparentar que por amor yo compartía su dolor. Él fingía conmigo, yo le aprendí. El hermano de mi marido, Ricardo, no padeció tanto la muerte de su mamá, no lo vi externar emociones por los ojos, hasta parecía que la muerta era un familiar lejano.

A las diez regresé al velorio. Encontré a varios familiares recién bañados, con ropa diferente. Los que se fueron a descansar regresaron a desayunar. La gente no cabía en la casa, se colocaron bancas y sillas en la calle. Contrataron plañideras para llorar después de cada rezo. No entendía que a esas señoras les salieran llanto y

lágrimas por una paga. Lloraban al iniciar y al terminar los rezos. Ramos de flores llegaban por montones. Las coronas se iban recargando en las paredes de los pasillos.

A las doce del día llegó el padre a dar la misa. Fue un momento doloroso para la concurrencia. Se despedía a una de las personas más conocidas en toda esa región. En las pláticas exaltaban sus virtudes. No faltó quien quería proponerla para un premio nacional de la bondad.

Las honras fúnebres marcaban la historia de la familia. “De la que te libraste, hija”, me dijo al oído una de las señoras que fueron al funeral. Otra soltó: “Dios es muy grande, preciosa, cuídate mucho, la maldad anda suelta”. “Dios la tenga en su santo regazo”, alcancé a contestarle a la segunda mujer.

Uno de los empleados abrió el zaguán para que entrara la carroza, no era la que se había llevado a mi suegra, era otra, más nueva. Cuestiones del ego. Dio inicio la misa. Cuando el sacerdote terminó el sermón se acercó la carroza para que subieran el féretro. Los hombres del servicio se encargaron de hacerlo. El conductor encendió el motor, se movió con lentitud hacia la calle, dobló a la derecha, se detuvo a la mitad de la cuadra para dar tiempo a que los concurrentes abordaran los autobuses.

Momentos después el cortejo comenzó a moverse rumbo al panteón. Detrás de la negra carroza iba el vehículo que nos conducía. Bladimir a la puerta, yo en medio, junto al chofer. Atrás iba mi cuñado y un joven que no identifiqué, creo que era de la familia de mi marido.

El recorrido al panteón demoró una hora. La mayor parte de la gente prefirió caminar, no ocuparon los autobuses que se rentaron. Mi familia también decidió caminar. Los dolientes rezaban mientras avanzaban. De las manos de las señoras colgaban rosarios.

“Se fue al cielo nuestra querida madre” se escuchaba. “Era un ser de espíritu encendido, nos amaba, nos protegía”. Para mí esas palabras retumbaban en la oquedad, no tenían sustancia. Los que la alababan seguramente solo conocían la parte bienhechora. Una señora de edad avanzada venida de una rancharía cercana gritó: “Nuestra señora era un instrumento de Dios en la tierra”.

Al pasar frente a la iglesia, por indicaciones del cura unos señores lanzaron al aire una docena de cuetes en señal de duelo, explotaban uno tras otro. Hubo familias que lanzaban pétalos al paso de la carroza. Vi gente llorar, no supe si era porque les recordaba su propia muerte o porque les creaba sentimientos de afecto. El cementerio estaba a menos tres kilómetros del domicilio de mi suegra. El lento desplazamiento de la comitiva hacía parecer que estaba más lejos. Vimos personas sosteniendo en lo alto cartelones con frases de despedida marchitas.

El rostro de Bladimir mostraba dolor, angustia, desesperanza. La madre ejerció sobre él gran influencia. La autoridad de su mamá fue determinante en él; le restó autonomía y decisiones propias, lo hizo dependiente. Un psiquiatra me dijo que lo hizo pusilánime. El especialista me aseguró que Bladimir me escogió para esposa porque su mamá se lo debió haber insinuado. No me dijo si la maldad con la que actuó conmigo se la inspiró la madre o fue iniciativa propia. Bladimir vivió la vida que la mamá quiso que viviera. Lo hizo a su imagen y semejanza; lo metió en un conflicto de identidad, según me dijo el especialista. Creí que todo cambiaría conmigo después de la muerte de su adorada madre. Me equivoqué.

EL CORTEJO IBA lento. Los acompañantes deseaban permanecer el mayor tiempo cerca de la señora. Tres que estaban parados en la esquina del mercado aplaudieron en expresión de duelo. Una familia en coro gritó: “Adiós madre”. Los vehículos se detenían dándole el paso a la caravana luctuosa. Los empleados de los negocios salían a la puerta a vernos. Una cantina bajó el volumen de la música mientras pasábamos.

La población estaba de luto. No todos los días moría alguien tan conocido. Por fin llegamos al panteón. Los que se adelantaron estaban en la entrada; otros, haciendo valla. Un niño con semblante de inocencia sostenía una flor blanca en sus manos. El abuelo del pequeño había trabajado varios años con la familia de mi marido, renunció por irse a Estados Unidos para mejorar ingresos.

Entraron tres camionetas cargadas con flores y coronas. No todas las flores eran blancas, había de varios colores, algunas eran silvestres. Jamás he vuelto a ver tantas flores en ofrenda para un muerto. Adelante del féretro, como encabezando la procesión doliente, iba una estudiantina de jóvenes. Años atrás doña Cora les regaló uniformes y algunos instrumentos. Quedaba explicada la presencia del grupo musical en el sepelio.

A temprana hora de ese día, los albañiles iniciaron los trabajos en el mausoleo. Cuando llegó la carroza hasta ese lugar ya estaba listo el sepulcro. Los hombres que sacaron de la carroza la caja, vestían traje gris claro con franjas negras en los laterales del pantalón; el chaleco era del mismo color; la camisa blanca, gorra gris oscuro. Sus movimientos daban un aire de señorío sepulcral a la ceremonia. Las plañideras en su papel de llorar a grito tendido nos erizaron la piel.

El sacerdote, en borde de la sepultura y mirando la caja, dio un discurso destacando las buenas acciones de la señora. Rogó para que fuera recibida por el señor de los cielos, volteó hacia arriba; varios miramos al cielo que en ese momento estaba despejado. Mi hijo permaneció un rato en el velorio. Al otro día fue al camposanto,

no fue a la escuela. Sus padrinos se ofrecieron para llevarlo y regresarlo. Lo acompañaban los hijos de los compadres.

Al terminar la ceremonia me adelanté para situarme en la entrada a fin de agradecer a cada una de las personas que nos acompañaron, y recibir el pésame de quienes decidían hacerlo. Me sentí parte de la familia.

Regresé con mis papás, permanecían callados, condolidos. Para estar a tono puse semblante similar. Me llevaron a la casa. Me bajé del auto, me despedí de los dos. Al darle el beso a papá me dijo que Bladimir saldría urgentemente a la ciudad de México, que tenía que arreglar asuntos de los seguros y las cuentas bancarias de la muerta. Me insistieron que los acompañara a su casa. No lo hice porque tenía que reunirme con mi hijo, deseaba consolarlo.

Entré a la casa, Sirvenda me recibió con la información que yo ya poseía: el viaje de mi marido a la ciudad de México.

—Patroncita —me dijo Sirvenda con premura reflejada en sus gestos—, el chofer los dejó en el panteón y rápido regresó para arreglar las maletas. Por la ropa que empacó se ve que el patrón va a estar como una semana allá. Se va con su chaperón.

Los empleados se dedicaron a limpiar la casa donde fue el velorio. La ausencia de la señora dejó un ambiente de extraña tranquilidad. “No sabemos qué va a pasar con nosotros, pero de lo que sí estamos seguros es que la señora no nos volverá a gritar ni a ofender”. Señaló una de las empleadas. “De cualquier manera la vamos a extrañar”, repetían.

A partir del fallecimiento de la mamá, las ausencias de Bladimir fueron más prolongadas. Había ocasiones que dilataba hasta quince días en regresar. En el pueblo corrían rumores, poco me importaban. Las murmuraciones no las tomaba en cuenta, mi única prioridad era mi hijo.

CAPÍTULO 15

Poco después que me casé les comenté a mi marido y a mis papás que había tomado la decisión de no festejar mis futuros cumpleaños. Mis papás lo entendieron. Imaginaban las razones que me habían motivado a tal determinación. A Bladimir no le importó mi decisión, lo vi en su rostro, me dio la impresión que la recibió con agrado. Estaba segura que llegaría un momento en mi vida que volvería a festejarme; mientras tanto, no. Total, disfrutaba como si fueran míos los festejos de mi hijo.

Alessandro estaba a días de cumplir diez y seis años. Su papá propuso festejárselos con un viaje a Cancún. Primero había dicho que a Acapulco, insistí que no; los recuerdos de mi luna de miel no eran nada placenteros. Por la distancia,

viajaríamos en avión desde el Distrito Federal. Recordé el día cuando comimos cabrito, que me gustó mucho. A mi hijo le agradó la idea de ir al Caribe, tenía deseos de conocer ese lugar, nos lo externó. Me comentó Bladimir que en esta ocasión no mandaría el auto para movernos allá, que alquilaría un vehículo o le prestarían uno durante nuestra estancia.

La mañana de aquel viernes salimos a México para tomar el avión a Cancún. Nos fuimos en autobús, lo tomamos a las seis de la mañana en la terminal de Papantla. Era una nueva experiencia. Sirvenda nos preparó tortas para el camino, los refrescos los compramos en la primera parada que hizo el autobús. Fue toda una aventura ese viaje. Luego me comentó Bladimir que decidió el viaje en autobús, para que Alessandro aprendiera a viajar en camiones, a tomar taxis y a documentar equipajes en los transportes. Elogié que con ese motivo así lo hiciera.

En taxi llegamos al aeropuerto. Nosotros mismos documentamos el equipaje. Permanecemos en el restaurante hasta que anunciaron la salida de nuestro avión. Los tres quedamos en la misma línea de asientos. Alessandro escogió la ventanilla, deseaba ver desde las alturas lo que había en tierra.

Al llegar al aeropuerto de Cancún, Bladimir alquiló un auto para movernos de un lado a otro. Primeramente nos instalamos en el hotel. La sorpresa fue que Bladimir alquiló dos habitaciones, en una se quedó él y en la otra mi hijo y yo. Para el chico era normal que mi marido y yo durmiéramos en habitaciones separadas. En una ocasión le explicó su papá que él dormía en otro cuarto porque roncaba mucho, de esa manera no molestaría a nadie. Al siguiente día de nuestra estancia nos reunimos con un matrimonio de amigos de mi marido que radicaban allá. Al esposo, bajo de estatura, delgado, de pelo lacio y corto, con rasgos mayas, de mirada triste pero de carácter alegre. Asistió a los funerales de mi suegra; fue tanta gente que no recordaba haberlo visto. Su esposa, más alta que él, de piel blanca, pelo lacio y claro; de facciones finas y distinguida presencia. Primeramente platicamos de los probables motivos de la repentina muerte de mi suegra.

—Si tu mamá no presentaba un síntoma previo de alguna enfermedad —dijo enfático el amigo—, quiere decir que la mandó traer el Creador por los motivos que él tiene. Seguramente a eso se debió su repentina partida. Allá está con Dios y eso debe celebrarse.

—Eso es lo que me dicen todos, que Dios la necesitaba a su lado; eso me ha reconfortado —respondió mi marido.

—Usted debió haberla sentido mucho —me preguntó la mujer.

-Por supuesto, era admirable; a mi hijo lo adoraba... Yo estaba bastante acostumbrada a ella... La consideraba mi segunda madre. Creyeron mi comentario. No se habló más de la señora.

Ellos eran dueños de varios hoteles en Cancún y Playa del Carmen; también exportaban productos que se producían en la Península de Yucatán. Nos comentaron sus aventuras por varios países del mundo; les gustaba viajar. Nos sugerían que hiciéramos lo mismo, que eso nos daba cultura y fortalecía nuestros conocimientos. Los acompañaba su hijo, recién había cumplido diez y siete años. Se parecía a su mamá. El chico y el nuestro trabaron buena amistad; hasta la fecha perdura.

Nuestros anfitriones eran dueños de un yate. Nos invitaron a dar un paseo por las transparentes aguas de aquellos mares. Disfruté la briza marina y los abrasadores rayos del sol. A bordo había provisiones para dos días aunque solo permanecemos en alta mar un solo día. El yate era conducido por dos hombres cuya edad frisaba en los 35 años. Demostraron destreza en el manejo de la embarcación.

Los chicos aprovecharon para esquiar; aquel le enseñó al mío, aprendió rápido y bien. Mi hijo se divertía a plenitud en esas aventuras nuevas para él. Fue el mejor momento de mi vida de casada. En ese viaje Alessandro aprendió a manejar, le enseñó uno de los tripulantes del yate que había sido conductor de autos de carreras en los Estados Unidos. Mi marido se lo agradeció con una buena gratificación.

Mientras los chicos se divertían tripulando motos de agua, yo platicaba con la esposa de nuestro nuevo conocido; mi marido lo hacía con su amigo. Escuché que Bladimir comentaba de unas propiedades en la ciudad de México, precisamente una casa muy cerca del Paseo de la Reforma. La definía como muy elegante, de estilo inglés clásico, que costaba una fortuna. Comentó que su mamá la había comprado con el dinero de un rancho que vendió, no alcancé a escuchar el monto de la compra. Agregó que esa casa, según el deseo de la señora, se la heredaría al primer nieto que tuviera. El amigo celebró las intenciones de la mamá de Bladimir, su amiga.

—De modo que el joven que tenemos a la vista y que ahora es amigo de mi hijo, por deseos de su abuela ¿es el heredero de esa hermosa casa de la que me platicas? —preguntó sonriente el amigo. Mi marido solo asintió con leve movimiento de cabeza.

MI HIJO ESTUDIABA en la escuela preparatoria, era aplicado y cumplidor con sus tareas; sus maestros me aseguraban que era inteligente, que sería un gran profesionista. Yo no lo ponía en duda. Los estudios profesionales tendría que realizarlos en otro lugar, Alessandro se tendría que ir a otro lado para continuar con sus estudios, eso era una realidad. A solas pensaba cómo sería mi relación con mi

marido en cuanto estuviésemos los dos solos, sin nuestro hijo. No descartaba la posibilidad del divorcio; pero no dejaba de imaginarme las consecuencias.

Todo el tiempo me la pasaba en la casa leyendo o escuchando música. Se había corrido la voz que Bladimir me tenía secuestrada. Cuando iba a la calle me seguía alguno de sus empleados, la gente se daba cuenta. Le informaban a dónde me dirigía y qué hacía. Mis amistades evitaban hablar conmigo para no crearme problemas con mi verdugo, sabían cómo era. Vivía un ambiente de soledad dorada. Mis papás creían que la decisión de permanecer aislada era mía.

En tres ocasiones el papá de mi hijo intento llevarlo de viaje sin mí; logré impedirlo, mi marido no merecía mi confianza. No debía exponer a Alessandro a que se percatara de cualquier comportamiento anómalo de su padre; sea como sea, debía conservar la mejor imagen de quien lo procreó.

Mi marido programó otro viaje, ahora fue para festejar su cumpleaños. En esa ocasión me pidió opinión. Le propuse que de nueva cuenta fuéramos a Acapulco, considerando que ahí tenía amigos. Aceptó mi sugerencia. Ni siquiera esperó a que el día terminara cuando le llamó por teléfono a sus amistades para decirles que pronto estaríamos por allá. Bladimir le platicó de los planes a Alessandro, le dio gusto saber que iríamos a Acapulco. Acababa de ver una película filmada en aquel lugar, pidió que lo lleváramos a conocer los lugares que aparecían en la película. Viajamos en automóvil, Mi marido manejó todo el tiempo; no llevamos chofer ni nos esperó alguien allá que nos asistiera de alguna.

Mi marido había calculado que en la tarde estaríamos llegando a Acapulco, por eso, desde Papantla invitó a cenar a varios amigos de él. Les preguntó dónde, le sugirieron en un nuevo restaurante de comida argentina que estaba en la costera. De nueva cuenta, el inicio de la plática fue la muerte de mi suegra; la indujo Bladimir. A pesar del tiempo transcurrido desde el fallecimiento de la dama, encontraba razones para ponerla como tema de plática.

Al final de la cena, Bladimir comentó a los convidados que ambos habíamos decidido que Alessandro estudiara en Harvard. Les dijo que la habíamos seleccionado por el prestigio que guardaba esa universidad y las expectativas profesionales de los egresados. Mi hijo, al escuchar eso se entusiasmó, sonrió, centró su atención en la plática del padre.

—Felicito a los dos por tan atinada decisión —dijo uno de los comensales dirigiéndose a Bladimir y a mí.

—Después que te gradúes de esa universidad —interrumpió otro, volteó a ver a mi hijo—, serás un hombre destacado, serás famoso y serás el poderoso heredero del prestigio de la familia Bustanni González —remató el tipo.

—Regresando de Harvard —repuso Bladimir—, con el título en la mano, se cumplirá el más caro deseo de mi madre, tu abuela —se dirigió a Alessandro—, poner a tu nombre una hermosa casa que se ubica a una cuadra de la avenida más hermosa de México: el Paseo de la Reforma,.

Mi hijo dio un sorbo a su chocolate, volteó a verme, se sonrió. Noté que el comentario de su padre le había agradado. Otra muestra de que Bladimir seguía al pie de la letra los deseos de su madre. Para él, esos deseos eran como mandato divino que debía obedecer a *pié juntillas*.

Los presentes propusieron un brindis por el anuncio que acababa de hacer mi marido. El que se llamaba Pablo exclamó: “Hijo, no todos tienen el privilegio de tener un padre que te apoye de esa manera. No cualquiera estudia en la Universidad de Harvard, solo los privilegiados, los que tienen un padre como el tuyo.” “Otro brindis por la firme decisión de tu padre”, planteó el más alto de todos. Los presentes levantaron sus copas en respuesta a la espontanea petición; levanté la mía. Enviar a mi hijo a un lugar tan lejano significaba alejarlo de mí. La presencia de Alessandro en la reunión y la satisfacción mostrada por todos, me obligaban a mostrarme complaciente con el anuncio de mi marido.

—Señora Zalia, debe usted sentirse orgullosa de tener un marido que adora a su familia, lo estamos viendo —aseguró el que vestía pantalón blanco, camisa de algodón roja y lentes oscuros.

CAPÍTULO 16

Alessandro terminó la preparatoria. Su papá estaba dispuesto a cumplir la promesa de enviarlo a estudiar a Harvard. Se informó de los requisitos y empezó, con anticipación, a reunir los documentos necesarios para su inscripción. Le presentaron al papá de un muchacho de Poza Rica que estudiaba allá. Era petrolero, tenían la solvencia económica necesaria para sostenerle los estudios en Harvard. Consiguió que le orientara en todos los detalles, incluso, hasta lo que debía hacer para conseguir ahorros en la estancia y las colegiaturas.

Bladimir no paró en cumplir todo lo que el hijo requería para su ingreso. le gestionó una tarjeta de crédito con el gerente del banco, su amigo, para que la usara en sus gastos. El domingo que siguió fueron su papá y él al aeropuerto de la ciudad de México. A las diez de la mañana tomaron el vuelo a una ciudad cercana a Harvard. Llegarían a su destino final por carretera. Mi marido me propuso que me quedara. Pretendió convencerme que no era pertinente que fuera porque “Podría presentarse una conexión sentimental entre los dos que afectaría a nuestro hijo”. Ese argumento

no lo entendí jamás. Fue un pretexto para que yo no fuera y él tuviera el tiempo necesario para inculcarle quien sabe qué cosas.

A pesar de los años, Sirvenda seguía siendo mi gran aliada, ambas contábamos a nuestro favor mayor experiencia. Mis papás no me habían dado la oportunidad de opinarles de mi vida en matrimonio; años habían pasado y no variaba la opinión que tenían de Bladimir. No era suficiente su cariño, necesitaba que me escucharan, que me comprendieran. Intuía que de enterarse en la situación en la que me tenía Bladimir, lo enfrentarían. Bueno, al menos eso pensaba yo, en realidad quién sabe.

Prefería guardar silencio porque si mis padres reaccionaban el tipo se molestaría con ira; habría consecuencias. Tendríamos que mudarnos a otro lugar, lejos, emprenderíamos una nueva vida. Habría riesgos, él era influyente. Tenía yo que resistir. Me quedaba claro que mi suegra no se llevó a la tumba sus planes.

El martes estaba de vuelta en México. Aprovechó la ocasión para comer en la ciudad de México con unos amigos de la política. La reunión les llevó dos horas.

Finalmente, se cumplía uno de los propósitos de la que fuera mi suegra: alejar a mi hijo de mí. Mis sentimientos se apaciguaban al pensar que sería para su bien; sería gran profesionista. Con la ausencia de mi hijo la distancia entre mi marido y yo se acrecentó. Estaba convencida que se casó conmigo para mantener la imagen del gran varón, en una sociedad altamente conservadora.

No le importó el dolor que me infringían sus desplantes. No estaba a gusto con su condición de varón; tampoco tenía la culpa de lo que su madre hizo de él tal vez sin ser su intención. La recia personalidad de mi suegra fue determinante para que Bladimir no hubiera crecido en un ambiente de libertades. Las apariencias eran una de las características de la familia. Fingían espiritualidad y apego con la religión. Pregonaban pureza para sus almas. Nada más falso que eso.

Dos días después que regresó de México, asistimos al pueblo de San Rafael para comprar unos animales y festejar el cumpleaños del dueño del rancho. Me llevó porque estaría la familia del amigo, quería presumir que tenía esposa. Ellos se portaron muy cordiales con nosotros. Nos platicaron de cuando llegaron sus antepasados de Francia y cómo fundaron el pueblo de San Rafael.

A las ocho de la noche emprendimos el regreso. Durante el viaje hablamos poco. El silencio se facilitó por la decisión de Bladimir de viajar en el asiento del copiloto, a mí me mandó al asiento de atrás. Dormitaba a ratos. Sentí que el trayecto fue más corto de regreso. En dos ocasiones el chofer frenó intempestivamente; no abrí los ojos, no quise ver el ambiente de vacío que había dentro del auto. A las nueve y media de la noche llegamos a casa. El chofer me abrió la puerta, no le vio intenciones

a mi marido de hacerlo. En voz alta le di las gracias para hacer notar a mi marido su desatención. “Para servirle, señora”, me contestó el chofer sin levantar la cara.

HABÍAN PASADO QUINCE días de la ausencia de mi hijo. Me hice a la idea de que sería para su bien. Estudiar en el extranjero le daría prestigio, sería un profesionista respetable. Me llenaba de regocijo.

Bladimir me compraba libros; a la gente le alegaba que yo se los pedía. Le rogué que me comprara un curso de inglés para estudiarlo por mi cuenta, pensando que algún día lo pusiera en práctica en los Estados Unidos, en caso que tuviera la oportunidad de cambiar mi domicilio para allá.

Cayó a mis manos un libro que traía temas relacionados con el poder de la energía. Leía que el poder de la mente era tan fuerte que uno mismo podía modificar el futuro si se lo proponía. Hablaba que los pensamientos son energía, que podíamos darles determinada frecuencia para modificar actitudes de las personas que están en nuestro entorno. Me envolvió esa lectura, seguí al pie de la letra las recomendaciones. Ahora me doy cuenta que sí me dieron resultado.

Habíamos platicado que cada tres meses visitaríamos a nuestro hijo donde estaba estudiando. La primera vez fue mi marido, yo no. Arguyó que como andaba por la frontera le tocaba más cerca. No le di importancia porque a los tres meses ambos iríamos a verlo. No fue así. Inventó otro motivo, poco creíble, y tampoco lo acompañé a visitar a nuestro hijo.

Cuando regresábamos de un bautizo del hijito de un pariente de Bladimir, en una comunidad cercana, me dijo que mi hijo prefería no verme. Me quedé estupefacta, muda. Supuse que en caso de haber sido cierto el comentario, algo debió haber inventado para que mi hijo reaccionara de esa manera, si es que hubiese sido cierto.

MI VIDA SE VOLVIÓ RUTINARIA. Había aprendido inglés. Cuando me visitaba una amiga que había vivido en Estados Unidos, aprovechaba para conversar con ella en ese idioma. Algunas amistades con hijos en la escuela, me llevaban las tareas de inglés de sus hijos para que les despejara algunas dudas. Me sentía útil haciéndolo. Bladimir ya no era tan celoso, los años se habían encargado de modificar un poco sus emociones. Cada semana me reunía con mis amigas para jugar cartas, en ocasiones se incorporaba a las reuniones una amiga que leía el tarot; en cada reunión le tocaba a una de nosotras que se interesara en saber de su futuro.

La vida la tomaba de manera diferente, pude evitar los resentimientos. Alcancé la paz interior. Se me metió en la cabeza la idea de hacer una novela, me llamaba la atención dejar algo que trascendiera en el tiempo; no había definido aún el tema, tal vez algo relacionado con mi vida.

Todo libro de psicología que caía en mis manos lo leía. También buscaba los que trataran de cómo evitar las enfermedades como el cáncer y el alzhéimer. Me daba pavor padecer cualquiera de esos dos males. Pertenecía a otro grupo de 5 amigas que nos dábamos a la tarea de leer alguna novela y comentarla en grupo. Me parecía constructivo conversar con ellas y conocer de literatura. Mi hijo nos visitaba cada fin de año. Mi marido lo iba a ver cada seis meses, no cada tres como lo había prometido al principio.

Recuerdo bien cuando Alessandro nos llamó avisándonos que en dos meses se graduaría de abogado. Para mí fue la mejor noticia, me llenó de gozo y satisfacción. Dudaba que Bladimir me incluyera en los planes para asistir a la ceremonia de graduación.

Faltando un mes me propuso Bladimir que fuera yo a la graduación, que me hiciera acompañar por alguien de mi familia. Me reveló que se había sentido mal de salud y los médicos no le hallaban qué tenía. No le creí, supuse que era otra de sus tretas. Me percaté que no estaba bien de salud cuando descubrí que tomaba medicamentos. Me las ingeníé para saber el nombre de esas medicinas, una enfermera que años atrás inyectaba a Alessandro cuando enfermaba, con quien trabé buena amistad, me ayudó. Me dijo que la enfermedad de Bladimir podía ser algo delicado, no precisó de qué se trataba.

Les comenté a mis padres la idea de mi marido en relación al viaje. Gustosos aceptaron asistir a la ceremonia del nieto.

Faltando quince días para la graduación, me informó Bladimir que mis papás estaban dispuestos a acompañarme, que Bladimir ya había hablado con ellos. Antes de dos horas me lo estaban confirmando mis papás: que les había pedido el favor para que me acompañaran a los Estados Unidos, a la graduación de mi hijo.

Fui a visitar a mi mamá para ponernos de acuerdo de la ropa que llevaríamos. Por el tipo de ceremonia, me recomendó llevar un traje sastre con zapatillas y blusa de manga larga. Así vestiría mi mamá solo que de diferente color. Hicimos viaje especial a Xalapa para comprarnos la ropa; nos fuimos en autobús porque regresaríamos inmediatamente. Papá se compró traje, camisa y dos corbatas. Llegado el día partimos al Distrito Federal para tomar el avión; nos mandó Bladimir en el coche con chofer. Alessandro hizo las reservaciones de hotel. Llegamos el jueves, nos trasladamos en taxi al hotel. Decidimos descansar del viaje. El viernes desayunamos los cuatro en el restaurante del hotel donde nos hospedamos. Mi hijo preguntó por el padecimiento de su papá. Papá le dijo que no era para alarmarse: “Es algo que requiere reposo de varios días y que cumpla con los cuidados recomendados por los médicos; estará bien en un par de semanas”. Mi hijo quedó satisfecho con el comentario.

Después de la explicación, la plática giró hacia otros temas. Nos hizo un repaso desde que llegó a la universidad hasta ese día. Nos habló de sus amigos, de sus novias, de las invitaciones de jóvenes árabes para trabajar allá.

Platicamos durante dos horas; me parecieron cinco minutos. Cuando comentamos del regreso de los cuatro, nos aclaró que él se quedaba. Los que regresaríamos a México seríamos los mismos que fuimos. Nos explicó que tenía una espléndida oferta de trabajo para laborar en un prestigiado bufete de abogados de Nueva York; se presentaría el lunes siguiente. La invitación era del hijo de uno de los socios con el que había hecho buena amistad.

Los tres, en espontanea manifestación de alegría, le revelamos estar orgullosos por tan atractiva oferta. Vinieron a mi memoria las palabras de los amigos de Bladimir, en Acapulco, que le auguraban a Alessandro éxito profesional si estudiaba donde en ese momento se estaba recibiendo. ¡Qué conjeturas! Primero, su padre y mi suegra intentaron apartarme de lo que más quería en la vida; después, las relaciones estudiantiles de mi hijo se encargaron de lo posterior. La cosa es que de cualquier forma se mantendría alejado de mí... Sin lugar a dudas esta era la mejor.

Nos trasladamos a la universidad. Una hora después inició la ceremonia. La gente vestía elegantemente; algunos con vestimenta tradicional de sus países. Varios hablaban en lenguas para mí desconocidas. Puse especial atención en los que hablaban inglés, les entendía. Me sentía orgullosa de haber estudiado inglés. La ceremonia se desarrolló con el rigor protocolario que las caracteriza. Todo un espectáculo digno de la mejor universidad del mundo.

El sábado, en auto prestado por alguien, mi hijo nos llevó a conocer algunos lugares cercanos. Todo diferente a nuestra tierra; la comida con sabor diferente, la cultura también era otra. El domingo nos llevó al aeropuerto. Nos despedimos. Un par de lágrimas corrió por mis mejillas, rápido las sequé, debía haber alegría, no pesares. En el mismo avión iban varias familias de los nuevos profesionistas. Fue un vuelo tranquilo, sin sobresaltos. A ratos platicaba con mamá, a ratos leía. Después de confortante viaje de un poco más de 5 horas aterrizamos en el aeropuerto de la capital mexicana. Agradecemos a Dios haber llegado con bien. Descendimos del aparato, fuimos por nuestras maletas. La persona enviada por Bladimir se encargó del equipaje, lo subió al coche. Salimos rumbo a Papantla.

Al cabo de 5 horas de viaje por carretera, llegamos a mi casa. Mis papás pasaron a saludar a Bladimir. Papá le dio la noticia que mi hijo se quedaba por el ofrecimiento de trabajar en un despacho de New York. Mis papás le repitieron la historia que nos contó Alessandro.

Bladimir dijo estar complacido con la noticia. Nos preguntó algunos detalles del viaje. Lo noté cansado, distraído, como sumido en sí mismo. Después de un rato de reconfortante plática, mis padres se despidieron de Bladimir. Los acompañé a la puerta, les dije que los visitaría a media semana. El chofer los llevó a su casa. Aproveché para conversar con mi marido, pero me di cuenta que no me ponía atención.

QUINCE DÍAS DESPUÉS me dijo Bladimir que se sentía mejor; que pronto estaría en condiciones de hacer dos viajes que tenía pendientes.

Esa misma semana fue a Puebla para consultar a un médico que le recomendaron. El diagnóstico lo tranquilizó. A su regreso le vi mejor talante, más animado que cuando se fue. Al final de la quincena siguiente otra vez estaba mermada su salud. Canceló todas las salidas; sus amigos lo visitaban en la casa. Le encargó algunas tareas a su ayudante Miguel, quien por cierto murió meses después por una infección en las vías urinarias.

Conversando con uno de los médicos que visitaban a mi marido, me especificó que la enfermedad que padecía Bladimir era desconocida, razón por la que no podían encontrar algún medicamento que lo curara. Cada vez que se subía a la báscula pesaba menos. Al cabo de un año bajó 20 kilos. Estaba demacrado. La mayor parte del tiempo permanecía acostado, había contratado una enfermera que lo asistía durante el día. Semanas después contrató otra para que lo atendiera en las noches.

Mis papás lo visitaban con frecuencia, rezaban por él, no se explicaban que un hombre “tan bondadoso” estuviera padeciendo los efectos de una enfermedad desconocida. A pesar de las condiciones de salud no mejoró la comunicación entre nosotros. Sufría verlo en ese estado. El otrora hombre fuerte estaba reducido al cuidado de otras personas. Me sentía condenada a la pena eterna; mi sufrimiento no tuvo reposo, una sorpresa tras otra, todas desagradables. “Tienes que pasar lo peor para vivir lo mejor”, me dijo una comadre cuando me visitó. En la tarde de un día nublado entré optimista a la habitación de mi marido. Hizo esfuerzos por sonreír. Con voz debilitada me preguntó:

—¿Cómo estás de ánimo?

—En las mejores condiciones. Preocupada por tu salud, sé que de ésta saldrás bien, no tengo la menor duda.

Unas amistades me convencieron que entrara a un círculo de oración que creó una sobrina de mi suegra. Éramos nueve mujeres, yo era la más joven. Leíamos la Biblia y orábamos. La de más edad había estudiado la Biblia. Le preguntábamos, nos explicaba. Esa práctica reconfortaba nuestro espíritu. Al final de cada sesión, que eran cada tercer día, visitábamos en su habitación a Bladimir, lo tomábamos de las manos

formando un círculo, le transmitíamos energía positiva, según nosotros. Su semblante se relajaba.

Los cuchicheos en el pueblo subían y bajaban. La especulación sobre su enfermedad cundía por todos lados. No faltaba quien dijera que era un castigo de Dios por algún daño que a alguien hizo. Hablaban de asesinatos y despojos. Otros argumentaban que era cosa del diablo. Los médicos seguían sin atinarle al desconocido mal.

Un año y medio después que contrajo la extraña enfermedad, se corrió la voz que sería imposible su recuperación. Los del pueblo ya no temían hablar de él ni de su hermano. De la boca de la gente salían cosas y más cosas. Afirmaban que tenían evidencia de su homosexualidad. Alegaban que el joven que me lo asignó como chaperón, ¡era su amante!

LLEGÓ DICIEMBRE. El frío y la bruma anunciaban la llegada de la navidad. Las fiestas, las cenas, los regalos, los abrazos y las frases con los mejores deseos eran cotidianos. Para Bladimir sería diferente, solo un milagro podría mejorar su salud. Nada que ver con el hombre que años atrás, un veinticuatro de diciembre, levantó el alicaído ánimo de mi familia con su inesperada visita, con las manos llenas de comida, bebida y regalos. Aquel de reconocida fama en varios lugares del país. Sus influencias todo lo podían, hasta privar de la vida a quienes le estorbaban; pero no podía con su enfermedad.

En alguna ocasión me habían comentado que en una ranchería había un brujo al que le atribuían dotes especiales para sanar a la gente, incluso a desahuciados. No me costó trabajo conseguir los datos de esa persona, debía intentar cualquier cosa con el propósito de que mi marido sanara. La bruja que pronosticó mal augurio en mi matrimonio no me podía ayudar, ya había muerto.

Salimos a las ocho de la mañana, me llevó el chofer de Bladimir. Circulábamos a baja velocidad por veredas de rodadas profundas; solo podían transitar camionetas o camiones. Una hora después llegamos al rancho. Preguntamos por el domicilio del hombre; lo localizamos sin contratiempos. Estaba por salir, lo interceptamos afuera de su casa.

—Buenos días... ¿don Fulgencio...?

—A sus órdenes, señorita. ¿Para qué soy bueno? —contestó con gentileza.

—Venimos de Papantla, soy la esposa del señor Bladimir Bustanni, el mismo que ahora padece una enfermedad rara. Vengo a preguntarle de eso.

—Sí, yo conozco al señor. Hace algún tiempo me vino a ver, traía unas preocupaciones. Sé que está delicado de salud, ya me habían dicho. Pase usted,

siéntese en esta silla que está junto al altar. Voy a cortar unas yerbas, regreso en un momento.

Buscó unas tijeras, las encontró, salió presuroso. A los tres minutos estaba de regreso. En la mano derecha traía las hierbas y en la otra las tijeras. Me pidió me pusiera de pié, regó alcohol a mí alrededor, tomó una caja de cerillos, sacó uno, lo encendió, lo arrojó al líquido, ardió en flamas altas. Sentí calor, persistió pocos segundos... no hubiera soportado más.

—Tengo que hacerlo así —me dijo en tono aclarativo—, para despojarla de malas “corrientes” que hay en la casa donde viven ustedes; así veré con claridad lo que padece su hombre. Se paró frente al altar, juntó las palmas de sus manos en posición de oración, cerró los ojos, musitó frases, se persignó. Permaneció en esa posición un par de minutos. Derramó un líquido transparente en el vaso que estaba sobre una mesita al lado del altar, no era agua simple. De una canasta tomó un huevo de gallina, fracturó la cáscara contra el borde de una vasija de cristal, con sus dedos separó el cascarón, el contenido cayó dentro. Levantó el vaso a la altura de sus ojos, lo observó un instante, lo regresó a la mesita, volteó hacia mí, me dijo:

—Su marido no tiene cura, su enfermedad es nueva, viene de otros lugares del mundo, animales se la pegaron a personas y se ha ido extendiendo tanto que puede acabar con media humanidad.

Puse cara de sorpresa. Lo que acababa de escuchar confirmaba las sospechas del padecimiento de Bladimir. Me asombró el comentario que siguió.

—Usted es una buena mujer, fue enviada por las vírgenes a la tierra donde está pasando por pruebas muy duras; por algo se las pusieron. Veo clarito que a su marido se lo van a llevar quien sabe a dónde, pero no será al cielo. Le mandaron esa enfermedad porque la siguiente víctima de él iba a ser usted y su papá. En apariencia los quiere mucho, pero de ambos se desquitaría por chismes que gente mala tejió alrededor de ustedes. Lo que había escuchado de la boca del brujo me dejó más que perpleja. Mis pensamientos revoloteaban dentro de mi cabeza. —Por favor dígame si con su muerte el daño a nosotros se parará.

—Sí, ya no habrá más daño; ahí parará la maldad de la familia a la que usted se integró.

El chofer no escuchó la conversación, permaneció dentro de la camioneta a petición mía. En cuanto regresé a la casa entré a la habitación de Bladimir. Tenía la mirada clavada en la imagen de la virgen de Guadalupe colocada en una de las paredes de la habitación.

—¿Cómo te sientes? ¿Qué tal tu día? —le pregunté en tono cariñoso, como si lo que había escuchado del brujo no estuviera en mi memoria.

—Me siento tranquilo, Zalia, sé que Dios no me quiere allá arriba —dirigió su mirada al techo simulando ver al cielo. Trató de aparentar buen ánimo sin conseguirlo.

—Además, tengo muchas cosas que hacer aquí en la tierra —remató con voz débil.

No le comenté lo del brujo. Nada ganaría diciéndole las palabras del adivino. Decidí callar. Trataba de recordar la fecha en la que moriría mi marido, según él. Con Bladimir en cama tenía más libertades para salir a donde fuese necesario, nunca por placer. Tener un enfermo en casa es motivo de preocupación. Todos los días llegaban a la casa amistades que iban a enterarse del estado de su estado de salud. Siempre había café y bocadillos, a veces pastel. La respuesta que dábamos a todos los que preguntaban era: “Se encuentra estable, pronto estará bien”. Bladimir ya no quería recibir visitas. Solo familiares cercanos o amigos que venían de otros lados. Había quienes llegaban a la casa sin la intención de verlo físicamente, solo enterarse por voz nuestra de cómo estaba. Deseaban conservar la imagen del varón en la plenitud de sus facultades físicas.

CAPÍTULO 17

En aquella navidad todo fue diferente. La figura central no tenía la disposición de siempre. Las sorpresas en esa ocasión no fueron las mejores. Así lo esperábamos. Mis papás se encargaron de preparar la cena. Hicieron comida especial para Bladimir, la que habían sugerido los médicos. Ya no podía mantenerse en pie, se desplazaba en silla de ruedas. Un empleado lo movía de un lado a otro. Para subirlo o bajarlo por escaleras se sumaba la fuerza de otro más.

Mis papás llegaron a las tres de la tarde, habían comido en su casa. Para preparar la cena contaron con el apoyo del personal de servicio; así lo ordenó Bladimir. No hubo vino, solo sidra de manzana sin licor, era lo que Bladimir podía consumir, según el médico; y no más de dos copas. Además que no le gustaba tomar licor. Cenamos a las ocho y media de la noche, el reposo del enfermo era obligatorio. Sobre la mesa para diez comensales lucía un mantel con dibujos navideños, herencia de la mamá de mi suegra. Al centro fue colocado un adorno de flores Noche Buena flanqueadas por dos candelabros de cristal cortado.

Yo misma acerqué a la mesa a Bladimir en su silla de ruedas. El ambiente era de soledad. Había ausencia de algo. Mis papás se empeñaron en dar un toque de alegría. Bladimir habló poco durante la cena. Sus ojos estaban desorbitados, su pelo había encanecido, se le caía por montones. Trataba de sonreír. Su figura era frágil, estaba atenido de los que le rodeábamos. Una de las enfermeras estaba al tanto del enfermo, le pedimos que se sentara a la mesa, aceptó.

Mi hijo nos habló por teléfono a las nueve y media de la noche. No le fue posible acompañarnos por un viaje de trabajo a Canadá. Mis papás hacían esfuerzos por ocultar sus sentimientos, les hubiese gustado ver al yerno rebosante de salud. A pesar de su comportamiento conmigo, sentía culpa por los pensamientos que tuve, me arrepentí de haber deseado venganza. En silencio Imploré el perdón de Dios.

La cena terminó faltando quince minutos para las diez de la noche. Mis papás se despidieron de Bladimir; estaban conscientes que debía regresar a su lecho para continuar el reposo. Por sus mejillas escurrieron lágrimas; mis ojos se humedecieron. Dudé que ese hombre, de aspecto frágil, hubiera fabricado planes para destruirnos a mis papás y a mí. Estaba frente a un cadáver viviente, en ese momento no me parecía un hombre desalmado.

El fin de año no hubo jolgorio, no había condiciones para festejar. Solo abrazos y deseos que Bladimir recuperara su salud, nada más. Nos visitaron unos familiares para saludarnos. Bladimir no tuvo ganas de ver a nadie. Los visitantes nos propusieron que hiciésemos oración.

EL SEIS DE ENERO del año que se estrenaba, llegó mi hijo sin haberme avisado antes. Lo mandó traer su papá a través de uno de sus abogados que recién lo había visitado. Poco después llegó el notario y dos abogados. Los cinco se encerraron. Pidieron café y galletas. Platicaron por dos horas y media. En sus portafolios llevaban documentos de lo que trataron.

Bladimir les dijo a los señores que los bienes se los heredaría a mi hijo. Me tranquilizaba esa decisión, no me importaba que a mí no me dejara más de lo que traía puesto. La reunión marcaba el eclipse de mi marido. La enfermedad lo estaba dominando; además que alguno de los médicos seguramente le dijo que no tendría cura.

De nada valió que consultara a los médicos que le recomendaban como los mejores. En tres ocasiones acudió a hospitales de Houston. Dinero había para conseguir la cura, lo que no había eran medicinas para detener el avance del desconocido mal. El deterioro físico de Bladimir progresaba, el árbol de la familia se secaba por más que se le regara. Poco a poco fui asumiendo el control de la casa. Bladimir, presintiendo lo peor, le pidió a mi papá que se hiciera cargo de los ranchos y de algunas actividades comerciales. No supe a quién más le encargó los otros negocios. El hermano no peleó la herencia de la mamá, tampoco se metió en asuntos de su hermano. Además del pleito que entre ambos existía, el hermano de Bladimir enfrentaba denuncias por fraude y una por violación de una menor. En el pueblo decían que mi cuñado Ricardo estaba atado por sus propias culpas.

En el transcurrir de los días la voz de Bladimir se debilitaba. Uno de los médicos, el que me expuso la gravedad de la enfermedad de Bladimir, me dijo que poco a poco iría perdiendo la voz. Así fue, su voz salía con dificultad de su boca. “Su marido está en un proceso de deterioro que poco a poco irá escalando, espere usted lo peor. Le comento esto porque usted es una persona de gran fortaleza de espíritu y evidente equilibrio emocional; además, usted es su esposa” me lo comentó con voz pausada y convincente; noté en sus palabras la sinceridad de un profesional.

Bladimir le tenía miedo a la noche, temía no amanecer. Me lo comentó en un par de ocasiones.

“Mi querido amigo Bladimir ya es un hombre espectral, ya no es el mismo”. Comentó con frialdad el hombre regordete de lentes redondos y tirantes que llevó a mi casa en aquella cena de Navidad, cuando nos colmaron de regalos. Agregó: “Parece que la voz no pasa por su boca”. Estuvo un par de horas y se retiró.

Mi participación en los rezos por la salud de mi marido se había convertido en un hábito. Por las noches leía la Biblia, buscaba las respuestas a las preguntas que durante años me hacía. Lo que padecía Bladimir yo también lo sufría. No quería imaginarme los dolores que tenía en varias partes del cuerpo, cada vez más intensos. Las molestias lo agobiaban; le dolía la cadera, las piernas, los brazos, el cuello. Me estresaba la incertidumbre. Temía que el “maleficio” del que algunas personas especulaban, se extendiera a mis papás o a mí misma.

Al paso de los días la piel de Bladimir adquiría una tonalidad transparente. Las venas se veían a través de su piel. Sus ojos perdían brillo; permanecía largo rato con la vista fija en cualquier punto de la recámara. Todos esperábamos un desenlace crucial, podría ser en cualquier momento de acuerdo a los pronósticos médicos. El plazo que había estimado el médico en una de sus visitas estaba rebasado. Dijo que no llegaría a marzo de acuerdo el avance de su enfermedad. A Bladimir lo cuidaban tres enfermeras: una en el día y dos en la noche. Las de la noche se alternaban mientras una de las dos dormitaba.

Cada cierto tiempo le tomaban la presión arterial, palpaban las partes del cuerpo donde había dolor a fin de saber los medicamentos que debían darle.

Un domingo por la mañana mis padres pasaron por mí para ir a la iglesia. Antes de la misa pasamos a la cafetería del parque. Mi papá pidió un café, mamá una limonada, yo una malteada, mi preferida. Papá volteó a ver a mamá, luego fijó su mirada en mí.

—Hija: nos llamó mi nieto, nos dijo que su papá no recuperará la salud. Les comentó los síntomas a dos médicos de Nueva York; coincidieron que era difícil que se curara, que nos preparáramos para lo peor.

—¿Por qué no me lo comentó a mí también? —pregunté sorprendida.

—Me explicó que la noticia era demasiado fuerte para ti, nos pidió que te lo comentáramos personalmente para prepararte en caso de un desenlace fatal.

Tenía duda si mis sufrimientos terminarían con su partida. Tampoco estaba segura si podía rehacer mi vida como algunas amistades me lo sugerían. Eran tantas las decepciones que mi futuro estaría plagado de incertidumbre y desconfianza hacia los hombres.

LA MEDICINA que le habían recetado no calmaba las fuertes molestias, al menos no totalmente. El apetito poco a poco desaparecía; cada vez más delgado. El vigor y recio carácter fue cediendo el lugar a un personaje espectral, como lo comentó en la anterior visita de su amigo y socio.

Bladimir les confesó a las enfermeras su miedo a no amanecer, a morir mientras estuviera dormido. Dos semanas después cambió de opinión, les dijo que prefería morir, no soportaba más.

—Señora —me expuso en voz baja la enfermera—, su marido desea morir. La experiencia me dice que toda persona que desea morir se muere más pronto. Prepárese usted para ese momento, va a llegar, desgraciadamente.

Yo estaba preparada para lo que ocurriera, no me dolería; ante los demás yo procuraba mostrar otra cara. Sirvenda se hizo cargo de la compra de las medicinas y los alimentos recomendados por los médicos. Ella suponía que mi dolor disminuiría con la partida de Bladimir.

—Patroncita, yo sé que Dios se va a llevar a mi patrón, será para bien de usted y de sus papás aunque ellos no lo vean así. Mi patrón hubiera sido capaz de hacerles cualquier cosa. Más vale...

Sirvenda estaba convencida de lo que decía. Sólo a ella le comenté lo del brujo. Me aseguró que ese hombre tenía fama de ser atinado en sus vaticinios.

Después que mis papás le dijeron por teléfono a mi hijo que yo había tomado el comentario con calma, me llamó el último día de marzo. Me repitió lo que ellos me habían comentado. Puntualizó que tomara las cosas con calma, que el deceso de su papá era inevitable, que no pasaría mucho tiempo que ocurriera. También me dijo que a los dos nos quería, pero más a mí. Lloré en silencio, nunca de su boca habían salido gratificantes palabras.

Las hojas del calendario seguían cayendo. Las visitas de mi papá se hicieron más frecuentes; le informaba de los negocios y estaba al tanto de la evolución de la enfermedad. Había consternación en sus rostros por el cercano desenlace. La ausencia de Bladimir sería un vacío difícil de llenar. Mi hijo no tenía la menor intención de volver a México; en Estados Unidos se estaba labrando un buen porvenir.

El quince de mayo, día de mi cumpleaños, que por cierto no lo festejé; mis papás dijeron que debíamos prepararnos con lo que en estos casos se tiene que hacer para evitar apresuramientos. Varios fueron elaborando una detallada lista de lo que se debía hacer o adquirir cuando una persona fallece. Esto no significaba que deseásemos que muriera. Mi papá acordó con Bladimir los asuntos pendientes de la sociedad que mantenían en algunos negocios. Bladimir le dijo a mi papá que si moría se hiciera cargo de todos los negocios. Que al hermano no le dejaría nada por los problemas con él. También le recomendó que de las utilidades me diera una parte para mi manutención y para los gastos de la casa que habitara.

Después que murió Bladimir, papá descubrió que había negocios que no eran del todo lícitos. Rescató los que no tenían problemas.

La salud de mi esposo empeoró los primeros días de agosto. Pensamos que moría. Ya no articulaba las palabras, su expresión facial se tornó en un rictus de dolor. Las enfermeras me informaban que dormía solo a ratos, ni los medicamentos lo mantenían dormido. Su cuerpo continuaba enjutando.

El quince de agosto por la mañana, día soleado con pocas nubes en el cielo; Bladimir recuperó la tranquilidad que desde meses atrás no tenía. Creíamos que había ocurrido un milagro, nos alegramos, presurosa les avisé a mis papás, reaccionaron con euforia. Los empleados de la casa corearon: “Gracias a Dios”. A sus familias les comentaron que había ocurrido un milagro con su patrón. Personas que estaban al tanto de la salud de Bladimir difundieron la noticia, rápido corrió por todo el pueblo. Llegaron señoras para hacer oración. “El cielo mandó el milagro”, decían entusiasmadas.

El diez y seis de agosto, también soleado, con más calor que el día anterior, tomó su desayuno sin pausas. Pidió para la comida carne asada a las brasas, tenía ese antojo. Se la hicieron, comió la mitad de la porción pero la disfrutó.

El diez y ocho de agosto todo cambió. Se puso grave. Alguien sugirió que se le llamara al sacerdote. Lo hicimos. El presbítero llegó dos horas después, nos dijo que acudió por atender a nuestro llamado pero que el enfermo todavía no sería llamado por Dios. El cura permaneció con nosotros más de una hora, su plática nos tranquilizó. Nos pidió que no le dijéramos a Bladimir que ahí había estado, lo tomaría como una inoportuna señal que afectaría su estado anímico.

Actuó como si supiera los tiempos de esa extraña enfermedad.

El sufrimiento se acentuaba por las noches; un quejido tras otro. Las dos enfermeras permanecían cerca de Bladimir, tenían instrucciones de avisarme cualquier alteración del estado que padecía mi marido. Cada que me despertaba acudía al cuarto del aquejado para comprobar cómo se encontraba.

Durante septiembre y octubre, las cadenas de oración las hacíamos dos veces al día: a las doce y a las ocho de la noche. No volvió a presentar mejoría después de aquellos esperanzadores días de agosto.

En septiembre mi mamá se quedó a dormir conmigo en dos ocasiones. Esas veces platicamos hasta la media noche. Bladimir permanecía acostado todo el tiempo. Las enfermeras lo cambiaban de posición para evitar que su cuerpo se llagara. Le aplicaban pomadas en el torso. El sacerdote se comunicaba con nosotros hasta dos veces al día.

El diez de septiembre, el brujo al que visité meses atrás llegó a la casa, preguntó por mí, salí a recibirlo, lo pasé a la sala. Me aseguró que la vela de la vida de Bladimir se estaba extinguiendo, que nada ni nadie podía salvarlo. Me entregó una veladora de cera color naranja; me recomendó que la encendiera cuando muriera, “Para que usted quede protegida del mal fario”. También me dejó una bolsita de plástico con polvo terroso. Debía esparcirlo sobre la caja cuando estuviera en el fondo de la fosa, “Para que el señor le perdone todos los pecados y sufra lo menos posible”. Le pregunté cuándo sería llamado por el Señor de los Cielos. Me contestó que no pasaría del último mes del año... “A finales del mes”

El 16 de septiembre, Bladimir dio instrucciones que no me dejaran entrar a su habitación. El motivo: no quería que lo viera en las condiciones que se encontraba. Lo agradecí, no me gustaba verlo sin fuerzas siquiera para levantar la cabeza. Les comenté a mis padres, consideraron razonable la decisión. En esos difíciles momentos yo estaba dispuesta a perdonarle el daño que me infringió. También le perdonaría lo que hizo a mi ex novio. Su padecimiento le estaba cobrando todos los pecados; no era algo que me provocara gozo alguno.

Las enfermeras me comentaban que el pelo se le seguía cayendo, Lo notaban cuando lo peinaban. Decían que oía perfectamente, “Más que antes”, que el oído se le había aguzado. Gran parte del tiempo permanecía con los ojos cerrados. Las mujeres que nos reuníamos a rezar por su salud, también rogábamos que Dios lo perdonara de todo a todo. Un domingo que acudí a la iglesia escuché al sacerdote pedir por la salud de Bladimir. No eran pocos los que me aseguraban que rezaban para que la salud de mi marido tuviera mejoría. También escuchaba comentarios que era un castigo de Dios.

Mi marido sugirió que lo atendiera un médico que radicaba en la ciudad de Pachuca. Tenía fama de haber curado a enfermos con enfermedades raras. Tres días después el medico estaba en la habitación de Bladimir. Lo revisó de pies a cabeza. Permaneció con él treinta y cinco minutos. Cuando salió pidió hablar a solas conmigo.

—El señor Bladimir es el segundo paciente que atiendo con esa misma enfermedad en un lapso de cuatro meses. El otro acababa de morir —apuntó.

—Ese mal baja paulatinamente las defensas del organismo. Puede morir de cualquier cosa.

—¿Me está diciendo que mi marido no tiene salvación? —le pregunté aparentando ignorancia.

—No hay medicina que pueda darle esperanzas de vida. Los laboratorios están haciendo pruebas pero tardará algunos años en encontrar la cura.

—¿Qué comentarios le hizo mi marido? —le consulté con la curiosidad de esposa preocupada.

—Tiene arrepentimientos, no me especificó de qué tipo, tal vez lo haga más adelante, en su momento, con el sacerdote.

—Gracias, doctor, me ha dicho mucho —le contesté en tono de gratitud.

Hacía todo lo que me recomendaban. Un sábado, uno de los trabajadores de la familia llevó a una señora que vivía en uno de los pueblos de Papantla, para que “rameara” la casa “por si hubiese algún hechizo”. Me solicitó permiso para el ritual. La mujer, de baja estatura, piel morena, cara redonda, llevaba unas yerbas envueltas en papel periódico. Después que acepté las desenvolvió, les roció un líquido color morado de una botella de refresco tapada con improvisado tapón de papel. Agitó las yerbas en el aire, dijo algunas frases invocando a algún ser. Me retiré del lugar para no interferir en lo que hacía.

Después que terminó de zarandear el manojo de yerbas por toda la casa, me buscó para anunciarme que ya había terminado su trabajo. Me afirmó que la casa estaba cargada de energía negra, que habitaban espíritus malignos, pero que el rito que acababa de practicar ayudaría a alejarlos. Igual que al doctor, le pregunté sobre la salud de mi marido.

—¿Cree que exista una posibilidad de que el desenlace no sea fatal?

—Ay, señora, estamos a destiempo —Arqueó las cejas, agitó los brazos—. Debí haber venido hace dos años, el demonio no hubiera entrado aquí, lo hubiera alejado. Ahora es imposible —remató mirando al cielo.

—Prepárese para lo peor, el señor Bladimir no tiene cura, su mal ha avanzado tanto que diez personas como yo, curándolo a la vez, no lograrían salvarlo. Lo que queda es esperar a que Dios lo llame.

—¿Lo que usted acaba de hacer para qué le serviría? —le pregunté.

—Para que sufra menos —me contestó.

—Su destino, por lo que le resta de vida, es pagar cosas que hizo en perjuicio de muchas almas, no se midió para hacerlo, tampoco tuvo remordimientos por haberlo hecho.

—¿Cuánto le debo, señora, por su trabajo?

—Nada, no me debe nada, yo no cobro por salvar almas.

—¿Aceptaría si le agradezco con algunos productos para comer?

—Sí, eso sí lo acepto —afirmó presurosa.

Le pedí a Sirvenda que metiera en un morral algunos productos alimenticios para la voluntariosa dama. Cuando tuve el morral en mis manos, se lo entregué a la dama; reaccionó sonriendo. Los días que restaban para que terminara octubre no fueron mejores que los anteriores. Me dolía en el alma verlo sufrir. Mi hijo me llamaba por teléfono cada tercer día, también le hablaba a mi papá. Nos preguntaba por la salud de su progenitor. A su vez, Alessandro le informaba a un médico amigo suyo las reacciones que tenía. A distancia monitoreaban el avance de esa maldita enfermedad. El último día del mes me puse triste, desee que no muriera, llegué a pensar que él no había mandado a matar a mi ex novio.

El primero de noviembre llegó el sacerdote sin que nadie le llamara. Su visita me sorprendió. Entendió mi sorpresa. Argumentó que había ido a un servicio religioso y estaba aprovechando para saludarnos y enterarse de la salud de mi marido. Supo de la señora que fue a exorcizar la casa, me recomendó que no anduviésemos buscando métodos que no aprobaba la iglesia.

—Nadie está sobre Dios. Ningún charlatán debe hacer cosas que ofendan la fe católica.

—Tiene toda la razón, padre, lo entiendo —le respondí.

Lo entendí, pero no podíamos apartarnos de cualquier esperanza que devolviera a Bladimir las posibilidades de sobrevivir. Pensé que el cura solo pasó para hacerme reflexionar sobre la religión que profesamos. No quiso ver a Bladimir, dijo que estaría al tanto.

—Me daré mis vueltas por acá, tu esposo es una persona que ha hecho el bien a mucha gente, todo el pueblo le agradece algo, fuiste afortunada de que se fijara en ti.

Enmudecí, no daba crédito a las palabras del clérigo, pero no era el momento de aclarar nada, después quien sabe. El dos de noviembre por la mañana, me comentaron las enfermeras que mi marido había pasado mala noche. “La peor de todas”.

—Su marido está sufriendo mucho, no es justo que sufra de esa manera, por mal que se haya portado. La enfermera expresaba desasosiego.

Ese día me llamó mi hijo por teléfono. Me dijo que tenía planeado viajar a México el día seis de noviembre, que se trasladaría inmediatamente a Papantla. Me comentó que estaba dispuesto a permanecer algunos días, no me externó el motivo, supuse que sus amigos médicos habían opinado algo. En la noche, Bladimir tuvo un ataque de tos durante cuarenta minutos. Le cambiaron los medicamentos, en lugar de orales serían inyectados. Durmió poco, despertó a las cinco de la mañana. Le introdujeron los medicamentos a través del suero.

El tres de noviembre por la mañana, lo visitó el médico. Le hizo algunas preguntas. Le tomó la presión arterial; el estetoscopio lo colocó en el corazón, luego en la espalda. A las enfermeras les hizo recomendaciones, una de ellas tomó nota.

Cuando el galeno salió de la habitación se dirigió a la sala.

—¿Cómo lo ve, doctor? —Miró al piso, respiró profundo, volteó a verme, contestó titubeante:

—Esperemos, señora, esperemos... Se encuentra estable, a ver qué pasa en veinticuatro horas.

El apagado tono de voz denotaba incertidumbre. Supuse que mi marido estaba en situación de gravedad. A partir del cuatro de noviembre las visitas se incrementaron. Hubo quienes sin tener amistad con la familia pasaban a preguntar por el enfermo. Las cocineras tenían permanentemente la olla de café en la lumbre; se servía en jarros de barro que se mandaron comprar. Las canastas con el pan estaban a disposición del que quisiera. A toda persona que nos visitaba le ofrecíamos café y pan. También brindábamos agua de sabores. La noche de ese día me desperté varias veces, estaba melancólica; de mi inquieta mente brotaban recuerdos de toda naturaleza. Estaba despierta cuando cantaron los gallos de casas vecinas, nosotros no teníamos esa clase de animales. Escuché el murmullo de la gente que a esas horas pasaba por la calle rumbo a su trabajo.

El cinco fue un día muy atareado. Por la mañana preparé la recámara que utilizaría mi hijo. Llegaba acompañado por su novia, me dijo que no dormirían juntos; lo hacían en respeto a las costumbres conservadoras de la familia. A decir verdad, nadie los hubiera criticado por dormir en la misma habitación. Preparé dos habitaciones en lugar de una.

Adelantándonos al inevitable desenlace, le pedí a Sirvenda me acompañara a las tiendas a cotizar precios de lo que se iba a requerir. Anduvimos de una tienda a otra, no eran muchas; además, gran parte de lo que se requería lo había en la tienda de la familia, la más surtida del pueblo. Nos llevó gran parte del día hacer la cotización de la lista de lo que se iba a necesitar.

—Señora, no compre usted velas ni veladoras, la gente acostumbra llevarlas como ofrenda a los muertos. Hay que ver dónde vamos a acomodarlas, serán muchas —Sirvenda reacciona a su propio comentario y dice:

—Que Dios me perdone y usted también, por la barbaridad que acabo de decir —Sonrió apenada.

—No te preocupes, Sirvenda —le contesté—, sabemos que solo un milagro lo salvaría; ojalá y eso ocurriera —rematé.

Toda la tarde de ese día estuve atendiendo visitas que una tras otra llegaban a la casa. Así fue todos esos días.

Tal como lo había anunciado, a las doce del día del seis de noviembre llegó mi hijo. Lo acompañaba su novia, alta, ojos claros, pelo rubio, como el mío; delgada. Hija de padres españoles. Al verme me identificó.

—Es usted una mujer muy distinguida, muy hermosa —pronunció las palabras con dulce tono—; tal como la describió Alessandro.

—Pues tú también eres hermosa; sé de tu inteligencia y tu amor por mi hijo. A partir de ahora también serás mi hija, si estás de acuerdo. Reímos, mi hijo nos miró, sonrió.

Me comentó cuando murió su papá dos años atrás.

—Son pérdidas que provocan heridas que tardan mucho tiempo en sanar. Aún imagino a mi padre llegar a la casa dos veces al día. —Su voz se quebró. Caminó hacia la ventana, bajó la cabeza; instantes después recuperó la sonrisa.

—Pero su esposo sanará y volverá a disfrutar su compañía, como siempre; sé que usted lo adora, el amor lo sanará.

—Agradezco tus comentarios, Paula, lo que dices es cierto, nos amamos mucho, mi esposo se pondrá bien, ya verás.

Ese día, mi hijo platicó dos veces con su papá, media hora cada vez. Intentó verlo una tercera para continuar platicando, estaba dormido. “Que descanse, le va a sentar bien”, expresó Alessandro.

Habían transcurrido siete días del mes. Mis papás, Alessandro, Paula y yo, desayunamos en la casa. Las cocineras prepararon antojitos mexicanos, hicieron salsa sin picor para Paula, no comía picante. Degustó el desayuno, quedó complacida con el sabor. Casi terminábamos de desayunar cuando una de las enfermeras bajó apresuradamente.

—Disculpen ustedes... Señora —me dijo mirándome a la cara—, su esposo desea ver a su hijo.

Alessandro se levantó como resorte, miró con desconcierto a la enfermera.

—¿Todo bien?

—Sí, solo desea hablar con usted.

—Vuelvo en un instante, voy a ver qué quiere papá —explicó Alessandro aparentando calma. El resto permanecemos en el comedor.

La petición de Bladimir nos puso nerviosos. Tratamos de continuar con la plática, no lo conseguimos, hubo silencio.

Media hora después bajó Alessandro. Caminaba con la cabeza baja, los ojos llorosos; hacía esfuerzos por contener sus emociones. Adivinamos lo que estaba pasando. Se dirigió a la mesa, con sus manos tomó el respaldo de la silla donde estaba sentado, miró a todos.

—Papá no se siente bien, me dijo que desea platicar con el cura, propone que no pase de éste día. Desea hablar ahora contigo, abuelo —se le quebró la voz, trató que no se le notara.

Papá clavó su mirada en el centro de la mesa, titubeó, enrojecieron sus ojos. Las emociones brotaron. Mamá observó a papá, nos miró a todos. Paula no perdió la sonrisa que adornaba su cara desde que llegó a la casa; su mirada la mantuvo sobre mi hijo.

El fin estaba cerca. Me sentí triste, lloré, me levanté de la mesa, caminé al traspatio, necesitaba darle reposo a mis pensamientos. Me alcanzó Paula, me abrazó, en sus manos llevaba un pañuelo, me lo dio para secar mis lágrimas. Externó palabras de consuelo, las necesitaba. Llegó mi mamá hasta donde yo estaba.

—Hija, así es la vida, Dios sabe por qué hace las cosas, pero te aclaro que no ha muerto, está vivo, puede ocurrir un milagro. Las enfermeras descartaban que eso ocurriera, me lo habían dicho esa mañana.

Mi papá llamó al cura quien parecía estar esperando el aviso. “No hice compromisos para éste día, iré inmediatamente, estaré con mi gran amigo Bladimir antes de media hora”, le aseguró a mi papá. Nos informó del tiempo en el que llegaría el cura. Las enfermeras permanecieron en la habitación, dudaron si continuaban suministrándole medicamentos vía intravenosa en las dosis indicadas por el médico, o las incrementaban por los dolores que no le daban tregua. El ardor en la garganta arreció, se quejaba.

El cura hizo su arribo exactamente a las doce del día. En la puerta lo recibieron mi papá y mi hijo; el padre se detuvo un momento en la sala para saludarnos, continuó caminando. Subieron las escaleras, se dirigieron a la habitación de Bladimir; el cura entró solo, las enfermeras salieron. Papá regresó a la sala con nosotras, mi hijo salió a la calle a buscar a un amigo de él que vivía casi enfrente. Regresó pronto. La llegada del sacerdote nos tranquilizó.

A las doce con treinta minutos salió el cura de la habitación, entraron las enfermeras. Bajó a la sala, nos pusimos de pie, tratamos de sonreír. Pidió un vaso con agua.

—Hijo —se dirigió a Alessandro para darle una indicación—, sube a ver a tu padre, tiene cosas que decirte.

—Gracias padre.

—¿Ésta hermosa damita es tu novia?

—Sí, padre, es mi novia.

—Cuando nos casemos, en Nueva York o en España, lo mandaremos traer para que usted sea quien nos case, padre —externó Alessandro para relajar el ambiente.

—Anda, sube rápido a ver a tu padre, te requiere.

Entró Alessandro a la habitación, salieron las enfermeras. Platicaron a solas.

—Regresaré cuando sea necesario —prometió el sacerdote—. Es mi deber reconfortar espiritualmente a mi amigo. Dijo esto y se retiró.

Alessandro y su papá estuvieron conversando cerca de una hora. Los dolores de garganta de Bladimir impidieron que la plática fuera continua. Salió mi hijo, entró mi papá. Permaneció poco tiempo con él. Papá nos confirmó que no quería que lo viéramos mi mamá y yo. Esa tarde llegó más gente de visita. Varios ya sabían que el cura había estado en la casa, decían que había sido para darle los santos oleos.

Llegó un señor como de 80 años de edad, rengueaba, se apoyaba en un bordón. Su pantalón tenía remiendos en el frente. Sostenía en sus manos una veladora. Le pedí a Sirvenda me explicara por qué llevaba la veladora. Me dijo que en el pueblo corría el rumor que mi marido estaba agonizando. No me agradó nada que la gente se anticipara a dar por hecho algo que todavía no ocurría.

Esa noche no dormí bien. Me levanté dos veces para preguntarle a las enfermeras cómo veían a mi marido. Me dijeron que no le daban muchas horas de vida. Me desperté a las cinco de la mañana, ya no me pude dormir. Bajé a la cocina, me preparé un café. Estaba inquieta, intenté leer el libro “Interrelación entre Religión, Sexo y Sociedad”, no pude concentrarme, mi mente estaba demasiado dispersa. A las siete y media de la mañana llegó Alessandro a la cocina.

—Mamá, debes tranquilizarte, no quiero ver que tus emociones se rompan.

Me abrazó, nos sentamos en el comedor. La cocinera le ofreció café a mi hijo, lo aceptó, tomamos cada uno una pieza de pan recién horneado que alguien llevó a temprana hora.

A las ocho y cinco bajó la enfermera, dos pasos antes de llegar a la mesa me dijo:

—Señora Zalia: su marido se está poniendo mal... debe verlo...

—Subo yo, mamá —interpuso Alessandro—, háblale a mis abuelos, que vengan lo más pronto posible.

Alessandro se puso nervioso, subió los escalones a zancadas, de dos en dos. A los cinco minutos bajó de manera estrepitosa. Llegó Paula, vestía falda oscura y blusa blanca de cuello alto y manga larga.

CAPÍTULO 18

Mis papás llegaron poco antes de las nueve de la mañana. Mi hijo le dijo a su abuelo que pasara a ver a su papá; estaba expirando, ya no era dueño de sí mismo. Solo ellos dos estaban junto a mi marido. Las mujeres no entramos por el deseo de Bladimir que no lo viéramos morir. Instantes después bajó papá a toda prisa, su rostro reflejaba desesperanza, en voz alta nos comunicó:

—Tu esposo, hija, acaba de morir. Se ha ido mi yerno, mi gran amigo. Dios lo tendrá en su santo regazo. Solté el llanto. No sabía qué sería de mí de ahí en adelante. Alguna vez le desee la muerte; cuando murió me arrepentí del insano deseo.

A las nueve de la mañana del ocho, mi marido, el padre de mi hijo, el mismo que destruyó mi corazón, había fallecido. El destino lo cambió de lugar. Rogué al creador que lo perdonara, lo hice de corazón. Me asaltó un insólito deseo: que mi marido hubiera muerto en mis brazos. Alguien le avisó al cura Teódulo, llegó a los pocos minutos; estaba esperando la noticia.

Después del desasosiego llegó la calma. Papá inició los preparativos, lo apoyarían unos amigos que se hicieron presentes rápido; sabían qué hacer, como si antes se hubiesen puesto de acuerdo con mi papá por la cercanía del fallecimiento. Ellos se encargaron de darle orden a las tareas propias de un velorio. El presidente municipal, al enterarse, designó a uno de sus colaboradores que nos apoyara en cumplir con los trámites de rigor.

La carroza llegó a las once de la mañana. Los tres empleados de la funeraria se llevaron el cuerpo. A las cuatro de la tarde nos lo devolvieron ya preparado. A las cinco recibimos la primera canasta de pan recién horneado. Los que llegaban cargaban veladoras. Otros, los menos, llegaban con cirios.

Gracias al comentario de Sirvenda que me hizo días atrás, no compramos veladoras ni cirios. Dos trabajadores armaron el altar para colocar las velas. Las tablas, colocadas de forma escalonada, habían sido forradas con papel china blanco. Una de las señoras que llegaron primero, sugirió a los trabajadores que retiraran el papel por las posibilidades de un incendio si alguna de ellas se ladeaba. En la noche era un espectáculo de luces. Me detuve varias veces a contemplar las flamas de las decenas

de veladoras, observé cómo el humo que producían luchaba contra el aire para subir al cielo en hilillos.

El chofer permanecía en la funeraria con la orden que saliera rumbo a la casa diez minutos antes que la carroza, para organizar la recepción del difunto. Cuando nos devolvieron el cuerpo dentro de la caja mortuoria, la casa estaba atiborrada de personas, y continuaban llegando. Todos querían tocar el cajón. Las autoridades municipales cerraron la cuadra para que pudiésemos colocar sillas y girones de madera con patas para que la gente se sentara.

Las familias de las casas vecinas también colocaron sillas y bancos en la calle.

A las seis de la tarde empezamos a ofrecer café, té, agua de sabores y pan. Había cuatro canastas de pan recién horneado. Mi papá compró algunas botellas de aguardiente, era la costumbre. Los asistentes se organizaban para participar en diversos juegos. Poca diferencia había entre el velorio y una fiesta cualquiera, no todo era adustez; tampoco había música. Paula, la novia de mi hijo, estuvo atendiendo a los asistentes, les ofrecía lo que había para consumirse. Probó uno de los tamales, no soportó el picor. Para las diez de la noche había personas de las ciudades más cercanas. Un amigo de Bladimir que radicaba en Miami, al enterarse, tomó el primer vuelo a la ciudad de México; llegó a Papantla como a las diez de la noche. Lo acompañaba su hijo, como de 18 años, delgado; vestía playera de marca y pantalones ajustados al cuerpo. Mamá se hizo cargo de supervisar el suministro y la elaboración de los alimentos.

El reloj de la sala marcaba la una de la mañana con treinta minutos. Mi papá le dijo a mi mamá que me localizara para decirme que me fuera a dormir un rato. Les hice caso, me fui a descansar. La bulla que había en toda la casa no llegaba hasta mi cuarto. Dormí bien, mejor que las últimas noches, había ocurrido lo que tenía que pasar; la incertidumbre se había disipado. Desperté a las seis y media de la mañana. Había soñado que mi marido, mi hijo y yo, estábamos en Yucatán.

Me bañé, me puse ropa negra. A las siete y media bajé a desayunar. Sirvenda, que no había dormido, me preparó el desayuno.

—¿Ya desayunaron mis papás, Sirvenda?

—Ya, señora, lo acaban de hacer. Como adivinando lo que me interesaba saber, me informó:

—Al señor Bladimir lo sepultan a las dos de la tarde. A las doce llevan el cuerpo a la misa. Ha llegado mucha gente, quién sabe de dónde ha salido tanta; era muy querido.

—Sí, Sirvenda, era muy querido, me estoy dando cuenta; tal vez yo...

—No, señora —me interrumpió—, no piense que usted estaba equivocada, con usted fue diferente. Él vivió para los demás, por pura apariencia —comentó con aplomo.

—Mamá, tenemos que reunirnos con mis abuelos, hay cosas que platicar.

—Sí, hijo, dime dónde y en qué momento.

—En el estudio está bien. Ve para allá, mamá; de una buena vez. Ahorita voy por mis abuelos...

—Entré al estudio. Alessandro había colocado las 4 sillas en círculo. La ventana estaba abierta, el barullo de los desconsolados impedía que nuestra plática se escuchara afuera.

Entró mi papá con un jarro de barro con café; atrás venía mamá. Nos sentamos. La conversación la inició Alessandro.

—Lo que voy a decir lo sabe mi abuelo aquí presente —volteó a la ventana, inhaló profundo, volteó a verme.

—Me dijo papá que decidió que no lo vieran ustedes, le hubiera dado vergüenza por el estado de salud en el que se encontraba. Prefirió que se quedaran con la impresión de antes de su gravedad —declaró Alessandro al tiempo que nos miraba a las dos—. A ti, mamá, te quiso mucho, me lo dijo cuando a solas hablé con él. Deseó lo recordaras como era: “lleno de vida”; no en las condiciones que lo dejó esa maldita y extraña enfermedad. Igual contigo, abuela, te adoró, dijo que le iba a decir a Dios que te lo pagara bien —sonreímos.

Escuchamos con mucha atención. Deseé que no hubiera más sorpresas.

—Todos los bienes los dejó a mi nombre, los negocios los manejará mi abuelo. Como no pienso vivir en México propongo que tú, mamá, vendas una de las dos casas que están en la ciudad de México para que compres otra en Cuernavaca, Acapulco o dónde gustes; para que vivas con tranquilidad. Puedes usar la otra casa, la de la calle de Versalles, para vivirla permanentemente o por temporadas. De las utilidades de los negocios, mi abuelo desea dividirlos en tres partes: una para ellos, otra para ti y la tercera parte para mí. A mí me está yendo muy bien en los Estados Unidos, no me quejo.

—Mamá: aún estas joven, tienes que rehacer tu vida, que no te pese la ausencia de papá, mis abuelos están dispuestos a apoyarte en todo, me lo dijeron mientras tu descansabas. Ellos quieren verte feliz como lo fuiste con mi padre a quien amé tanto como tú.

Las palabras de mi hijo desbordaron mis sentimientos. Las lágrimas salieron sin control, me cubrí la cara para asfixiar mi llanto. Lo que escuchaba de labios de

Alessandro construía mi futuro, llevaba el inclemente sello de la soledad, así decidiera vivir con mis padres.

Aquel ocho de noviembre el destino me marcó para toda la vida. Claro, la marca más profunda la llevé desde que me casé (o me casaron), con el hombre cuyo cuerpo yacía dentro de ese pequeño habitáculo llamado vulgarmente caja de muerto, del que jamás saldría para hacer el bien, o hacer el mal. Por cierto, debo asentar que Bladimir murió Jamás he visitado su tumba en el panteón. Que Dios me perdone.

CAPÍTULO 19

El chofer me preguntó si haríamos la parada acostumbrada en el café de chinos que se encontraba en la calle Bucareli, cerca del Reloj Chino. Le contesté afirmativamente. Nos estacionamos frente a la panadería.

—¿Lo de siempre, señora?

—No, en lugar de bísquets compra el pan más dulce que encuentres en la vitrina, tengo ganas de algo dulce. Lo que quieras, pero que sea dulce, por favor.

Nos dirigimos a la calle de Versalles, donde estaba mi casa. Por la ventanilla vi a un hombre de edad madura, cara cuadrada, facciones imperativas, que caminaba de la mano con una mujer mucho más joven que él. Esperaban cruzar la calle. El rostro de la mujer expresaba angustia. En mi cabeza se agolparon recuerdos. Sentí ira y compasión a la vez. El vehículo frenó intempestivamente por la aparición de un joven que sin cuidado cruzaba la calle.

La casa donde vivía había sido construida en 1950, cuando nací, con los planos de una casa que estaba en París. Estaba pintada de blanco coral, contrastaba con el gris claro de las persianas exteriores de las ventanas. En la noche lucía resplandeciente por la iluminación en el frente. Sobre la mesa del comedor me esperaba una jarra con chocolate caliente listo para servirse en mi taza. Saboreé el pan que recién habíamos comprado en la panadería de los chinos.

En esa ocasión, después de la merienda de chocolate con pan de chinos, me despedí de la servidumbre en voz alta; les deseé las buenas noches. Subí a mi recámara, pintada de gris, tan sombría como la que ocupaba en la casa de Bladimir. En medio del silencio de la habitación escuchaba los latidos de mi corazón. En el fondo de mi espíritu velaba la idea de disfrutar una nueva vida sin recuerdos que me atormentaran. Me cambié de ropa, coloqué mi vestido sobre uno de los dos sillones que estaban dentro de mi recámara. El edredón que cubría la cama había sido retirado por una de las muchachas que me ayudaban. Antes de meterme entre las sábanas, de pie aún, miré el crucifijo colocado arriba de la cabecera de la cama, recé algunas

oraciones, necesitaba reconfortar mi espíritu. Estaba más relajada que las anteriores noches.

¿A quién culpar? Mi madre me llenó de ternuras, ambos me dieron educación y me inculcaron valores. Estas reflexiones caían sobre mi cabeza como densa lluvia.

UNA MAÑANA tocó a mi puerta una mujer de talante afligido. Mi chofer salió para ver quién era.

—¿Qué se le ofrece señora? —preguntó a la mujer que observaba la placa con el número 25 colocado a un lado de la puerta. Quería estar segura que se encontraba en el domicilio correcto.

—Perdone usted, ¿en ésta casa vive la señora Zalia? —dijo la desconocida con voz glacial.

—¿Quién la busca?

—Dígale por favor que soy Rossina, su compañera y amiga de la escuela.

El chofer cerró la puerta, entró, me encontró leyendo un libro de cocina en el estudio.

—Disculpe, señora, en la entrada se encuentra una dama; le pregunté qué se le ofrecía, como respuesta me dijo que se llamaba Rossina, y como referencia me dijo que fue su compañera en la escuela y que también vivió en Papantla.

Al escuchar la noticia de labios de mi empleado una expresión de sorpresa se apoderó de mi rostro.

—¿Quién me dices que es? ¿Rossina? ¿Escuché bien?

El criado, un tanto impresionado por el sobresalto que me provocó la presencia de mi amiga, arqueó las cejas, movió la cabeza de manera afirmativa.

—Pues pásala a la sala y dile que en un momento estoy con ella, ofrécele lo que guste de tomar... dile que el café está sabroso, que me lo traen de Córdoba, Veracruz. Por favor hazlo, es la amiga de mis querencias —repliqué con alegría y sorpresa.

El chofer cumplió la orden. Regresó a la cocina para que le sirvieran un café que llevaría a la visitante. Tres minutos después el empleado regresó con el pedido: el café, azúcar, galletitas de canela, una cucharita y una servilleta. Su semblante se relajó, brillaron sus ojos. Buscó la fotografía de mi boda con Bladimir, no la encontró; comprendió por qué no estaba a la vista. Se dejó cautivar por la elegancia y el glamour de la mansión que ahora visitaba. Después de haberle echado un poco de azúcar a la tasa de porcelana francesa, sorbió el café, la regresó al plato. Se recargó en el mullido sofá adornado con cojines de terciopelo rojo y verde.

Cuando llegué a la sala mi amiga se levantó como resorte. Impulsó su cuerpo para encontrarlo con el mío, nos estrechamos en fuerte abrazo. Nos separamos un poco,

nos miramos a la cara; de la sorpresa pasamos a la euforia. Sus facciones se transformaron. Sus ojos se humedecieron, los míos también. El encuentro con mi mejor amiga no era poca cosa. Después de un silencio forzado por las emociones, articulamos frases.

—¡Cuánto tiempo separadas! ¿Por qué? Éramos grandes amigas, Rossina. Nuestras palabras rompieron el silencio que invadía la casa.

—¿Qué fue lo que nos separó? —le pregunté sin esperar respuesta— ¿Por qué lo permitimos? Siempre me hiciste falta.

—Pasaron años sin saber una de la otra, mi querida Rossina.

Mi amiga derramó lágrimas de alegría, lo mismo me ocurrió. Nuevamente nos abrazamos, nos sentamos una al lado de la otra. Una vez controlados los sentimientos le di a mi amiga una servilleta de papel para que secara sus lágrimas que rodaban por las mejillas. Sequé las mías.

—Oh dulce e inesperada alegría, estás a mi lado como cuando éramos chamacas. Voy a acompañarte con un café —le dije.

Llamé a mi cocinera, le solicité el café.

—¿Cómo diste conmigo? —le pregunté.

—Llevo dos años buscándote, nadie de los amigos con los que me encontraba me sabía dar razón de ti. Hace tres meses fui a ver a un clarividente en Cuautla; entre otras cosas le pregunté de ti, que dónde te podía localizar. Me dijo que vivías en la ciudad de México, en una casa grande que recibiste como herencia de tu difunto marido. Que se encontraba en una calle donde había un cine de los más conocidos de la capital, que en cuestión de días me encontraría a alguien que me daría señas de tu domicilio. El domingo pasado, en el hotel del Bosque, de Cuernavaca, donde vivo, me encontré con Roberto Diéguez, compañero nuestro en la escuela donde estudiamos; me dio el dato que necesitaba.

—Sí, lo recuerdo: Hace años que no lo veo, la última vez lo saludé en una boda en Toluca, a la que asistimos Bladimir y yo. De ahí para acá no he sabido nada de él.

—Sí, amiga —repuso Rossina—, me platicaba Roberto que hace pocos meses vino al cine de enfrente y vio cuando salías de tu casa, te reconoció de inmediato. Pensó en visitarte. Él estaba profundamente enamorado de ti, pero su condición económica no era del agrado de tu papá... pero, en fin. Hizo dinero, ahora tiene una buena posición económica.

—Cuando mi papá me mandó a estudiar aquí —comentó Rossina—, conocí a un joven con el carácter más dulce de la tierra; atractivo, creativo, trabajador, de amorosas palabras y de altos pensamientos. Con él me casé. No podía pedir más. Creo

que fue un premio del cielo. Yo necesitaba amor y cuidado, mi alma estaba desolada y triste. Lo que me hizo tu cuñado me afectó mucho.

—Nuestro noviazgo duró cuatro meses. Un año después se graduó de doctor. Nos fuimos a vivir a Cuernavaca, allí le ofrecieron trabajo en una clínica particular.

—Supe de la muerte de tu marido, también me platicaron la mala vida que te dio. Durante todos estos años deseé encontrarte para platicarte mi historia. Tú y yo, Zalia, tenemos en común el punto donde nuestras desgracias se cruzaron.

Mi amiga se tornó expresiva, el rubor apareció en su rostro, respiró profundo, los ojos se desorbitaron, me miró a la cara, se afianzó en el asiento. Pretendiendo deshacerse de los recuerdos que le atormentaban me dijo:

—Cuando íbamos a la escuela, Ricardo, el hermano de Bladimir, me violó. Se aprovechó de mi infantil inocencia, apagó la flama de mis ilusiones. Desde entonces, aunque amo a mi marido, llevo una vida incompleta. A mi alma le dio una atmósfera muy difícil de sortear.

Rossina narraba esa parte de la historia que marcó su vida, yo no daba crédito a lo que escuchaba de mi querida amiga, pero lo creía.

—Desahógate, por favor —inquirí.

—Por eso te he buscado hermanita querida, no podía contárselo a nadie más, lo hago contigo porque eres la única persona a la que le puedo contar el daño; a nadie más lo conversaría. Hasta ahora me ha acompañado la impotencia y el coraje de lo sucedido.

—A mi marido no le cuento porque igual que yo, podría llenarse de coraje en contra de un tipo que ya Dios lo tiene quién sabe dónde, por que supe que lo mataron; —miró hacia el techo.

—Pero... ¿en qué momento se dio eso?

—El monstruoso hombre compró mi inocencia con dulces. Todavía no habías llegado al pueblo. Camino a la escuela estaba la tienda de Ricardo. Cada vez que pasaba rumbo a la escuela me regalaba dulces y chocolates, me sugería que los guardara en mi mochila y que los comiera sin que me vieran. Eso era todos los días. Me decía que si mis papás se enteraban me privarían de saborear las ricas golosinas que tanto gustaban a los niños, que les ayudaban a desarrollar su inteligencia. Eso me motivaba; me hice a la idea que elevaría mi aprovechamiento en la escuela. Me explicaba que los niños pobres no lucían esplendorosos porque nadie les daba chocolates. Lo creí.

—¿Nada sospechaste de las perversas intenciones de ese monstruo, amiga?

—No. Me parecía una persona bondadosa. Me aseguraba que los obsequios eran un premio a las niñas que mejor comportamiento tenían en la escuela. Sus

palabras me motivaban. Dos años después que me enteré que dos niñas más, no supe quienes, habían caído en las redes del desgraciado tipo.

—Yo sabía que en su tienda solo estaba un chico rato, tenía otros negocios que atender —agregó mi sufrida amiga.

—Iba al negocio para esperar mi paso, luego llegaba su empleado, un tipo con cara de degenerado. Después de haber cometido su fechoría no lo vi por semanas.

Retrocedí mi memoria hasta mi fiesta de 15 años; me ubiqué en el momento cuando Rossina externó palabras de odio contra el hermano de Bladimir, en el instante que lo vio.

—Ahora le encuentro explicación a tu furibunda reacción —le expresé. Cuando te escuché despotricar contra el tipo no alcancé a atinar de qué se trataba, no le di crédito a lo que pronunciaron tus labios. Ahora caigo en la cuenta por qué Ricardo permaneció escaso tiempo en el festejo. Cuando se retiró lo vi un tanto contrariado.

—Él sabía que mi papá era un hombre de armas tomar —dijo Rossina. Tal vez temió que en ese momento yo lo acusara y que papá reaccionara violentamente, animado por las copas de licor que ya andaban por su cabeza.

—¿Lo hubieras hecho, Rossina?

—No lo sé, tal vez me hubiera atrevido. Me hizo dudar la fama de malo del tipo; le hubiera mandado a hacer algo a mi papá. Me manipuló psicológicamente, por eso logró abusar de mí. Además, me dijo que si yo comentaba lo sucedido nadie me creería, que la gente diría que yo lo provoqué. No podía hacer más, ese hombre estaba protegido por maestros y padres de familia; no era casual los beneficios a las escuelas del lugar y a las dos iglesias del pueblo.

—¿Y qué pasó con las otras niñas abusadas por quien fuera mi medio cuñado?

—¿Por qué medio...?

—Porque era medio hermano de Bladimir por parte de papá.

—Aunque no me dijeron quiénes habían sido —retomó el comentario anterior—, me aseguraron que padecieron vidas tormentosas, que los recuerdos las perseguían, como a mí. También se mudaron de ciudad y se casaron con hombres que nada tenían que ver con Papantla. Necesitábamos distancia para sanar nuestras heridas internas, para olvidar la ruindad de un maldito hombre.

—¿A qué fuerza recurriste para guardar por tantos años tu sufrimiento, hasta ahora que me lo estás contando?

—Acudí a los poderes curativos de la oración. Me acerqué a Dios. Eso me ayudó como no tienes idea, Zalia. Duré años con ese sentimiento de culpa alojado en mi conciencia, fue una lucha interior difícil de sortear. Aunque mi razón siempre me exculpó.

A pesar de la confianza que entre nosotras existía, evité hacerle preguntas que parecerían impertinentes. Guardé para mí la curiosidad.

—¿Tu mamá sospechó algo de lo que me estás contando?

—No creo. No me hizo ningún comentario o insinuación al respecto, jamás noté algún indicio de sospecha. Por el temor que me inducía el funesto tipo yo lo ocultaba, me contuve hasta donde pude para no explotar en mil pedazos. Mis emociones estaban encontradas, me pasaba noches enteras sin dormir. Cuando me casé, aunque había decidido no contarle a mi marido nada de lo sucedido, en alguna ocasión titubee. Creo que hasta la fecha he actuado con madurez.

—Mientras yo estuve casada con Bladimir —le expliqué a mi amiga—, me platicaban cosas que hacían los hermanos, pero no fue sino hasta que murió que me enteré hasta donde llegaba su perversidad. No se cómo cabía tanta bajeza en el corazón de esas personas. Dios los tenga por perdonados.

Habían pasado tres horas de plática, el día se había nublado, el viento frío anunciaba que podría llover. Vi mi reloj, en tono suplicante le dije:

—Quédate a comer conmigo, Rossina, vivo sola, mi hijo está viviendo en Estados Unidos, se casó con una española de la misma profesión, le va muy bien.

—Gracias Zalia —me contestó— pero no puedo, tengo el compromiso de acompañar a mi marido a comer con su hermana, es su cumpleaños, nos reuniremos en un restaurante del centro. Se me hizo tarde, pero en taxi llegaré rápido.

—Que te lleve mi chofer...

—No, por el momento te necesito en el anonimato, tú me comprendes. Después lo haré, en cuanto supere este mal habido trance; faltaría muy poco, platicar contigo ha sido la mejor terapia.

Mi amiga se levantó del asiento, tomó su suéter color perla adornado con lentejuela en el frente, se lo puso, dio media vuelta, caminó hacia la puerta, se detuvo para observar una fotografía mía colgada en la pared, no hizo comentarios. En la banqueta nos abrazamos, prometió regresar una semana después, le pedí que antes me llamara por teléfono; sacó de su bolso una pluma y una libretita, anotó el número, regresó los instrumentos al bolso; pasó un taxi, se subió a la parte trasera. Cuando el auto inició la marcha volteó hacia mí, agitó la mano en señal de despedida.

En sus palabras sonaba el abatimiento emocional por el que atravesó. Entré a la casa, cerré la reja con ambas manos, luego la puerta con la izquierda. “Fueron las personas más demoniacas de la tierra” pensé de mi difunto marido y su hermano. Dicen que está escondido de la justicia, dicen que lo mataron; quién sabe...

Yo también necesitaba platicar con una amiga con quien compartir mis penas. Y qué mejor que fue con alguien de mis afectos, como Rossina. A partir de ese

momento se aligeró el pesado fardo que desde hace muchos años llevaba sobre mis hombros. Juntas podíamos drenar nuestras heridas.

Me acerqué al comedor, sujeté el respaldo de la silla, la retiré de la mesa, me senté, fijé la mirada en las copas de cristal cortado que estaban en la amplia vitrina. Coloqué los codos sobre la mesa, entrelacé mis dedos formando un soporte para descansar la barbilla, me hundí en mis recuerdos.

Esa misma tarde, antes de ausentarse el día para darle entrada a la noche, tomé un libro del librero, alguien me lo había obsequiado en mi reciente cumpleaños. Subí a mi recámara, me asomé a la calle de Versailles, vi a los que entraban al cine. Me senté en la mecedora colocada en el ventanal con cristales biselados. Inicié la lectura. Llovía. Los intermitentes hilos de agua del alero caían al piso, formaban charcos. La pérgola de la casa estaba bajo el azote de la pertinaz lluvia. La gente que caminaba por las banquetas se protegía con paraguas de diferentes tamaños y colores. Los más llevaban impermeables. Leí durante dos horas y media. Una vez que desapareció la lluvia, me asomé a la calle otra vez, la repasé con la vista de un lado a otro; el espejo de agua no había desaparecido. El aire soplaba frío. Medité largo rato, concluí que debía desechar los remordimientos. Bajé a la cocina, ordené la cena. “En ésta ocasión solamente café, pan de chinos que fueron a comprarme, y un sándwich”, le dije con voz suave a la cocinera.

Cené, me despedí de mis criados, subí a mi recámara. Cavilé por espacio de una hora, me quedé dormida cerca de las diez y media de la noche. No tuve sobresaltos durante el sueño. Eran las siete de la mañana del siguiente día. Al descorrer las cortinas advertí que el sol había desintegrado las nubes negras. “Será un día sin lluvia”, pensé. Agradecí a Dios el reencuentro con mi amiga. Ese día comí temprano, a las cuatro y media de la tarde tenía cita con el Psiquiatra.

CAPÍTULO 20

Aquella mañana de sábado sonó el teléfono, lo descolgué, contesté, le reconocí la voz, era Rossina. En tono alegre le expresé:

—Me da gusto que me llames, Rossina, me estaba acordando de ti.

—Yo también me he estado acordando de ti, Zalia.

—¿A qué hora te espero? —repuse—, bueno, te invito a comer, te quedas a dormir como lo hacíamos cuando chamacas... ¿te acuerdas?

—Claro, me acuerdo como si fuera ahorita —afirmó.

Ordené a mi cocinera que preparara comida especial por la distinguida visitante que me había anunciado su arribo. A las dos de la tarde mi amiga se bajaba del taxi que la condujo. Llamó a la puerta, salí a recibirla, nuestros brazos se extendieron para

rodear nuestros cuerpos, permanecemos así unos instantes, la invité a pasar. Mi chofer recibió el pequeño beliz que contenía su ropa, lo subió a la recámara que para ella había dispuesto.

La llevé al comedor para platicar mientras nos servían la comida. Una guacamaya de dorso azul, pecho amarillo y ojos rojizos, gritaba fuerte dentro de su jaula colgada en el jardín posterior de la casa. La observó Rossina a través de los cristales de las ventanas del comedor. La cocinera nos ofreció agua de sandía. Rossina me comentó que de Cuernavaca a México se había trasladado en autobús. Un accidente entre dos vehículos retrasó su llegada por 30 minutos, me platicó.

Durante la comida platicamos sobre nuestras vidas. Reconocimos que la mala suerte se había apoderado de nosotras. Hicimos un comparativo de quién había sufrido más. Nos preguntábamos si era castigo de Dios o, en cambio, nos tuviera sorpresas agradables para la última parte de nuestras vidas. Terminamos de comer, nos mudamos a la sala. A las siete de la noche salimos a comprar pan y bísquits en el café de chinos para comerlos más tarde. Estando ahí decidimos ocupar una mesa para comer el pan que habíamos elegido. Pedimos chocolate a la francesa. Dos tipos entraron al café, uno de ellos se detuvo para saludarnos, se dirigió a mí para expresarme sus deseos de vernos después para comentar algo que podía interesarme.

—Vengo a diario —me comentó—, podemos coincidir aquí para platicar.

Al retirarse el tipo, me confirmó Rossina que era de Papantla. Sabía que salió de allá por un problema con Bladimir. A las nueve y media de la noche salimos del café rumbo a la casa. Las dos ocupamos el asiento posterior del auto. Coincidimos en que la plática resultó reconfortante. Llegamos a la casa, entramos al garaje, pasamos a una pequeña sala donde estaba el tocadiscos; escuchamos música de nuestra época juvenil.

Las primeras notas musicales inspiraron a Rossina. Se acomodó en el sillón Luis XV, le dio un sorbo al vaso con agua simple, colocó sus brazos en los descansabrazos, cruzó las piernas, respiró hondo, retomó la plática de la vez anterior que me visitó. Inició la conversación tratando de describir aquella experiencia oscura de su vida.

—Como te decía la vez pasada, los deseos insanos del energúmeno quedaron saciados al violentar mi cuerpo y sumir mi inocencia en un aturdimiento tremebundo. No supe de mí —hizo una larga pausa, me miró, dijo:

—Zalia, no debo seguir hablando de esto, la conversación de aquella vez que estuve aquí, me alivió lo suficiente, debo cerrar este caso. Me comprometo ante ti a no llevarlo más sobre mi cabeza. Hay algo que deseo comentarte —continuó—, amiga. Han pasado cosas y tiempo, no creo herirte con lo que te voy a decir. Hace

como año y medio, mi marido y yo bautizamos al hijito de una sobrina que vive en Cuernavaca. Su papá, mi primo, es doctor, platicó con nosotros. Salió a relucir el nombre de tu difunto marido. Nos comentó que lo conocía bien, que lo que lo llevó a la muerte fue el contagio de un virus que debilita al sistema inmunitario. Se contrae por relaciones homosexuales.

—Sí, lo sé, Rossina. Me lo acaban de decir, le nombran sida.

Esa noche nos acostamos cerca de las doce de la noche. Me hizo jurar que escribiría una novela de mi vida, aunque sustituyera los personajes reales; y le cambiara nombre a los lugares. Le dije que sí lo haría.

—Me comprometo contigo a que la próxima vez que nos veamos tendré, al menos, el primer capítulo.

Regresó a Cuernavaca a reencontrarse con su familia. Le di mi palabra que en una próxima oportunidad yo la visitaría en la ciudad de la “eterna primavera” para conocer a su familia. Estaba segura que lograría estimarlos como si fueran de mi familia.

QUINCE DÍAS DESPUÉS que Rossina estuvo en mi casa, le llamé por teléfono para comentarle que estaba bastante preocupada.

—Hola, Zalia —me respondió—, qué sorpresa tan agradable recibir tu llamada.

—Amiga querida, te estoy llamando para comentarte que me hice unos exámenes de laboratorio porque me he venido sintiendo mal, bastante débil. El apetito ha disminuido, casi no me da hambre; no tengo ganas de hacer nada...

—Y... ¿Cuál fue el resultado de tus exámenes de laboratorio?

—Me detectaron ese maldito virus... ¡Tengo sida!

—¡Cómo...! ¡No es posible, amiga! Tantos años...

—Sí, durante todos estos años había estado alojado en mi cuerpo sin manifestarse, pero ahora...

—¡No puede ser...! ¡Maldito hombre! ¡Desde la tumba te sigue dañando! —gritó mi amiga con furia—. Mañana temprano salgo para México, llego a tu casa.

El reloj de pedestal que estaba en el estudio daba las doce campanadas. Me levanté del asiento, miré al cielo a través de la ventana; grité:

Dios mío, ¿Por qué? ¿Qué hice...? Sé que no me contestarás... Pronto lo sabré... A mi hijo protégelo, te lo ruego.

FIN